

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
Departamento de Historia Antigua



TESIS DOCTORAL

**El mundo romano a través de la obra de Apuleyo (delito,
delincuente y castigo en las Metamorfosis)**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Carmen Blázquez Pérez

DIRECTOR:

José María Blázquez

Madrid, 2015

TP
1987
022

Carmen Blázquez Pérez



x-49-042801-x

EL MUNDO ROMANO A TRAVES DE LA OBRA DE APULEYO.
DELITO, DELINCUENTE Y CASTIGO EN LAS METAMORFOSIS



ARCHIVO

Departamento de Historia Antigua
Facultad de Geografía e Historia
Universidad Complutense de Madrid

1987

Colección Tesis Doctorales. Nº 22/87

© Carmen Blázquez Pérez
Edita e imprime la Editorial de la Universidad
Complutense de Madrid. Servicio de Reprografía
Noviciado, 3 28015 Madrid
Madrid, 1987
Xerox 9400 X 721
Depósito Legal: M-8341-1987



BIBLIOTECA

CARMEN BLANQUEZ PEREZ

EL MUNDO ROMANO A TRAVES DE LA
OBRA DE APULEYO

DELITO, DELINCUENTE Y CASTIGO EN LAS METAMORFOSIS

Director: JOSE M^a BLAZQUEZ MARTINEZ.

CATEDRATICO DE HISTORIA ANTIGUA UNIVERSAL

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Facultad de Geografía e Historia
Departamento de Historia Antigua

Año 1986.

a mis padres.

I

<u>INDICE:</u>	<u>PAG.</u>
<u>INTRODUCCION</u>	V
<u>CAPITULO I: ESTADO DE LA CUESTION SOBRE APULEYO Y SU OBRA</u>	1
I.1: <u>Personalidad de Apuleyo</u>	2
I.2: <u>El mundo de Apuleyo: el siglo II d. C.</u>	10
I.2.1: El siglo de los Antoninos.....	10
I.2.2: El Imperio Humanístico.....	12
I.2.3: Rasgos socio-económicos.....	14
I.2.4: La unidad cultural.....	18
I.2.5: Los inicios de la crisis.....	24
I.3: <u>Su obra: Las Metamorfosis</u>	29
I.3.1: Originalidad.....	29
I.3.2: Sobre el título.....	34
I.3.3: En torno a supuesta autobiografía.....	40
I.3.4: Fecha de redacción de la novela.....	44
I.3.5: Sobre el significado de la novela.....	48
NOTAS AL CAPITULO I.....	54
<u>CAPITULO II: LOS DELITOS Y FALTAS</u>	63
II.1: <u>Enumeración por orden de aparición</u>	65
II.2: <u>Clasificación por morfología de la narración</u>	68
2.1: Justificación de esta clasificación.....	68
2.2: Delitos y faltas en el "tiempo" de la novela..	70
2.3: Delitos y faltas fuera del "tiempo" de la no- vela.....	71
2.4: Delitos y faltas aludidos metafóricamente.....	74
2.5: Delitos y faltas que aparecen también en la obra de Luciano.....	74

II

	<u>PAG.</u>
II.3: <u>Descripción y referencia a la obra de Luciano.....</u>	76
3.1: Descripción de los delitos y faltas en el "tiempo" de la novela.....	76
3.2: Descripción de los delitos y faltas fuera del "tiempo" de la novela.....	134
3.3: Descripción de los delitos y faltas aludidos metafóricamente.....	193
3.4: Conclusiones:	
3.4.1: Similitudes y diferencias con Luciano..	197
3.4.2: Verosimilitud y operatividad de la cla- sificación llevada a cabo, según la mor- fología del delito.....	199
II.4: <u>Análisis del delito a través de la propia obra.....</u>	200
4.1: Concepto de delito.....	200
4.2: Calificación del delito.....	203
4.2.1: Calificación del delito por Lucio y el resto de los personajes.....	203
4.2.2: Conclusiones.....	225
4.3: Comportamiento y actitud ante el delito.....	228
4.3.2: Medidas preventivas.....	228
4.3.2: Comportamiento y actitud de los persona- jes.....	238
4.3.3: Conclusiones.....	249
II.5: <u>Clasificación por morfología del delito.....</u>	254
5.1: Justificación de esta clasificación.....	254
5.2: "Crimina".....	255

III

	<u>PAG.</u>
5.3: "Delicta".....	257
5.4: Faltas contra la conciencia social.....	258
5.5: Faltas cometidas por esclavos.....	259
NOTAS AL CAPITULO II.....	260
CAPITULO III: <u>LOS DELINCUENTES</u>	272
III.1: <u>Enumeración</u>	273
III.2: <u>"Status social y jurídico"</u>	278
III.2.1: Delincuentes libres.....	278
III.2.2: Delincuentes esclavos.....	282
III.2.3: Otros delincuentes.....	282
III.3: <u>"Status" económico</u>	284
- Conclusiones.....	289
III.4: <u>Sobre los nombres</u>	293
III.5: <u>Motivos para delinquir</u>	302
- Conclusiones.....	320
III.6: <u>Descripción y calificación del delincuente</u>	326
- Conclusiones.....	358
III.7: <u>La mujer y el hombre</u>	362
NOTAS AL CAPITULO III.....	368
CAPITULO IV: <u>LOS CASTIGOS Y LAS NORMAS Y DISPOSICIONES LEGA-</u>	
<u>LES VIGENTES EN EL SIGLO II d. C.</u>	374
IV.1: <u>Crímenes, delitos y faltas: leyes, normas, disposi-</u>	
<u>ciones y penas</u>	375
IV.1.1: "Crimina": leyes, normas, disposiciones y	
penas.....	376
IV.1.2: "Delicta": leyes, normas, disposiciones y	

IV

	<u>PAG.</u>
penas.....	407
IV.1.3: Faltas: leyes, normas, disposiciones y <u>con</u> sideración social.....	440
IV.1.4: Faltas cometidas por esclavos: leyes, nor- mas, disposiciones y penas.....	471
IV.2: <u>Castigos y actuaciones de acuerdo con las normas y</u> <u>disposiciones del siglo II d. C., en la novela.....</u>	474
- Casos.....	474
IV.3: <u>Castigos y actuaciones no acordes con las normas y</u> <u>disposiciones de la época: la "auto-justicia".....</u>	490
- Casos.....	490
IV.4: <u>Ausencia de castigo: impunidad.....</u>	494
- Casos.....	494
IV.5: <u>Opinión y confianza ante la ley y la justicia, en</u> <u>la novela.....</u>	498
NOTAS AL CAPITULO IV.....	500
<u>CASOS.....</u>	511
<u>CONCLUSIONES.....</u>	548
<u>ABREVIATURAS.....</u>	561
<u>BIBLIOGRAFIA.....</u>	564

✓

INTRODUCCION:

El propósito de este trabajo es estudiar la delincuencia a través de las Metamorfosis de Apuleyo, como reflejo de una determinada situación económica, social y política, la del siglo II d. C.

Dentro de la Historia Social del Mundo Romano, unos aspectos están mejor estudiados que otros (el fenómeno de la esclavitud, por ejemplo). Pero el de los delitos apenas lo está, y esto es lo que he trabajado.

Los conocimientos actuales, los presupuestos con que nos movemos al tratar del siglo II d. C., consideran ésta época como un siglo de oro de la civilización antigua, pero también ven en ella una serie de características que anuncian el advenimiento de lo que caracterizará la época inmediatamente posterior: la crisis del siglo III. A través del análisis del delito como fenómeno prácticamente inédito de la realidad social, he querido comprobar si se confirma, o no, la visión generalizada que hay en torno al siglo II; y específicamente, determinar si la delincuencia sirve como índice en el que se detectan, de alguna manera, los síntomas de lo que se viene denominando la pre-crisis del siglo II.

El documento escrito es la fuente primordial para la comprensión del Mundo Antiguo. Si, además, es una novela -como

VI

es el caso de las Metamorfosis- aporta algo más que simple información. El autor, piensa en unos lectores u oyentes a los que quiere "conmover" de alguna forma. No voy a entrar ahora en el tan debatido tema de la intención de Apuleyo al escribir las Metamorfosis, ni en la consideración de los múltiples significados que se le atribuyen a la obra, pero sí quiero destacar que, efectivamente, la sola lectura de esta novela resulta de lo más sugerente pues invita a buscar, a analizar, al mismo tiempo que informa. Precisamente la enorme cantidad de libros y artículos que se han escrito -y se seguirán escribiendo- sobre Apuleyo y las Metamorfosis, son buena prueba de ello.

Los aspectos religiosos que contiene la novela han sido, quizá, los más estudiados y destacados, y sobre ellos traté en Memoria de Licenciatura, titulada Mitología y culto isíaco en Apuleyo. Pero en el presente trabajo he abordado un tema que no ha sido tratado hasta ahora: el de los delitos en las Metamorfosis. Prácticamente todos los autores modernos están de acuerdo en considerar que esta novela, al margen de otros múltiples aspectos que no hacen al caso ahora, presenta una imagen de la vida real del Imperio Romano del siglo II d. C., y en este sentido me interesa destacar que se trata de una obra que contiene temas de la Literatura griega y egipcia, transformada y escrita en latín por un hombre nacido en Africa, ¿qué mejor reflejo del mundo romano del siglo II d. C.?, una época efervescente, compleja y unificada culturalmente.

VII

El método utilizado sigue los pasos del método histórico. En primer lugar, la recopilación de la información necesaria (heurística), recogiendo todos los casos delictivos que contiene la novela, ordenándolos y clasificándolos. A continuación el análisis de la información, siguiendo diversos procedimientos: análisis de tipología de delitos, análisis de comportamientos y actitudes tanto individuales como colectivas, etc., teniendo en cuenta también el contexto literario en el que aparece cada delito, la posición del autor en cada caso, y los factores ambientales y culturales en los que es necesario centrar los delitos (tema que ha llamado poderosamente mi atención, y al que pretendo dedicar futuras investigaciones). El análisis conduce a la observación de distintas categorías de delitos dentro de la novela, y a la valoración de los que resultan significativos en mi tema, de aquellos en los que pueda encontrar síntomas de la pre-crisis de la época. Finalmente, la síntesis, en este caso en forma de conclusiones, en las que determino la existencia, o no, de esos síntomas.

El desarrollo del método queda plasmado en la configuración de los distintos capítulos, cuyo contenido expongo a continuación.

En el primer capítulo hablo del autor, Apuleyo, de su mundo y de su novela, las Metamorfosis, considerando todo esto el punto de partida necesario, o al menos conveniente, para el estudio de cualquier aspecto de la obra. En efecto, teniendo

VIII

en cuenta que se trata de una novela (es decir, de información subjetiva), conviene conocer las circunstancias del autor, en las que encontramos en muchos casos las claves necesarias para comprender sus puntos de vista. Pero además, el autor no es ajeno a su época, por lo que es conveniente hacer una somera presentación del ambiente económico, social, político, cultural e ideológico del siglo II en el que se encuadra este trabajo.

Este primer capítulo, lógicamente, es resultado de la imagen que he obtenido de las lecturas de la numerosísima bibliografía existente. Creo haber manejado los libros y artículos más recientes y también los que pueden considerarse ya "clásicos". Todos ellos han contribuido para que pudiera llevar a cabo el trabajo, puesto que la novela es un "todo" en el que cualquier aspecto interesa y afecta a los demás, pero, curiosamente, muy pocos aluden al tema de los delitos -aunque sea indirectamente- y esto se pone de manifiesto en las notas bibliográficas de los capítulos siguientes, que son de creación.

En el segundo capítulo he considerado absolutamente todos los delitos que aparecen reflejados -con mayor o menor detalle- en las Metamorfosis, incluso las simples alusiones o menciones, como material básico para llevar a cabo el trabajo. Pero no me he limitado a los "crimina" y "delicta" contemplados en el Derecho romano, también he extraído de la novela todos los actos y dichos que, sin constituir delito, merecen sin embargo un rechazo, una consideración negativa por parte de la socie-

IX

dad retratada en la novela. También he buscado una clasificación de todos estos delitos y actos que resultara operativa para el resto del trabajo. (Para facilitar la consulta de los distintos casos que contiene este capítulo, incluyo una lista de todos ellos al final del trabajo, cada uno con un número que he utilizado como referencia).

En el capítulo tercero me centro en los personajes de la novela que cometen, que perpetran los delitos mencionados y analizados en el capítulo anterior. La denominación "delincuentes", utilizada en todo él, y que aparece incluso en su título, es susceptible de discusión pues, al margen de las connotaciones que el término tiene actualmente y que no cabe aplicar a la época de Apuleyo, no todos los personajes cometen delitos en el sentido estricto de la palabra. Pero la he empleado a falta de otra mejor y, además, una vez hecha la salvedad pertinente, resulta muy gráfica e inteligible.

Estudio en este tercer capítulo la sociedad y el delito, analizando a los personajes que lo cometen, los motivos que les impulsan a delinquir y la consideración social del delincuente. No se trata, pues, exclusivamente, del análisis del entorno social del delito, sino también de las mentalidades colectivas en torno a la delincuencia.

Finalmente, en el capítulo cuarto me centro en la sociedad y la aplicación de la justicia, analizando las formas que

X

adquieren los castigos y las penas a lo largo de la obra para quienes han cometido delito. Lo más sencillo hubiera sido estudiar sólo lo que narra la novela, pero resulta más interesante comparar lo que cuenta la obra con lo que debería haber sido según el Derecho romano. En efecto, teniendo en cuenta que lo narrado en la novela debe ser lo más próximo a la realidad cotidiana del siglo II, en el fondo estamos ante un interesantísimo análisis de teoría y "praxis": comparación del Derecho teórico romano con las sanciones que se aplican en cada caso, es decir, con la aplicación real de la justicia, y -algo que es también interesante- la imagen que de la justicia tienen los habitantes del Imperio en el siglo II d. C.

Los capítulos tercero y cuarto permiten, por tanto, acercarse a la realidad del siglo II -desde el delito y su entorno- y de ambos se desprenden los datos necesarios para corroborar la hipótesis inicial del trabajo. El método empleado me ha permitido pues, a través del delito, abordar el análisis de las mentalidades colectivas, estudiando la norma y la conducta dentro de la norma, pero también a los grupos marginales que se rebelan contra la norma establecida, lo que constituye otra forma de ver y comprender el mundo romano de la época.

Por consiguiente, Delito, delincuente y castigo en las Metamorfosis, es el subtítulo más apropiado para esta Tesis Doctoral. A través del estudio de un fenómeno del mundo cotidiano que refleja la novela -el de los delitos- y también del estudio

XI

del Derecho romano de la época, comprobaré si se confirma, o no, la hipótesis inicial del trabajo, contribuyendo así al enriquecimiento de la comprensión del Mundo Antiguo.

Por lo demás, he manejado principalmente la edición de W. Adlington de las Metamorfosis y la de M.D. MacLeod del epítome de Luciano, ambas publicadas en Loeb Classical Library, y la edición de P. Vallette en Les Belles Lettres de la Apología y las Flórida.

Finalmente, quiero expresar mi más sincero agradecimiento al Dr. D. José M^a Blázquez Martínez, director de esta Tesis Doctoral, y a todos aquellos que, de una u otra forma, me han ayudado y alentado a realizarla.

CAPITULO I: ESTADO DE LA CUESTION SOBRE APULEYO Y SU OBRA.

I.1: Personalidad de Apuleyo.

I.2: El mundo de Apuleyo: el siglo II d. C.:

I.2.1: El siglo de los Antoninos.

I.2.2: El Imperio Humanístico.

I.2.3: Rasgos socio-económicos.

I.2.4: La unidad cultural.

I.2.5: Los inicios de la crisis.

I.3: Su obra: Las Metamorfosis:

I.3.1: Originalidad.

I.3.2: Sobre el título.

I.3.3: En torno a supuesta biografía.

I.3.4: Fecha de redacción de la novela.

I.3.5: Sobre el significado de la novela.

NOTAS AL CAPITULO I.

I.1: Personalidad de Apuleyo.

No se ha conservado -si es que existió- ninguna biografía de Apuleyo. Sin embargo, existen testimonios arqueológicos y literarios -entre los que se incluyen parte de sus propios escritos- que constituyen una abundante fuente de información sobre su vida, su obra y la fama y estimación que consiguió en su época y siglos después.

Es precisamente el propio Apuleyo el que más detallada y extensamente habla de sí mismo, el que mayor cantidad de datos biográficos aporta. Pero lo más interesante es la visión que ofrece de su personalidad, de sus inquietudes e intereses, del hombre en suma.

Por otro lado, la imagen que Apuleyo ofrece de sí mismo puede estar distorsionada o mejorada, pero no cabe duda de que refleja, -en gran parte al menos- una realidad, que además puede contrastarse con los testimonios de sus contemporáneos, que confirman en unos aspectos y completan en otros con la aportación de nuevos datos, esta imagen de Apuleyo.

Además, es bien significativo contemplar qué facetas de su personalidad pasaron a la posteridad, qué imagen se conservó de él y si ésta es muy distinta de la que tenía Apuleyo de sí mismo o de la que tenían sus contemporáneos.

A través de estas tres versiones, de estas imágenes de una misma personalidad, podemos llegar a comprender quien fue Apuleyo como hombre, paso esencial antes de entrar en el estudio de su obra.

Comprender al hombre, conocerlo, nos ayuda a comprender y conocer al autor, de la misma manera que el análisis del mundo en que vivió nos facilita el estudio del mundo que refleja la novela.

Comienzo, pues, con el análisis de la personalidad de Apuleyo visto por sí mismo, por sus contemporáneos y por la posteridad. Todo ello sin tratar de ser exhaustiva, sino simplemente destacando las afirmaciones y testimonios más significativos y que mejor definen y esclarecen la imagen de este autor.

Sobre su origen habla en la Apología y se califica de seminúmida y semigétulo, pero añade que no se ha de tener en cuenta dónde ha nacido una persona sino qué formación moral tiene, no hay que considerar el país sino sobre qué principios ha cimentado su vida ("Seminumidam et Semigaetulum... Non enim ubi prognatus, sed ut moratus quisque sit spectandum, nec qua regione, sed qua ratione vitam vivere inierit, considerandum est") (1).

Esto no quiere decir que Apuleyo reniege de sus oríge-

nes africanos, al contrario, afirma no avergonzarse de su patria, una colonia muy floreciente donde su padre alcanzó el cargo de duúnviro y donde él ocupó su mismo puesto desde que comenzó a formar parte de su curia ("Nec hoc eo dixi, quo me patriae meae paeniteret... splendidissima colonia sumus, in qua colonia patrem habui loco principis duumviralem cunctis honoribus perfunctum; cuius ego locum in illa re publica, exinde ut participare curiam coepi...") (2).

Alaba también a Cartago, glorificando su papel de ciudad cultural, maestra de toda la provincia y musa celeste de Africa ("Carthago provinciae nostrae magistra venerabilis, Carthago Africae Musa caelestis, Carthago Camena togatorum") (3).

Precisamente, se autodefine como discípulo de Cartago, ciudad donde aprendió en su niñez y a la que agradece sus enseñanzas, proclamando su poderío y honrando a sus dioses ("Hanc ego vobis mercedem, Carthaginienses, ubique gentium dependo pro disciplinis, quas in pueritia sum apud vos adeptus. Ubique enim me vestrae civitatis alumnum fero, ubique vos omnimodis laudibus celebro, vestras disciplinas studiosius percolo, vestras opes gloriosius praedico, vestros etiam deos religiosius veneror") (4).

Quiso dedicar gran parte del patrimonio heredado de su padre a efectuar largos viajes y ampliar sus conocimientos

de todo tipo ("profiteor mihi ac fratri meo relictum a patre viciens paulo secus, idque a me longa peregrinatione et diutinis et crebris liberalitatibus modice imminutum") (5).

En cuanto a sus viajes, no se redujeron a los centros de estudio como Atenas y Roma (6). Apuleyo habla como testigo presencial de Samos y de la Frigia y alude a otras regiones, como la India, demostrando sus conocimientos sobre el tema (7).

Estaba interesado por la elocuencia, la poesía, la geometría, la música, la dialéctica y, sobre todo, por la filosofía, y cultivó por tanto todos los géneros: poemas, diálogos, himnos, mimos, sátiras, historias, rindiendo culto a las nueve musas con idéntico entusiasmo ("Apuleius vester haec omnia novemque Musas pari studio colit") (8).

Menciona a menudo en sus obras sus conocimientos y su gusto por componer poemas de todas clases, enigmas, diálogos, discursos, y todo tipo de obras, tanto en griego como en latín, sin preferir ninguna determinada, con la misma ilusión e idéntico estilo (9). También se interesó por la investigación científica y la medicina (10), y tomó parte en Grecia en las iniciaciones de la mayor parte de los cultos místéricos (11).

En fin, Apuleyo se esfuerza por destacar su curiosidad sin límites, su afán por adquirir conocimientos de todo tipo y el placer que todo ello le proporciona. Se presenta a sí mismo

como un hombre polifacético, que a pesar de haber recorrido casi todo el Imperio, se siente vinculado a su patria, y se siente ante todo filósofo platónico (12), sin dejar por ello de considerarse poeta, científico o conferenciante (13).

En 1818 se descubrió en Argelia una inscripción, en el pedestal de una estatua. Sólo se conserva un fragmento que incluye parte de la dedicatoria de los ciudadanos de Madaura a un filósofo platónico, que constituye la honra de la ciudad (14). Aunque falta la parte superior de la inscripción, donde figuraría el nombre del filósofo, todo parece indicar que se trata de Apuleyo.

En efecto, sabemos que fue honrado en vida con la erección de, al menos, tres estatuas (15). Sus contemporáneos le consideraban, pues, un filósofo platónico que honraba a su patria.

El propio Apuleyo expresa claramente el sentido que tenía para él la dedicación de una estatua: "Equidem scio et filiorum cariores esse qui similes videntur et publicitus simulacrum suum cuique, quod videat, pro meritis praemio tribui" (16).

Pero no sólo se le estimaba como filósofo platónico, su rica personalidad halló eco, al menos en Africa, y se apreciaban y conocían sus discursos y obras literarias; "Et vox mea utraque lingua iam vestris auribus ante proximum sexennium probe

cognita, quin et libri mei non alia ubique laude carius censentur quam quod iudicio vestro comprobantur" (17).

Se le conocía, pues, y se le reconocían sus conocimientos en las más diversas materias. Prueba de ello es la consulta que el médico Temisión le efectuó sobre el caso de una mujer epiléptica (18). Otro ejemplo es el reconocimiento de sus composiciones amatorias en verso (19).

Filósofo platónico, escritor afamado, poeta, con conocimientos médicos estimables, gloria de su ciudad, en definitiva, un hombre famoso y apreciado por sus contemporáneos.

El mismo Apuleyo así lo declara: "Quid igitur superest ad honoris mei tribunal et columnen, ad laudis meae cumulum? Immo enimvero, quid superest?" (20). Afirma haber conseguido algo muy difícil, ser grato al pueblo, agradar al mismo tiempo al senado y conseguir la aprobación de los magistrados y varones principales (21).

Debió alcanzar esta fama pronto, y supo conservarla: "Non hercule penuria laudis, quae mihi dudum integra et florens per omnes antecessores tuos ad te reservata est" (22), "Nam et quantulumcumque ingenium meum iam pridem pro captu suo hominibus notius est, quam ut indigeat novae commendationis" (23).

Pero quizá la faceta más conocida de Apuleyo en su

época, junto con las otras ya enumeradas, sea la de mago. Y es esta precisamente la que pasó a la posteridad con mayor fuerza.

En efecto, se le acusó de ser mago y de haber empleado sus poderes mágicos para seducir la voluntad de su esposa Pudentilla. El proceso tuvo lugar en Sabrata, durante el reinado de Antonio Pío, entre el 158-59, según Guey (24).

Apuleyo pronunció en defensa propia un discurso que, re-elaborado, ha llegado hasta nosotros con el nombre de Apología o Pro se de magia liber. En él se dirige a Claudio Máximo, prócōsul de Africa entre los años 158-59 y 160-61 (25).

La acusación de haber recurrido a filtros mágicos ("pocula amatoria"), para seducir a Pudentilla, era grave, y se castigaba con la muerte, según la "Lex Cornelia de sicariis et veneficis" (26). Pero el tono del discurso inclina a suponer que Apuleyo fue absuelto, aunque, como hemos apuntado, su fama de mago pasó a la posteridad.

Así, San Agustín, Lactancio y San Jerónimo, entre otros, creen en sus poderes mágicos (27), y le oponen a Jesucristo, como hacían con Apolonio de Tiana (28).

Junto a su fama de taumaturgo, San Agustín reconoce en él al filósofo platónico (29), y menciona también su novela,

nombrándola con el título de Asno de oro ("sicut Apuleius in libris quos Asini aurei titulo inscripsit") (30).

Es precisamente su novela la que -tras un paréntesis- proporciona a Apuleyo el reconocimiento y la fama que llega hasta nuestros días. En los siglos XIV y XV, proliferaban copias en Italia, Francia e Inglaterra, en el XVI aparecen traducciones en Alemania y España, y en el XVII Apuleyo era ya uno de los autores de ficción mejor conocidos. Su influencia en la literatura picaresca española, por ejemplo, ha sido estudiada por diversos autores (31).

En fin, desde fines del siglo XIX y hasta hoy mismo, los estudios sobre sus obras y -a través de ellas- de su personalidad, son numerosísimos y nos ilustran sobre diversos aspectos del siglo II d. C., pues nadie duda en calificarlo como un hombre representativo de su época.

I.2: El mundo de Apuleyo.

I.2.1: El siglo de los Antoninos (32):

Gibbon presenta el siglo II d. C. como una especie de edad de oro de la civilización europea (33). Pero esta idea aparece ya en autores antiguos, cuyo testimonio se conserva. Elio Arístides, por ejemplo, en su discurso "A Roma", describe un Imperio Universal unificado y en paz, gobernado por el emperador con el auxilio de la burocracia y el ejército (34).

Poco tiempo después, a principios del siglo III d. C., Tertuliano destaca el desarrollo alcanzado por la colonización agrícola y mercantil en todo el Imperio, y la importancia de la vida urbana (35).

Aunque esta visión optimista no es unánime, e incluso otros autores como Anneo Floro sitúan el siglo II d. C. en la senectud del Imperio (36), existen una serie de argumentos que inclinan a considerar que, alrededor del 150 d. C., tiene lugar un apogeo de la civilización antigua (37).

Uno de estos argumentos, o razones objetivas en que basarse para reclamar el título de edad de oro empleado por diversos autores, es la paz (38). En efecto, ningún enemigo exterior amenazaba al Imperio y, desde la caída de Domiciano, la concordia civil reinaba también en Roma, fortalecida por

el sistema de adopción establecido desde el emperador Trajano (39).

Por otra parte, cada vez es mayor la integración de los provinciales en los cuadros dirigentes; la administración imperial está mejor adaptada a sus necesidades, y los beneficios de la "Pax Romana" se sienten con más fuerza que nunca en los oficios propios de la paz: el comercio, la industria y la agricultura. Además, la desaparición de la piratería y la mejora en las comunicaciones, favorecen la unidad del Imperio, tanto en lo político como en lo cultural. El latín en Occidente y el griego en Oriente, comunicaban los pueblos. En cuanto al Derecho romano, produjo una clase de súbditos cuya condición política trascendía las fronteras y las razas; en efecto, los "cives romani" eran una fuerza que extendía la cultura y la romanización a lo largo de los inmensos territorios gobernados por el emperador (40).

Todos estos factores destacados y destacables del siglo II d. C., parecen demostrar que el panegírico de Elio Arístides en su "encomio" de Roma, o las afirmaciones tan gráficas de Tertuliano, tienen una correspondencia con la realidad del mundo que tratan.

Sin embargo, el análisis de otros aspectos de este siglo justifican el calificativo de "veranillo" (es decir, tiempo de calor en medio del otoño), dado por Walbank el siglo II d.C. (41).

I.2.2: El Imperio Humanístico (42):

¿Cómo se entiende el poder y cuál es la ideología política de los emperadores? Lo primero que advertimos es que, desde Adriano, se inaugura un nuevo tipo de monarca que, de manera consciente, se identifica con Augusto y se contrapone a César. Un tipo de monarca-filósofo, frecuente en la historia universal, y cuyo modelo mejor acabado es, precisamente, el de los Antoninos (43).

Esto es fundamental para comprender este siglo, apreciar que el Imperio está gobernado por príncipes "humanistas" (44), como Adriano, Antonino Pío o Marco Aurelio, cuya diversidad está atenuada por la presencia de la "virtud filosófica" en el ideal de vida de todos ellos (45).

Este carácter filosófico y humanista de los Antoninos hizo que desapareciera, entre Nerva y Marco Aurelio, el concepto domicianeo del emperador como "dominus et deus". Pero aún así, y sobre todo con Adriano, se fomentó el culto imperial en las provincias, imponiéndose, además, en este culto imperial, el punto de vista griego. Así, Adriano aparece como "Zeus Panhellenios, Olympios, Eleutherios", aunque sólo con Cómodo volverá el concepto de monarca-dios (46).

También en el protocolo imperial puede observarse una fuerte influencia oriental, aceptada por los emperadores

en función de la dignidad religiosa de su cargo, y sin que ello interfiriera en la sencillez de la vida cotidiana (47).

La ideología de los Antoninos, a pesar de los elementos helénicos y de las especulaciones orientales de que se reviste, permanece profundamente fiel a los dioses tradicionales y a la "gravitas" de los antepasados (48).

En cuanto al poder imperial, los Antoninos, desde el punto de vista institucional, no difieren de Augusto. La titulación imperial de Trajano, por ejemplo, es buena prueba de ello: "Imperatorii Caesari divi Nervae filio Nervae Traiano Optimo Augusto Germanico Dacico pontifici maximo tribunicia potestate XVIII imperatori VII consuli VI patri patriae" (49).

El verdadero cambio consiste más bien en la transformación del poder personal -institucionalizado con la "Lex de Imperio Vespasiani"- en una monarquía administrativa, en la que el príncipe pierde el carisma augusteo y se convierte en titular de un cargo público (50).

Como toda monarquía "ilustrada", la de los Antoninos presenta también contradicciones. Así, Tácito afirma que lo que hizo posible el estado de seguridad pública e incluso de felicidad -en época de Nerva y Trajano- fue precisamente la asociación entre el principado y la libertad: "Nunc demum redit animus; sed quamquam primo statim beatissimi saeculi ortu Nerva

Caesar res olim dissociabilis miscuerit, principatum ac libertatem, augeatque cotidie felicitatem temporum Nerva Traianus" (51).

Esta asociación, un poco "contra natura", se explica si concebimos el principado como la antítesis de la tiranía representada por Domiciano. En cuanto a la libertad, Tácito no duda de su existencia en una época: "ubi sentire quae velis et quae sentias dicere licet (52).

I.2.3: Rasgos socio-económicos:

El incesante desarrollo urbano daba al Imperio del siglo II d. C. la apariencia de una inmensa federación de ciudades-estado autónomas, pero con una dirección central ejercida por el "princeps" en las relaciones exteriores, el ejército y la hacienda pública. Así, la burocracia imperial casi nunca intervenía en los asuntos locales, sólo recaudaba impuestos y administraba los dominios imperiales y del Estado, y se ocupaba también de una parte de la jurisdicción (53).

Existía, pues, una curiosa y contradictoria mezcla entre un gobierno imperial central y un sistema federativo de ciudades-estado autónomas.

En estas ciudades prosperó una numerosa burguesía que contribuyó a descentralizar la riqueza. Así, frente a las escasas pero escandalosas fortunas del siglo I d. C., como la del célebre Pallas (54), encontramos en el siglo II d. C. fortunas menores pero muy numerosas y distribuídas por todo el Imperio, siendo incluso más frecuentes en las provincias que en la propia Roma (55).

Esta burguesía urbana vive, en su mayor parte, del comercio, posibilitado por un sistema de comunicaciones sin parangón en Europa hasta mil doscientos años después de la caída de Roma (56).

Aunque el comercio exterior era importante, la prosperidad de las ciudades se debía sobre todo al comercio interprovincial, que consistía, casi exclusivamente, en un comercio de artículos de primera necesidad cuyo principal consumidor era la "annona" imperial (es decir, el ejército y la población de Roma). Pero no era la "annona" imperial la única que movilizaba el comercio a gran escala, muchas grandes ciudades, especialmente en Oriente, importaban grandes cantidades de artículos de primera necesidad, indispensables para su supervivencia (57).

A pesar de la importancia del comercio para la vida económica del Imperio, la actitud del gobierno imperial fue libremercantilista. Esto puede ser debido a que -al haber heredado

de la República un aparato estatal inadecuado para la gobernación del Imperio- Augusto escogió la solución más sencilla, o porque, después de la crisis del siglo anterior, supuso que el libre cambismo estimularía la economía del Imperio bajo las buenas condiciones de la "Pax Romana" (58).

El hecho es que, desde Augusto, prevaleció la política de "laissez faire" (59).

En cuanto a la industria, su rasgo principal fue la descentralización. Todas las provincias procuraron reducir las importaciones de productos manufacturados de Italia y desarrollar las industrias locales. El Estado aplicó también aquí una política de "laissez faire", y se abstuvo de proteger la industria itálica. Sí intervino, sin embargo, para proteger la producción italiana de vino (60).

A pesar del gran desarrollo alcanzado por el comercio y la industria en el siglo II d. C. y de la formación de grandes masas de población urbana, hay que tener muy en cuenta que la gran mayoría de la población del Imperio era población rural, dedicada al cultivo de la tierra. Y fue precisamente ésta, la población menos romanizada, la destinada a tener cada vez más protagonismo en la historia del Imperio romano (61).

La descentralización de la riqueza y de las actividades industriales, así como la creciente expansión de la vida urbana,

son indicios de un proceso mucho más general que propiciaba que el equilibrio entre Italia y las provincias tendiera a romperse a favor de éstas. Y este desequilibrio se manifiesta claramente en la composición de las clases dirigentes. En efecto, es bien sabido el origen hispánico de los primeros Antoninos, pero también las clases senatorial y ecuestre tienen en el siglo II d. C. un origen fundamentalmente provincial. Así, después de Trajano, los orientales ocupan un puesto importante en el Senado y la administración. Adriano siguió la política de su antecesor, pero en favor sobre todo de intelectuales, profesores, filósofos y notables de las ciudades (62). Además, la alta administración se puebla de caballeros de origen oriental, sobre todo después de la creación, bajo el emperador Adriano, de una carrera civil que convenía mejor a los orientales y a los juristas, y que anuncia directamente la época de los Severos (63).

En cuanto a la esclavitud, parece estar en retroceso. Mientras en la época neroniana el Satiricón presenta una economía fundamentalmente esclavista, en las Metamorfosis aparece reflejada con más fuerza una economía de colonato, anunciando ya lo que será el Bajo Imperio (64).

I.2.4: La unidad cultural:

La intensidad del comercio y el desarrollo de la vida urbana tenían que conducir, necesariamente, a un intercambio de experiencias entre los diversos pueblos del Imperio, también a una disolución de la estrechez provinciana y a una nivelación general de las costumbres y las pautas de conducta.

En efecto, la romanización progresa enormemente en Occidente, pero quizá lo más característico de la cultura del siglo II d. C. sea la unidad cultural helénico-romana. Esta unidad cultural se produce -otra paradoja más- sobre la base del bilingüismo, fundamentalmente un bilingüismo "aristocrático", de "élite" (65).

En este sentido, no hay que olvidar que Plutarco y Epicteto son grandes exponentes de la cultura romana, que el bitinio Arriano figura entre los generales más prestigiosos del ejército, que el griego es la lengua en que Elio Arístides escribe su elogio de Roma y Apiano su Historia, cuyo proemio es además la exaltación del Imperio. También Eliano, e incluso el emperador Marco Aurelio, escriben en griego (66).

Ya he mencionado los componentes helénicos de la monarquía humanística de los Antoninos. A partir de Adriano el humanismo imperial será inseparable del filohelenismo. Así, si Trajano era el emperador victorioso, "dacicus, germanicus, par-

thicus", adriano será lo que Nerón quiso ser, el emperador de la gran cultura clásica. El título de "panhellenios" es la más completa definición de él y de su tiempo, y marcará la pauta sobre la que se moverá el Imperio hasta Marco Aurelio (67).

Esta unidad cultural, compartida sobre todo por las "élites" orientales, igual que el sentimiento imperial, no impidió, sin embargo, que los romanos fueran considerados como extranjeros (68).

Dentro de esta unidad cultural, el Derecho jugó sin duda un papel de primer orden. La vida misma así lo exigía, el Imperio comprendía un mundo heterogéneo, unido por vínculos económicos, políticos y culturales, y las distintas normas de derecho y consuetudinarias hacían necesaria una unificación jurídica. El enorme desarrollo de la jurisprudencia durante los siglos II y III d. C. responde a esta necesidad (69).

La tendencia de la época, como ya hemos indicado, consiste en favorecer a las provincias. Y precisamente dentro de esta tendencia se inscribe la uniformización de los estatutos personales, que culminará con el edicto de Caracalla. Ahora bien, el acceso de los provinciales a la ciudadanía plantea un problema jurídico de gran interés: ¿Hasta qué punto a la uniformización de estatutos personales corresponde una uniformización del Derecho? Bajo la República, si un romano se hacía ciudadano de otra ciudad, perdía automáticamente su Derecho. Pero durante

el Imperio, los nuevos ciudadanos romanos podían mantener su anterior nacionalidad, es decir, podían someterse a dos Derechos distintos o elegir. Augusto fue quien fijó las modalidades a seguir en los procesos que enfrentaban a ciudadanos romanos y griegos, pudiendo estos escoger jueces griegos y, por tanto, Derecho griego. En cuanto a los griegos que se hicieron ciudadanos romanos, quedaron sometidos a las obligaciones litúrgicas de su ciudad de origen (70).

Los Derechos locales y la doble nacionalidad no desaparecieron, pues, durante el Imperio (71). También está demostrada la persistencia de Derechos locales, particularmente sucesorios y de familia, según se deduce de ciertos papiros (72).

Sin embargo, la tendencia general fue la difusión del Derecho romano, debido a las propias necesidades de la administración.

Bajo el Principado y, sobre todo, en tiempos del Imperio absoluto, la constitución imperial es fuente primaria y casi única del Derecho. El príncipe se erige también en mentor y guía de la deliberación del Senado, su propuesta -"oratio principis"- da vida a la decisión que aprueba el Senado, esto es, el "senatus-consultum". Por otro lado, en época de Adriano, Salvio Juliano redacta el Edicto Perpetuo, recopilando y codificando el viejo Derecho pretorio, es decir, todos los antiguos edictos de los magistrados (73).

Pero la principal fuente del derecho en época imperial son las Constituciones imperiales, fundadas sobre el "ius edicendi" que el emperador hereda de los antiguos magistrados. Hay varias clases de Constituciones imperiales: los "edicta", que son leyes generales; los "rescripta", respuestas dadas por carta a un funcionario sobre una cuestión específica; los "decreta", decisiones directas en materia judicial, que más tarde servirán de referencia; los "mandata", instrucciones dadas a los gobernadores de provincias (74).

Como la jurisprudencia tenía tanta importancia en el Derecho romano, aparecieron también recopilaciones y manuales prácticos como el del jurista Gayo, que ha llegado hasta nosotros (75).

Este Derecho romano, que ya hemos indicado alcanza su pleno desarrollo entre los siglos II y III d. C., se inspiró -parcialmente- en la filosofía estoica, y tenía como valores básicos la justicia y la equidad: "ius aequi et boni" (76).

Este mundo culturalmente bilingüe y con una fuerte tendencia a la uniformización jurídica, presenta una peculiar efervescencia espiritual y religiosa que se manifiesta, sobre todo en la segunda mitad del siglo II d.C., en el gran desarrollo alcanzado por las religiones orientales (77).

En efecto, los viejos dioses de la polis cayeron con

ésta al constituirse el Imperio (78), y las religiones orientales ocuparon en gran medida su lugar, garantizando la inmortalidad a un nuevo tipo de hombre que ya no se siente seguro de nada y que se sabe instrumento de la "heimarmene", más que de la "tyche" (79). Además, la "heimarmene" terminó por ser asimilada al fatalismo astral (80).

Este brote, propio de tiempos de crisis, tuvo a su favor la decadencia del escepticismo y el epicureísmo, y, frente a estas doctrinas filosóficas, tenía a su favor la ventaja de ofrecer respuestas tanto al hombre culto como al ignorante (81).

Se pueden distinguir dos tipos de religiones orientales. Unas, fundadas sobre los ciclos biológicos de muerte y resurrección; a esta categoría pertenecen entre otros los cultos de Sabazios, Baal, Osiris, Isis, Adonis y Ma Bellona. Otras de tipo cósmico o astral, con influencias iranianas, pitagóricas, herméticas o astrológicas, entre las que el culto más importante es el de Mitra (82).

Desde una óptica política, el triunfo de las religiones orientales puede interpretarse a la luz de la importancia creciente de las provincias asiáticas del Imperio, y también como el triunfo de las aspiraciones de las masas populares. El auge del misticismo oriental vendría a ser la proyección de la cultura popular en el humanismo de las clases dirigentes (83).

Sin embargo, a pesar de la gran difusión de los cultos orientales, a mediados del siglo II d. C. aún no eran preponderantes, y las creencias tradicionales aún no estaban amenazadas de gravedad (84). Así, aunque tanto los emperadores "realistas" como Tiberio, como los "filósofos" (Adriano o Marco Aurelio), se muestran atraídos por los cultos orientales, no caen en los excesos del misticismo oriental. La propia diversidad de las opciones personales muestra que ninguna de ellas era predominante (85).

En cuanto a las clases dirigentes, parecen más tradicionalistas y se inclinan por el culto imperial, la tríada capitolina y "Roma Aeterna", es decir, los cultos oficiales del estado. Respecto al cristianismo, todavía está muy lejos del triunfo definitivo, aunque ya en el siglo II d. C. ha ganado para su causa a polemistas e intelectuales, muy diferentes de los humildes cristianos del siglo I (86).

Ante el culto imperial, los Antoninos contaban con dos opciones: la moderación y el tradicionalismo de Augusto o Tiberio (87), o los excesos de los emperadores que se divinizaron en vida. Ya vimos como, a pesar de su carácter ilustrado y humanista y de su modestia personal, los Antoninos hicieron progresar una mística imperial que tuvo su culminación con Diocleciano, y divinizaron, después de muertos, a miembros de su familia, la "Domus Augusta". En Roma, los emperadores divinizados, después de su apoteosis acordada por el Senado (88), reci-

bían una estatua en el templo de los "Divi", y el colegio especial de los "sodales augustales" -reclutados entre los miembros de las mejores familias senatoriales- organizaba juegos y diversas ceremonias en honor del emperador muerto (89).

También en cada provincia y municipio estaba muy organizado el culto imperial (90).

I.2.5: Los inicios de la crisis:

El mundo romano, a mediados del siglo II d. C., vive su último período de equilibrio (91).

Pflaum, resume así la situación del Imperio en esta época: la enorme amplitud de sus fronteras, la persistencia de los grandes enemigos hereditarios de Roma (germanis, dacios, sármatas, partos), y sobre todo, el deficiente potencial demográfico del Imperio, incapaz de resistir el ataque simultáneo en dos frentes, sólo permitían tres opciones: el movimiento, la estabilización y el inmovilismo (92).

Trajano, Adriano y Antonino Pío adoptaron sucesivamente estas tres soluciones, y fue precisamente el inmovilismo de

Antonino Pío lo que dio enorme popularidad a este emperador entre sus contemporáneos. Pflaum considera que la prosperidad en las provincias (tanto en Oriente como en Africa o en Occidente), nunca fue mayor, que es precisamente en esta época cuando el bienestar de los romanos alcanzó su apogeo. Ahora bien, al morir Antonino Pío, su sucesor habría de pagar las consecuencias del inmovilismo precedente (93).

Tres indicios señalan la ruptura del equilibrio, ya en tiempos del emperador Marco Aurelio. En primer lugar, el reinicio de las guerras, esta vez defensivas, que pusieron fin a un largo período de paz. Además, estas guerras en la frontera oriental y el Danubio, se complicaron con una epidemia de peste originada en Egipto y difundida con los movimientos de tropas (94).

El segundo indicio es la revuelta de Avidio Casio, legado de Siria, en el año 175 d. C. Aunque el rebelde fue sometido y decapitado, la revuelta puede considerarse como un golpe a la unidad del Imperio, a la fusión de Oriente con Occidente (95).

Por último, el abandono del principio adoptivo en la sucesión imperial cuando, a la muerte de Marco Aurelio, le sucede su hijo Cómodo. Este tercer indicio puede considerarse como una expresión constitucional de la crisis general, y supuso el fin del Imperio humanista, del ideal "ilustrado" de gobierno (96).

Ahora bien, ese equilibrio que se rompe en la segunda mitad del siglo II d. C., era un equilibrio muy precario, y esto era debido a diversas razones. P. Petit señala, en primer lugar, el liberalismo económico, o más bien el absentismo estatal, que hacía aumentar las distancias entre ricos y pobres y entre regiones ricas y regiones pobres (97).

Pero también hay que destacar la ruptura del equilibrio -mantenido por los primeros Antoninos- entre senadores y caballeros, ya que la evolución administrativa y jurídica tiende a favorecer a los caballeros frente a los senadores. También se precisa la jerarquización de funciones y títulos que diferencian los grados de la carrera oficial, en especial para los caballeros, lo que anuncia ya el Bajo Imperio (98).

Más importante fue aún la nueva diferenciación, que apareció con Antonino, entre "honestiores" y "humiliores". Se establecía así, de manera oficial, una división social entre ricos y pobres, y los pobres de condición libre se nivelaban con los esclavos (99).

En segundo lugar, y junto a todos estos factores de desequilibrio social, aunque el Imperio estaba unido política y administrativamente, empiezan a constituirse grandes sectores regionales de tendencia autárquica. El gran comercio sólo afectaba a productos de lujo, pero no a los de calidad corriente (100).

En tercer lugar, aunque la sustitución de la ciudad-estado por el Imperio tuvo consecuencias importantes en otros órdenes, no tuvo una correspondencia en el ámbito económico pues la economía siguió siendo urbana y los excedentes del campo se consumían en las ciudades, en cuyo provecho se organizaba la vida económica.

Por último, ante estas condiciones, y teniendo en cuenta las limitaciones tecnológicas del mundo antiguo (101), y la economía inflacionaria (102), sólo la conquista militar de nuevos mercados y la colonización interior, podían garantizar el mantenimiento del equilibrio. Al cesar la expansión territorial, frenarse la colonización interior y reanudarse las guerras, se desencadenó rápidamente la crisis, cuyo factor esencial fue la decadencia de la vida municipal (empobrecimiento de las "élites" locales, aumento de la presión fiscal y del control estatal y pérdida de la autonomía de las ciudades) (103).

Los "buenos" emperadores del siglo II d. C. (104), fueron a la larga más peligrosos que un "mal" emperador como Nerón, puesto que provocaron el desarrollo de los dos peores enemigos de la libertad municipal: la burocracia y el intervencionismo (105).

Así pues, existen diversas teorías sustentadas por los historiadores actuales sobre la causa o causas de la crisis. Expongo a continuación un resumen de las más destacadas, extraído

de la obra de J. Iglesias, Espíritu del Derecho romano (106): "Se piensa en la asfixia económica: problemas de la escasez y encarecimiento de la mano de obra (Weber); de la moneda (Barbagallo); de la legislación fiscal (Boak); del intervencionismo, que da al traste con la prosperidad (Leopold); de la lucha entre ciudadanos y soldados campesinos (Rostovtzeff); de la lucha entre los poderosos y los pobres (Sorel). Se piensa en una crisis moral o en una crisis de civilización, que motivó la desafección de las clases populares (Toynbee). Se piensa en el cristianismo como principal responsable de la crisis de la cultura antigua (Pfister). Se piensa en el mestizaje con elementos semíticos o germánicos (Frank, Vogt). Se piensa en determinantes sociales o intelectuales, por la eliminación de las clases cultivadas (Seek, Rostovzeff). Se piensa en el régimen político, la economía, la religión y las formas superiores de la civilización -el organismo romano todo, en definitiva-, víctimas de una enfermedad interna incurable, que hubiera llevado a la muerte de todas formas, y a corto o largo plazo, incluso sin las invasiones bárbaras (Lot)". (106)

I.3: Su obra: Las metamorfosis.

I.3.1: Originalidad:

La originalidad de la novela de Apuleyo ha sido, y continúa siendo, una cuestión muy debatida, que ha dado lugar a diversas teorías entre los estudiosos del tema (107).

El debate lo suscita, por un lado, la existencia de una obra de Luciano con el mismo contenido, y por otro el testimonio del patriarca Focio sobre un tal Lucio de Patras, autor de otras "Metamorfosis" (108).

Luciano, contemporáneo de Apuleyo, escribió en griego su obra Lucio o el asno, en la que desarrolla el tema de un hombre que se convierte en asno, y sus vicisitudes hasta recuperar finalmente la forma humana (109). Entre esta obra y la novela de Apuleyo hay muchas correspondencias literales en párrafos enteros, o narraciones muy similares. En evidente, pues, que existe una relación entre ambos autores. El problema consiste en dilucidar cual de los dos copia al otro.

Comparando ambas obras, la novela de Apuleyo es casi diez veces más extensa que la de Luciano. Esto indica que, si hay dependencia directa entre uno y otro, Apuleyo desarrolla notablemente el argumento, o bien Luciano extracta mucho el original.

Argumentos a favor y en contra de la originalidad de ambos autores no faltan. Apuleyo, al comienzo de su novela escribe: "Fabulam Graecanicam incipimus" (110), lo que puede interpretarse como un argumento a favor de la originalidad de la obra griega de Luciano. Además, no parece verosímil que un autor griego copie a otro latino; la tendencia es más bien a la inversa (111).

Sin embargo, si Apuleyo ha copiado el breve opúsculo de Luciano, ha creado más que adaptado, dada la extensión de su novela, la cantidad de relatos que añade y el desarrollo de la psicología de los personajes, mucho más ricos que en Luciano.

El testimonio de Focio amplía la cuestión introduciendo a un tercer autor, que puede ser el original al que copiaron tanto Apuleyo como Luciano. Esta podría ser la solución para explicar la evidente relación entre el opúsculo griego y la novela latina: ninguno de los dos copia al otro, sino que ambos se inspiran en un tercero y de ahí vendrían las claras similitudes entre ambos (112).

Focio, patriarca de Alejandría, escribe su obra durante la segunda mitad del siglo XI d. C. En ella da a su hermano noticias de doscientas ochenta obras antiguas que ha leído, y entre ellas cita unas "Metamorfosis" de un tal Lucio de Patras, escritas en varios libros (113). El propio Focio plantea el

problema de la relación existente entre Lucio de Patras y Luciano, afirma que uno de los dos copia al otro, y se inclina a creer que el imitador es Luciano, quien ha resumido el original de Lucio, eliminando lo que no le interesaba (114).

Todo esto parece demostrar que hubo un original griego en varios libros, llamado "Metamorfosis", obra de Lucio de Patras, y que de ahí salieron las obras de Luciano y Apuleyo. Pero el testimonio de Focio no es definitivo por varias razones.

En primer lugar, es dudosa la existencia de Lucio de Patras, pues no existe ninguna otra mención a este autor más que en Focio (115).

Además, es sospechosa la coincidencia del nombre del autor y del protagonista de las obras de Luciano y Apuleyo. Es posible que Focio se confundiera y mezclara al autor con el personaje protagonista que narra la historia.

Pero lo que es innegable es la existencia de una novela griega que narra las vicisitudes de un hombre transformado en asno, distinta del opúsculo de Luciano. En este sentido el testimonio del patriarca Focio es evidente porque añade además que esta obra es más extensa que la de Luciano.

Nos encontramos, pues, con tres obras distintas que desarrollan el mismo tema: la metamorfosis de un hombre en asno.

De ellas, sólo dos han llegado hasta nosotros: la de Luciano y la de Apuleyo, y de la tercera sólo conservamos una referencia. Dos están escritas en griego y la tercera -la de Apuleyo- en latín. En cuanto a su extensión, Luciano es mucho más breve que Apuleyo y también -siempre siguiendo a Focio- más breve que el otro original perdido.

Partiendo de todos estos datos, la crítica actual se divide en tres posturas distintas: los que consideran que el autor de la novela griega perdida es el propio Apuleyo, que se imitaría a sí mismo en la novela latina posterior (116). Los que creen que el autor original es Luciano, que se resumiría a sí mismo en el opúsculo, o que fue imitado por alguien que resumió el original griego perdido. Habría que hablar entonces del pseudo-Luciano como el autor del opúsculo (117). Finalmente, otros autores consideran que, tanto Luciano como Apuleyo se basan independientemente en la obra de Lucio de Patras (118).

E. Cochia y C. Dilthey son dos de los autores que creen que Apuleyo es el autor del original al que se refiere Focio, y que reeditó la obra más tarde, con muchos cambios y un propósito más serio.

B. E. Perry, por el contrario, defiende la teoría de que Luciano es el autor de la obra griega perdida, y opina también que el autor del epítome no es Luciano sino un imitador de éste. Esto explicaría la gran diferencia que existe entre

la extensión de la novela de Apuleyo y la obra atribuída a Luciano. Según Perry, en el original de Luciano ya existían al menos gran parte de los relatos que después Apuleyo desarrolló en su novela, y que fueron omitidos en el epítome escrito por el imitador de Luciano (119).

M. D. McLeod, apoya la teoría de que tanto Luciano como Apuleyo se basan en la misma fuente, un original griego perdido, la "fabula graecanica" a la que se refiere Apuleyo al comienzo de su novela (120). El análisis de los pasajes 24, 36 y 38 del epítome y su comparación con los correspondientes de la novela de Apuleyo: VI,29; VIII,26 y VIII,30, le lleva a esta conclusión (121).

La teoría de que tanto Apuleyo como Luciano se basaron indistintamente en un original griego perdido es quizá la más extendida hoy día (122). Pero esto lleva a plantearse hasta qué punto Apuleyo es original al escribir su novela.

En efecto, comparando las obras de Luciano y Apuleyo, los añadidos de éste último, es decir, su "originalidad", es evidente. Pero si ambos autores se inspiraron en un tercero -el aludido por Focio- dado que no ha llegado hasta nosotros este original, es muy difícil determinar hasta qué punto Apuleyo crea o simplemente imita al supuesto Lucio de Patras.

P.G. Walsh, opina que Apuleyo desarrolla las "Metamor-

fosis" griegas y que trabaja sistemáticamente sobre el original, excepto en dos casos que son totalmente independientes: el relato de Cupido y Psique (123), y la redención final del protagonista (124). Además, Apuleyo complementa su novela con anécdotas y episodios en los que introduce la magia, la ironía, la tragedia y el romanticismo que caracterizan su relato (125).

J. Annequin, considera también que, en relación a su modelo, hay muchas digresiones en la novela de Apuleyo: abundantes escenas de magia, creación deliberada de un ambiente de simpatía alrededor de su héroe, y, sobre todo, el desarrollo del libro XI (126).

Así pues, aunque es muy difícil establecer de modo definitivo la originalidad de Apuleyo con relación a su modelo, la mayor parte de los autores coinciden en que éste crea un ambiente nuevo a lo largo de su relato -en el que se podría destacar el papel que juega la magia- y, sobre todo, introduce un nuevo final con la aparición de la diosa Isis y la conversión del protagonista a sus misterios, que transforma la novela totalmente confiriéndole un nuevo significado.

I.3.2: Sobre el título:

Se conocen unos cuarenta manuscritos de la novela

de Apuleyo. Todos ellos derivan más o menos directamente del códice Laurentianus 68,2, fechado en el siglo XI. Las ediciones críticas de la obra se basan en este manuscrito y sólo cuando no está claro el testimonio del Laurentianus 68,2, se acude a las copias, y sobre todo a otro Laurentianus, el 29,2, que es la copia más antigua y por lo tanto la más fiable, por estar menos alterada por los retoques posteriores (127).

El título que presenta el Laurentianus 68,2, de la novela de Apuleyo es el de "Metamorphoseon libri XI", y éste es el que consideran correcto muchos estudiosos de Apuleyo (128).

Pero existe otro testimonio, anterior al códice, que aporta un título distinto, introduciendo así un dilema que aún en nuestros días sigue siendo objeto de discusión.

En efecto, San Agustín, a comienzos del siglo V d. C., afirma que la novela de Apuleyo se conocía por el título de "Asinus Aureus" ("libri quos Asini Aurei titulo Apuleius inscripsit") (129).

Este segundo título es el aceptado como correcto por otros autores, y, además, así se tradujo por primera vez al castellano y se popularizó en nuestro país (130).

A favor del testimonio de S. Agustín puede alegarse su mayor proximidad a la época de Apuleyo. Pero, como hemos

visto, toda la tradición manuscrita repite el título de Metamorfosis, sin añadir ningún otro, y éste es, además, el título del original griego perdido donde, probablemente, se inspiró Apuleyo (131).

Cualquiera de los dos títulos tiene, pues, base para que sea admitida su veracidad. Lo interesante por tanto es buscar el sentido que pueda tener cada uno de ellos.

Precisamente la dificultad de interpretar el adjetivo "aureus" aplicado al asno protagonista de la novela, es lo que, según F. Pejenaute, ha impulsado a muchos editores a inclinarse por el título de Metamorfosis, en vez de conservar el de "Asinus Aureus" (132).

Efectivamente, el sentido del título Metamorfosis parece más evidente que el otro, no sólo por la transformación del protagonista en asno, sino por todas aquellas transformaciones psicológicas que experimentan los diversos personajes de la novela. El mismo Apuleyo así lo indica al comienzo de su obra, cuando afirma que es posible encontrar en ella criaturas humanas que cambian de forma y condición ("figuras fortunae que hominum in alias imagines conversas") (133).

El plural utilizado por el autor puede plantear algo de inquietud, ¿a qué otras transformaciones se refiere Apuleyo, además de la de Lucio? Evidentemente existen otras en la novela:

la de un hombre en castor, un cantinero en rana, un abogado en borrego (134). Hay además transformaciones psicológicas profundas de diversos personajes de la obra, como la de Cárite (135); metamorfosis adoptadas por personajes en determinadas situaciones, como el disfraz de oso empleado por el ladrón Trasi-león (136), o el disfraz de mujer de que se sirve Hemo para burlar a sus perseguidores (137).

Y, desde luego, la mayor transformación psicológica entre todos los personajes de la novela, es la experimentada por Lucio, el protagonista, quien se entrega en el libro XI a los misterios de la diosa Isis, abandonando su anterior curiosidad a afán por conocer de cerca las artes mágicas.

En cuanto a la interpretación de "aureus", parece más complicada, y no existe opinión unánime entre los estudiosos modernos sobre los que significa este título.

El sentido más corriente es quizás el encomiástico, y se aplicaría al asno de la misma manera que Apuleyo lo hace en otras ocasiones a lo largo de la novela, por ejemplo, aplicándolo al hijo que Psique lleva en sus entrañas ("infans aurei") (138), y a la fastuosa mansión de la diosa Venus ("aureus thalamus") (139).

El título de Asno de oro, según esta interpretación, aludiría a una visión encomiástica del cuadrúpedo, similar a

el asno que vale el oro que pesa", o "el asno de primera clase", por ser un animal que piensa y razona como un hombre (140).

Otros autores, como P. G. Walsh, han estudiado el significado del adjetivo "aureus" -aunque, concretamente, Walsh considera que el título correcto de la novela es el de Metamorfosis- y lo interpreta como "ilustre". La novela de Apuleyo sería, según este autor, la de "Príncipe de las historias de asnos" (141).

Pero la interpretación del título "Asinus Aureus" puede ser más complicada de los que parece.

R. Martin, afirma que el adjetivo "aureus" no es de materia, sino que designa el color del asno, algo así como rojizo, o leonado. El título "Asinus Aureus" sería entonces la traducción dada por Apuleyo a la expresión "asno de color de fuego, o rojizo", que aparece en la obra de Plutarco "De Iside et Osiride" (142).

Este "asno rojizo" representaba, según Plutarco, a los ojos de los adoradores de Isis, la encarnación del pecado y de las fuerzas del mal.

Martin cambia así totalmente el sentido del título de la novela, lo dota de un significado especial, y añade que existen en la propia obra de Apuleyo pasajes que permiten atesti-

guar la autenticidad de su interpretación.

En efecto, según Martin, una prueba de que el adjetivo puede significar "rojizo", es el uso que el propio Apuleyo hace de "aureus" refiriéndose al dinero resplandeciente que el esclavo Mirmex recibe a cambio de sus servicios: "occlusis auribus effugit protinus" (143). Además, para establecer de una forma más clara la relación con el asno de Plutarco, Apuleyo alude directamente a este autor (144), y esta alusión es para Martin un claro indicio que el lector precavido debe entender. Apuleyo le remite a la obra de Plutarco y así el lector comprende con claridad lo que va a leer (145).

Otros autores, como F. Pejenaute, comparten esta teoría de Martin, según la cual es precisamente el título de la novela el que permite llegar a la total comprensión de la obra, es la llave o la clave de la combinación, sólo conocida por los directos destinatarios de la novela: los iniciados en el culto de Isis (146).

En definitiva, el título de la novela, cualquiera de ellos, es enigmático y ambiguo, se presta a varias interpretaciones e incluso -según algunos autores- encamina y desvía, tapa y descubre, colorea toda la obra y la somete a un trabajo de reinterpretación (147).

I.3.3: En torno a una supuesta biografía:

Dado que no conocemos ninguna biografía de Apuleyo, existe desde muy antiguo la tendencia a considerar que su novela las Metamorfosis es una obra autobiográfica (148).

Existe, efectivamente, en esta obra toda una serie de testimonios, de datos sobre el personajes protagonista que inducen a considerarla como tal. La cuestión, hoy día, sigue planteando dudas, pero casi ningún estudioso de Apuleyo duda que, al menos, existen elementos autobiográficos dentro de la novela.

Según J. G. Griffiths, el problema consiste en cómo encajar el posible elemento autobiográfico dentro de un material prestado, ya que el propio autor confiesa haber escrito una fábula de origen griego (149). Lo más sencillo sería separar aquellas partes de la obra que difieren de la de Luciano, pero no es seguro que no existieran en el original griego. Además, una de las mayores desviaciones de Apuleyo, el cuento de Cupido y Psique (150), no parece tener precisamente un sentido autobiográfico (151).

Los autores que admiten la existencia de elementos autobiográficos en la novela coinciden en destacar una serie de pasajes de la obra como los más significativos para determinar esta posibilidad (152).

En efecto, algunos pasajes relativos al protagonista Lucio, coinciden con lo que sabemos de la vida de Apuleyo a través de otras obras suyas. Aunque también es cierto que otros pasajes no coinciden en absoluto.

Por ejemplo, en la novela Lucio afirma que tuvo que estudiar la lengua latina en Roma (153), pero Apuleyo debía conocer el latín sobradamente, aún antes de viajar a Roma (154).

En la novela, el adivino Diófanes le predice a Lucio que alcanzará gran gloria y será el héroe de una obra escrita en varios libros ("nunc enim gloria satis floridam, nunc historiam magnam et incredundam fabulam et libros me futurum") (155). Esto podría ser una clara alusión autobiográfica, pero en la novela de Luciano hay una referencia similar (156).

Sabemos que Apuleyo tomó parte en ceremonias de iniciación en Grecia (157), y esto coincide con el pasaje de la novela donde la esclava Fotis afirma lo mismo de Lucio (158). Pero no se especifica que Apuleyo estuviera iniciado precisamente en los misterios de Isis.

Así pues, la comparación entre algunos de los datos biográficos de Lucio y los que conocemos de Apuleyo es quizá significativa, pero está lejos de ser definitiva.

También pueden relacionarse algunos de los episodios

de la novela con la vida de Apuleyo, interpretando que el autor hace alusiones de carácter irónico, e incluso cómico, a experiencias vividas por él.

Por ejemplo, el pasaje de la novela en el que el edil del mercado de Hípata ordena pisotear los peces que Lucio acaba de comprar, para castigar al vendedor, pues considera que el precio es excesivamente caro (159), ha sido relacionado por Hicter con la acusación hecha a Apuleyo de manipular peces extraños, de la que tuvo que defenderse en el juicio celebrado en Sabrata (160).

Sin embargo, otros autores, como Walsh, consideran que una interpretación autobiográfica de este pasaje no tiene sentido (161).

Walsh sí admite, en cambio, otros pasajes de la novela como autobiográficos. Por ejemplo, la acusación de homicidio y la celebración de un juicio en Hípata contra el protagonista Lucio (162), le parece una clara alusión irónica al juicio que el propio Apuleyo sufrió en Sabrata acusado de efectuar prácticas mágicas (163). Aún más, el ofrecimiento de los ciudadanos de Hípata de erigir una estatua a Lucio por haber contribuido con su juicio a la celebración de la fiesta en honor del dios de la Risa (164), es considerada por Walsh un reflejo del que los ciudadanos de Oea le hicieron al propio Apuleyo, según nos cuenta S. Agustín (165).

Al final de la novela, Lucio se define como un pobre ciudadano de Madaura ("Madaurensem, sed admodum pauperem") (166). Esta frase es uno de los argumentos más fuertes a favor de considerar, al menos algunos elementos de la novela, como autobiográficos. La mayoría de los autores consideran que Apuleyo escribe esto para proporcionar una especie de firma, para hacer la conexión autobiográfica con el Lucio protagonista de la obra de forma explícita (167). Aunque hay que recalcar que esta probable conexión, introducida al final de la novela, subraya de forma particular la identificación con el Lucio del libro XI, es decir, con el Lucio redimido, renacido, gracias a la conversión a los misterios de la diosa Isis, y no necesariamente con el del resto de la obra.

Precisamente el libro XI es el que está considerado de forma más unánime como claramente autobiográfico. El cambio de clima, el contraste con el final de la obra de Luciano, la atmósfera de auténtica tensión espiritual que lo rodea, da realmente la impresión de responder a una experiencia personal. Apuleyo y Lucio son aquí la misma persona (168).

Walsh, llega aún más lejos al afirmar que el elemento autobiográfico está unido a un sentimiento anti-cristiano. En efecto, conceta la conversión a Isis del protagonista Lucio con la conversión que -según él- está teniendo lugar con el avance del cristianismo en Africa, en época de Apuleyo. Esta conexión la hace a través del término "madaurensis", ya que

la tradición relaciona Madaura con la aparición de los primeros mártires cristianos en Africa, alrededor del 180 d. C. (169).

Relaciona también el propio contenido de la novela con el asunto de la introducción del cristianismo en Africa y de su auge en época de Apuleyo, al conectar la figura del asno con la creencia, atestiguada por Tertuliano (170), de que los cristianos adoraban la cabeza del asno. Eran los "asinarii", según el término utilizado por el autor apologético (171).

Griffiths, considera en cambio que la figura del asno está ligada a la de Seth-Typhon, y que quizá después adquiere un segundo significado, extensible a contextos cristianos (172).

I.3.4: Fecha de redacción de la novela:

Los estudiosos de Apuleyo sostienen dos teorías distintas sobre la fecha de composición de su novela. Unos opinan que es una obra temprana, escrita en su juventud y probablemente en Roma (173), y otros todo lo contrario: es una novela tardía y escrita cuando el autor se había establecido en Cartago (174).

Dado que no existe una fecha establecida, se basan en el análisis de distintos aspectos, tanto biográficos como

psicológicos. También se han estudiado algunos pasajes de la propia novela como soporte de ambas teorías.

La efervescencia que domina el tono del relato, la detallada elaboración de los episodios donde interviene la sexualidad, la pasión por el conocimiento de la magia y de nuevas experiencias, son elementos interpretados por algunos autores como típicos de un autor joven (175).

También son argumentos a favor de esta teoría algunas alusiones topográficas que contiene la novela: "Metae Murtiae" (176), "Tullianus" (177), que pueden interpretarse como guiños que el autor dedica a sus lectores romanos (178).

Pero la mayoría de los autores modernos coinciden en considerar la novela como una obra tardía y escrita en Cartago (179).

Se han estudiado los elementos externos e internos de la obra que pueden inducir a creer que está escrita después del 160 d. C. Los datos externos no aclaran el problema, aunque es cierto que no existe ninguna referencia a la novela en ninguna otra obra de Apuleyo. Este silencio es precisamente el que inclina a J. G. Griffiths a optar por una fecha tardía, pues de no ser así los acusadores de Apuleyo en el juicio de Sabrata hubieran probablemente utilizado la novela como testimonio (180). El juicio se celebró ante el procónsul Claudio Máximo, que ejer-

ció su magistratura entre el 158-59 y 160-61 (181).

Walsh, que como ya hemos apuntado considera que algunos de los pasajes de la novela son autobiográficos, se sirve de tales episodios para apoyar su teoría. Por ejemplo el pasaje en que los ciudadanos de Hípata le ofrecen a Lucio erigirle una estatua, tras la celebración del juicio que conmemoraba la fiesta del dios de la Risa (182), lo interpreta como una clara alusión al ofrecimiento por parte de los ciudadanos de Oea de erigirle una estatua, que tuvo lugar cuando Apuleyo se había instalado ya en Cartago (183).

Walsh utiliza también una serie de pasajes legales que contiene la novela para basar su hipótesis de una redacción tardía: los referentes a los esclavos fugitivos (184).

Así, cuando la diosa Juno se niega a dar refugio a la fugitiva Psique, alega que existen leyes que le prohíben dar refugio al esclavo fugitivo con perjuicio de su amo ("legibus, quae servos alienos perfugas invitis dominis vetent suscipi, prohibeor") (185). Más tarde, Psique suplica a la diosa Ceres que la oculte, aunque sólo sea durante unos días ("patere vel pauculos dies delitescam"), pero esta se niega también (186).

Ulpiano, recoge en el Digesto un rescripto de Marco Aurelio y Cómodo en el que se obliga a gobernadores, magistrados y soldados de guarnición a ayudar al dueño en la búsqueda de

sus esclavos, y a castigar a aquellos en cuya casa se encuentren (187). Ulpiano aclara que esta medida corregía la legislación existente, que concedía el perdón a aquellos que, en el plazo de veinte días, devolviesen los fugitivos a sus dueños o los presentasen ante los magistrados (188).

Los pasajes de la novela de Apuleyo parecen hacer, pues, alusión a la legislación más restringente, en la que el plazo de veinte días quedaba anulado (189), y convierten por tanto la obra en posterior al 177 d. C., fecha del rescripto de Marco Aurelio y Cómodo (190).

Por otro lado, la mención de los "iuridici provincialis decreto", instituidos por Marco Aurelio en 163-64, pone de manifiesto que la novela se escribió después de esa fecha (191).

Bowersock, que ha estudiado todos los pasajes de la novela referentes a Tesalia, opina que responden a una realidad histórica. La alusión al "praeses provinciae" (192), y a sus "auxilia" (193), son fiel reflejo de la situación ya que Tesalia era parte de Macedonia desde mediados del siglo II d. C. (194).

Finalmente, a todos estos argumentos a favor de una fecha tardía de composición de la novela, Walsh añade las referencias al filósofo Plutarco y a su sobrino Sexto. El protagonista, Lucio, afirma que pertenecen a su familia (195), y esto parece ser definitivo para datar la novela después del 150 d. C.

En efecto, no parece probable que Apuleyo citara a una celebridad viviente como pariente de un héroe de ficción, y aunque Plutarco estaba ya muerto seguramente antes de que el propio Apuleyo naciera, Sexto vivía aún a mediados del siglo II d. C., lo que convierte esta fecha en un "terminus post quem" (196).

I.3.5: Sobre el significado de la novela:

El estudio de la novela de Apuleyo obliga a plantearse qué se propone el autor al escribirla, cuál es su intención, qué significado tiene la obra. Para encontrar una respuesta a estos interrogantes los numerosos estudiosos de Apuleyo se han basado en el análisis de la propia novela y, sobre todo, en las palabras del narrador, Lucio, que dan comienzo a las Metamorfosis.

En efecto, Apuleyo en el libro I nos habla de las fuentes de inspiración que ha utilizado y de lo que pretende obtener con su obra. Afirma que se trata de un relato de tipo milesio que contiene diversas fábulas o historias, escritas en papiro egipcio con una caña del Nilo. Después de una breve introducción autobiográfica, Lucio continúa indicando que va a relatar una fábula de origen griego. Finalmente llama la aten-

ción del lector para que se interese por la narración anunciándole que se divertirá con ella:

"At ego tibi sermone insto Milesio varias fabulas conseram auresque tuas benivolas lepido susurro permulceam, modo si papyrus Aegyptiam argutia Nilotici calami inscriptam non spreveris inspicere... Fabulam Graecanicam incipimus; lector intende: laetaberis" (197).

La intención del autor parece ser la de aclarar al lector qué tipo de relato va a escuchar, pero en realidad nos sumerge en un mar de dudas: se trata de un relato de tipo milesio ("Milesio sermone"), pero también de una obra de origen griego ("Fabulam Graecanicam"), escrita en un papiro egipcio ("Aegyptiam papyrus"), con una caña del Nilo ("Nilotici calamus"). ¿Cómo interpretar todo esto?

Además, ¿pretende la novela sólo entretener?, ¿acaso no existe otra intención oculta en el autor? Muchos estudiosos consideran que, en efecto, Apuleyo pretendía algo más que distraer al oyente o al lector, y conceden a las Metamorfosis -o a determinados pasajes de la obra- una interpretación alegórica (198).

Existen también otros autores que refutan, más o menos claramente, el sentido oculto de la novela. Para estos, las Metamorfosis sólo pretende entretener y este propósito está

indicado por el propio Apuleyo al comienzo de su obra, como hemos visto (199).

Pero, sobre todo últimamente, la mayoría de los especialistas consideran que las aventuras de Lucio pueden tener muchos significados y su sentido no ser algo que salte a la vista a los lectores. En definitiva, las Metamorfosis no es una novela inocente (200).

El mismo prólogo de la novela nos está indicando que se trata de una obra tan variada que se resiste a una lectura fácil. La opinión general es que Apuleyo al decir "Milesio" (201), se está refiriendo a las historias que introduce, más que al tema principal de la obra (202). En estas historias el autor desarrolla una serie de relatos con un fuerte contenido sexual, tratados con ironía y cinismo. Su mensaje es el siguiente: ni la honestidad de ningún hombre, ni la virtud de ninguna mujer, son irreductibles (203).

La deuda de las Metamorfosis con la Literatura griega ("fabula graecanica") (204), parece evidente, tanto en la conexión de las aventuras del asno con las historias griegas de viajes, como en la descripción de algunos personajes de la novela, que responden a los típicos héroes y heroínas de las novelas griegas de amor (205).

En cuanto a la alusión al papiro egipcio ("Aegyptiam

papyrus") (206), y a la caña del Nilo ("Nilotici calamus") (207), no parecen ser una apología literal de los materiales de escritura, sino que hacen referencia al color egipcio que tiñe la novela (208). Este colorido egipcio, evidente en el libro XI, aparece también en otros episodios de la obra, como el del pisoteo de los peces (209), el relato de Telifrón y la guardia fúnebre (210), y el relato de Aristómenes (211), principalmente (212).

Pero además, es probable que el tema del hombre que se convierte en asno conservando la inteligencia humana, tenga su origen en Egipto (213).

J.G. Griffiths, ha estudiado los elementos egipcios en las Metaformosis, y la influencia de la Literatura egipcia en la griega, y afirma que detrás del modelo utilizado por Apuleyo hay uno o varios modelos egipcios, como el "Cuento de los dos hermanos", la "Disputa entre Horus y Seth" y el cuento de "El campesino elocuente" (214).

Todo este material egipcio, griego y latino utilizado por Apuleyo en su novela, ¿tenía realmente la intención de divertir, de entretener al lector, como él mismo indica al comienzo de su obra? Ya hemos visto que, hoy día, la mayoría de los autores se inclinan a creer que no, pero ¿qué otro significado, qué otra intención encuentran en la novela?

La crítica actual sitúa las Metamorfosis en una perspectiva netamente egipcia del culto a Isis, sobre todo el libro XI, pero también el conjunto de la novela (215).

Apuleyo, utilizando el proceso sufrido por el protagonista Lucio -que avanza desde una vida en la que domina la sensualidad y la curiosidad malsana, hacia un conocimiento místico de la verdad religiosa- y mediante la detallada descripción de las prácticas religiosas dedicadas a la diosa Isis, hace que su novela experimente una metamorfosis que la convierte en lo que algunos autores califican de verdadera apología religiosa (216).

Las Metamorfosis se convierte entonces en algo más que una historia divertida que sólo pretende entretener, constituye una fábula con intención moralista, y su moral consiste en afirmar que el pleno conocimiento de la realidad no se obtiene por medio de la magia sino gracias a Isis, y que la verdadera felicidad no debe buscarse en la sensualidad sino en el amor de la diosa.

El argumento de la obra representa, entonces, la historia de un alma que cae, que sufre por causa de su caída, y que es salvada gracias a la intervención de la diosa Isis (217).

Para entender la moral que Apuleyo pretende inculcar a sus lectores, hay que tener presente también su concepción

filosófica del mundo. Las Metamorfosis representan la síntesis de su filosofía platónica con la religión isíaca (218).

Esta interpretación filosófica-religiosa de la novela ha sido aplicada especialmente al cuento de Cupido y Psique (219), en el que algunos autores ven un reflejo de las ideas platónicas de Apuleyo, y también una alegoría mística (220).

Hay que considerar, pues, toda la obra como un escrito edificante que intenta propagar los misterios de Isis, pero no abiertamente sino de forma compleja y críptica, que hace necesario el estudio profundo de la novela para descubrir esta "segunda" intención del autor.

NOTAS AL CAPITULO I:

- (1) Apología, 24, 1-3.
- (2) Apología, 24, 7-9.
- (3) Flórida, XX, 10.
- (4) Flórida, XVIII, 36.
- (5) Apología, 23, 2.
- (6) Apología, 72 y 73; Flórida, XVIII y XX.
- (7) Flórida, VI y XV; De Mundo, 17.
- (8) Flórida, XX, 6.
- (9) Flórida, IX, 27-30.
- (10) Apología, 36 y 40.
- (11) Apología, 56, 1 y 55, 8.
- (12) Flórida, XV, 26.
- (13) Apología, 9, 16, 20.
- (14) St. Gsell, Inscriptions latines de l'Algérie, I, París, 1922, nº 2115.
- (15) Flórida, IX, XVI y XVIII.
- (16) Apología, 14, 2.
- (17) Flórida, XVIII; 16.
- (18) Apología, 48-53.
- (19) Apología, 9.
- (20) Flórida, XVI, 39.
- (21) Flórida, XVI, 45.
- (22) Flórida, IX, 31.
- (23) Flórida, XVII, 2.
- (24) J. Guey, "Au théâtre de Leptis Magna. Le proconsulat de Lollianus Avitus et la date de l'Apologie d'Apulée", REL, 29, 1951, pp. 307-317.
- (25) R. Syme, "Proconsuls d'Afrique sous Antonin le Pieux", REL, 61, pp. 310-319.
- (26) A. Abt, Die Apologie des Apuleius von Madaura und die antike Zauberei, Giessen, 1908, p. 11-12.
- (27) Lactancio, Institutiones divinas, VII, 2, 12 y V, 3, 21; S. Jerónimo, Comentarios a los Salmos, LXXXI; S. Agustín, Ciudad de Dios, XVIII, 18.
- (28) J. Annequin, Recherches sur l'action magique et ses représentations, Ann. Litt, del'Univ. de Besançon, 146. Centre de Recherches d'hist. ancienne, 8, París, 1973, pp. 106-116.
- (29) S. Agustín, Ciudad de Dios, VIII, 12; VIII, 14; VIII, 16; IX, 3 y X, 27.
- (30) S. Agustín, Ciudad de Dios, XVIII, 18, 1.
- (31) P. G. Walsh, The Roman Novel, Cambridge, 1970, pp. 228-243.
- (32) Utilizo esta denominación en el sentido tradicional, es decir, para la época que abarca desde Nerva hasta la muerte de Cómodo, aunque los verdaderos emperadores con este nombre comienzan con Antonino Pío y y acaban con Heliogábalo. Vid. P. Petit, "Le IIe siècle après J.C.: Etat des questions et problèmes", ANRW, II, Principat, 2, 1975, p. 354.
- (33) E. Gibbon, Historia de la decadencia y ruina del Imperio

- romano, Barcelona, 1842-47, cap. I y II.
- (34) En M. Rostovtzeff, Historia social y económica del Imperio romano, Madrid, 3ª ed., 1972, vol. I, p. 263.
- (35) Tertuliano, De Anima, 30.
- (36) Anneo Floro, Epítome de Historia Romana, I, intr.
- (37) A. Garzetti, L'Impero da Tiberio agli Antonini, Bologna, 1960, p. 701.
- (38) M. Grant, The climax of Rome, London, 1968, p.17.
- (39) H. G. Pflaum, "Tendances politiques et administratives au IIe siècle de notre ère", REL, 1965, p. 113.
- (40) F. W. Walbank, La pavorosa revolución. La decadencia del Imperio romano en Occidente, Madrid, 1978, p. 35.
- (41) F. W. Walbank, op. cit., p. 33.
- (42) Fue S. Mazzarino quien acuñó este término.
- (43) S. Mazzarino, L'Impero romano, Bari, 3ª ed., 1980, p. 318.
- (44) Término utilizado por S. Mazzarino, op. cit., *passim*.
- (45) Las leyendas monetarias, sobre todo en época de Adriano, transcriben en términos oficiales el renacimiento de la filosofía griega puesta al servicio de la propaganda oficial. Vid. P. Petit, Histoire générale de l'Empire romain, vol. I, París, 1974, p. 181.
- (46) S. Mazzarino, op. cit., p. 372.
- (47) J. Gagé, "Basileia", les Césars, les rois d'Orient et les "Mages", París, 1968, cap. IV.
- (48) A. Alföldi, Die monarchische Repräsentation im römischen Kaiserreiche, Darmstadt, 1970, p. 106.
- (49) CIL, IX, 1558-Dessau, ILS, 296.
- (50) F.M. De Robertis, "Dal potere personale alla competenza dell'ufficio", SDHI, 1942, pp. 255-307.
- (51) Tácito, Agricola, III, 1.
- (52) Tácito, Historias, I, 1; D.C.A. Shotter, "Principatus ac libertas", AncSoc., IX, 1978, pp. 235, 255.
- (53) M. Rostovtzeff, op. cit., I, pp. 266-67.
- (54) G. Alföldi, The Social History of Rome, London, 3ª ed., 1985, p. 132.
- (55) M. Rostovtzeff, op. cit., I, pp. 282-284.
- (56) F.W. Walbank, op. cit., pp. 45 ss.
- (57) M. Rostovtzeff, op. cit., I, pp. 292 ss.
- (58) F.M. Heichelheim, Wirtschaftsgeschichte des Altertums, vol. I, Leiden, 1938, p. 674.
- (59) F.M. De Robertis, Lavoro e Lavoratori nel mondo romano, Bari, 1963, p. 224; G. Chic García, "El intervencionismo estatal en los campos de la producción y la distribución durante la época de los Antoninos", MHA, III, 1979, pp. 125-137, señala algunas excepciones relacionadas con la producción de aceite.
- (60) M. Rostovtzeff, op. cit., p. 315.
- (61) F.W. Walbank, op. cit., p. 49.
- (62) P. Petit, "op. cit.", ANRW, II, P. 2, 1975, p. 367; M. Hammond, "Composition of the Senate a.d. 68-235", JRS, 47, 1957, p. 77, proporciona los siguientes datos sobre la proporción de senadores de origen provincial, en rela-

ción con el total de senadores de origen conocido:

Domiciano: 23,4%	Adriano: 36,8%	Marco Aurelio: 53,7%
Trajano: 34,6%	Antonino: 56,5%	Cómodo: 60,8%

- (63) P. Petit, "op. cit.", p. 367.
- (64) S. Mazzarino, op. cit., p. 346.
- (65) S. Mazzarino, op. cit., pp. 350 ss.; M. Dubuisson, "Some aspects of the Graeco-Roman relations. The attitude of Roman administration towards language use. Xenophobia and disparaging words in Greek and Latin", Prudentia, XV, 1983, pp. 35-47.
- (66) S. Mazzarino, op. cit., p. 323.
- (67) S. Mazzarino, op. cit., p. 323.
- (68) D. Nörr, Imperium und Polis in der hohen Prinzipatszeit, München, 2ª ed., 1969, pp. 94-98.
- (69) S.I. Kovaliov, Historia de Roma, Madrid, 3ª ed., 1979, pp. 692-694.
- (70) F. De Visscher, "Le statut juridique des nouveaux citoyens romains et l'inscription de Rhosos", AC, 1944, pp. 11-35 y 1945, pp. 29-59; V. también del mismo autor "La dualité des droits de cité dans le monde romain d'après une nouvelle interprétation de l'édit d'Auguste découvert à Cyrène", Nouv. Etudes, pp. 109 ss.
- (71) W. Seston-M. Euzennat, "La citoyenneté romaine au temps de Marc Aurèle et de Commode d'après la Tabula Banasitana", CRAI, 1961, pp. 317-323.
- (72) S. Riccobono, Das römische Reichsrecht und Gnomon des Idios Logos, Erlangen, 1957, pp. 91 ss.
- (73) J. Iglesias, Derecho romano. Instituciones de Derecho privado, Barcelona, 9ª ed., 1986, pp. 54 ss.
- (74) W. Kunkel, An introduction to Roman Legal and Constitutional History, Oxford, 1966, pp. 72-120.
- (75) Existe una traducción muy reciente, llevada a cabo por el Dpto. de Derecho Romano de la Fac. Derecho de la Univ. Complutense de Madrid: Gayo, Instituciones, Madrid, 1985.
- (76) W. Kunkel, op. cit., pp. 120-123.
- (77) O. Kern y Th. Hopfner, "Mysterien", RE, XVI, 1209-1350.
- (78) W. Tarn y G.T. Griffith, La civilización Helenística, México, 1969, pp. 251-252.
- (79) S. Mazzarino, op. cit., p. 333.
- (80) M. Eliade, Historia de las creencias y de las ideas religiosas, Madrid, 1978, vol. II, p. 274.
- (81) P. Petit, op. cit., p. 280.
- (82) F. Cumont, Religions Orientales, París, 4ª ed., 1963, pp. 174 ss.
- (83) R. MacMullen, Enemies of the Roman Order, London, 1967, p. 245.
- (84) Una especial infravaloración de las religiones mistericas, en G. Wagner, Das religionsgeschichtliche Problem von Rom, Zürich, 1962.
- (85) M. guarducci, "La religione di Hadriano", en Colloque C.N.R.S. Les empereurs romains d'Espagne, París, 1965, pp. 209-221; J. Beaujeu, La religion romaine à l'apogée de

- l'Empire. I, La politique religieuse des Antonins, parís, 1955, pp. 112-278.
- (86) M. Eliade, op. cit., p. 358.
- (87) G. Hansen "El culto al soberano y la idea de la paz", en El mundo del Nuevo Testamento, Madrid, 1973, p. 157.
- (88) En Tácito, Anales, XV, 74: "Deum honor principii non ante habetur quam agere inter homines desierit".
- (89) P. Petit, "op. cit.", pp. 277-78.
- (90) A. L. Abaecherli, "The Institution of the Imperial Cult in the Western Provinces of the Roman Empire", Studi e Materiali di Storia delle Religione, XI, 1935, pp. 153-186; R. Etienne, "Le culte impérial dans la péninsule Ibérique d'Auguste à Dioclétien", BEFAR, 1958, p. 191.
- (91) P. Petit, "op. cit.", p. 233.
- (92) H.G. Pflaum, "op. cit.", pp. 114 ss.
- (93) H.G. Pflaum, "op. cit.", pp. 114 ss.
- (94) P. Petit, "op. cit.", p. 366.
- (95) S. Mazzarino, op. cit., p. 341.
- (96) S. Mazzarino, op. cit., p. 328.
- (97) P. Petit, "op. cit.", pp. 233-34.
- (98) H.G. Pflaum, Essai sur les procureurs équestres sous le Haut-Empire romain, París, 1950, p. 73.
- (99) P. Petit, "op. cit.", p. 369.
- (100) F.W. Walbank, op. cit., p. 70, en contradicción con la opinión de Rostovtzeff, op. cit., pp. 284 ss.
- (101) F.W. Walbank, op. cit., p. 57.
- (102) L. Homo, El Imperio Romano, Madrid, 3ª ed., 1972, p. 298, señala dos fenómenos observables desde época de Augusto, que trastornaron el equilibrio del sistema monetario: la disminución del peso y la alteración de la ley de la moneda.
- (103) F. Millar, "Empire and city, Augustus to Julian. Obligations, exerses and status", JRS, LXXII, 1983, pp. 76-96.
- (104) Término acuñado por Nörr.
- (105) D. Nörr, op. cit., pp. 110-111.
- (106) J. Iglesias, Espíritu del Derecho romano, Madrid, 1983, pp. 24-25.
- (107) Dos obras clásicas sobre este tema son: A. Lesky, "Apuleius von Madaura und Lukios von Patrai", Hermes, 76, 1941, pp. 43-74 y H. Van Thiel, Der Eselsroman, I-II, München, 1971-72.
- (108) Focio, en Bibl. Cod., 129, Migne.
- (109) Luciano VIII, Loeb, London, 1967, pp. 52-154.
- (110) Met, I, 1.
- (111) L. Rubio, Apuleyo. El Asno de Oro, Madrid, 1978, intr. p. 15.
- (112) Entre otros: G. Bianco, La fonte greca delle Metamorfosi di Apuleio, Brescia, 1971; A. Mazzarino, La milesia e Apuleio, Torino, 1950; P.G. Walsh, The Roman Novel, Cambridge, 1970; J. Tatum, Apuleius and the Golden Ass, London, 1979; R. Merkelbach, La Metamorfosi o L'Asino d'oro, Milano, 3ª ed. 1983.
- (113) En M.D. McLeod, introducción a Luciano VIII, Loeb, London,

- 1967, pp. 47-48.
- (114) En M.D. McLeod, introducción a Luciano VIII, Loeb, London, 1967, pp. 47-51.
- (115) En J. Tatum, Apuleius and the Golden Ass, London, 1979, p. 19 y n. 4.
- (116) E. Cocchia, Romanzo e realtà nella vita e nell'attività letteraria di Lucio Apuleio, Catania, 1915; C. Dilthey, Festrede, Göttingen, 1879.
- (117) A. Lesky, "Apuleius von Madaura und Lukios von Patrai", Hermes, 76, 1941, pp. 43-74; B.E. Perry, The Metamorphoses ascribed to Lucius of Patrae, its content, nature and authorship, Lancaster, 1920, y The Ancient Romances, California, 1967.
- (118) V. nota 112. Tb. H.J. Mason, "Fabula Graecanica; Apuleius and his Greek Sources", en B.L. Hijmans y R. Th. Van der Paardt, Aspectos of Apuleius Golden Ass, I, 1978.
- (119) B.E. Perry, "Who was Lucius of Patrae?", CJ, 64, 1968, pp. 97-101.
- (120) Met. I, 1.
- (121) M.D. McLeod, Lucian VIII, Loeb, London, 1967, pp. 47-51.
- (122) V. notas 112 y 118.
- (123) Met. IV, 28 -VI, 24.
- (124) Met. XI.
- (125) P.G. Walsh, The Roman Novel, Cambridge, 1970, pp. 145-148.
- (126) J. Annequin, Religions, Pouvoir, Rapports Sociaux, Ann. Litt. de l'Univ. de Besançon, 237. Centre de Recherches d'hist. ancienne, 32, París, 1980, pp. 137-197.
- (127) D.S. Robertson, Apulée, Les Métamorphoses, París, 1940, tomo I, pp. XXXVIII-LIX.
- (128) Por ejemplo. P.G. Walsh, The Roman Novel, Cambridge, 1970, p. 143.
- (129) S. Agustín, Ciu. Dei, XVIII, 18.
- (130) La novela de Apuleyo fue traducida al castellano por Diego López de Cortegana, y era muy popular en España en los siglos XVI y XVII. V.M. Menéndez y Pelayo, Bibliografía Hispano-Latina, I, Madrid, 1950, p. 176.
- (131) V. Focio, Bibl. cod. 129, Migne, Patrología Griega, tomo CIII.
- (132) F. pejenaute, "Situaciones ambiguas en el Asinus Aureus de Apuleyo", Durius, 3, 1975, p. 30.
- (133) Met. I, 1.
- (134) Met. I, 9.
- (135) Met. IV, 23-27 / VIII, 1-14.
- (136) Met. IV, 15-21.
- (137) Met. VII, 8.
- (138) Met. V, 14.
- (139) Met. V, 29.
- (140) J. Tatum, Apuleius and the Golden Ass, Ithaca and London, 1979, p. 17, n. 1.
- (141) P.G. Walsh, The Roman Novel, Cambridge, 1970, p. 143, n. 1.

- (142) R. Martin, "Le sens de l'expression Asiunus Aureus et la signification du roman apuléien", REL, 48, 1970, pp. 332-354.
- (143) Met. IX, 19.
- (144) Met. I, 21.
- (145) R. Martin, "op. cit.", p. 353.
- (146) F. Pejenaute, "op. cit.", pp. 30-33.
- (147) B.E. Perry, "The significance of the title in Apuleius 'Metamorphoses', CP, XVIII; 1923, pp. 229-238.
- (148) Algunos autores consideran que toda la novela es autobiográfica, y aplican al escritor todo lo referido a su personaje. Así, Th. Sinko, "Apuleiana", Eos, 18, 1912, pp. 137-167 y E. Cocchia, Romanzo e realtà nella vita e nell'attività letteraria de Lucio Apuleio, Catania, 1915.
- (149) Met. I, 1.
- (150) Met. IV, 28-VI, 24.
- (151) J.G. Griffiths, Apuleius of Madauros. The Isis Book, EPRO, 39, Leiden, 1975, p.3.
- (152) V.M. Hicter, "L'autobiographie dans L'Ané d'or d'Apulée", AC, 1944, pp. 95-111 y 1945, pp. 61-68; P. Grimal, "L'originalité des Métamorphoses d'Apulée", IL, 9, 1957, pp. 156-162; P. Veyne, "Apulée à Cenchrées", RPh, 89, 1965, pp. 241-251; P. Grimal, "A la recherche d'Apulée", REL, 47, 1969, pp. 94-99; W.S. Smith, "The Narrative Voice in Apuleius' Metamorphoses", TAPhA, 103, 1972, pp. 513-534; J. Englebert y T. Long, "Functions of Hair in Apuleius' Metamorphoses", CJ, 3, 63, 1973, pp. 237-239; C.S. Wright, "No Art at all, a note on the Proemium of Apuleius", CPh, LXVIII, 3, 1973, pp. 217-219; J.-C. Fredouille Apulée. Métamorphoses. Livre XI, París, 1975.
- (153) Met. I, 1, 4.
- (154) Apología, 4, 1.
- (155) Met. II, 12, 5.
- (156) Lucio o el asno, 55.
- (157) Apología, 55, 8.
- (158) Met. III, 15.
- (159) Met. I, 25.
- (160) Apología, 29-41; M. Hicter, "L'autobiographie...", 1944, p. 95 ss. y 1945, p. 61 ss.
- (161) P.G. Walsh, The Roman Novel, Cambridge, 1970, p. 152.
- (162) Met. III; 1-10.
- (163) Apuleyo, Apología, passim.
- (164) Met. III, 11.
- (165) S. Agustín, Epístolas, 138, 19; P.G. Walsh, op. cit., p. 155.
- (166) Met. XI, 27, 9.
- (167) V.J.G. Griffiths, op. cit., p. 5.
- (168) J.G. Griffiths, op. cit., p. 3.
- (169) P.G. Walsh, op. cit., pp. 184-186.
- (170) P.G. Walsh, op. cit., p. 186-188.
- (171) Tertuliano, Apol. 16.
- (172) J.G. Griffiths, op. cit., pp. 5-6.

- (173) Abogan por una fecha temprana de redacción autores como: E. Rhode, Der Griechische Roman und seine Vorläufer, Leipzig, 1914; E.H. Haight, Essays on Ancient Fiction, New York, 1936 y Apuleius and his influence, New York, 1927; M. Bernhard, "Der Stil des Apuleius von Madaura. Ein Beitrag zur Stilistik des Spätlateins", Tübinger Beiträge zur Altertumswissenschaft, 2, Stuttgart, 1927; J. Lindsay, The Golden Ass by Apuleius, Indiana U.P., 1962.
- (174) Autores que consideran la novela como una obra tardía: P.G. Walsh, The Roman Novel, Cambridge, 1970; J.G. Griffiths, Apuleius of Madaura. The Isis Book, EPRO, 39, Leiden, 1975; R. Hesky, "Zur Abfassungszeit der Metamorphosen des Apuleius", WS, 1904, p. 71 ss.; G.W. Bowersock, "Zur Geschichte des Römischen Thessaliens", RhM, 1965, p. 277 ss.
- (175) Opinión de autores como J. Lindsay y M. Bernhard.
- (176) Met. VI, 8, 3.
- (177) Met. IX, 10, 4.
- (178) Opinión de autores como E. Rhode y E.H. Haight.
- (179) V. nota 174.
- (180) J.G. Griffiths, op. cit., pp. 7-13.
- (181) R. Syme, "Procursus d'Afrique sous Antonin le Pieux", REA, 61, 1959, pp. 310-319.
- (182) Met. III, 11, 5.
- (183) Apuleyo, Flórida, XVI y XVIII.
- (184) P.G. Walsh, op. cit., p. 250.
- (185) Met. VI, 4, 5.
- (186) Met. VI, 2, 6.
- (187) Ulpiano, Digesto, 11, 4, 1, 2.
- (188) Digesto, 11, 4, 1, 1.
- (189) P.G. Walsh, op. cit., p. 250.
- (190) G.W. Bowersock, "op. cit.", p. 282, n. 31.
- (191) Met. I, 6, 2.
- (192) Met. I, 26.
- (193) Met. II, 18.
- (194) G.W. Bowersock, "op. cit.". pp. 277-289.
- (195) Met. I, 2.
- (196) P.G. Walsh, op. cit., p. 251.
- (197) Met. I, 1, 1-6.
- (198) Sobre este tema los artículos y libros son numerosísimos, destacamos, entre otros: B. Lavagnani, "Il significato e il valore del romanzo di Apuleio", ASNS, 1927, pp. 1-40; R. Riefsthal, Der Roman des Apuleius, Frankfurt, 1936; E. Paratore, La novella di Apuleio, Messina, 2ª ed., 1942; P. Scazzoso, Le metamorfosi di Apuleio, Studio critico sul significato del romanzo, Milano, 1951; P.J. Enk, "A propos d'Apulée", AC, 1, 1958, pp. 85-91; Ph. Derchain y J. Hubeaux, "L'affaire du marché d'Hypata dans les Métamorphoses d'Apulée", AC, 27, 1958, pp. 100-104; C. Moreschini, "La demonologia medioplatonica e le Metamorfosi di Apuleio", Maia, 17, 1965, pp. 30-46; L.A. MacKay, "The Sin of the Golden Ass", Arion, 4, 1965, pp. 475-480; P.G.

- Walsh, "Lucius Madaurensis", *Phoenix*, 22, 1968, pp. 143-157; A. Wlosok, "Zur Einheit der *Metamorphoses* des Apuleius", *Philologus*, 113, 1969, pp. 68-84; J. Tatum, "The Tales in Apuleius' *Metamorphoses*", *TAPhA*, 100, 1969, pp. 487-527; A. Scobie, *Aspects of the Ancient Romance and its Heritage. Essays in Apuleius, Petronius and the Greek Romances*, Meisenheim am Glan, 1969; C. Schlam, "Platonica in the *Metamorphoses* of Apuleius", *TAPhA*, 101, 1970, pp. 477-487; R. Martin, "Le sens de l'expression *Asinus Aureus* et la signification du roman apulien", *REL*, 48, 1971, pp. 332-354; G.N. Sandy, "Knowledge and Curiosity in Apuleius' *Metamorphoses*", *Latomus*, XXXI, 1972, pp. 179-183; R.K. Bohm, "The Isis Episode in Apuleius", *CJ*, 3, 68, 1973, pp. 228-231; J. Hani, "L'Ane d'Or d'Apulée et l'Egypte", *RPh.*, XLVII, 2, 1973, pp. 273-280; J. Tatum, *Apuleius and the Golden Ass*, Ithaca and London, 1979; F. Millar, "The World of the Golden Ass", *JRS*, LXXI, 1981, pp. 63-75; R.W. Hooper, "Structural Unity in the Golden Ass", *Latomus*, XLIV, 2, 1985.
- (199) P. Monceaux, *Apulée, roman et magie*, Paris, 1888; L. Herrmann, "Légendes locales et thèmes littéraires dans le conte de Psyché", *AC*, 21, 1952, pp. 13-27; P. Vallette, *Apulée. Les Métamorphoses*, ed. Budé, Paris, 1956; B.E. Perry, "An interpretation of Apuleius' *Metamorphoses*", *TAPhA*, 57, 1962, pp. 238-260.
- (200) J. Annequin, *Religions, pouvoir rapports sociaux*, *Ann. Litt. de l'Univ. de Besançon*, 237, Centre de Recherches d'hist. anciennes, 32, Paris, 1980, p. 190.
- (201) *Met.* I, 1, 1.
- (202) W.S. Smith, "The Narrative Voice in Apuleius' *Metamorphoses*", *TAPhA*, 103, 1972, p. 514.
- (203) P.G. Walsh, *The Roman Novel*, Cambridge, 1970, p. 11.
- (204) *Met.* I, 1, 6.
- (205) P.G. Walsh, *The Roman Novel*, Cambridge, 1970, pp. 8-10.
- (206) *Met.* I, 1, 1.
- (207) *Met.* I, 1, 1.
- (208) J. Tatum, *Apuleius and The Golden Ass*, Ithaca and London, 1979, p. 28.
- (209) *Met.* I, 24-26.
- (210) *Met.* II, 21-30.
- (211) *Met.* I, 5-20.
- (212) P. Grimal, "Le calame égyptien d'Apulée", *REA*, LXXIII, 3-4, 1971, pp. 343-351.
- (213) F. Presedo, "Religión y magia en el Egipto grecorromano", en *Encuentros en la Antigüedad: Religión, superstición y magia en el mundo romano*, Cádiz, 1985, p. 99.
- (214) J.G. Griffiths, *Apuleius of Madaura. The Isis Book*, *EPRO*, 39, Leiden, 1975, pp. 20-31; V. tb. G. Fecht, *Zur zweiten Klage des Bauern*, XXIX International Congress of Orientalist Abstracts Papers, Paris, 1973, p. 13; J. Bergman, *La soteriologia dei culti orientali nell'Impero romano*, Leiden, 1982, p. 671, ss.; H. Brunner, *Grundzüge einer*

- Geschichte der altägyptischen Literatur, Darmstadt, 1966, p. 65 ss; A. Herrmann, "Sinuhe ein ägyptischer Schelmenroman?", OLZ, 48, 1943, pp. 101-109.
- (215) J. Annequin, op. cit., p. 187.
 - (216) P.G. Walsh, The Roman Novel, Cambridge, 1970, p. 6.
 - (217) A.-J. Festugière, Personal Religion amongst the Greeks, Berkeley, 1960, cap. V.
 - (218) P.G. Walsh, op. cit., p. 182.
 - (219) Met. IV, 28-VI, 24.
 - (220) V.M.J. Hidalgo de la Vega, In Memoriam Agustín Díaz Toledo, Granada, 1985, pp. 199-227, donde estudia este relato y su relación con el libro XI de la novela, analizando las teorías de los distintos autores modernos.

CAPITULO II: LOS DELITOS Y FALTAS.

II.1: Enumeración por orden de aparición.

II.2: Clasificación por morfología de la narración:

2.1: Justificación de esta clasificación.

2.2: Delitos y faltas en el "tiempo" de la novela.

2.3: Delitos y faltas fuera del "tiempo" de la novela.

2.2: Delitos y faltas aludidos metafóricamente.

2.5: Delitos y faltas que aparecen también en la obra Luciano.

II.3: Descripción y referencia a la obra de Luciano:

3.1: Descripción de los delitos y faltas en el "tiempo" de la novela.

3.2: Descripción de los delitos y faltas fuera del "tiempo" de la novela.

3.3: Descripción de los delitos y faltas aludidos metafóricamente.

3.4: Conclusiones:

3.4.1: Similitudes y diferencias con Luciano.

3.4.2: Verosimilitud y operatividad de la clasificación llevada a cabo, según la morfología de la narración.

II.4: Análisis del delito a través de la propia obra:

4.1: Concepto de delito.

4.2: Calificación del delito:

4.2.1: Calificación del delito por Lucio y el resto de los personajes.

4.2.: Conclusiones.

4.3: Comportamiento y actitud ante el delito:

4.3.1: Medidas preventivas.

4.3.2: Comportamiento y actitud de los personajes.

4.3.3: Conclusiones.

II.5: Clasificación por morfología del delito:

5.1: Justificación de esta clasificación.

5.2: "Crimina".

5.3: "Delicta".

5.4: Faltas contra la conciencia social.

5.5: Faltas cometidas por esclavos.

NOTAS AL CAPITULO II.

II.1: Enumeración por orden de aparición:

Comienzo por la simple enumeración de todos aquellos actos, dichos, escritos o instigaciones que pueden ser objeto de castigo de acuerdo con el Derecho romano (delitos), o que merecen la reprobación general porque repugnan a la conciencia social, aunque el Derecho no los contemple como objeto de castigo (faltas).

Siguiendo el orden de aparición en la novela, los delitos y faltas que en ella aparecen son los siguientes:

- 1.- Abandono de familia. Bigamia.
- 2.- Robo.
- 3.- Encantamiento por magia, prácticas mágicas.
- 4.- Calumnias.
- 5.- Causar lesiones físicas. Tortura.
- 6.- Homicidio.
- 7.- No prestar ayuda en caso de peligro.
- 8.- Suicidio.
- 9.- Usura.
- 10.- Estafa en venta.
- 11.- Perjudicar intereses económicos de la ciudad.
- 12.- Faltar a deberes de hospitalidad.
- 13.- Adulterio.
- 14.- Engaño: timo de la profecía.
- 15.- Incumplimiento de contrato.

- 16.- Parricidio.
- 17.- Actuar por resentimiento personal.
- 18.- Fuga de esclavos.
- 19.- Malos tratos a esclavos.
- 20.- Mentir, engañar, desobedecer al amo.
- 21.- Matar, castrar y maltratar animales ajenos.
- 22.- Encubrir delincuentes.
- 23.- Cuadrúpedo causa menoscabo.
- 24.- Evitar cumplir con las cargas públicas.
- 25.- Secuestro.
- 26.- Amenazas.
- 27.- Coacción.
- 28.- Mentir, engañar, desobedecer al marido.
- 29.- Dar refugio a esclavo fugitivo.
- 30.- Martimonio ilegítimo.
- 31.- Acusación falsa.
- 32.- Vender a mujer en lupanar.
- 33.- Atentar contra propiedades del amo.
- 34.- Vender propiedades del amo.
- 35.- Bestialismo.
- 36.- Faltar al luto.
- 37.- Daño material, incendio, estrago.
- 38.- Vender como esclavo a ciudadano romano.
- 39.- Desear mal físico.
- 40.- Profanación sacrílega.
- 41.- Orgía, escándalo público.
- 42.- Rapiña.

- 43.- Soborno.
- 44.- Sodomía.
- 45.- Abuso de poder.
- 46.- Confiscación.
- 47.- Infracción juramento militar.
- 48.- Declaración falsa.
- 49.- Incesto.
- 50.- Tumulto.
- 51.- Eutanasia.
- 52.- Pagar con moneda falsa.
- 53.- Matar a recién nacidos.
- 54.- Proporcionar veneno para matar.
- 55.- Vender sentencias.

II.2. Clasificación por morfología de la narración:

2.1. Justificación de esta clasificación.

Las faltas y delitos son muy numerosos en la novela de Apuleyo, aparecen en el libro primero y se suceden continuamente hasta el libro diez. La única excepción es el libro once, donde la obra cambia de signo y no se mencionan casos de ningún tipo.

Atendiendo al curso de la narración, he separado la totalidad de los casos en tres grupos. El primero es el de los delitos y faltas cometidos en el "tiempo" de la novela. Su descripción es más o menos detallada según los casos, sus características son variadas, las motivaciones distintas..., pero todos ellos tienen en común el hecho de "suceder", de tener lugar, de haber sido cometidos por los personajes vivientes en el transcurso de la obra.

También se incluyen en este primer apartado los "intentos", los casos en que el acto ilícito no llega a ser cometido, por cualquier razón, pero existe la intención de perpetrarlo por parte de algún personaje "viviente" de la novela.

El segundo grupo lo forman aquellos delitos y faltas que tienen lugar fuera del "tiempo" de la novela, es decir, los que aparecen dentro de relatos que cuenta el protagonista

de la obra o algún otro personaje.

Sus características son tan variadas como los del primer grupo y constituyen dos bloques distintos: los casos que aparecen dentro de relatos que se narran como ciertos, como sucedidos realmente, y los casos que aparecen dentro de relatos fantásticos.

He preferido no separar estos dos bloques y mantenerlos dentro del segundo grupo, agrupados en él, porque a pesar de que el autor incluye algunos casos en lo que él mismo califica de fábulas, todos ellos tienen visos de verosimilitud, e incluso en ocasiones nos parecen más reales que otros relatados como ciertos.

El tercer grupo lo integran las alusiones metafóricas a delitos y faltas. Hacen relación a casos o situaciones que parecen sobradamente conocidos o muy corrientes en la época, y se mencionan para dar más fuerza al relato o para facilitar la comprensión de algún aspecto del mismo.

No son muy abundantes en número, pero son muy significativas, ya que reflejan algo cotidiano del mundo de la novela.

Esta clasificación atiende, pues, exclusivamente a la morfología de la narración, sin tener en cuenta el tipo de delito o falta, ni las causas que lo motivan, ni ninguna otra consideración.

2.2: Delitos y faltas en el "tiempo" de la novela:

Los delitos y faltas cometidos o planeados por personajes "vivientes" de la novela son los siguientes:

- 2.- Robo.
- 3.- Encantamiento por magia, prácticas mágicas.
- 5.- Causar lesiones físicas. Tortura.
- 6.- Homicidio.
- 7.- No prestar ayuda en caso de peligro.
- 8.- Suicidio.
- 9.- Usura.
- 10.- Estafa en venta.
- 11.- Perjudicar intereses económicos de la ciudad.
- 12.- Faltar a deberes de hospitalidad.
- 13.- Adulterio.
- 14.- Engaño: timo de la profecía.
- 16.- Parricidio.
- 17.- Actuar por resentimiento personal.
- 18.- Fuga de esclavos.
- 19.- Malos tratos a esclavos.
- 20.- Mentir, engañar y desobedecer al amo.
- 21.- Matar, castrar y maltratar animales ajenos.
- 22.- Encubrir delincuentes.
- 23.- Cuadrúpedo causa menoscabo.
- 25.- Secuestro.
- 26.- Amenazas.

- 27.- Coacción.
- 31.- Acusación falsa.
- 32.- Vender a una mjer en un lupanar.
- 33.- Atentar contra propiedades del amo.
- 34.- Vender propiedades del amo.
- 35.- Bestialismo.
- 39.- Desear mal físico.
- 40.- Profanación sacrílega.
- 41.- Orgía, escándalo público.
- 42.- Rapiña.
- 44.- Sodomía.
- 46.- Confiscación.
- 47.- Infracción al juramento militar.
- 48.- Declaración falsa.
- 55.- Vender sentencias.

2.3: Delitos y faltas fuera del "tiempo" de la novela:

Son los que aparecen dentro de relatos que cuenta el protagonista, Lucio, o algún otro personaje. Estos relatos son los siguientes:

- Relato de Aristómenes: historia de Sócrates y la bruja Méroë (1).
- Relato de Milón: historia de Diófanos el caldeo (2).

- Relato de Telifrón: historia de la guardia fúnebre en Larisa (3).
- Relato de un ladrón: historia de tres ladrones (4).
- Relato de Cárite: el sueño de Cárite (5).
- Relato de la vieja que ciuda a los ladrones: historia de Psique y Cupido (6).
- Relato de Tlepólemo: historia de Hemo, el ladrón (7).
- Relato de un esclavo: historia de Cárite, Tlepólemo y Trasilo (8).
- Relato de Lucio: historia del "vilicus" (9).
- Relato de Lucio: historia del operario y la tinaja (10).
- Relato de una vieja: historia de Filesitero, Areté y Mirmex (11).
- Relato del molinero: historia del adulterio de la mujer del batanero (12).
- Relato de Lucio: historia de tres hermanos (13).
- Relato de Lucio: historia de la madrastra enamorada (14).
- Relato de Lucio: historia de la mujer condenada "ad bestias" (15).

Los delitos y faltas que aparecen incluidos en estos relatos son:

- 1.- Abandono de familia.
- 2.- Robo.
- 3.- Encantamiento por magia, prácticas mágicas.
- 4.- Calumnias.

- 5.- Causar lesiones físicas. Tortura.
- 6.- Homicidio.
- 7.- No prestar ayuda en caso de peligro.
- 8.- Suicidio.
- 13.- Adulterio.
- 14.- Engaño: timo de la profecía.
- 15.- Incumplimiento de contrato.
- 16.- Parricidio.
- 20.- Mentir, engañar y desobedecer al amo.
- 22.- Encubrir delincuentes.
- 24.- Evitar cumplir con las cargas públicas.
- 26.- Amenazas.
- 27.- Coacción.
- 28.- Mentir, engañar y desobedecer al marido.
- 29.- Dar refugio a esclavo fugitivo.
- 30.- Matrimonio ilegítimo.
- 31.- Acusación falsa.
- 36.- Faltar al luto.
- 37.- Daño material, incendio, estrago.
- 42.- Rapiña.
- 43.- Soborno.
- 45.- Abuso de poder.
- 48.- Declaración falsa.
- 49.- Incesto.
- 50.- Tumulto.
- 51.- Eutanasia.
- 52.- Pagar con moneda falsa.

- 53.- Matar recién nacidos.
- 54.- Proporcionar veneno para matar.
- 55.- Vender sentencias.

2.4: Delitos y faltas aludidos metafóricamente:

- 2.- Robo.
- 12.- Faltar a deberes de hospitalidad.
- 31.- Acusaciones falsas.
- 38.- Vender como esclavo a ciudadano romano.
- 55.- Vender sentencias.

2.5: Delitos y faltas que aparecen también en la obra de Luciano:

La evidente similitud entre algunos pasajes de la obra de Luciano, Lucio o el asno, y la novela de Apuleyo, las Metamorfosis, es un factor que quiero tener en cuenta en el análisis de los delitos que me propongo llevar a cabo. Por ello, enumero a continuación los que aparecen en el epítome de Luciano, sin dividirlos en ningún grupo, ya que todos ellos son cometidos por personajes "vivientes" de la obra.

Son los siguientes:

- Faltar a los deberes de hospitalidad (16).
- Encantamiento por magia. Prácticas mágicas (17).
- Homicidio (18).
- Adulterio (19).
- Robo (20).
- Matar, castrar, maltratar animales ajenos (21).
- Cuadrúpedo causa menoscabo (22).
- Secuestro (23).
- Suicidio (24).
- Tortura (25).
- Mentir, engañar y desobedecer al amo (26).
- Bestialismo (27).
- Fuga de esclavos (28).
- Vender propiedades del amo (29).
- Engaño (30).
- Orgía (31).
- Profanación sacrílega (32).
- Confiscación (33).

II.3: Descripción y referencia a la obra de Luciano:

Una vez clasificados los delitos y faltas, de acuerdo con la morfología de la narración (en tres grupos) paso a describir cada uno de los casos que aparecen en la novela.

Esta descripción (según la clasificación establecida), pretende simplemente extraer las características que rodean a cada caso, señalando siempre quien comete la falta o el delito, cuándo, cómo y dónde. Además, hago referencia al epítome de Luciano, en aquellas ocasiones en que los distintos casos (robo, adulterio, etc.), coincidan con la novela de Apuleyo, para poder establecer, más adelante, en las conclusiones de este capítulo, las similitudes y diferencias entre ambas obras, en el tema que nos ocupa.

3.1: Descripción de los delitos y faltas en el "tiempo" de la novela:

En este grupo se incluyen todos aquellos casos llevados a cabo, o intentados, por los personajes "vivientes" de la novela. Cada delito constituye un apartado que agrupa uno o varios casos, descritos por orden de aparición en la obra.

Los delitos y faltas que contiene este apartado son:

robo, prácticas mágicas, homicidio, no prestar ayuda en caso de peligro, suicidio, usura, estafa en venta, perjudicar los intereses económicos de la ciudad, faltar a los deberes de hospitalidad, adulterio, engaño, parricidio, actuar por resentimiento personal, fuga de esclavos, malos tratos a esclavos, mentir, engañar y desobedecer al amo, maltratar animales ajenos, encubrir delincuentes, menoscabo de cuadrúpedo, secuestro, amenazas, coacción, acusación falsa, vender a una mujer en un lupanar, atentar contra propiedades del amo, vender propiedades del amo, bestialismo, desear mal físico, profanación sacrílega, orgía, rapiña, sodomía, abuso de poder, confiscación, infracción al juramento militar, declaración falsa y vender sentencias.

Los casos que contiene la novela son los siguientes:

CASOS DE ROBO:

En el libro I (34) hay una alusión a los robos perpetrados en las casas. Lucio llega a Hípata y se presenta en casa de Milón donde es acogido como huésped. Milón le invita a sentarse a su mesa y se disculpa por la pobreza del mobiliario, afirmando que el miedo a los ladrones le impide adquirir sillas y muebles adecuados.

En el libro II (35) Lucio cree ver, durante la noche, a tres ladrones que intentan entrar a robar en casa de Milón de Hípata, lucha con ellos y los mata.

Más adelante, (36) Lucio describe la escena afirmando, que los ladrones habían hecho saltar los sistemas de cierre con el mayor cuidado y que se proponían matar a todos los habitantes de la casa. El intentó ahuyentarles, pero le opusieron resistencia y se vió obligado a matarles.

En realidad todo el relato es ficticio, no existían tales ladrones sino tres odres hinchados animados por la magia de Pánfila, la mujer de Milón.

En el libro III (37) tiene lugar un robo, esta vez auténtico, en casa de Milón de Hípata, durante la noche. Lo llevan a cabo un número indeterminado de ladrones que penetran violentamente, armados de espadas, haciendo frente a los que acuden. Abren una brecha en el almacén donde se amontonaban los tesoros de Milón y se llevan todas las riquezas. Para transportar el botín recurren a las caballerías del establo, incluido Lucio, que acaba de convertirse en asno.

Este robo aparece también en Luciano (38), tiene lugar en casa de Hiparco en Hípata, y es idéntico al narrado por Apuleyo.

En el libro IV (39) hay una alusión a los robos en los balnearios y en las casas de viejas. En efecto, un ladrón les dice a sus compañeros que son muy discretos, pues sólo se arriesgan a robar en balnearios y en casas de viejas.

En el libro IV (40) Cárite, la joven secuestrada por una banda de ladrones, cuenta que se estaban celebrando sus bodas cuando de improviso irrumpieron unos hombres armados con espadas, que no se lanzaron a matar y saquear -como debía ser lo corriente- sino que la raptaron a ella, llevándosela consigo a su guarida.

En el libro VI (41) Lucio cuenta que, tras librar un duro combate, los ladrones que le han robado de casa de Milón, vuelven a su refugio cargados de botín. Los heridos descansan y el resto sale de nuevo a recoger el resto del cargamento que habían escondido en una cueva.

En el epítome de Luciano hay un pasaje similar (42).

En el libro VI (43), de nuevo la banda de ladrones, regresa a su campamento, cargada con el fruto de sus robos, sorprendiendo a Cárite y Lucio-asno que trataban de huir.

En el libro VII (44) un ladrón perteneciente a la misma banda, entrega a sus compañeros mil monedas de oro que afirma haber robado a varios viajeros.

En el libro VII (45) un grupo de ladrones de esta misma banda, acompañados por un nuevo camarada, Hemo -que es en realidad Tlepólemo, el marido de la joven secuestrada- roban en un "castellum".

Querían obtener vino y comida para celebrar un banquete. No se describen las circunstancias del robo, pero sí el botín obtenido: pellejos de vino y un rebaño de ganado del que separan un macho cabrío para inmolarlo a Marte (46).

En el libro VII (47) un transeúnte se encuentra con Lucio-asno y se lo lleva consigo. Pero los esclavos encargados del asno le reconocen y acusan al hombre de haber matado al esclavo que guiaba al asno para robárselo.

En el libro VIII (48) Lucio cuenta que unos jóvenes iban buscando por las posadas un asno que les habían robado.

En el libro IX (49) se descubre el robo llevado a cabo por Filebo y los sacerdotes de la diosa Siria. En efecto, durante su estancia en un "pagus" indeterminado, habían sustraído un cántaro de oro, perteneciente al tesoro del templo de la Madre de los dioses, y para evitar ser descubiertos, escaparon durante la noche.

Este robo aparece también en Luciano (50), el relato es muy similar y lo llevan a cabo también Filebo y sus sacerdotes.

CASOS DE ENCANTAMIENTO POR MAGIA Y PRACTICAS MAGICAS:

En el libro II (53) Birrena, noble dama de Hípata, advierte a Lucio que su anfitriona Pánfila, la mujer de Milón de Hípata, es una hechicera de primer orden y una maestra en toda clase de encantamientos sepulcrales. Afirma también que suele enamorarse de los jóvenes atractivos a los que encadena con los lazos de un amor insaciable, luego, a los menos complacientes y a los que caen en desgracia, los transforma en piedras o en algún animal. En ocasiones, simplemente los elimina.

En Luciano (54), Abroea, advierte también a Lucio de los poderes y las prácticas mágicas de su anfitriona.

En el libro II (55) Lucio alude a las brujas de Hípata y a los execrables actos que efectúan: buscar trozos de cadáveres en hornos crematorios y sepulcros, para obtener ingredientes con que llevar a cabo sus prácticas mágicas.

En el libro III (56) Fotis le cuenta a Lucio que su ama Pánfila le ordenó recoger mechones de pelo de un joven beocio del que se había enamorado, para utilizarlos en sus prácticas mágicas y conseguir atraerle hacia ella. La esclava no pudo cumplir su encargo porque el peluquero la descubrió y se lo impidió, amenazándola con denunciarla. Entonces Fotis entrega a su ama pelo de unos pellejos de cabra y con su engaño provoca la posterior aventura de Lucio con los tres odres.

Utilizando el pelo de las cabras, Pánfila lleva a cabo sus encantamientos durante la noche, ayudada por otros ingredientes de su laboratorio como restos de navíos perdidos en el mar, fragmentos de cadáveres, sangre de personas degolladas, cráneos mutilados, láminas con escrituras indescifrables, aromas, agua, leche de vaca y miel silvestre.

En el libro III (57) la mujer de Milón de Hípata, Pánfila, untándose el cuerpo con una pomada y pronunciando en voz baja unas palabras, se convierte en buho, para poder volar al encuentro de su amante.

En Luciano (58), tiene lugar una metamorfosis idéntica de la anfitriona de Lucio, también durante la noche.

CAUSAR LESIONES FISICAS, TORTURA:

En el libro VI (59) se describen las torturas que la banda de ladrones quiere llevar a cabo para castigar el intento de huida de la joven secuestrada, Cárite, y Lucio-asno.

Había división de pareceres: uno quería quemar viva a la joven, otro arrojarla a las fieras, otro crucificarla, otro torturas varias y mutilaciones... pero todos estaban de acuerdo en matarla por el procedimiento que fuera.

Finalmente, uno de ellos propone castigarla junto con su cómplice el asno de la siguiente manera: primero degollarían al asno, luego le vaciarían las entrañas y encerrarían en su vientre a la joven desnuda, cosiéndolo todo después, de modo que la cara de Cárite quedara fuera. Hecho esto, expondrían al asno sobre una roca de aristas vivas para que ambos se tostaran al sol.

Haciéndolo así reunían en uno todos los posibles suplicios, la muchacha sufriría los mordiscos de las fieras cuando los gusanos desgarraran sus miembros, las quemaduras de las llamas cuando el sol inflamara el vientre del animal y el suplicio del patíbulo cuando los perros y buitres le arrancaran las entrañas. Además este método suponía nuevas y dolorosas torturas, pues el olor nauseabundo de la bestia muerta cortarían su respiración y se consumiría lentamente por falta de alimento, sin tener

siquiera las manos libres para darse muerte.

Al oír esto, todos los ladrones, por aclamación unánime, deciden que esta es la mejor de las proposiciones. Afortunadamente, la intervención de Tlepólemo, el marido de Cárite, que se hace pasar por el bandolero Hemo, les hace cambiar de parecer y nada de lo descrito se lleva a cabo.

En el libro VIII (60) los labradores de una "villa", creyendo que un grupo de esclavos que se han fugado con sus familias y enseres (Lucio-asno incluido), son una banda de ladrones, los atacan ferozmente con piedras y azuzan a los perros contra ellos. Finalmente la situación se aclara y los viajeros siguen, maltrechos, su camino.

En el libro IX (61) un molinero que ha sorprendido al amante de su mujer escondido en su casa, tras disfrutar de él sodomizándolo, le da de latigazos ayudado por sus esclavos, y le arroja a la calle.

En el libro IX (62) un legionario pretende que el nuevo amo de Lucio, un pobre hortelano, le entregue el asno. Como el hortelano se niega a acceder a sus pretensiones, lo golpea con un cepo de viña dispuesto a romperle el cráneo.

Esta escena aparece también en Luciano (63).

En el libro IX (64) el hortelano repele la agresión del legionario atacándole a su vez con patadas, codazos, mordiscos, puñetazos y hasta con un morrillo que coge del camino.

Igualmente sucede en Luciano (65).

En el epítome de Luciano (66), los ladrones se disponen también a torturar a la joven secuestrada encerrándola dentro de la piel del asno, pero la descripción de la tortura es más breve y menos detallada que en Apuleyo.

CASOS DE HOMICIDIO:

En el libro II (67) Birrena, noble dama de Hípata, advierte a Lucio de las actividades de su anfitriona Pánfila. Esta es una verdadera y poderosa maga que, en ocasiones castiga a los amantes que tratan de huir y a los que ya no la satisfacen, eliminándoles.

En Luciano (68), Abroea advierte también a Lucio de lo mismo.

En el libro II (69) la esclava Fotis le advierte a Lucio que tenga cuidado pues en las calles de Hípata, durante la noche, bandas de jóvenes de buena familia perturban la tranquilidad pública. Así, es posible encontrar gente degollada en plena calle.

En el libro II (70) Lucio comete -aparentemente- tres homicidios. En efecto, al volver de una cena en casa de Birrena, en Hípata, se encuentra ante la casa de Milón con tres supuestos ladrones. Lucha con ellos y los mata con su espada.

En realidad se trataba de tres odres hichados, animados gracias a la magia de Pánfila.

En el libro III (71) Lucio acaba de convertirse en asno por un error de la esclava Fotis que ha confundido los

ungüentos de su ama, la maga Pánfila. En vista de lo sucedido, Lucio delibera consigo mismo si debe matar a la esclava por su equivocación, pero decide no hacerlo porque sólo ella puede ayudarle a recuperar su forma humana.

En el libro III (72) Lucio-asno decide no tomar las rosas que pueden devolverle su forma humana, porque se encuentra entre una banda de ladrones que, al contemplar la transformación, le matarían por mago o por evitarse una denuncia.

En el libro VII (73) Tlepólemo, tras rescatar a su esposa Cárite, secuestrada por una banda de ladrones, regresa a su refugio, acompañado por gran número de ciudadanos y llevan a cabo su venganza. En efecto, matan a todos los ladrones, arrojándolos por los despeñaderos contiguos.

En el libro VII (74) los esclavos encargados del asno lo encuentran conducido por un transeúnte desconocido para ellos. Al punto imaginan que éste, para robar el asno, ha dado muerte al esclavo que guiaba a Lucio-asno. Pero la realidad es muy distinta, este esclavo ha sido comido por una osa y el asno, al huir, se encontró con el viajero que ignoraba lo sucedido.

En el libro VIII (75) uno de los esclavos de Cárite, que se ha fugado junto con sus compañeros, muere devorado por un dragón, cuando pretendía ayudar a un misterioso anciano a encontrar a su nieto. La desaparición del anciano hace sospe-

char que tiene algo que ver con el asunto.

En el libro IX (76) la mujer del molinero, que ha sido repudiada por su marido, decide vengarse de éste y contrata a una maga. Esta maga para llevar a cabo sus propósitos utiliza la sombra de una mujer muerta a mano armada. No se especifica en el relato cómo murió esta mujer, pero es evidente que de forma violenta.

En el libro IX (77) la mujer del molinero al no conseguir, por medio de la maga, que su marido se reconcilie con ella, decide matarlo. La hechicera, por medio de la mujer muerta a mano armada, lleva a cabo la venganza: el molinero aparece colgado de una viga, sin aliento, sin que nadie pueda explicarse su muerte.

En el libro IX (78) Lucio-asno es testigo del enfrentamiento entre su nuevo amo, un pobre hortelano y un legionario fanfarrón. Ambos hombres intentan, sin éxito, matarse; el legionario porque el hortelano no le obedece y éste para defenderse.

NO PRESTAR AYUDA EN CASO DE PELIGRO:

En el libro III (79) el esclavo de Lucio huye asustado cuando la banda de ladrones entra violentamente por la noche, en casa de Milón de Hípata.

En el libro IV (80) un ladrón le explica a otro que cuanto más rica es una casa más fácil es robarla, pues cada cual mira más por la propia vida que por salvar los bienes del dueño.

En el libro VII (81) un esclavo leñador, que trabajaba con el asno, aparece muerto. Su madre acusa al asno -como si se tratara de una persona- de no haberle prestado ayuda cuando el joven estaba en peligro (se lo ha comido una osa). Y añade que no prestar ayuda en un caso semejante constituye una falta contra la moral y es un acto que suele ser castigado.

CASOS DE SUICIDIO:

En el libro IV (82) Lucio-asno se encuentra en una situación desesperada, ha sido robado por una banda de ladrones que le conducen a su escondrijo y duda que pueda encontrar las rosas necesarias para volver a su condición humana. Entonces decide morir comiendo unas flores venenosas. Pero le salva un hortelano que le ataca porque el asno ha destrozado su huerto, comiéndose sus legumbres.

En el libro VI (83) la vieja que cuida la banda de ladrones protagonistas, entre otras muchas fechorías, del rapto de Cárite, se suicida ahorcándose, por temor a las represalias de los ladrones.

En efecto, la joven secuestrada, que estaba bajo su cuidado, ha huído montada en Lucio-asno, burlando su vigilancia y ella ignora que han sido de nuevo capturados por los ladrones.

En Luciano (84), la vieja que cuida de los ladrones se suicida también ahorcándose, tras la fuga de la joven secuestrada.

En el libro VI (85) mientras hablan de las torturas que van a efectuar a Cárite y al asno, los ladrones se felicitan pues el sufrimiento será tan horrible que la joven deseará darse muerte, pero no tendrá las manos libres para hacerlo.

En el libro VII (86) Lucio-asno decide de nuevo suicidarse pues los esclavos que le cuidan quieren castrarlo. Pero la muerte de sus amos cambia su situación y continúan sus aventuras.

En Luciano (87), Lucio expresa también sus deseos de morir antes de vivir como un eunuco.

En el libro VIII (88) el esclavo cocinero de un rico propietario devoto de la diosa Siria, decide suicidarse ahorcándose, antes de enfrentarse a las iras de su amo. Había cocinado un ciervo para su dueño, pero un perro se escapó con la pieza entre los dientes. Como su señor reclamaba la comida, el cocinero, asustadísimo, no ve otra salida mejor que el suicidio. Pero su mujer, más práctica, le salva la vida indicándole que sacrifique a Lucio-asno y se lo presente convenientemente guisado al amo.

En Luciano (89), hay un pasaje idéntico a este de Apuleyo.

En el libro IX (90) un rico propietario, padre de tres hijos, se suicida, presa de la desesperación, cortándose el cuello con el cuchillo de partir el queso, sentado a la mesa y en presencia de todos los comensales. Acababa de enterarse de la muerte violenta de sus tres hijos y el dolor y la angustia le impulsaron al suicidio.

En el libro X (91) Lucio-asno quiere morir porque no soporta la perspectiva de su unión en público espectáculo, con una mujer condenada a las bestias. Pero no encuentra medios para llevar a cabo el suicidio.

CASOS DE USURA:

En el libro I (92) una vieja posadera informa a Lucio que Milón de Hípata es un usurero, que presta con gran interés, garantizando siempre sus operaciones con oro y plata.

ESTAFA EN VENTA:

En el libro I (93) Lucio es estafado al comprar pescado para su cena en el mercado de Hípata. Se lo compra a un viejo y paga por él veinte denarios, precio que al edil del mercado, Pitias -que conoce a Lucio pues han sido compañeros en Atenas- le parece abusivo. Por ello castiga al vendedor pisoteando los peces.

PERJUDICAR LOS INTERESES ECONOMICOS DE LA CIUDAD:

En el libro I (94) el edil del mercado de Hípata, Pitias, acusa a un viejo vendedor de pescado de perjudicar los intereses económicos de la ciudad, al vender los comestibles a tan alto precio.

FALTAR A LOS DEBERES DE LA HOSPITALIDAD:

En el libro II (95) Birrena invita a Lucio a hospedarse en su casa de Hípata, pero Lucio le responde que no puede abandonar la hospitalidad de Milón, en cuya casa vive, sin que exista motivo alguno de queja.

En el epítome de Luciano (96), la noble Abroea invita también a Lucio a hospedarse en su casa, pero éste responde igualmente que no puede faltar a la hospitalidad de Hiparco.

En el libro VII (97) Lucio-asno escucha a un ladrón que afirma que el robo cometido por ellos en casa de Milón se le atribuye a un tal Lucio que era su huésped. Al joven le desespera que se le reclame como culpable de un saqueo ocasionado a un anfitrión que le había acogido en su casa con el mayor afecto.

Incluso afirma que un robo semejante constituye un auténtico parricidio.

ADULTERIO:

En el libro II (98) Birrena previene a Lucio contra su anfitriona Pánfila, la mujer de Milón de Hípata. Le explica que se trata de una maga enamoradiza que emplea sus conocimientos mágicos para seducir a los jóvenes apuestos y convertirlos en amantes. Birrena teme que Lucio sea víctima de Pánfila.

En Luciano (99), Abroea advierte también a Lucio en el mismo sentido, y menciona los adulterios de la mujer de Hiparco.

En el libro II (100) Lucio decide no enredarse en una intriga amorosa con su anfitriona Pánfila, y respetar así el lecho nupcial de Milón.

En el epítome de Luciano (101), Lucio se propone también evitar el adulterio con la mujer de Hiparco, y dedicar en cambio sus esfuerzos a la esclava Palestra.

En el libro III (102) la esclava Fotis confirma las palabras de Birrena, contándole a Lucio que su ama estaba empleando sus artes mágicas para seducir a un joven beocio.

En el libro III (103) gracias a la complicidad de Fotis, Lucio contempla como Pánfila se convierte en búho para volar al encuentro de su amante.

En el libro IX (104) Lucio cuenta que la mujer de su nuevo amo, un molinero, era detestable y se entregaba a la prostitución.

En el libro IX (105) habla del amante de la mujer del molinero que, al parecer, era lento y cobarde.

Finalmente, (106) Lucio describe la cita amorosa de la mujer del molinero con su amante, que se ve interrumpida por la aparición del marido. La mujer esconde al jovencito, pero gracias a la intervención de Lucio-asno, la situación queda al descubierto y el adulterio se convierte en evidente para el marido que repudia a su mujer y castiga al amante.

ENGAÑO: EL TIMO DE LA PROFECIA:

En el libro VIII (107) Lucio cuenta cómo su nuevo amo Filebo, y un grupo de sacerdotes de la Diosa Siria, cometen toda una serie de engaños por los que obtienen abundante dinero.

En el libro VIII (108) uno de estos sacerdotes impresiona a la gente acusándose a sí mismo de haber cometido una cierta profanación sacrílega -más adelante la comete realmente- por la que se auto-castiga flagelándose. A cambio de esta escena reciben monedas de cobre y plata, vino, leche, quesos, harina, trigo e incluso cebada para Lucio-asno que transporta la efigie de la diosa.

Una escena idéntica aparece en Luciano (109).

En el libro VIII (110) como precio de una profecía inventada por ellos, piden a un labrador el más gordo de sus carneros, para ofrecerlo en sacrificio a la Diosa Siria. Con este carnero se preparan una opípara cena.

En el libro IX (111) Filebo y sus sacerdotes elaboran una respuesta única que conteste a todas las preguntas que puedan hacerles:

"Ideo coniuncti terram proscindunt boves
ut in futurum laeta germinent sata".

Con esta profecía recogen abundante dinero, pero finalmente son descubiertos, a fuerza de repetir la misma respuesta.

PARRICIDIO:

En el libro IX (112) la mujer del molinero, repudiada por su esposo, al no conseguir reconquistarle, decide matarle. Efectivamente, contrata a una maga y, misteriosamente, el molinero aparece ahorcado.

ACTUAR POR RESENTIMIENTO PERSONAL:

En el libro III (113) durante el juicio celebrado contra Lucio, acusado de haber dado muerte a tres ciudadanos de Hípata -que son en realidad tres odres animados por la magia de Pánfila- tiene lugar la declaración del capitán de la guardia nocturna, que hace las veces de acusador de Lucio. Este hombre comienza por aclarar que no conoce al acusado y que no se puede por tanto afirmar que en su actuación medie ningún resentimiento personal.

FUGA DE ESCLAVOS:

En el libro III (114) durante el juicio que se lleva a cabo contra Lucio en Hípata, acusado de haber matado a tres ciudadanos -que eran en realidad tres odres animados gracias a la magia de Pánfila- uno de los magistrados afirma que el esclavo de Lucio ha debido ser cómplice suyo, pues no es verosímil que un hombre solo haya podido dar muerte a tres hombres jóvenes. Por ello es necesario torturar al esclavo para arrancarle la verdad.

Pero el esclavo ha desaparecido.

En el libro III (115) Fotis, esclava de Milón y Pánfila, de Hípata, piensa fugarse ante el temor de ser castigada por su ama, ya que no ha podido obedecer sus órdenes (traer pelo de un joven beocio).

Pero finalmente, su amor por Lucio le hace desistir de su idea.

En el libro VII (116) la banda de ladrones que ha robado en casa de Milón y secuestrado a Cárite, reflexiona sobre la forma de incrementar su número, pues tres de sus jefes han fallecido mientras robaban en Tebas y Platea. Uno de los ladrones afirma que no será tarea difícil, pues no pocos esclavos querrán cambiar su vil existencia y convertirse en miembros de su banda.

En el libro VIII (177) los esclavos de Cárite, al enterarse de la trágica muerte de su ama, deciden fugarse por miedo al nuevo propietario. Así lo hacen hombres, mujeres y niños, llevándose consigo los animales -entre ellos Lucio-asno- y toda clase de objetos útiles.

En el epítome de Luciano (118), los esclavos de la joven secuestrada se fugan también al enterarse de la muerte de su ama.

MALOS TRATOS A ESCLAVOS:

En el libro III (119) Fotis, esclava de Pánfila en Hípata, le dice a Lucio que su ama la somete a continuos malos tratos, sobre todo cuando no cumple estrictamente sus órdenes. Cuando la esclava no consigue cumplir el encargo de traer pelo del joven beocio, teme que su ama se enfurezca y se desahoge pegándole una paliza.

En el libro VIII (120) un esclavo flautista de Filebo y sus sacerdotes, comenta el penosísimo trabajo a que le someten sus amos: tocar su instrumento en las salidas de la imagen de la diosa y servir de concubino a la comunidad.

En el libro IX (121) Lucio describe la situación penosa de los esclavos del molino, a los que califica de deshechos humanos. Cuenta que su piel estaba marcada por el látigo, que cubrían mínimamente su cuerpo con andrajos y algunos llevaban letras grabadas en la frente y los pies sujetos con anillas.

MENTIR, ENGAÑAR Y DESOBEDECER AL AMO:

En el libro III (122) Fotis, esclava de Milón y Pánfila de Hípata, al no poder obedecer la orden de su ama de recoger pelo de un joven beocio, por miedo al castigo, decide engañarla presentándola unos mechones de pelo de cabra. Se trataba de un ingrediente necesario para los encantamientos de Pánfila, y el cambio que lleva a cabo Fotis desencadenará el error de Lucio y su lucha con los tres odres animados que él cree que son ladrones.

En el libro III (123) la esclava Fotis, por amor a Lucio, desobedece a su ama Pánfila y permite al joven presenciar las prácticas mágicas de su señora.

En esta ocasión la desobediencia de Fotis tendrá como consecuencia la manipulación de los ungüentos mágicos de Pánfila y la metamorfosis de Lucio en asno.

En Luciano (124), la esclava Palestra desobedece igualmente a su ama y el protagonista se convierte igualmente en asno.

En el libro VII (125) Lucio-asno es ahora propiedad de Cáríte y Tlepólemo que le confían al esclavo jefe de la yeguada para que le deje correr libremente por el campo, como premio a su contribución para la liberación de la joven secuestrada.

Pero este esclavo, desobedeciendo las órdenes de sus amos, le lleva al molino, donde su esposa hace trabajar duramente al asno.

Hay un pasaje similar en Luciano (126).

En el libro VII (127) Lucio-asno es llevado finalmente, como ordenaron sus amos, junto con las demás caballerías, al campo. Pero tampoco allí su suerte es mejor, porque los sementales le atacan ferozmente.

Después de esto, desobedeciendo de nuevo las órdenes de los amos, se le encomienda bajo el cuidado de un joven esclavo leñador (128).

En el libro VIII (129) los esclavos de un rico propietario, devoto de la Diosa Siria, deciden engañar a su amo para evitar su castigo.

En efecto, un perro se come la comida del dueño y el esclavo cocinero y su esposa planean matar a Lucio-asno y presentárselo convenientemente guisado a su señor.

En el epítome de Luciano (130), se relata también un caso idéntico.

MATAR, CASTRAR Y MALTRATAR ANIMALES AJENOS:

En el libro III (131) el esclavo de Lucio, viendo que Lucio-asno intenta comer una corona de rosas colocadas en un nicho junto a una imagen de la diosa Epona, decide castigarlo y cogiendo un palo se pone a pegarle sin compasión. Sólo se detiene cuando los ladrones entran repentinamente en la casa de Milón y le hacen huir.

En el libro III (132) los ladrones, una vez perpetrado el robo en la citada casa de Milón, en Hípata, abandonan el lugar, llevándose un rico botín cargado sobre los animales que han encontrado en la cuadra. Entre estos se encuentra Lucio-asno que recibe una serie de garrotazos y latigazos para que se apresure en dirección al refugio de los ladrones.

En la obra de Luciano hay un pasaje idéntico (133).

En el libro III (134) Lucio-asno intenta pedir auxilio invocando el nombre de César, mientras es llevado por los ladrones hacia su guarida. Pero sus rebuznos sólo obtienen una buena tunda de palos.

Idéntico pasaje en Luciano (135).

En el libro IV (136) Lucio-asno, que se ha comido las legumbres de un huerto mientras los ladrones esperaban la

llegada de la noche ocultos en una casa, recibe como castigo una enorme paliza de manos del hortelano.

El asno se defiende dando de coces al hombre que se pone a gritar. Los vecinos lanzan contra el asno a sus perros, y cuando consiguen atar a Lucio-asno le pegan duramente (137).

En el epítome de Luciano hay un caso idéntico (138).

En el libro IV (139) los ladrones, una vez que llega la noche, emprenden de nuevo la marcha con los animales cargados con el botín.

Transcurrida una buena parte del camino, Lucio, agotado por el peso y deshecho por los continuos latigazos decide dejarse caer, firmemente decidido a no levantarse más.

En Luciano existe un pasaje similar (140).

En el libro VI (141) Lucio ve frustrado su plan, pues el otro asno robado también de casa de Milón, se deja caer con toda su carga y ni los látigos ni los empujones le hacen levantarse. Entonces los ladrones, no queriendo retrasar su fuga, seccionan con sus espadas los tendones de las patas del animal, lo arrastran a un lado del camino y lo precipitan desde una inmensa altura al fondo del valle inmediato.

Lo mismo sucede en el epítome (142).

En el libro VI (143) los ladrones utilizan a Lucio-asno para transportar otro botín obtenido. El asno recibe continuos palos y latigazos y cuando tropieza y cae por culpa de los empujones, le llueven aún mayores castigos.

Idéntico pasaje en Luciano (144).

Finalmente, uno de los ladrones, harto del mal servicio que Lucio-asno les presta y pensando que quizá las desgracias que han sufrido últimamente se deben a su presencia, afirma a sus compañeros que lo va a despeñar en cuanto pueda.

Lo mismo aparece en Luciano (145).

En el libro VI (146) Lucio-asno se ha fugado junto con Cárite del refugio de los ladrones, decidido a evitar como fuera que sus carnes se desgarraran en los riscos cercanos. Pero de pronto se encuentran con un grupo de ladrones que vuelve de llevar a cabo un robo; ambos son de nuevo conducidos a la guarida y, como es habitual, Lucio va recibiendo por el camino frecuentes estacazos.

Idéntico pasaje en Luciano (147).

En el libro VI (148) los ladrones deliberan sobre

el castigo que impondrán a Cárite y al asno. Uno de ellos propone degollar a Lucio, vaciar sus entrañas y encerrar a la joven desnuda en su vientre.

En la obra de Luciano hay un episodio similar (149).

En el libro VII (150) Lucio-asno es conducido por orden de su nueva ama Cárite al campo. Pero una vez allí no se le deja en libertad como la joven había ordenado, sino que le enganchan al yugo del molino y arreándole sin parar con una vara, se ve obligado a moler sin parar.

Además, a cambio de tan gran esfuerzo, no recibe la ración de cebada correspondiente sino unos puñados de salvado, sin cribar, sucio y lleno de ásperas arenillas.

También aparece este pasaje en Luciano (151).

En el libro VII (152) el asno es asignado bajo las órdenes de un joven esclavo leñador que le maltrata continuamente. Además recibía siempre los palos sobre el flanco derecho, lo que le produjo pronto una enorme llaga, sobre la que no cesaba de recibir castigo.

Las cargas de leña eran excesivas y se le colocaba encima mal equilibradas; el esclavo, para remediar esto le situaba piedras en el lado opuesto, con lo que aumentaba el sufrimiento.



to del asno.

Pero el esclavo no se daba por satisfecho con todo esto. Cuando tenían que atravesar algún río, se instalaba sobre la grupa de Lucio acentuando el peso; y si el asno resbalaba y caía, en vez de ayudarle tirando del ramal le zurraba entre las orejas hasta que se ponía de pie.

Un día este leñador ideó una nueva tortura, cogió unos pinchos muy agudos y recios, hizo con ellos un haz y se lo colgó del rabo como cilicio. Con el vaivén de la marcha Lucio sufría horriblemente y no podía evitar de ninguna forma el castigo, pues si corría para escapar las púas le herían con mayor violencia y si aflojaba el paso recibía una tanda de estacazos.

Agotada la paciencia de Lucio, éste levanta sus cascos contra el esclavo, pero sólo consigue exacerbar aún más al joven que le ata una gran carga de estopa y le prende fuego con un tizón encendido. Las llamas envolvieron rápidamente al asno que sólo pudo salvarse arrojándose a un charco de lluvia que había en las inmediaciones.

Finalmente, el leñador inventa una historia para acabar con el asno de una vez por todas. Les cuenta a sus compañeros que el animal había tratado de satisfacer sus instintos atacando a una mujer que se había cruzado con ellos en el camino, y que sólo la ayuda que le prestaron unos transeúntes evitó el acto.

Este episodio está también en el epítome de Luciano (153).

En el libro VII (154) los demás esclavos, creyendo el relato del leñador, deciden decapitar a Lucio-asno, echar sus entrañas a los perros y comerse su carne.

Pero otro de los presentes tiene una idea mejor, que evitará la muerte de Lucio; esta idea consiste en castrar al asno, con lo que ya no sería capaz de atacar a nadie más y se volvería totalmente manso (155).

Esto aparece también en Luciano (156).

Mientras el capador acude a buscar sus herramientas, Lucio-asno sale al bosque con el esclavo leñador. De pronto aparece una osa que se come al esclavo, hecho del que Lucio se congratula enormemente. Pero la madre del esclavo fallecido, culpa al asno por no haber ayudado como debía al joven ante tan gran peligro, y atando las patas del animal empieza a darle estacazos hasta que le fallan las fuerzas. Maldiciendo el cansancio de sus brazos busca un tizón encendido que clava a Lucio entre las ancas hasta que éste suelta un chorro maloliente en la cara de la vieja y la obliga a escapar (157).

ENCUBRIR DELINCIENTES:

En el libro IV (158) Lucio-asno cuenta que unos viejos campesinos ocultan a la banda de ladrones que ha asaltado la casa de Milón, en Hípata, mientras estos esperan que llegue la noche y puedan continuar el camino hacia su refugio. A cambio de esto los viejos reciben parte del botín obtenido.

En el epítome de Luciano (159), aparece también esta misma escena.

En el libro IX (160) un tendero, amigo del hortelano nuevo amo de Lucio-asno, oculta a ambos en su casa después del incidente con el legionario romano.

En Luciano (161), un amigo del hortelano le encubre también tras el infortunado encuentro con el legionario.

CUADRUPEDO CAUSA MENOSCABO:

En el libro IV (162) Lucio-asno ha sido robado de casa de Milón por una banda de ladrones que, camino de su refugio, se detienen durante el día en casa de unos viejos para ocultarse. El asno queda libre en un prado colindante y, como tiene hambre, entra en un huerto donde se atiborra de legumbres crudas.

En Luciano (163), hay un pasaje idéntico.

SECUESTRO:

El único caso aparece en el libro IV (164). La banda de ladrones que ha asaltado la casa de Milón en Hípata, llevándose a Lucio-asno, aparece en su escondite llevando secuestrada a Cárite, hija de unos ricos propietarios y prometida de Tlepólemo.

La propia joven relata a la vieja que cuida de los ladrones -encargada de su vigilancia- que se estaban celebrando sus bodas cuando fue raptada en presencia de todos los familiares y asistentes.

En el epítome de Luciano (165), una joven es raptada por una banda de ladrones, pero las circunstancias que rodean al caso son mucho menos detalladas, y su protagonismo dentro de la obra mucho menos que en Apuleyo.

AMENAZAS:

En el libro IV (166) la vieja que cuida de los ladrones, encargada de vigilar a la joven secuestrada, irritada por las lágrimas de Cárite, la amenaza con asarla viva si persiste en su actitud.

COACCION:

En el libro VII (167) la banda de ladrones delibera sobre la forma de incrementar su número, pues acaban de perder a tres de sus jefes (Lámaco, Alcimo y Trasileón). Uno de ellos afirma que pueden reducir por el terror a quienes se resistan.

ACUSACION FALSA:

En el libro IX (168) los compañeros del legionario que ha tratado de arrebatarse el asno al hortelano, acusan falsamente a éste de haber encontrado un vasito de plata y negarse a devolverlo. Con esto tratan de conseguir que el hortelano sea castigado, vengando así a su compañero.

VENDER A UNA MUJER EN UN LUPANAR:

En el libro VII (169) el joven Tlepólemo -que se hace pasar por el bandido Hemo- propone a la banda de ladrones que quiere torturar hasta la muerte al asno y a la joven Cárite, que en vez de esto, vendan a la muchacha a unos profesionales que la lleven a una casa pública.

Con esta propuesta, lógicamente, trata de salvar la vida de Cárite que es su prometida.

ATENTAR CONTRA PROPIEDADES DEL AMO:

En el libro VII (170) los esclavos de Cárite y Tlepólemo, indignados por las supuestas tropelías de Lucio-asno -el esclavo leñador le ha acusado de un intento de bestialismo- deciden matarlo, echar sus entrañas a los perros y dar de comer la carne a sus trabajadores. En cuanto a la piel del asno, la llevarían ante los amos explicando que el animal había sido muerto por un lobo.

Tras una corta deliberación, consideran que es una lástima perder al animal y optan por castrarlo.

En el libro VII (171) los mismos esclavos del pasaje anterior, tras enterarse de la muerte del joven leñador que guiaba al asno, culpan a éste de la tragedia y se proponen matarlo de nuevo.

La muerte de los amos, Cárite y Tlemólemo, salva al asno.

En el epítome de Luciano (172), los esclavos de la joven secuestrada quieren también matar al asno, pues creen que éste ha intentado unirse a una mujer. Finalmente, como en la novela de Apuleyo, se deciden por castrarlo, pero sus amos mueren y esto cambia la situación.

VENDER PROPIEDADES DEL AMO:

En el libro VII (173) el joven esclavo leñador a cuyo cargo está Lucio-asno, vende la leña que ha recogido para acusar al animal que, en un supuesto ataque de locura ha arrojado al suelo la carga.

En el libro VIII (174) los esclavos de Cárite que se han fugado al conocer la muerte de sus amos, deciden quedarse a vivir en una próspera ciudad. Lo primero que hacen antes de instalarse es vender los animales que se llevaron consigo en su fuga, entre ellos a Lucio-asno.

Esta venta tiene también lugar en el epítome de Luciano (175), en Beroea, ciudad de Macedonia.

BESTIALISMO:

En el libro VII (176) el esclavo leñador que tiene a su cargo a Lucio-asno, acusa a este un intento de bestialismo. Cuenta que el animal, atraído por la especie humana, cuando ve a una mujer joven y bonita se lanza sobre ella para someterla a sus caprichos, lo que supone que las desgraciadas víctimas queden maltrechas y estropeadas, si no hay alguien que lo impida.

En el epítome de Luciano (177), hay un pasaje similar.

En el libro VI (178) Lucio-asno cumple el papel de amante de una mujer distinguida y de gran posición, en Corinto. Esta mujer estaba enamorada del burro y paga al esclavo encargado de cuidarle una elevada suma a cambio de pasar una noche a solas con la única compañía del asno.

Apuleyo describe con todo detalle los lujosos preparativos del encuentro amoroso y la pasión con que la mujer satisface sus deseos, a pesar del miedo que siente el asno ante el temor de estropear a tan noble dama con una unión tan desproporcionada. Incluso piensa que si esto sucediera, le echarían a las bestias como un número más del espectáculo que prepara su amo Tiaso.

Pero sus temores son infundados y la unión se lleva a cabo felizmente. Además la mujer acuerda de nuevo el mismo

precio para la noche siguiente.

En la obra de Luciano se narra un episodio similar
(179).

DESEAR MAL FISICO:

En el libro VIII (180) los esclavos fugados están intentando vender a Lucio-asno, pues han decidido instalarse en una ciudad apartada.

Aparece entonces Filebo, sacerdote de la Diosa Siria, que se interesa por el asno, pero como el pregonero contesta a sus preguntas con bromas, Filebo se indigna y le desea que se vea sordo y mudo como un cadáver.

En el libro IX (181) la mujer del molinero que se encuentra con su amante, se ve sorprendida por la repentina aparición de su marido.

Irritada por el importuno, hace votos para que se fracture ambas piernas mientras esconde a su amante en una artesa.

PROFANACION SACRILEGA:

En el libro VIII (182) uno de los sacerdotes de la Diosa Siria, se acusa a sí mismo de una cierta profanación sacrilega y se autocastiga en presencia de la gente, para recibir a cambio sus dádivas.

ORGIA, ESCANDALO PUBLICO:

En el libro VIII (183) Lucio-asno relata la orgía que llevan a cabo Filebo y los sacerdotes de la Diosa Siria con un robusto labriego de un "castellum". La intervención del asno hace que los vecinos descubran la situación, que levanta un gran escándalo público por el que se ven obligados a huir a media noche, furtivamente.

En el epítome de Luciano hay un episodio similar (184).

RAPIÑA:

En el libro IX (185) Lucio afirma, en su descripción de la mujer del molinero que es su nuevo amo, que ésta se dedicaba a la rapiña, sin especificar nada más.

En el libro X (186) dos hermanos esclavos, uno pasteleiro y otro panadero, se acusan mutuamente de repiña pues la comida que elaboran desaparece misteriosamente. El culpable es Lucio-asno que se atiborra a escondidas de dulces y otros manjares. Precisamente el saludable aspecto que le proporciona esta dieta hace que sus amos sospechen de él y acaben descubriendo el engaño.

SODOMIA:

En el libro IX (187) el molinero, que acaba de descubrir al amante de su mujer escondido en su propia casa, se venga del jovencito sodomizándole.

CONFISCACION:

En el libro IX (190) Lucio describe el intento de confiscación que quiere llevar a cabo un legionario romano. Este hombre se encuentra en un camino a un hortelano que lleva consigo a Lucio-asno y pretende quedarse con el animal para llevar sus bártulos cómodamente.

En Luciano (191), hay un pasaje idéntico.

INFRACCION AL JURAMENTO MILITAR:

En el libro IX (192) el legionario fanfarrón que ha tratado de arrebatarse el asno al hortelano, ha cometido una infracción al juramento militar al perder su espada en la refriega. A causa de esta falta debe permanecer en el cuartel, sin dejarse ver.

En Luciano (193), se relata también el violento encuentro entre el legionario y el hortelano, pero no hay ninguna alusión a la infracción que menciona Apuleyo.

DECLARACION FALSA:

En el libro IX (194) los compañeros del legionario que ha tenido un fatal encuentro con el hortelano, para vengar la afrenta sufrida por el fanfarrón y castigar al pobre hortelano, acusan a éste falsamente ante las autoridades. Afirman que se ha encontrado un vasito de plata y que se niega a devolverlo.

En el libro III (195) durante la celebración del juicio contra Lucio, acusado de haber dado muerte a tres ciudadanos de Hípata -que son en realidad tres odres hinchados animados gracias a la magia de Pánfila- tiene lugar la declaración del capitán de la guardia nocturna de la ciudad.

Este hombre, comienza por aclarar que al acusar a Lucio no lo hace instigado por resentimientos particulares, ni irritado por un odio personal contra el acusado. Es decir, que proclama la veracidad de su acusación.

VENDER SENTENCIAS:

En el libro X (196) Lucio, que acaba de asistir a una representación del Juicio de Paris en el teatro de Corinto, afirma que los jueces de su época, todos sin excepción, venden a precio de oro sus sentencias, igual que sucedió ya en los orígenes del mundo.

3.2: Descripción de los delitos y faltas fuera del "tiempo" de la novela:

En este apartado se incluyen todos los casos que aparecen en los relatos que contiene la novela, tanto los narrados por el protagonista Lucio como los que cuenta cualquier otro personaje.

Respetando la morfología de la narración, he mantenido dentro de cada relato los distintos delitos que contiene, en vez de agrupar como en el apartado anterior -el de los delitos en el "tiempo" de la novela- los distintos casos de robo, adulterio, etc.

RELATO DE ARISTOMENES (197): Historia de Sócrates y la bruja Méroe.

Mientras Lucio viaja hacia Hípata, se encuentra en el camino con dos hombres; uno de ellos está contándole al otro una historia. Lucio se interesa por el relato y así comienza la narración de Aristómenes.

Esta historia contiene un total de doce delitos -incluyendo las alusiones- que son los siguientes:

- El abandono de familia de Sócrates.
- El robo en un camino que sufre Sócrates.
- El relato de Sócrates de las brujerías de la maga Méroe.
- Las supuestas calumnias de Sócrates sobre Méroe.
- El intento de la bruja Pantia de causar lesiones físicas a Aristómenes.
- El asesinato ritual de Sócrates.
- La alusión a no prestar ayuda en caso de peligro por parte de Aristómenes.
- La alusión a los robos que se llevan a cabo durante la noche, en los caminos.
- La alusión al asesinato de un compañero de viaje en una posada, durante la noche.
- El intento de suicidio de Aristómenes.
- La alusión a los robos que los posaderos llevaban a cabo en sus propios establecimientos.
- El matrimonio de Aristómenes (caso de bigamia).

Aristómenes de Egio se encuentra con su camarada Sócrates en Hípata, y le informa que su familia le ha dado por muerto, que sus hijos tienen ya tutores y que su esposa va a contraer nuevo matrimonio. Asimismo le reprocha que haya abandonado su hogar y su familia en Egio, para amancebarse con la posadera de Hípata, una tal Méroe (198).

Entonces Sócrates trata de explicarle a su amigo su

nueva situación, y cuenta que, deseando ver un renombrado espectáculo de gladiadores, se dirigió tomando un atajo a Larisa.

Cuando cruzaba un valle solitario se vió rodeado por unos salteadores que le despojaron de todo (199), y se vió obligado a refugiarse en la taberna de una cierta Méroe, en Hípata.

Esta mujer era en realidad una poderosa maga que hizo de Sócrates su amante y lo dejó reducido a un lastimoso estado.

Sócrates relata los prodigios que era capaz de llevar a cabo (200), las metamorfosis que efectúa en algunas de sus víctimas (201) y los encantamientos de que se valía para castigar a aquellos que trataban de acabar con ella (202).

Los dos amigos deciden huir para escapar de semejante mujer y se hospedan durante la noche en una posada. Mientras ambos duermen la puerta se abate violentamente despertando a Aristómenes, y las brujas Méroe y Pantia aparecen en la habitación.

Méroe acusa a Sócrates de calumniarla, causando así su deshonor (203). Alude, probablemente a todo lo que ha contado sobre sus prácticas mágicas y prodigios, o quizá a la acusación de Sócrates de ser la culpable de su penosa situación.

La bruja Pantia pregunta entonces a Méroe si para

castigar la complicidad de Aristómenes en la huida de Sócrates, deben despedazarle a la manera de las bacantes o simplemente mutilar su virilidad (204).

Finalmente, deciden matar solamente a Sócrates y lo hacen mediante un sacrificio ritual. Méroe corta el cuello de Sócrates, -que sigue dormido- por el lado izquierdo y recoge la sangre en un odre sin dejar escapar ni una gota. Después le arranca el corazón. Pantia, cubriendo la enorme herida con una esponja, pronuncia unas misteriosas palabras: "Spongia, cave in mari nata per fluvium transeas". Después humillan a Aristómenes orinándose en su rostro y desaparecen (205).

El pobre Aristómenes, asustadísimo por lo que acaba de presenciar, decide huir de allí antes de que amanezca. Pero se encuentra con que la puerta de la posada está cerrada; llama al portero para que le abra pero éste se niega a hacerlo y le indica que los caminos están infestados de atracadores y que no debe ponerse en ruta a tan altas horas de la noche (206).

Decidido a salir como sea, Aristómenes responde que no lleva nada de valor y que por tanto no teme ningún robo, e insiste en que le abra la puerta; pero el portero se niega de nuevo alegando que quizá quiere huir porque ha matado a su compañero de viaje (207).

Aristómenes se desespera ante su situación pues compre

de que nadie creerá la verdad de lo sucedido, incluso piensa que, aunque le crean se le acusará de no haber prestado ayuda a su compañero, de haber callado mientras le degollaban (208).

Comprendiendo que no hay salvación para él, decide suicidarse ahorcándose. Pero la cuerda que utiliza está apolillada, se rompe y Aristómenes cae encima de Sócrates que se despierta gritando (209).

En ese mismo momento entra el portero en la habitación y Sócrates, que no comprende el alboroto, afirma que no en vano detestan los viajeros a los mesoneros y que sin duda el portero trataba de robarles (210).

Por fin, los dos amigos emprenden el viaje aunque Aristómenes no cesa de preguntarle a Sócrates si se encuentra bien, pues no comprende cómo sigue vivo después de lo sucedido durante la noche.

Sus temores se cumplen; en un descanso en la ruta, mientras están comiendo, Sócrates se inclina a beber agua en un riachuelo y al instante la herida de su cuello se abre y sale de ella la esponja.

Sócrates cae definitivamente muerto (211).

Tras enterrar a su amigo, Aristómenes huye del lugar

y abandonando patria y hogar se instala en Etolia donde contrae nuevo matrimonio. Así pues, también él abandona a su familia y además comete bigamia, puesto que ya estaba casado (212).

RELATO DE MILON (213): Historia de Diófanes de Caldeo.

Mientras Lucio está cenando en casa de su anfitrión Milón de Hípata, comenta que en su patria, en Corinto, un individuo de nacionalidad caldea le anunció que en su viaje le sucederían cosas maravillosas y que sería el héroe de una historia inverosímil.

Milón le pregunta más datos sobre este adivino y al enterarse de que su nombre es Diófanes afirma que también estuvo en Hípata y cuenta lo que allí le sucedió.

En este relato aparecen tres delitos distintos:

- El engaño de la profecía de Diófanes.
- El robo que sufrió Diófanes en un viaje.
- El asesinato de su hermano, Arignoto.

Milón cuenta que Diófanes, durante su estancia en Hípata, obtenía crecidas retribuciones a cambio de sus oráculos. Un día mientras distribuía sus profecías a un nutrido grupo de gente, se acercó a él un mercader llamado Cerdón que quería saber la fecha adecuada para cierto viaje; a cambio iba a entregarle cien denarios.

De repente se acercó a Diófanes un joven de buena familia que, tras besarle y abrazarle se sentó a su lado y ambos

comenzaron a conversar. El joven le preguntó a Diófanes por su viaje por mar y tierra desde Eubea y el adivino, alterado por el recuerdo, le conestó que había sido una auténtica odisea.

En efecto, la nave en la que viajaba se hundió en una tormenta, y todo se perdió en el mar. Tras alcanzar la costa a nado a duras penas, Diófanes y su hermano Arignoto perdieron todo lo que habían conseguido reunir gracias a la compasión de personas desconocidas y a la ambilidad de los amigos, en manos de una pandilla de atracadores (214).

Aún más, su único hermano Arignoto, que pretendió rechazar el ataque de los ladrones, cayó degollado por estos ante los propios ojos de Diófanes (215).

Al escuchar este relato, el mercader Cerdón comprende lo poco fiables que son los oráculos de un adivino que no es capaz de prever lo que va a sucederle a él mismo en su viaje, y se apresura a recoger el dinero ofrecido evitando así caer en el engaño (216).

RELATO DE TELIFRON (217): Historia de la guardia fúnebre en Larisa.

Lucio asiste a una cena en casa de Birrena, en Hípata y escucha allí el relato de Telifrón sobre la guardia fúnebre que llevó a cabo durante su juventud en Larisa.

Este relato contiene los siguientes delitos:

- La alusión a las brujerías que llevan a cabo las magas en Larisa.
- El incumplimiento de contrato por parte de Telifrón.
- La paliza que recibe Telifrón.
- El parricidio de la mujer del muerto de Larisa.
- El adulterio de esta misma mujer.
- Las brujerías que suceden durante la guardia fúnebre.

Telifrón cuenta a los asistentes a la cena que, siendo él menor de edad llegó a Larisa después de asistir a los Juegos Olímpicos, y allí escuchó a un pregonero que clamaba por alguien dispuesto a cuidar a un muerto. Telifrón se interesó por el asunto porque se había quedado casi sin dinero y preguntó por qué era necesaria la guardia.

El pregonero le informa que en Tesalia las brujas solían desgarrar a mordiscos la cara de los muertos, en busca de ingredientes para sus prácticas mágicas (218).

Para evitar esto, era preciso velar durante toda la noche los cadáveres, sin distraerse en ningún momento, pues las brujas, metamorfoseadas en animales se deslizan furtivamente y con sus encantamientos infunden un profundo sueño a los guardianes. Además son capaces de concebir ardides mucho más tenebrosos (219).

Telifrón se interesa por el servicio y se compromete a efectuar la guardia fúnebre requerida a cambio de mil sesteracios. Se trataba en esta ocasión del cuerpo de un joven, hijo de uno de los principales ciudadanos de Larisa. La viuda, joven y hermosa, le conduce hasta una sala donde se encuentra el cadáver y delante de siete personas que hacen de testigos, descubre al difunto pudiendo todos comprobar que su cuerpo estaba intacto. Tras dejar constancia de esto por escrito, Telifrón queda solo en la estancia.

Pronto llega la noche, el joven trata de animarse cantando pues siente que el miedo le está invadiendo, cuando de pronto aparece una comadreja que es ahuyentada por Telifrón.

Después de este suceso Telifrón se queda dormido y no despierta hasta la mañana siguiente (220); lo primero que hace es acercarse al muerto y comprobar si está intacto según los artículos del contrato, pero se tranquiliza al ver que, efectivamente, así es.

La viuda, acompañada por los testigos del día anterior, reconoce también al cadáver y satisfecha por la labor del guardián le entrega el dinero. Telifrón, lleno de alegría le informa a la mujer que está dispuesto a realizar el mismo trabajo cuantas veces sea necesario.

Al escuchar estas agoreras palabras, los familiares de la viuda echan mano a las primeras armas que encuentran y se lanzan contra Telifrón, uno le golpea las mandíbulas a puñetazos, otro la espalda a codazos, un tercero le hunde las costillas; le dan patadas, le arrancan el pelo, le rasgan la ropa y, finalmente, le echan de la casa (221).

Tras esto comienzan las honras fúnebres y el cortejo -dado que el muerto era un personaje aristocrático- desfila por el foro.

Aparece entonces un anciano que afirma ser tío del difunto, que acusa públicamente a la viuda de haber envenenado a su marido (222), para recibir la herencia y para complacer a su amante (223).

Como la esposa negaba la acusación, el anciano presenta a la multitud allí reunida a un profeta egipcio llamado Zatclas, al que ha entregado una gran suma de dinero para que devuelva la vida al cadáver durante un instante y éste aclare el misterio de su muerte.

Efectivamente así sucede, el muerto resucita y explica que se esposa le administró una pócima mortal y sin dar tiempo a que su lecho se enfriara lo ocupó con su amante (224).

Como esta declaración levantó división de opiniones -unos creen culpable a la mujer, pero otros no dan crédito a un cadáver- el joven muerto se dispone a dar pruebas palpables de su veracidad.

Así, comienza a contar hechos que nadie conoce ni sospecha. Cuenta que unas viejas brujas trataron de arrebatarse sus despojos, pero se encontraron con la tenaz vigilancia del guardián Telifrón.

Como último recurso, extendieron sobre él un vaho soporífero y le hicieron caer en un profundo sueño (225).

Luego, se pusieron a llamar al difunto por su nombre, pero como el guardián era tocayo suyo se levantó y avanzó hasta la puerta de la habitación. A través de un agujerito, las brujas le arrancaron la nariz y las orejas, colocándole después unos moldes de cera en su lugar, para que nadie advirtiera la mutilación (226).

Asustadísimo, Telifrón se toca la nariz y las orejas y se queda con ellas en la mano. De esta forma se comprueba su incumplimiento del contrato, las brujerías de las magas de

Larisa y la veracidad de la acusación de adulterio y parricidio.

Desfigurado y condenado al ridículo, Telifrón no vuelve al hogar paterno, se instala en Hípata y oculta sus mutilaciones con el pelo crecido sobre las orejas y con un pañito que le oculta la nariz.

RELATO DE UN LADRON (227): Historia de tres ladrones.

Reunidos en su refugio, varios grupos de ladrones hablan de los asaltos que han llevado a cabo. Un joven integrante de la banda que ha robado en casa de Milón, en Hípata, le reprocha a los que tenían como objetivo las ciudades de Beocia la pérdida de su jefe, el bandido Lámaco. Entonces uno de los ladrones de este segundo grupo se dispone a explicar lo sucedido.

Así comienza el relato de lo sucedido a los ladrones Lámaco, alcimo y Trasileón, que contienen cada uno varios delitos.

La historia de Lámaco (228), incluye los siguientes:

- Alusión al comportamiento de Crísero de Tebas.
- Intento de robo en casa de Crísero.
- Crísero causa lesiones físicas a Lámaco.
- Lámaco pretende que sus compañeros acaben con él.
- Suicidio de Lámaco.

En el relato de lo sucedido al ladrón Alcimo, aparecen estos delitos (229):

- Robo en casa de una vieja, en Tebas.
- Alusión al homicidio de la vieja.
- Asesinato de Alcimo.

La historia de Trasileón (230), contiene los delitos que se mencionan a continuación:

- Engaño de Demócares de Platea.
- Asesinato de los guardianes de los osos, en casa de Demócares.
- Robo en casa de Demócares.
- Muerte de Trasileón, disfrazado de oso.

El ladrón cuenta que la banda capitaneada por Lámaco, llegó a la ciudad de Tebas y comenzó por indagar la situación económica de sus habitantes. Así, descubrieron que un tal Crísero, banquero y dueño de grandes capitales, vivía solo en su casa, disimulando su opulencia por miedo a las obligaciones y cargas públicas (231).

Decidieron entonces robar en esta casa y allí se dirigieron al caer la noche. Como no querían forzar la puerta ni romperla, por miedo al ruido que podía alertar al vecindario, el jefe Lámaco metió poco a poco la mano por el agujero destinado a introducir la llave, pretendiendo hacer saltar la cerradura. Pero Crísero, que estaba alerta, se acercó sin hacer ruido y con un enorme clavo dejó sujeta la mano de Lámaco a la madera de la puerta (232). Después corrió al tejado de su casa y desde allí gritó pidiendo ayuda a sus vecinos a la voz de ¡fuego!

El vecindario se alarmó ante un peligro que les afecta-

ba a todos y acudió a prestar socorro. Los ladrones, en vista de las circunstancias, y de acuerdo con su jefe, cortan el brazo de Lámaco para poder huir (233).

Pero como la terrible herida sufrida le impedía actuar con la rapidez necesaria, Lámaco pide a sus compañeros que acaben con él (234). Sin embargo, ninguno se atrevía a llevar a cabo el parricidio consentido y finalmente el propio Lámaco se clava su espada en mitad del corazón (235). Los demás ladrones recogen lo que quedaba de su cuerpo y lo arrojan al mar.

Otro de los ladrones, un tal Alcimo, entró a robar en el tugurio de una pobre vieja, mientras ésta dormía (236).

El narrador comenta que hubiera debido empezar por estrangular a la mujer (237), pero Alcimo se dedicó simplemente a ir arrojando todos los objetos por la ventana, para que sus compañeros los recogieran.

Como le dolía dejar la cama en que dormía la vieja, la hizo rodar al suelo y la mujer se despertó. Al ver lo que estaba sucediendo, preguntó al ladrón que por qué arrojaba sus humildes posesiones al patio de sus ricos vecinos. Estas palabras engañaron a Alcimo que se asomó a la ventana para poder apreciar la riqueza de la casa colindante. La astuta vieja aprovechó la ocasión para darle un empujón que lo tiró de cabeza (238).

La altura era considerable y además Alcimo fue a estrellarse contra una enorme piedra. Se le rompieron y desencajaron todas las costillas y sus entrañas vomitaban ríos de sangre, apenas tuvo tiempo para contar a sus compañeros lo sucedido; después murió y fue enterrado repitiendo el ritual de Lámaco.

Tras estos desastres los ladrones abandonaron Tebas y se dirigieron a Platea. Allí no se hablaba más que de un tal Demócares, hombre de ilustre familia, gran fortuna y rara liberalidad, que gustaba de organizar festejos públicos. Precisamente se estaba preparando todo lo necesario para un gran espectáculo que incluía combates de gladiadores y muchas cosas más, entre ellas toda una serie de fieras, incluídos unos enormes osos.

Sin embargo una epidemia de peste mató a casi todos los animales, y esto inspiró a los ladrones Eubulo y al narrador de la historia una ingeniosa treta. Cogieron a uno de los osos muertos, se comieron la carne y conservaron la piel, cabeza incluída. Planeaban que uno de ellos se introdujera dentro del oso; así disfrazado sería llevado a casa de Demócares y ofrecido para su espectáculo. Una vez dentro de la casa, durante la noche, facilitaría la entrada a los demás y el robo se llevaría a cabo sin problemas.

Trasileón fue el designado para esta tarea, se metió dentro de la piel del oso que fue luego cosida cuidadosamente de forma que nadie pudiera sospechar nada.

De esta forma se presentaron en casa de Demócares, inventando que venían de parte de un tal Nicanor de Tracia, amigo de Demócares, y que el oso era una pieza de caza que le ofrecía para contribuir al realce de su espectáculo. Demócares quedó encantado con el regalo y pagó diez aureos a los supuestos mensajeros (239).

Al llegar la noche, Trasileón salió de su jaula y degolló a sus guardianes (240), que dormían a su lado; después al portero, a quien coge la llave que le sirve para abrir la puerta de la casa a sus compañeros.

Mientras desvalijaban la casa con todo sigilo confiaban en que si alguien despertaba la visión de un oso suelto por la casa le haría morir de miedo y echar a correr para esconderse (241).

Pero sucede al revés, un esclavo se despertó y vió al oso paseando en libertad, sin hacer ruido levantó a toda la servidumbre que se armó dispuesta a acabar con el animal.

El tumulto fue en aumento, la mayoría de los ladrones se habían ido a esconder el botín y los que esperaban todavía en la casa huyeron al ver lo que sucedía. Pero Trasileón luchaba representando su papel, consiguió llegar hasta la calle, donde los perros del barrio le cercaron y acribillaron a mordiscos. Finalmente, un joven le clava su lanza en el pecho y otros mu-

chos, perdido ya el miedo, le acribillan con sus espadas. Así murió Trasileón, encerrado en su disfraz de oso y peleando hasta el final (242).

CARITE CUENTA UN SUEÑO (243):

Mientras permanece bajo la custodia de la vieja que cuida a los ladrones, Cárite, la joven secuestrada, le cuenta un sueño que acaba de tener.

En este relato aparecen los siguientes delitos:

- Secuestro de Cárite.
- Asesinato de Tlepólemo.

Cárite le cuenta a la vieja, en presencia de Lucio-asno que también ha sido robado por la banda de ladrones, un sueño en el que ha revivido su desdicha.

En efecto, la joven se vió violentamente arrancada de su casa, de su habitación, de su propio lecho, por unos ladrones que se la llevaron consigo (244).

Su marido, Tlepólemo, corría tras ellos lamentando a voz en grito el rapto de su esposa y pidiendo auxilio al pueblo. Uno de los ladrones, harto de la persecución, cogió un enorme morrillo y golpeó a Tlepólemo, matándole (245).

En este preciso momento Cárite despertó de su funesto sueño.

RELATO DE LA HISTORIA DE PSIQUE Y CUPIDO (246):

La vieja que cuida a los ladrones, para distraer a Cárite, la joven secuestrada, le cuenta la historia de Psique y Cupido.

A pesar del carácter fantástico del relato, éste contiene una serie de delitos "reales", que detallo a continuación:

- Alusión al menosprecio de Cupido por la moralidad pública.
- Psique desobedece a su marido.
- Psique es coaccionada por sus hermanas.
- Psique intenta matar a Cupido.
- Intento de suicidio de Psique.
- Segundo intento de suicidio de Psique.
- Psique mata a su hermana.
- La hermana de Psique engaña a su marido.
- Psique mata a su otra hermana.
- Ceres se niega a dar refugio a Psique, la esclava fugitiva de la diosa Venus.
- Juno alude a la prohibición de dar refugio a los esclavos fugitivos.
- Venus alude al encubrimiento ilegal.
- Venus califica el matrimonio de Psique y Cupido como ilegal.
- Venus maltrata a su esclava Psique.

- Tercer intento de suicidio de Psique.
- Cuarto intento de suicidio de Psique.
- Quinto intento de suicidio de Psique.
- Júpiter alude al infringimiento de la moral pública y de la "Lex Iulia" por parte de Cupido.

Había en una ciudad un rey y una reina que tenían tres hijas; así comienza el relato de la vieja. La más pequeña se llamaba Psique y era tan hermosa que la gente comenzó a considerarla la encarnación humana de Venus. Esto indignó enormemente a la diosa que quiso castigar a la joven y llamó a su hijo Cupido, el niño alado que menospreciando la moralidad pública, armado con antorchas y flechas, recorre de noche las casas ajenas malquistando los matrimonios y cometiendo los peores escándalos (247).

Venus le pide que consiga que Psique se enamore de un ser abyecto, del último de los hombres. Pero Cupido se enamora de la joven y hace de ella su esposa, manteniéndola oculta a los ojos de todos, y sin dejarse ver él mismo.

Un día Psique manifiesta su deseo de ver a sus hermanas que la lloran por muerta, y Cupido accede a sus ruegos advirtiéndola que no intente nunca averiguar cómo es su marido.

La visita despierta la envidia de sus dos hermanas que consideran injusta la felicidad de Psique. Deciden entonces

ocultar a todos que Psique vive y buscan el modo de hacer caer a su hermana en una trampa.

Por fin, se presentan de nuevo en el palacio de Psique y consiguen que ésta desobedezca las órdenes de su marido y les confiese que nunca ha visto su cara (248).

Disimulando sus verdaderas intenciones y alegando preocupación por la seguridad de Psique, la coaccionan de tal modo que la joven acaba convencida de que debe matar a su marido pues se trata de un monstruo que la está cebando para acabar devorándola (249).

Llega la noche y Cupido se duerme al lado de Psique. La joven saca una navaja que mantenía oculta, dispuesta a consumar el parricidio. Pero antes enciende una lámpara y contempla por primera vez a su divino esposo (250).

Psique reconoce a Cupido y sin poder contener su emoción, trata de hundir el arma en su propio seno (251), pero el hierro se desliza entre sus manos.

Mientras contempla extasiada el rostro de su esposo, una gota del aceite de la lámpara cae sobre el hombro del dios que se despierta y, comprendiendo lo sucedido, reprocha a Psique su desobediencia y que haya tratado de matarle; después la abandona (252).

Desesperada, la joven corre hacia un río cercano y trata de quitarse la vida arrojándose a él de cabeza (253). Pero las aguas la depositan sin daño en la orilla, y la joven emprende camino buscando a su esposo.

Al atardecer llega a una ciudad donde reinaba el marido de una de sus hermanas, se presenta ante ella, le cuenta lo sucedido y afirma que Cupido pretende ahora casarse con ella. La hermana cree sus palabras, engaña a su marido inventando una mentira (254), y marcha corriendo hacia el palacio donde vivían Cupido y Psique. Una vez allí se arroja desde una roca creyendo que Céfiro va a acogerla y transportarla hasta la divina mansión, pero nada de esto sucede y la mujer muere despedazándose en las aristas del despeñadero.

Las aves de rapiña y las fieras devoran sus restos (255).

Cumplida la primera parte de su venganza Psique llega a otra ciudad donde vive su otra hermana, la engaña igualmente y consigue que muera de la misma manera (256).

Mientras Psique continúa buscando a su marido, la diosa Venus se entera de todo lo sucedido y se indigna con Cupido, que yace enfermo en la mansión de la diosa. Después trata de encontrar a Psique a quien considera su esclava fugitiva.

La joven caminaba a la ventura, noche y día, deseosa de obtener el perdón de su marido. Un día llega a un templo dedicado a la diosa Ceres y le suplica que la esconda, aunque sólo sea por unos días, para dar tiempo a que la cólera de Venus se aplaque y para reponer fuerzas.

Pero Ceres, aunque conmovida por sus lágrimas y súplicas, no desea ofender a Venus y le indica que siga su camino y que se de por satisfecha con que no la detenga como esclava fugitiva que es (257).

Psique continúa su marcha y llega hasta otro templo, en esta ocasión dedicado a la diosa Juno, a quien también suplica que le otorgue su auxilio. Pero Juno se niega también alegando que existen leyes que le impiden dar refugio al esclavo fugitivo con perjuicio de su amo (258).

Mientras tanto, Venus reclama los servicios de Mercurio a quien informa de los datos personales de Psique, para que los divulgue y todos puedan identificarla, de forma que si alguien se hiciese responsable de encubrimiento ilegal, no pudiera alegar ignorancia en la defensa (259). Además promete una recompensa para quien detenga a la joven o, al menos, informe de su paradero.

Finalmente, la propia Psique decide entregarse a Venus y llega a su palacio. La diosa, enfurecida proclama que su matri-

monio con Cupido es ilegal, pues se ha celebrado en el campo, sin testigos y sin el consentimiento paterno (260).

Después de estas palabras se abalanza sobre ella, hace trizas sus vestiduras, le arranca el cabello y la golpea sin piedad. Cuando se ha cansado de esto, la encierra en una habitación y la encomienda una tarea imposible (261).

Un ejército de hormigas realiza la labor, pero esto sólo sirve para aumentar la cólera de Venus, quien ordena un nuevo trabajo a la joven. Psique se dirige a un río para arrojar-se a él, pero la verde caña se lo impide y le indica cómo realizar la tarea (262).

Este segundo éxito tampoco merece la aprobación de Venus que le indica otra labor imposible. De nuevo Psique trata de suicidarse arrojándose desde la cumbre de una montaña (263), pero el ave real de Júpiter acude en su ayuda y la joven consigue cumplir el encargo.

La cuarta orden de Venus no se hace esperar y Psique, desesperada se dirige a una torre muy elevada para precipitarse desde allí (264). Pero la propia torre le habla y le da instrucciones precisas para que desempeñe la tarea.

Sin embargo la joven llevada por la curiosidad desobedece las indicaciones y precisa de nuevo ayuda, prestada en

esta ocasión por el propio Cupido.

El dios pide ayuda a Júpiter que está dispuesto a acceder a pesar de que sabe que Cupido infringe la moral pública y la "Lex Iulia" (265).

El padre de los dioses convoca una asamblea, concede a Psique la inmortalidad y la une con Cupido legítimamente.

Así termina la historia de Psique y Cupido.

RELATO DE TLEPOLEMO: HISTORIA DEL LADRON HEMO DE TRACIA (266):

El joven Tlepólemo, marido de la mujer secuestrada por los ladrones, se presenta ante éstos haciéndose pasar por uno de ellos para poder así rescatar a Cárite. Con el fin de que la banda le acepte como un miembro más, se inventa una personalidad, la del bandido Hemo de Tracia, y cuenta su historia.

A pesar de ser un relato fantástico es perfectamente creíble y su fingida actuación como bandido no difiere mucho de la del resto de los ladrones "reales" de la novela.

Los delitos que se inventa Tlepólemo son los siguientes:

- Alusión a los robos efectuados por su banda en la región de Macedonia.
- Acusación falsa.
- Robo a viajeros en la playa de Accio.
- Robos de Hemos por granjas y poblados.

Tlepólemo se presenta como el jefe de una banda de ladrones, el célebre Hemo de Tracia, hijo del también ladrón Terón, que arrasaba con sus robos toda Macedonia (267).

Cuenta cómo perdió a sus camaradas tras un desgraciado asalto a un grupo de viajeros. En efecto, se trataba de un pro-

curador imperial que marchaba al destierro acompañado de su esposa Plotina y de gran número de soldados y esclavos.

Este hombre era un personaje muy distinguido e ilustre que había sido víctima de falsas acusaciones por envidia de su posición, pues hasta el propio César le tenía en gran estima (268).

Su esposa había querido compartir su desgracia y ambos habían emprendido el viaje juntos en dirección a Zacinto. Pero una noche, mientras descansaban en la playa de Accio durmiendo en una posada, Hemo y su banda les atacaron y robaron todas sus posesiones (269), aprovechando el pánico general ya que cada cual se escondía para evitar el propio riesgo (270).

Entonces Plotina acudió al mismo César y obtuvo de éste el regreso para su marido y la venganza por el asalto sufrido. La banda de Hemo fue perseguida por destacamentos militares y acabó totalmente deshecha. Sólo su jefe consiguió escapar poniéndose unas ropas de mujer y cubriéndose la cabeza; montado en un asno, Hemo atravesó las líneas de soldados que lo tomaron por la mujer del borriquero.

Sin embargo, una vez libre y fuera de peligro, Hemo aprovechó su disfraz para asaltar, él solo, varias granjas y poblados obteniendo dos mil monedas (271), que entregó a los ladrones para que éstos le admitieran en su grupo.

RELATO DE UN ESCLAVO: HISTORIA DE CÁRITE, TLEPOLEMO Y TRASILO
(272):

Uno de los esclavos de Cárite se presenta ante sus compañeros y les cuenta la trágica muerte de sus amos.

Este relato contiene varios delitos:

- Alusión a los homicidios de Trasilo.
- Homicidio de Tlepólemo.
- Intento de suicidio de Cárite.
- Alusión a faltar al luto.
- Cárite causa lesiones físicas a Trasilo.
- Suicidio de Cárite.
- Suicidio de Trasilo.

La joven secuestrada Cárite vivía feliz junto a su marido Tlepólemo tras su liberación. Pero en la ciudad vecina residía un joven de buena familia y abundantes ingresos que se había entregado al vicio, frecuentaba mujeres de mala fama, se embriagaba en pleno día y estaba relacionado con pandillas de malhechores, incluso se había manchado las manos con sangre humana (273).

Este joven, que se llamaba Trasilo, había pretendido casarse con Cárite, pero su mala fama le había hecho fracasar en su intento.

Cuando Cárite fue rescatada por Tlepólemo fingió gran alegría y comenzó a frecuentar la casa de los jóvenes esposos, esperando el momento adecuado para cometer un sangriento delito.

Un día en que acompañaba a Tlepólemo en una cacería se encontraron de pronto con un enorme jabalí. Todos los esclavos, asustados se apresuraron a ocultarse, pero Trasilo considerando el momento oportuno para llevar a cabo sus planes, incitó a Tlepólemo para que atacara al peligroso animal.

Cuando éste se disponía a hacer frente a la fiera, Trasilo disparó su dardo contra el caballo de Tlepólemo, arrojándole al suelo.

No contento con esto contempló como el jabalí despedazaba a su víctima con sucesivas dentelladas y, en vez de acudir en su ayuda, le clavó su lanza matándole. Después acabó con el animal (274).

Una vez consumado el homicidio Trasilo fingió desolación y dedicó todos sus esfuerzos a consolar a la viuda.

Cárite, al enterarse de lo sucedido quiso morir para reunirse con su amado esposo (275), pensó en todos los procedimientos y se decidió a dejarse morir de hambre; pero ante la insistencia de sus familiares se vió obligada a renunciar a su idea.

Trasilo, una vez eliminado su rival, trató de conquistar el corazón de la viuda, que se desmayó al conocer sus propósitos. Más tarde, durante la noche, la sombra del desgraciado Tlepólemo se apareció a su esposa y le contó la verdad de lo ocurrido, aconsejándola que evitara a su homicida, al causante de su muerte (276).

Cárite decide entonces vengar a su esposo y, fingiendo complacencia ante las continuas peticiones de Trasilo, acentúa su pasión amorosa poniendo obstáculos para su unión.

Así la joven le explica al homicida que es conveniente que esperen el tiempo mínimo y legal que requiere el luto, es decir, un año, antes de contraer matrimonio (277).

Finalmente, ante la insistencia de Trasilo, Cárite finge aceptar una cita, pero exige que ésta se celebre durante la noche, en secreto, para que nadie pueda sospechar nada. Llegada la hora, hace que el joven beba una droga soporífera y cuando le tiene dormido y a su merced, ayudándose con una aguja de sujetar el pelo, le saca los ojos vaciándolos por completo (278).

Una vez cumplida su venganza, Cárite explica a la gente lo sucedido, marcha hacia la tumba de su marido y se suicida allí mismo, clavándose la espada de Tlepólemo bajo el pecho derecho (279).

Trasilo entretanto, una vez que recupera la conciencia y se entera de lo sucedido no encuentra mejor salida que el suicidio. Marcha a la sepultura de Tlepólemo -donde también había sido enterrada Cárite- y se encierra en ella, condenándose a morir de hambre (280).

RELATO DE LUCIO: HISTORIA DEL "VILICUS" (281):

Los esclavos de Cárite y Tlepólemo se han fugado al conocer la muerte de sus amos, llevándose consigo a Lucio-asno.

Una noche, mientras descansan en una aldea, se enteran de una historia que se había desarrollado allí; Lucio la incluye en su narración porque considera que los hechos son dignos de mención.

El relato -auténtico en este caso- contiene varios delitos:

- El adulterio de "vilicus".
- El incendio y los daños materiales que causa su esposa.
- El parricidio de la mujer del "vilicus".
- El suicidio de la mujer del "vilicus".
- El homicidio del "vilicus".

Lucio cuenta que este "vilicus", a cuyo cargo estaba toda la servidumbre y la administración de la finca en que estaban alojados los esclavos fugados, se había enamorado de una mujer libre aunque estaba casado con una esclava de la misma casa y tenía con ella un hijo pequeño (282).

La esposa, resentida ante la infidelidad conyugal,

destruyó provocando un incendio toda la contabilidad de su marido y todo cuanto estaba almacenado en el granero (283).

Sin embargo, esto le pareció una venganza demasiado pobre, y decidió suicidarse, matando al mismo tiempo a su hijito.

Así, se puso una cuerda al cuello, ató con ella también a su propio hijo y se tiró de cabeza a un pozo muy profundo (284).

El amo, al enterarse de lo sucedido, cogió al esclavo cuya incontinencia había provocado tales desgracias y, después de untarlo con miel de pies a cabeza, lo amarró a una higuera en cuyo tronco carcomido anidaba un hirviente hormiguero.

Los insectos, al olfatear el cuerpo endulzado con miel comenzaron a morderle ininterrumpidamente hasta consumir toda la carne y hasta las entrañas, quedando sólo los huesos totalmente descarnados (285).

Los esclavos fugados abandonan la aldea al día siguiente, dejando a los campesinos sumidos en un profundo duelo.

RELATO DE LUCIO: HISTORIA DEL OPERARIO Y LA TINAJA (286):

Mientras Lucio-asno permanece con Filebo y los sacerdotes de la diosa siria, escucha en una posada la historia de un hombre engañado por su esposa y la reproduce en su relato.

Esta historia contiene los siguientes delitos:

- Adulterio de la esposa del operario.
- Alusión al adulterio de su vecina Dafne.
- Mentiras y engaño al marido.

El operario, que malvivía con el reducio salario de su trabajo, estaba casado con una mujer también pobre, muy conocida por su extremo libertinaje.

Un día, mientras esta mujer estaba retozando con su amante, su marido se presentó de improviso (287).

La mujer, que era astuta y ducha en esta clase de asuntos, escondió al amante en una tinaja vacía que estaba medio enterrada en un rincón. Después, sin dar tiempo a que el marido abriera la boca, lo acogió con una tremenda reprimenda, reprochándole que no estuviera trabajando para obtener algo que comer y ponderando sus propios esfuerzos hilando lana noche y día, para que, al menos, no faltara en la casa la luz de una simple candela (288).

Además, remató su diatriba comparándose con su vecina Dafne quien -según ella- se dedicaba a comer y beber hasta reventar, mientras retozaba con sus amantes (289).

El marido, desorientado por el recibimiento, le aseguró que se había preocupado por la cena pues, a pesar de no trabajar ese día en el taller, había conseguido vender por seis denarios la tinaja vieja que tenían vacía en la casa.

Sin perder el aplomo, la mujer se echó a reír afirmando que ella, una mujer, había conseguido sin salir de casa vender el mismo objeto por siete denarios (290).

Cayendo en el engaño, y encantado con la ganancia, el operario preguntó a la mujer por el comprador y ésta le respondió que se había metido dentro de la tinaja para comprobar su estado (291).

El amante, que desde dentro de la tinaja lo había escuchado todo, contribuyó al engaño apareciendo de pronto y afirmando que era necesaria una limpieza antes de la compra, para comprobar el verdadero estado de la tinaja.

Sin sospechar nada, el operario se prestó a efectuarla y se metió dentro dispuesto a dejarla como nueva. Mientras tanto la mujer y su amante culminan lo empezado antes de la inoportuna aparición del marido (292).

RELATO DE UNA VIEJA: HISTORIA DE FILESITERO, ARETE Y MIRMEX
(293):

Una vieja le cuenta a la mujer del molinero -nuevo amo de Lucio-asno- la historia de Filesitero, Areté y Mirmex, que había sucedido en la ciudad en donde se encontraban.

Esta historia contiene los siguientes delitos:

- Las amenazas de Bárbaro a su esclavo Mirmex.
- El soborno de Mirmex.
- La desobediencia de Mirmex a su amo Bárbaro.
- El adulterio de Areté.
- La acusación falsa que hace Filesitero.
- La alusión al robo de las sandalias de Filesitero.
- Las lesiones físicas que causa Filesitero a Mirmex.

Según cuenta la vieja, el decurión de la ciudad, Bárbaro estaba casado con una mujer de excepcional hermosura llamada Areté, a la que mantenía encerrada en casa con toda clase de precauciones.

En una ocasión en que Bárbaro tenía que realizar un viaje, encomendó la guardia de su esposa a un esclavo suyo llamado Mirmex y para asegurarse de que cumpliría bien sus órdenes le amenazó con el calabozo, la cadena perpetua y finalmente la muerte lenta por hambre, si un hombre cualquiera la tocaba (294).

Pero sucedió que la fama de la belleza de Areté y de los especiales cuidados con que su esposo la guardaba, estimularon la pasión de un joven guapo, elegante y valiente, llamado Filesitero.

Este hombre, quiso llegar hasta Areté y decidió hacerlo empleando oro, pues pensaba que no existen obstáculos insuperables para el dinero.

Habló a solas con el esclavo Mirmex, le confió el amor que sentía por su ama y su deseo de obtener una cita con ella durante la noche. Además, para vencer la resistencia de Mirmex le mostró unas monedas de oro; veinte serían para Areté y diez para el propio esclavo. Con este soborno esperaba cumplir sus propósitos (295).

Mirmex se horrorizó ante la proposición y corrió hacia su casa. Pero una vez allí se sintió atormentado por las dudas, por un lado se sentía atraído por el dinero, pero por otro temía las consecuencias de su acto, que podían acarrearle la muerte.

Finalmente, la codicia pudo más y comunicó a su ama los deseos de Filesitero (296). Areté accedió a la cita nocturna y Mirmex se apresuró a concertarla con Filesitero, obteniendo el premio prometido (297).

Efectivamente, a hora avanzada de la noche Filesitero

se presentó en la casa de Bárbaro acompañado por el esclavo que lo introdujo en la habitación de Areté (298).

Pero ocurrió que el marido se presentó de improviso y llamó a la puerta dando grandes voces, poniendo sobre aviso al amante que escapó a toda prisa olvidando en su fuga las sandalias.

A la mañana siguiente, Bárbaro descubrió en su dormitorio el calzado que pertenecía a Filesitero y sospechando lo ocurrido ordenó a los esclavos que prendieran a Mirmex y lo condujeran hasta el foro, cargado de cadenas. El mismo siguió al grupo con las sandalias bajo el manto dispuesto a aclarar lo sucedido.

A mitad del camino les salió al paso Filesitero que al punto cayó en la cuenta de su olvido y decidió solucionar el asunto de la mejor manera posible.

Así, se dirigió hacia Mirmex gritando escandalosamente y empezó a pegarle puñetazos, aunque sin emplear realmente fuerza (299). Al mismo tiempo le acusaba de haberle robado sus sandalias el día anterior mientras él se encontraba en el balneario (300).

Esta falsa acusación de robo engañó totalmente a Bárbaro, quien perdonó a su esclavo y devolvió las sandalias a su propietario.

RELATO DEL MOLINERO: HISTORIA DEL ADULTERIO DE LA MUJER DEL BATANERO (301).

El molinero -nuevo amo de Lucio-asno- regresa a su casa y le cuenta a su esposa lo que acaba de presenciar en casa de un batanero amigo suyo.

Esta historia contiene los siguientes delitos:

- El adulterio de la mujer del batanero.
- El batanero intenta asesinar al amante de su mujer.
- Alusión al asesinato de la esposa.
- Alusión al suicidio del batanero.

El molinero regresa de cenar en casa de un batanero amigo suyo a una hora muy temprana y cuando su esposa le pregunta por qué se ha dado tanta prisa en volver, cuenta lo que ha sucedido.

La mujer del batanero, mujer que tenía una aureola de probada virtud, se había enamorado de un joven y tenía con él frecuentes citas (302).

En el momento en que el molinero y el batanero se presentaron a cenar la mujer se encontraba en brazos de su amante. Sorprendida y atolondrada por la inesperada presencia de los dos amigos, escondió al joven bajo una jaula de mimbre que

servía de tendedero para blanquear las telas al vapor de azufre.

Creviendo que el lugar era seguro, se sentó a la mesa y los tres empezaron a cenar. Pero las emanaciones del azufre afectaron al amante que comenzó a estornudar. La primera vez el batanero creyó que era su mujer quien estornudaba y pronunció la fórmula votiva habitual; lo mismo hizo la segunda y unas cuantas más, hasta que cayó en la cuenta del caso.

Empujando bruscamente la mesa, retiró la jaula y sacó al joven, que apenas podía respirar. Inflamado por la cólera, reclamó una espada y se disponía a apuñalar al medio asfixiado amante cuando el molinero se interpuso pensando en el riesgo que corría él mismo -el riesgo de complicidad- y afirmando además que el joven ya estaba medio muerto (303).

Con esto consiguió calmar un tanto al batanero que arrastró al amante a un rincón de la calle más cercana. El molinero entonces aconsejó a la esposa que se refugiara en casa de alguna amiga, pues dado el estado de ánimo en que se encontraba el batanero, no le cabía la menor duda que iba a tramar algún golpe lamentable contra la vida de su esposa y contra él mismo (304).

Después, el molinero, hondamente conmovido por la escena, regresó apresuradamente a su propia casa.

RELATO DE UN ESCLAVO: HISTORIA DE LOS TRES HERMANOS (305):

Mientras Lucio-asno permanece junto a su amo el hortelano, escucha el relato del esclavo de un rico propietario, que afecta a los tres hijos de éste.

El narrador cuenta unos hechos reales, de los que él mismo ha sido testigo, y Lucio reproduce el relato. En esta historia aparecen los siguientes delitos:

- Causar daños materiales. Estrago.
- Robo de ganado.
- Coacción.
- Abuso de poder.
- Amenazas.
- Causar lesiones físicas.
- Alusión a otros homicidios.
- Asesinato de dos hermanos.
- Asesinato de un joven rico.
- Suicidio del tercer hermano.

En una ocasión, el hortelano había acogido en su casa a un rico propietario durante una noche lluviosa y sin luna. Para agradecer la hospitalidad recibida el hombre prometió regalar al hortelano trigo y aceite de sus propiedades y también dos cántaros de vino.

Así, una mañana, el amo de Lucio-asno partió hacia la finca de su eventual huésped dispuesto a recoger su recompensa. Al llegar allí fue acogido atentamente e invitado a sentarse a desayunar.

Pero cuando ambos comensales brindaban con sus copas comenzaron a suceder en la casa toda clase de prodigios, que asustaron a todos los habitantes. Al momento apareció un joven esclavo que anunció al rico propietario la muerte de sus tres hijos.

Efectivamente, este hombre tenía tres hijos ya mayores, muy instruídos y honrados, que mantenían estrechas relaciones de amistad con un pobre hombre, dueño de una cabaña.

Esta casita lindaba con las grandes y ricas propiedades de un poderoso vecino, joven, de ilustre familia, que abusaba del prestigio de su estirpe pues con el apoyo de importantes facciones a su servicio organizaba a su antojo toda la administración de la ciudad (306).

Este joven, continuamente invadía los pobres dominios de su humilde vecino, degollaba sus rebaños, robaba su ganado vacuno y le pisoteaba las cosechas antes de que llegaran a granar (307).

No contento con estos daños materiales, robos y estra-

gos, quiso arrebatarse sus tierras y reivindicó la propiedad, promoviendo un litigio de deslinde (308).

El campesino, muy alarmado, convocó a todos sus amigos como testigos y acudieron entre otros los tres hermanos. Pero los intentos de conciliación llevados a cabo por este grupo de gente sólo sirvieron para exaltar al rico vecino quien, afirmando que le traía sin cuidado la presencia de tantos mediadores, amenazó al pobre campesino con echarle violentamente de su propiedad (309).

Entonces, uno de los tres hermanos le replicó que sus amenazas eran vanas pues también los pobres, al amparo de la legislación, podían recurrir contra la insolencia de los ricos.

Estas palabras exacerbaron aún más los ánimos del joven rico que dió orden de que sus jaurías de perros -que estaban adiestradas para el ataque- se lanzaran hasta acabar con aquella gente (310).

Así comenzó una auténtica carnicería de la que no se salvaban ni los que huían, que eran perseguidos rabiosamente por los perros. El más pequeño de los hermanos cayó al suelo al tropezar con una piedra y -aunque sus hermanos trataron de ayudarlo- acabó hecho trizas por los furiosos perros (311).

dispuestos a vengar su muerte, los dos hermanos supervivientes se lanzaron contra el joven rico, atacándole con piedras, pero éste, que ya había cometido antes crímenes análogos (312), respondió al ataque.

Así, disparó su dardo y alcanzó en pleno pecho a otro de los hermanos, dejándolo clavado en tierra (313), muerto.

Los esclavos del joven rico contribuían también en el ataque, y uno de ellos lanzó una piedra contra el tercer hermano. Este, aunque no había resultado herido, fingió tener la mano inútil por el golpe y provocó con sus palabras al joven rico, afirmándole que aunque actuara siempre así, se encontraría continuamente con la existencia de otro vecino.

Al escuchar esto el furioso joven sacó su espada y se dispuso a rematar al único hermano superviviente. Pero éste aprovechó la ocasión, le quitó el arma y asestándole una serie de golpes acabó con él (314).

Después, al ver que los esclavos acudían contra él, se cortó la garganta con la misma espada que le había servido para matar a su enemigo (315).

Todos estos deplorables sucesos habían sido anunciados por los prodigios antes aludidos. El padre, al escuchar el relato del esclavo, sin decir palabra, cogió el cuchillo de cortar

el queso que estaba sobre la mesa y se cortó el cuello (316).

En cuanto al hortelano, testigo del hundimiento de aquella familia, lamentando vivamente el infortunio y el contra-tiempo que suponía para sus esperanzas de recompensa, abandonó la casa montado en Lucio-asno.

RELATO DE LUCIO: HISTORIA DE LA MADRASTRA ENAMORADA DE SU HIJASTRO (317):

Lucio-asno y el legionario romano se hospedan en casa de un decurión y allí suceden unos hechos que Lucio inserta en su relato, para que sus lectores los conozcan.

La narración contiene los siguientes delitos:

- Intento de incesto.
- Intento de parricidio.
- Parricidio consumado.
- Mentir al marido.
- Acusar falsamente.
- Alusión a violación.
- Alusión a amenazas.
- Tumulto.
- Declaración falsa.
- Nueva alusión a amenazas.
- Alusión a sentencia injusta.
- Alusión a las mentiras del esclavo.
- Alusión a la eutanasia.
- Alusión a pagar con moneda falsa.
- Mentiras.

El decurión dueño de la casa tenía un hijo joven, verdadero ejemplar de piedad y modestia. Al quedarse viudo había

vuelto a casarse y tuvo otro hijo que ya había cumplido doce años.

Ahora bien, sucedió que la madrastra comenzó a fijarse en su hijastro. Al principio resistió los impulsos de su pasión, pero pronto fue incapaz de dominarse y soportar en silencio su deseo.

Mandó llamar a su hijastro y, estando con él a solas, le confesó su amor y le instó a poner remedio a sus deseos (318).

El joven se horrorizó ante la inesperada propuesta, pero no queriendo exasperar a su madrastra con una rotunda negativa, la invitó a sobreponerse mientras surgía una ocasión adecuada.

Después consultó el caso con un anciano preceptor, y ambos decidieron que lo más acertado sería que el joven se marchara lejos para evitar el desenlace de la situación.

Pero no contaban con la urgencia de la madrastra quien inventando un pretexto convenció a su marido para que se marchara a una finca que tenía en un lugar lejano. Después, se apresuró a reclamarle al joven la cita prometida (319).

Como el hijastro no cesaba de darle largas, la mujer acabó comprendiendo que no estaba dispuesto a acceder a sus

propósitos y entonces pasó del amor al odio. Sin perder más tiempo, se asoció a un esclavo de los que había recibido en dote, le puso al tanto de lo ocurrido y entre los dos decidieron matar al hijastro (320).

El esclavo fue en busca de un veneno fulminante que ella misma disolvió cuidadosamente en vino, disponiendo así la muerte del joven (321).

Pero mientras la mujer y su esclavo deliberaban sobre el momento más adecuado para servir la pócima, el hijo pequeño de la mujer se bebió la copa de vino -naturalmente sin sospechar nada- e inmediatamente cayó al suelo sin vida (322).

Sin inmutarse ante la muerte de su propio hijo, la mujer envió un mensaje a su marido el decurión, aunuciándole la catástrofe.

Cuando éste regresó a su casa, su esposa acusó falsamente al hijastro de ser responsable de lo sucedido (323).

En efecto, afirmó que el joven había tratado de violarla (324), y que al no conseguirlo se había vengado matando a su hermanastro. Aún más, añadió que la había amenazado con un puñal en caso de denuncia (325).

El pobre decurión, apenas terminadas las honras fú-

nebres por su hijo pequeño, con el rostro cubierto de lágrimas, se dirigió al foro y declaró públicamente lo que su esposa le había referido.

Afirmó que su hijo era un incestuoso, un parricida y un asesino pues había tratado de seducir a su madrastra, había matado a su hermanastro y había amenazado con apuñalar a su madrastra (326).

La indignación que suscitó con sus declaraciones en el senado y hasta en la plebe fue tal, que sin esperar los trámites, legales, sin comprobar la veracidad de la acusación ni escuchar la refutación de la defensa, por aclamación general, se decidió matar a pedradas al hijastro en la plaza pública.

Pero los magistrados temieron que la naciente indignación desembocara en una revuelta que comprometiera el orden y la seguridad públicas (327). Entonces, comenzaron a disuadir a los decuriones, a tratar de calmar al pueblo, para que se siguiera el procedimiento judicial regular y se dictara una sentencia fundada en el examen imparcial de las razones alegadas por ambas partes.

Finalmente, se evitó el tumulto temido y se convocó inmediatamente una reunión de senadores, comenzando el juicio regular (328).

Cuando terminó el debate contencioso, se acordó que para establecer la realidad de los hechos hacían falta pruebas convincentes; por esto se consideraba indispensable la declaración del esclavo, que al parecer conocía bien los hechos.

Pero el esclavo, sin inmutarse ante la seria situación, declaró falsamente apoyando la versión de la madrastra (329).

Afirmó que el joven, despechado ante el desplante de su madrastra, acudió a él para cumplir su venganza y le encargó que matara a su hermanastro, prometiéndole un gran premio a cambio de su silencio. Al no conseguir la complicidad del esclavo -el joven le había entregado el veneno ya preparado pero él se había negado a administrárselo al pequeño- le amenazó de muerte si revelaba lo sucedido y acabó por dar él mismo el veneno a su hermanastro (330).

Después de oír esta declaración, ni uno sólo de los decuriones dudaba en la sentencia: había que meter al joven en un saco y meterlo dentro. Pero cuando los votos iban a recogerse en una urna, uno de los senadores, un anciano médico de reconocida solvencia, tapó con su mano el orificio de la urna y se dirigió a la asamblea.

Afirmó que no podía tolerar que se consumara un homicidio en la persona de un acusado víctima de falsas imputaciones, que no se debía emitir una sentencia injusta, debida a las menti-

ras de un esclavo (331).

Continuó declarando que ese esclavo, buscando un veneno fulminante había acudido a él asegurando que lo necesitaba para acabar con los sufrimientos de una persona gravemente enferma que deseaba la muerte como una liberación (332).

El médico, sospechando que el argumento del esclavo no era cierto, le dió, no obstante la pócima, pero para asegurarse ante una posible indagación judicial no aceptó en el acto el dinero que se le ofrecía a cambio.

En efecto, le dijo al esclavo que por si acaso alguna de las monedas era falsa o de mala ley, las meterían en una bolsa que el mismo esclavo cerraría con su anillo, y al día siguiente, en presencia de un cambista se efectuaría el contraste (333).

Así se hizo, y el médico presentó ante los comparecientes al juicio la bolsa cerrada con el sello del esclavo.

Pero el esclavo, sobreponiéndose a la comprometida situación, negó lo expuesto por el médico y acusó a éste de mentiroso (334), soportando las torturas a que fue sometido a continuación sin alterar su postura.

Entonces el médico, quiso aportar una prueba fehaciente

de la realidad de los hechos. Confesó que sus convicciones le impedían proporcionar un veneno a nadie, pero que temió que su negativa impulsara al esclavo a comprar su pócima en otra parte, o que llevara a cabo su propósito con otra arma cualquiera. Así pues decidió darle una droga, un soporífero, el famoso narcótico de la mandrágora, que causa un letargo muy parecido a la muerte.

Por tanto, si el muchacho fallecido había tomado en realidad esta droga, estaría simplemente dormido.

El auditorio acudió en masa hasta la reciente sepultura, se retiró la tapa del ataúd y, en ese mismo instante, el jovencito despertó y se abrazó a su padre.

El asunto quedó así esclarecido. La mujer fue condenada a destierro perpetuo y el esclavo a la cruz, y el padre se encontró de nuevo con sus dos hijos a los que ya daba por perdidos.

RELATO DE LUCIO: HISTORIA DE LA MUJER CONDENADA A LAS BESTIAS
(335).

Tiaso, nuevo amo de Lucio, se propone que el asno participe en la celebración en Corinto de su nombramiento de magistrado quinquenal. Lucio-asno realizaría en el anfiteatro su unión amorosa con una mujer condenada a las bestias por decisión gubernativa.

Lucio afirma que relata la historia de la condena de esta mujer, tal como se la refirieron a él. Esta historia contiene los siguientes delitos:

- Matar a recién nacido.
- Desobediencia al marido.
- Homicidio.
- Proporcionar veneno.
- Parricidio.
- Homicidio.
- Proporcionar veneno.
- Parricidio.
- Homicidio.

En una ocasión, un hombre ordenó a su esposa, que estaba encinta, que si daba a luz una niña la matara, y después de esto partió de viaje. La mujer tuvo una niña durante la ausencia de su marido, pero su amor de madre pudo más que la obediencia.

cia, y en vez de cumplir las órdenes del esposo y matar a la recién nacida (336), la llevó a casa de unos vecinos para que la criaran (337).

Pasaron los años y la niña creció. Su madre, deseando otorgarle una dote en consonancia con su posición y temiendo además que la jovencita despertara la pasión amorosa de su propio hermano, reveló a su hijo el secreto.

El hermano, cumpliendo los deberes que impone el parentesco, la dotó espléndidamente a expensas de sus propios bienes, para casarla con un amigo suyo.

Pero la esposa del hermano -la mujer que había sido condenada a las bestias por su actuación- creyó que la jovencita trataba de arrebatarse su marido y llevada por los celos decidió eliminarla.

Contando con la complicidad de un esclavo que le era fiel, se hizo con el anillo de su marido, se lo entregó al criado y le ordenó que buscara a la jovencita a la que consideraba su rival y le comunicara un mensaje: debía reunirse con su hermano en una casa alejada, en el campo, lo antes posible, y acudir sola.

La muchacha, sin sospechar nada y confiada ante el sello que el esclavo le enseñó, se dirigió al lugar de la cita

y se encontró allí a la esposa de su hermano quien, llevada por la furia, comenzó a maltratarla esperando de ella la confesión de su adulterio.

La jovencita proclamó una y otra vez que se trataba de su hermano y que sus relaciones eran exclusivamente fraternas, pero la mujer no creyó sus palabras e indignada aún más por lo que ella creía embustes e imposturas, le clavó entre las piernas un tizón al rojo vivo, rematándola entre los más espantosos tormentos (338).

Al enterarse de la muerte de la joven el hermano cayó enfermo. Su esposa aprovechó la ocasión para seguir desahogando su furia, fue a ver a un médico, conocido por su falta de escrúpulos, y le ofreció cincuenta mil sestercios a cambio de un veneno fulminante (339).

Cuando el citado médico, en presencia de la servidumbre y de los familiares, se disponía a administrar la pócima que había preparado al joven enfermo, la esposa de éste le detuvo y, alegando que la poción podía contener algún ingrediente fatal, invitó al propio médico a probarla él antes. Con esto pretendía deshacerse del cómplice de su crimen y ahorrarse el dinero prometido (340).

El médico, desconcertado ante la inesperada salida de la mujer, temiendo que su negativa se interpretara como prueba

de que la poción preparada por él contenía en efecto algún fatal ingrediente, bebió un buen trago y trató después de marchar rápidamente a su casa donde esperaba tomar un antídoto que contra rrestara los efectos del veneno (341).

Pero la mujer del enfermo, utilizando toda clase de argumentos, se lo impidió, y cuando finalmente el médico llegó a su casa ya era demasiado tarde. Apenas tuvo tiempo de contar lo ocurrido a su mujer y decirle que reclamara al menos el dinero prometido a cambio del veneno. Después expiró entre violentas contorsiones (342).

El enfermo, lógicamente, también murió víctima del mismo veneno (343).

Transcurridos unos días, la mujer del médico se presentó ante la viuda reclamándole el dinero prometido a su esposo. Esta le trató amablemente y le aseguró que le pagaría sin demora, pero añadió que necesitaba un poco más de aquella poción, para concluir una empresa que tenía entre manos. La mujer del médico, para asegurarse los favores de la rica viuda se apresuró a entregarle un gran frasco que contenía el resto del veneno (344).

Una vez abastecida, la viuda continuó sus infames acciones. Había tenido -con el marido que acababa de matar- una hija que aún era pequeña. Como la herencia del padre recaía sobre la niña, la madre no quiso resignarse ante esta situación

y decidió acabar también con su propia hija (345); esperaba heredar así todo el patrimonio familiar.

Así, organizó un banquete e invitó a la mujer del médico tratando de eliminarla también a ella, y en efecto, ambas bebieron el terrible veneno (346).

Ahora bien, la niña, de menor resistencia, falleció al instante. Pero la mujer del médico, al sentir en sus entrañas los efectos de la poción, imaginando la verdad de lo sucedido, corrió a casa del gobernador y le contó todas las atrocidades cometidas por aquella infame mujer. Después, cayó sin vida a los pies del gobernador (347).

El magistrado mandó apresar a los esclavos de la mujer que, a fuerza de torturas confesaron la verdad. La culpable, a falta de otro suplicio apropiado a su maldad, fue simplemente condenada a las bestias.

3.3: Descripción de delitos y faltas aludidos metafóricamente:

En este apartado se incluyen todos los casos en que se alude al delito metafóricamente. Los delitos y faltas a los que se alude son: faltar a los deberes de la hospitalidad, acusar falsamente, vender como esclavo a un ciudadano romano, el robo y vender sentencias.

Los casos que contiene la novela son los siguientes:

ALUSIONES METAFORICAS A LOS DEBERES DE HOSPITALIDAD:

En el libro VII (348) Lucio-asno es llevado al campo con la yeguada siguiendo las órdenes de sus amos Cárite y Tlepólemo. El asno busca las yeguas más apropiadas para ser sus esposas, pero los sementales se sienten celosos al verle llegar, y sin tener en cuenta las leyes de Júpiter Hospitalario se lanzan contra él y lo muelen a coces y mordiscos.

En el libro VII (349) Lucio alude de nuevo a los deberes de hospitalidad, refiriéndose al rey de Tracia que saciaba el hambre de sus salvajes corceles sirviéndoles cuerpos humanos en abundancia.

ALUSIONES METAFORICAS A ACUSACIONES FALSAS:

En el libro I (350) Lucio alude a juicios famosos

celebrados a causa de falsas acusaciones, como el caso de Palamedes acusado de falsa traición, y el anciano y sabio ateniense acusado de corromper a la juventud, cuando en realidad moderaba sus impulsos (se refiere muy probablemente a Sócrates, pero no menciona su nombre).

ALUSIONES METAFORICAS A VENDER COMO ESCLAVO A UN CIUDADANO ROMANO:

En el libro VIII (351) hay una alusión a una "Lex Cornelia", que impide vender como esclavo a un ciudadano romano. La menciona un pregonero que intenta vender a Lucio-asno.

El pasaje es doblemente metafórico: por un lado el pregonero habla del asno como si se tratara de un ciudadano romano, por otro el animal encierra realmente a un ser humano, Lucio.

ALUSIONES METAFORICAS A LOS ROBOS:

En el libro I (352) dentro del relato de Aristómenes sobre las aventuras de Sócrates y Méroe (353), hay una alusión a los ladrones y su forma de actuación.

Aristómenes y Sócrates descansan durante la noche en una posada de Hípata, dispuestos a huir a la mañana siguiente para escapar de la bruja Méroe. Ambos amigos están durmiendo cuando la puerta de su habitación es arrancada de cuajo y las

brujas Méroe Y Pantia penetran en el recinto.

La violencia del acto hace pensar a Aristómenes, que se ha despertado con el ruido, que no se trata de ladrones, lo que parece indicar que éstos actuaban con mayor sigilo.

En el libro VIII (354) los esclavos de Cárite, que se han fugado al enterarse de la muerte de su ama, son advertidos al llegar a un "castellum" del peligro que supone para ellos continuar su viaje durante la noche. En efecto, les informan que los caminos están infestados por manadas de lobos que, apostados en los caminos, atacaban a los transeúntes como lo hacen los bandoleros.

En el libro VIII (355) estos mismos esclavos, al pasar por una "villa", como eran muchos, fueron tomados por una banda de ladrones y atacados con manadas de perros y piedras.

ALUSIONES METAFORICAS A VENDER SENTENCIAS:

En el libro X (356) Lucio alude a la corrupción de los jueces a la hora de dictar sentencia. Comienza remontándose a los orígenes del mundo y menciona a paris, quien por satisfacer su capricho amoroso, vendió la justicia, a pesar de ser el juez propuesto por el gran dios Júpiter con toda su sabiduría.

Después afirma que se repite el caso en otros juicios

posteriores, celebrados entre los más ilustres capitanes aqueos, por ejemplo cuando ante el gran Ajax, guerrero de bravura sin igual, se le entrega la palma al mediocre Ulises.

3.4: Conclusiones:

3.4.1: Similitudes y diferencias con Luciano:

La comparación entre los delitos y faltas que aparecen en la novela de Apuleyo y en el epítome de Luciano, permite establecer una serie de afirmaciones de las que extraeré conclusiones más tarde.

En primer lugar, el número de delitos y faltas que aparecen en las Metamorfosis (cincuenta y cinco distintos), es muy superior a los que contiene la obra de Luciano (dieciocho en total).

Pero además, el número de casos que contiene cada falta o delito es también muy superior en la novela de Apuleyo.

Por otro lado, absolutamente todos los casos que aparecen en Luciano, están contenidos en la obra de Apuleyo.

Por último, los casos que aparecen en el epítome de Luciano y también en la novela de Apuleyo, pertenecen todos al primer grupo de la clasificación establecida, es decir, al de los delitos y faltas cometidos por personajes "vivientes" de la novela. Ninguno de los casos que contienen los relatos de Lucio o de algún otro personaje de las Metamorfosis, aparece en la obra de Luciano.

Por tanto, Apuleyo menciona una serie de delitos y faltas que Luciano describe también de forma prácticamente idéntica o muy similar. Otros, que aparecen también en el epítome descritos muy sucintamente, los amplía, o al menos, los rodea de una serie de circunstancias que no aparecen en Luciano. Y, finalmente, todos los casos que aparecen incluidos en los relatos, cabe suponer que son invención del propio Apuleyo, dado que no aparecen en Luciano, aunque no se puede afirmar que, al menos algunos, no estuvieran en el original perdido en el que se inspiraron ambos probablemente.

Así pues, aunque es evidente que existe una correspondencia casi literal en algunos pasajes de ambas obras, en el tema de los delitos y faltas no es así. En efecto, muy pocos delitos aparecen en Luciano, sobre todo si comparamos con los que describe Apuleyo. Además, ya he indicado que, incluso en los casos en que ambos coinciden, Apuleyo suele añadir datos, detalles, que enriquecen el pasaje, distanciándose así del epítome.

Por todo ello cabe concluir que la existencia de la obra de Luciano no es significativa para el estudio del tema que nos ocupa y por tanto, el análisis de los restantes aspectos que afectan al delito, al delincuente o al castigo, se hará sin aludir al tantas veces mencionado epítome de Luciano.

3.4.2: Verosimilitud y operatividad de la clasificación
llevada a cabo, según la morfología de la narración.

La clasificación establecida, de acuerdo con la morfología de la narración, no resulta operativa, según se desprende de la descripción de los tres grupos: delitos en el "tiempo" de la novela, delitos fuera del "tiempo" de la novela y delitos aludidos metafóricamente.

Esta descripción pone de manifiesto que la verosimilitud de los delitos y faltas es independiente de la narración, en primer lugar porque, sobre todo los dos primeros grupos, contienen prácticamente a casi todos los delitos (del total de cincuenta y cinco extraídos de la novela). Es decir, que el entorno en que aparecen no afecta a su credibilidad, a su apariencia de "realidad", aunque estén incluidos en relatos fantásticos.

Pero además, es necesaria una nueva clasificación, que sea operativa para el resto del trabajo puesto que hasta ahora ha sido esencialmente descriptivo, pero en los restantes capítulos va a ser esencialmente analítico.

Por ello, al final de este capítulo incluyo una nueva clasificación de acuerdo con la morfología del delito.

II.4: Análisis del delito a través de la propia obra:

4.1: Concepto de delito:

El protagonista de la novela, Lucio, pronuncia una frase en la que expresa cuál es su concepto de los que constituye un delito.

En efecto, la esclava Fotis se considera la causante de la acusación y el posterior juicio a que ha sido sometido Lucio, presunto culpable del asesinato de tres ciudadanos de Hípata. Pero el joven tranquiliza a la muchacha afirmando que nadie le hará creer que ella pretendiera causarle daño alguno, y añade que cuando la intención es buena, las consecuencias fortuítas, incluso si acarrearán perjuicios, no pueden considerarse como crimen (*"adiuro enim tuum mihi carissimum caput, nulli me prorsus ac ne tibi quidem ipsi asseveranti posse credere, quod tu quicquam in meam cogitaveris periciem: porro meditatus innoxios casus incertus vel etiam adversus culpae non potest addicere"*), (357).

Esto parece estar de acuerdo con la jurisprudencia existente en el siglo II d. C., que establece que es precisa la voluntad de delinquir para que exista el delito. En cambio, la intención de cometerlo basta para que ésta sea considerado como tal, aunque no se haya alcanzado el resultado pretendido, y aunque el medio empleado con este fin no sea el adecuado (358).

Las palabras de Lucio tratan de disculpar a Fotis que ha seducido con sus encantos al joven, pero están expresando un concepto de delito adecuado al Derecho romano de la época, perfectamente conocido por Apuleyo, que trata el tema en otras obras suyas.

Así, en la Apología, Apuleyo afirma que es inútil investigar si ha tenido lugar un hecho cuando no existe una intención culpable. Por tanto, ante un buen juez el acusado de un delito está exento de todo temor a que se investigue sobre el mismo, si no ha tenido razón alguna para delinquir ("Frustra igitur an factum sit anquiritur, quod nullam malam causam habiut ut fieret. Ita facti reus apud bonum iudicem scrupulo quaestionis liberatur, si nullafuit ei ratio peccandi"), (359).

En otra obra, Apuleyo alude al caso contrario, así, afirma que los actos culpables aunque tan sólo se hayan intentado y no se hayan consumado, incurren en el castigo fijado por las leyes, puesto que, si bien la mano está limpia, el espíritu está manchado de sangre. Por consiguiente, del mismo modo que para ser castigado basta con haber premeditado acto punible, así también, para hacerse acreedor al elogio es suficiente haber intentado una acción loable ("ita ut contra in maleficiis etiam cogitata scelera, non perfecta adhuc vindicatur, cruenta manu, cruenta mente, pura manu. Ergo sicut ad poenam sufficit meditari punienda, sic et ad laudem satis est conari praedicanda"), 360.

El concepto de Lucio, conforme con el Derecho Penal romano, puede identificarse, pues, con la del propio autor de la novela, Apuleyo, quien, como hemos visto, afirma en otras obras suyas el mismo concepto con palabras semejantes.

4.2: Calificación del delito:

4.2.1: Calificación del delito por Lucio y el resto de los personajes.

La calificación del delito aparece en la novela continuamente. Raro es el caso en que el autor se limita a describir los hechos sin enjuiciarlos.

Esta calificación la presenta, normalmente, en boca del protagonista Lucio, que interviene activamente en los hechos que se relatan, o es testigo presencial, o de alguna forma ha tenido noticia de ellos y considera oportuno relatarlos al lector.

En ocasiones, son otros personajes de la novela los que dan su opinión sobre los delitos que contra ellos mismos se han cometido, o sobre otros de los que tienen conocimiento.

Quizá más interesante sea la opinión de los delinquentes que, en ocasiones, enjuician sus propios actos delictivos aportándonos una visión totalmente distinta, desde "el otro lado" de la ley y la moralidad vigentes.

Por otro lado, sea quien sea el que califique el delito, varía la forma de hacerlo según los casos. Los delitos

que aparecen dentro de relatos de carácter cómico parecen contagiarse del ambiente, y se enjuician de modo distinto que las mismas faltas cuando están incluídas en relatos de carácter trágico.

La ironía suele estar presente, sobre todo en los calificativos que emplea el protagonista Lucio, que la utiliza en los más horribles delitos precisamente para destacarlos.

En fin, el análisis de las connotaciones que encierran los distintos calificativos sobre los delitos que aparecen en la novela, lo efectuaré después de la descripción de los mismos.

Comienzo por los que pertenecen a Lucio, ya que como narrador de la obra opina sobre casi todos los casos que aparecen, confrontando su parecer con el de otros personajes, si es que éste existe.

Nada más comenzar el relato, Lucio se encuentra con dos hombres que llevan su mismo camino; uno de ellos está contando algo que suscita en el otro la risa y la incredulidad ("In verba ista haec tam absurda tamque immania mentiendo"), (361). Esto provoca su curiosidad y solicita que le cuenten la historia ("fabula"), (362).

Así comienza el relato de Aristómenes (363), quien, ante todo, asegura que los hechos que va a relatar son ciertos,

y que todo el mundo los conoce en la primera ciudad de Tesalia, hacia donde se dirigen ("Sed tibi prius deierabo solem istum omnividentem deum me re vera comperta memorare, nec vos ulterius dubitabitis si Thessaliae proximam civitatem perveneritis, quod ibidem passim per ora populi sermo iactetur qua palam gesta sunt"), (364).

Aristómenes empieza por contar su encuentro con Sócrates, quien sobrevive miserablemente preso en las artes mágicas de la bruja Méroe, en Hípata. Sócrates explica su situación y añade todos los prodigios y actos mágicos que Méroe es capaz de hacer. Entonces Aristómenes, asustado por el poder de la bruja, ante las cosas maravillosas y horribles que ésta lleva a cabo ("Nec minus saeva, mi Socrates, memoras"), (365), se propone huir de la ciudad llevándose consigo a su amigo.

Pero Méroe, ayudada por su hermana Pantia, frustra la fuga de ambos, y mata a Sócrates. Este asesinato tiene carácter de sacrificio ritual y así lo indica Aristómenes en su relato ("nam entiam, ne quid demutaret, credo, a victimae religione, inmissa dextera per vulnus illud ad viscera penitus..."), (366).

Al acabar la narración de Aristómenes, su compañero de viaje persiste en su actitud incrédula y califica lo sucedido en el relato como fábula y mentira ("Hac fabula fabulosius, nihil isto mendacio absurdus"), (367). Pero Lucio opina que

nada es imposible, y agradece a Aristómenes que les haya distraído el viaje con el encanto de tan preciosa historia ("Sed ego huic et credo Hercule et gratas gratias memini, quod lepidae fabulae festivitate nos avocavit"), (368).

Una vez en Hípata, alojado en casa de Milón, Lucio escucha a su anfitrión la historia de las desventuras de Diófanos el caldeo (369). Este hombre naufragó en un viaje desde Eubea, y perdió todo lo que había podido salvar, pues fue víctima de una banda de ladrones que, además, mataron a su hermano cuando intentaba resistirse.

Milón califica estos hechos como tristes ("Haec eo adhuc maestum...") (370), pero Lucio, que está deseando que acabe la narración para reunirse con la esclava Fotis, que le espera en su alcoba, no parece en absoluto impresionado con la desgracia de Diófanos, y califica simplemente los hechos como cuentos inoportunos ("... serie inopportunarum fabularum..."), (371).

Invitado a cenar en casa de Birrena, en Hípata, Lucio comenta su temor ante las invisibles e inevitables trampas de la ciencia mágica ("Sed oppido formido caecas et inevitabiles latebras magicae disciplinae"), (372), y este comentario provoca el relato de Telifrón -invitado también a la cena- sobre su guardia fúnebre en Larisa (373).

Telifrón cuenta que montó guardia durante toda una

noche, para evitar que las brujas mutilaran el cadáver de un joven, en Larisa. Cuando a la mañana siguiente tenía lugar el entierro, la viuda fué acusada de haber envenenado a su marido. La acusación la hacía un anciano tío del difunto, que califica el asesinato como el mayor de los crímenes ("extremum facinus"), (374).

Este relato no suscita ningún comentario en Lucio, que ha bebido mucho durante la cena -según él mismo afirma- y se dispone a regresar a su alojamiento.

Precisamente ante la casa de Milón, Lucio se encuentra con una banda de ladrones -al menos él así lo cree- y lucha con ellos matándolos. Tras este combate ("proelium"), (375), entra en la casa, se acuesta y duerme.

A la mañana siguiente, al despertarse, Lucio parece ver los hechos más claramente pues se da cuenta de que ha cometido un crimen ("facinus"), (376), y teme por las consecuencias de su triple asesinato ("trinae caedis"), (377).

Sus temores se confirman, Lucio es detenido y llevado ante el teatro de la ciudad para ser juzgado públicamente. El acusador califica los hechos como sangrienta carnicería ("caedium lanienam"), (378), y subraya la fuga de Lucio, aterrado, con razón, ante la magnitud de su crimen ("Et ipse quidem conscientia tanti facinoris merito permotus statim profugit..."), (379).

Finaliza su alegato pidiendo un severo castigo adecuado al delito ("crimen"), (380).

A continuación se le otorga a Lucio la oportunidad de defenderse y éste comienza reconociendo su difícil posición como acusado de asesinato ("caedis arguatur"), (381), y el odio que provoca este delito ("tantam criminis invidiam frustra sustinere"); (382).

Continúa relatando los hechos -tal como él los recuerda- y afirma que su verdadero delito fue volver a casa bastante bebido ("Nam cum a cena me serius aliquanto reciperem potulentus alioquin, quod plane verum crimen meum non diffitebor"), (383), pero que al ver a tres ladrones que se disponían a entrar en la casa y asesinar a sus habitantes, cumplió con su deber cívico ("boni civis officium"), (384), atacándoles. Añade que creía ser acreedor de público reconocimiento por sus actos ("verum etiam laudabilem publice credebam fore"), (385), por lo que él califica de venganza legítima ("ultio"), (386).

El magistrado de más edad se dirige también al pueblo y califica lo sucedido de crimen ("scelus"), (387); ("facinus"), (388). Asimismo, una vieja suplicante utiliza también el término "facinus" (389).

Finalmente, ante el asombro de Lucio ("Di boni, quae facies rei! Quod monstrum!"), (390), se descubre que todo ha sido

una farsa celebrada en honor del Dios de la Risa, y que los presuntos ladrones son en realidad tres odres hinchados.

La esclava Fotis le explica a Lucio que todo lo ocurrido es resultado de las acciones llevadas a cabo por su ama, y aunque teme desvelar lo que ella califica de misteriosos secretos de su señora ("Et formido solide domus huius operta detegere et arcana dominae meae revelare secreta"), (391), confía en el silencio de Lucio. Los odres animados son resultado de las artes mágicas ("magae artes"), (392), de Pánfila y Fotis contribuyó recogiendo pelo de un joven a quien su ama quería conquistar.

Precisamente el peluquero sorprende a Fotis cumpliendo la orden de Pánfila, y presumiendo que quería el cabello para algún encantamiento, se lo impide acusándola de llevar a cabo prácticas criminales ("quod scelus nisi tandem desines..."), (393).

Lucio se manifiesta encantado ante las revelaciones de Fotis y expresa sus deseos de conocer lo que él califica de ciencia divina ("divina disciplina"), (394).

Así sucede. Lucio contempla con sus propios ojos cómo Pánfila se convierte en buho por virtud de sus artificios mágicos y él mismo, sin hechizos ni encantamientos, se queda tan sobrecogido que cree ser cualquier cosa menos Lucio ("Et illa quidem

magicis suis artibus volens reformatur, at ego, nullo decantatus carmine, praesentis tantum facti stupore defixus quidvis aliud magis videbar esse quam Lucius"), (395).

Una vez convertido en asno, Lucio es robado de casa de Milón junto con un gran botín, y califica el hecho de "latrocinium" (396).

Como no está acostumbrado a comer hierba, entra en un huerto y se harta de legumbres, causando lo que él califica de grave perjuicio al hortelano ("hortelanus, cuius omnia prorsus holera vastaveram, tanto damno cognito"), (397).

La banda de ladrones entre la que se encuentra Lucio califica sus actos de forma muy distinta a Lucio. El robo en casa de Milón, por ejemplo, lo califican de valiente asalto ("Milonis Hypatini domum fortiter expugnnavimus"), (398). Los robos que llevan a cabo forman parte de su norma de conducta ("secta"), (399), y constituyen una dura y peligrosa tarea ("nec nostris tam magnis tamque periculosis laboribus solacium..."), (400).

Al enterarse de que se le atribuye el robo en casa de Milón, Lucio afirma que semejante falta contra su anfitrión constituye un auténtico parricidio ("...crimine latrocinii in hospitem mihi carissimum postulabar. Quod crimen non modo latrocinium, verum etiam parricidium quisque rectius nominarit"),

(401). Y también afirma que se trata de mentiras sobre su persona ("sed ille qui commodum falsam de me notoriam pertulerat..."), (402).

Estando entre la banda de ladrones, Lucio escucha la historia de Cupido y Psique (403). Califica el intento de asesinato de Psique como crimen nefasto ("nefarius scelus"), (404), y el propio Cupido como "dirus facinus" (405).

En cuanto a la muerte de las dos hermanas de Psique, la califica simplemente de venganza ("vindicta"), (406).

El enfado de la diosa Venus al conocer la desobediencia de su hijo Cupido hace exclamar a Ceres y Juno: "Quid tale, domina, deliquit tuus filius ut animo pervicaci voluptates illius impugnes, et quam ille diligit tu quoque perdere gestias?" (407).

Pero Venus está empeñada en encontrar a Psique, a la que considera su esclava fugitiva, y le pide a Mercurio que difunda las señas personales de la joven para que si alguien fuera responsable del encubrimiento ilegal, no pudiera alegar ignorancia en la defensa ("si quis occultationis illicitae crimen subierit, ignorantiae se possit excusatione defendere"), (408).

Finalmente Psique se presenta ante Venus, y la diosa califica su matrimonio con Cupido como ilegal ("impares enim nuptiae, et praetera in villa sine testibus, et patre non

consentiente factae legitimae non possunt videri"), (409).

La historia termina felizmente y Lucio la califica de "bella fabella" (410).

Las aventuras de Lucio continúan. En cierta ocasión es llevado al campo, junto a la yeguada, pero los sementales le atacan cuando está eligiendo la "concubina" adecuada para él, pues tratan de evitar lo que sería a la vez un adulterio y una degeneración ("de me metuentes sibi et adulterio degeneri praecaventis"), (411).

Más adelante Lucio-asno soporta continuos malos tratos a manos de un esclavo leñador, y los califica como "clades" (412), "facinus" (413) y "dolus" (414). También se cierne sobre él la amenaza de la castración, que califica como el más horrible suplicio ("extrema poena"), (415), y "clades" (416).

Este esclavo muere comido por una osa y su madre acusa a Lucio-asno de ser el culpable de tan horrible crimen ("tantum scelus"), (417), pues no le ha prestado la debida ayuda en caso de peligro de muerte y esto constituye una falta ante la sana moral por lo que merece, además, el calificativo de homicida ("An ignoras eos etiam, qui morituris auxilium salutare denegarint, quod contra bonos mores id ipsum fecerint, solere puniri? Sed non diutius meis cladibus laetaberis, homicida"), (418).

En cuanto a Lucio, considera que la muerte del esclavo es una tardía venganza ("sera vindicti"), (419).

Dentro del relato del trágico fin de Cárite y Tlepólemo (420), se comete una serie de delitos calificados por Lucio y también por sus protagonistas.

El joven Trasilo, llevado por el arrebató de una pasión desenfrenada ("quorsum libidinis proruperint impetus"), (421), quería cometer un sangriento delito ("cruento facinori quaerebat accessum"), (422), un crimen ("scelus"), (423).

En efecto, comete este crimen ("scelus"), (424), pues mata a Tlepólemo sin inmutarse ante su perfidia ("saevitia"), (425).

Pero la sombra de Tlepólemo se presenta ante Cárite y le revela el parricidio cometido por Trasilo ("parricidium"), (426). La viuda ciega a Trasilo, vengándose así del sanguinario asesino de su marido ("vindicta"), (427), y se suicida a continuación.

Al enterarse, Trasilo, sin ver a su actual desdicha ninguna salida más adecuada que una nueva desdicha, y convencido de que ni la espada es suficiente castigo para su enorme maldad, se condena a sí mismo a morir de hambre ("nequiens idoneum exitum praesenti cladi reddere certusque tanto facinori nec gladium

sufficere..."), (428).

En (429) Lucio cuenta lo sucedido en un "pagus", pues considera los hechos como dignos de mención ("ubi coeptum facinus oppido memorabile narrare cupio"), (430).

La mujer de un "vilicus", resentida por el adulterio cometido por su marido, provoca un incendio que destruye la contabilidad y lo almacenado en el granero, y además se suicida y mata al mismo tiempo a su hijo. El amo ordena que el culpable muera horriblemente por haber motivado semejante desgracia ("quam mortem dominus eorum aegerrime sustinens arreptum sevulum, qui causam tanti sceleris uxori suae praestiterat"), (431).

Mientras Luico-asno permanece con Filebo y los demás sacerdotes de la diosa siria califica negativamente todos los actos que éstos llevan a cabo. Describe su entrada en una "villa" anunciándose con alaridos y actuando con frenesí como si el espíritu divino les condujera al delirio, como si -añade Lucio- ante la presencia de la divinidad los hombres no debieran superarse a sí mismos, sino empequeñecerse o enfermar ("unus ex illis bacchatur effusius ac de imis prae cordiis anhelitus crebros referens, velut numinis divino spiritu repletus, simulabat sauciam vecordiam, prorsus quasi deum praesentia sileant homines non sui fieri meliores sed debiles effici vel aegroti"), (432).

Después, uno de ellos se acusa de una cierta profana-

ción sacrílega y se impone a sí mismo el castigo que su crimen exigía ("infit vaticinatione clamosa conficto mendacio semet ipsum incessere atque criminari, quasi contra fas sanctae religionis dissignasset aliquid et insuper iustas poenas noxi facinoris ipse de suis manibus exposcere"), (433).

Finalmente cesan en su "carnificina", y reciben dinero y alimentos que guardan en sacos preparados para este negocio ("avidis animis corradentes omnia et in sacculos huic quaestui de industria praeparatos farcientes dorso meo congerunt..."), (434).

Así saqueaban la región, afirma Lucio ("Ad istum modum palantes omnem illam depraedabantur regionem"), (435).

En otras ocasiones inventaban profecías ("ficta vaticinatio"), (436), por las que obtenían cuantiosos honorarios ("crebra mercedes"), (437).

También cuenta Lucio cómo cedían a los caprichos más extravagantes de su monstruosa pasión ("ad illicitae libidinis extrema flagitia infandis uriginibus efferantur"), (438). Lucio-asno no soporta tanta abominación ("nec diu tale facinus meis oculis toleratibus"), (439), y con sus rebuznos atrae a unos jóvenes que los sorprenden realizando sus abominables inmundicias ("palamque illos execrandas foeditates obeuntesprehendunt"), (440). La vergonzosa escena ("turpissima scaena"), (441),

constituye un escándalo ("infamia"), (442).

Finalmente cometen otro crimen ("scelus"), (443), que consiste en apoderarse de un cántaro de oro perteneciente a la Madre de los Dioses, lo que constituye un horrendo sacrilegio ("nefarius scelus"), (444).

Mientras permanece con Filebo, Lucio-asno corre un serio peligro de muerte, pues está a punto de ser cocinado y servido como un sabroso guiso. En efecto, un perro se apodera de una pierna de ciervo y el esclavo cocinero, consciente de su negligencia ("neglegentia"), (445), decide ahorcarse. Pero su desesperado recurso ("casus extremus"), (446), es interrumpido por su esposa que le sugiere que mate al asno y lo cocine en lugar del ciervo.

En (447) Lucio cuenta lo que él califica de graciosa historia de un pobre hombre engañado por su esposa ("cognoscimus lepidam de adulterio cuiusdam pauperis fabulam, quam vos etiam cognoscatis volo"), (448), en la que destaca la falacia ("fallacia"), (449), de la que es objeto el marido.

El relato del adulterio de Areté con Filesitero, merece también por parte de Lucio el calificativo de buena historia ("Fabulam denique bonam prae ceteris suavem compertu ad aures vestras afferre decrevi"), (450), y también hace referencia a la "fallacia" que emplea Filesitero para engañar al marido (451).

El molinero, nuevo amo de Lucio-asno, le cuenta a su esposa la "fabula" del adulterio de la mujer de un batanero amigo suyo (452), calificando lo sucedido como "nefarium et extremum facinus perditae feminae" (453), y "contumelia" (454).

La mujer del molinero, que tenía a su propio amante escondido mientras su marido le relataba esta historia, disimulando con astucia, califica el adulterio como un crimen que constituye un oprobio para todas las mujeres del mundo, un sacrificio de su honra y una falta al contrato matrimonial ("illam perfidam, illam impudicam, denique universi sexus grande dedecus, quae suo pudore postposito torique genialis calcato foedere Larem mariti lupanari maculasset infamia"), (455).

Pero Lucio-asno no soporta esta situación, que califica de fraude para su amo el molinero ("fraus"), (456), y descubre el ultraje ("contumelia"), (457), dando al molinero la oportunidad de vengar el menoscabo de su honor ("damnum pudicitia"), (458), y la deshonor conyugal ("ipse cum puero cubans gratissima corruptarum nuptiarum vindicta perfruebatur"), (459).

Finalmente el molinero muere misteriosamente y se aparece en sueños a su hija para explicarle la conducta criminal de su madrastra, sus infidelidades y los maleficios de que se ha valido para acabar con él ("...eique totum novercae scelus aperuit, de adulterio, de maleficio, et quemadmodum larvatus ad inferos demeasset"), (460).

En (461) Lucio cuenta los desastres acaecidos a un rico propietario, padre de tres hijos ("... magnas et postremas domino illi fundorum clades annuntians"), (462).

Los tres jóvenes eran amigos de un pobre hombre que tenía por vecino a un joven rico, de ilustre familia, que abusaba del prestigio de su estirpe organizando a su antojo la administración de la ciudad. También invadía las tierras de su pobre vecino, degollando sus rebaños, robándole el ganado vacuno y pisoteando sus cosechas. No contento con esto, reivindicó la propiedad de su vecino para él ("vicinus... prosapiae maiorum gloria male utens pollensque factionibus et cuncta facile faciens in civitate: hic hostili modo vivini tenuis incursabat pauperium pecua trucidando, boves abigendo, fruges adhuc immaturas obterendo"), (463).

Los tres hermanos trataron de convencer a este joven rico para que cesara en sus robos ("rapinae"), (464), pero éste, sin atender a razones ordenó que sus perros atacaran a todos los presentes. El hermano más pequeño es devorado por la jauría y otro muere al intentar vengarlo. Finalmente, el tercer hermano mata al joven rico obteniendo así la venganza ("vindicta"), (465), y se suicida a su vez antes de caer en manos de los esclavos que le atacaban.

El padre de los tres hermanos, al conocer tantas desgracias, se corta el cuello con el cuchillo que acababa de

utilizar para cortar el queso ("Nec ullum verbum ac ne tacitum quidem fletum tot malis circumventus senex quivit emittere, sed arrepto ferro, quo commodum inter suos epulones caseum atque alias prandii partes diviserat..."), (466).

El pobre hortelano, nuevo dueño de Lucio-asno, se encuentra en un camino con un legionario romano; éste se dirige al hortelano hablándole en latín y no obtiene ninguna respuesta pues, como Lucio indica, su amo no entendía esta lengua. Pero el legionario se indigna como si con él se hubiera cometido una afrenta ("convicium"), (467), golpea al hortelano y trata de llevarse al asno. El amo de Lucio se defiende, ataca a su vez al soldado, le quita la espada y huye corriendo a refugiarse en casa de un amigo suyo.

El legionario, por vergüenza, no mencionó a nadie su desmán ni su derrota, devoraba en silencio su injuria, hasta que contó a unos camaradas el desastroso percance ("confususque de impotentia deque inertia sua quicquam ad quemquam referre popularium, sed tacitus iniuriam devorans, quosdam commilitones nanctus, is tantum clades enarrat suas"), (468).

Acordaron entre todos que debía permanecer escondido en el cuartel ya que, además de la afrenta personal, había perdido la espada y esto constituía una infracción al juramento militar ("nam praeter propriam contumeliam militaris etiam sacramenti genium ob amissam spatham verebatur"), (469), y los

demás se dedicarían a vengarlo ("vindicta"), (470).

Esta venganza consiste en acusar falsamente al pobre hortelano de haber encontrado un vaso de plata y negarse a devolverlo, refugiándose en casa de un amigo. La acusación prospera y -por culpa del asno- el hortelano y su amigo son detenidos y llevados a la cárcel.

Lucio concluye el relato de las desventuras de su amo indicando que ignora qué fué del hortelano, sin más comentarios. Su nuevo dueño es ahora el legionario que por su exagerada desfachatez había recibido la solemne paliza ("miles ille, qui propter eximiam impotentiam pulcherrime vapularat"), (471).

En (472) Lucio cuenta un horrible y odioso crimen que tuvo lugar en casa de un decurión ("...scelestum ac nefarium facinus"), (473), y avisa al lector que se trata de una tragedia, no de un cuento; dejemos -dice- las sandalias y calcemos el coturno ("iam ergo, lector optime, scito te tragoediam, non fabulam legere, et a socco ad cothurnum ascendere"), (474).

En efecto, la mujer del decurión cayó en la monstruosa indignidad de fijarse en su hijastro ("ad extremum impulsa flagitium, oculos ad privignum adiecit"), (475), y sin poder contener sus impulsos le confesó su amor.

El joven horrorizado ante la propuesta ("facinus")

(476), ante el grave desastre familiar ("tam magnam domus cladem"), (477), intenta por todo los medios evitar la execrable cita ("execrabilis"), (478).

Pero su actitud sólo consigue que su madrastra pase del amor sacrílego a un odio mucho más funesto todavía ("mobilitate lubrica nefarium amorem ad longe deterius transtulisset odium"), (479), pues con la ayuda de un esclavo la mujer se dispone a asesinar a su hijastro ("perfidia sua"), (480).

Sin embargo, la víctima del veneno preparado por ambos resulta ser el propio hijo de la mujer que, sin inmutarse ante el espantoso crimen ("extremus facinus"), (481), ante el parricidio ("parricidium"), (482), lo aprovecha para su venganza ("vindicta"), (483).

En efecto, acusa a su hijastro de haber intentado violarla y de haber matado a su hermanastro, sin inmutarse ante tan monstruosa calumnia ("mendacium"), (484).

Su marido, el decurión, horrorizado ante el incesto y parricidio de su hijo ("incestum et parricidium"), (485), acude al foro y declara que su hijo era un incestuoso porque había profanado el lecho paterno, un fraticida porque había dado muerte a su hermano, y un asesino porque había amenazado con apuñalar a su madrastra si esta no cedía a sus pretensiones ("...illum

incestum paterno thalamo, illum parricidam fraterno exitio et in comminata novercae caede sicarium"), (486).

El esclavo confirma las acusaciones de su ama, pero cuando el joven va a ser condenado por su crimen ("crimen"), (487), uno de los senadores, médico de reconocida solvencia, se opone a que se cometa lo que él califica de homicidio manifiesto, en la persona de un acusado, víctima de falsas imputaciones ("...nec patiar falsis criminibus petito reo manifestum homicidium perpetrari"), (488).

Este médico expone las mentiras ("falsa"), (489), y el crimen ("facinus"), (490) cometidos por la madrastra, ayudada por el esclavo, poniendo en claro el asunto.

Y así termina esta famosa y trágica aventura ("famosa atque fabulosa fortuna"), (491).

Después de este suceso, Lucio-asno pasa a pertenecer a dos hermanos, uno pastelero y otro panadero, ambos esclavos de un hombre enormemente rico. Todos los días estos esclavos llevaban a su celda las abundantes sobras de la comida de su amo, y muy pronto Lucio comienza a aprovecharse de la situación, devorando los mejores y más selectos alimentos a escondidas, sin que nadie sospechara que un asno pudiera ser el autor de tal fraude ("fraus"), (492).

Al notar la desaparición de los manjares, los hermanos se acusaron mutuamente de robo ("rapina"), (493).

Pero como los dos negaban haber cometido trampa ni estafa de ninguna clase ("...nullam se prorsus fraudem, nullam denique surreptionem factitasse"), (494), decidieron investigar el asunto y descubrieron que el asno era el causante del daño ("damnum"), (495).

En (496), Lucio cuenta la historia de la mujer condenada a las bestias ("fabula"), (497), y de los crímenes que perpetró ("tale denique comminiscitur facinus"), (498).

Llevada por los celos hace caer a la hermana de su marido -ella ignoraba que se trataba de la hermana- en lo que Lucio califica como la trampa de la más inicua impostura, en la red de la perfidia ("sed ubi fraudis extremæ lapsa decipulo laqueos insidiarum accessit"), (499). El caso es que la condujo a una casa de campo, con la ayuda de un esclavo, y allí la torturó hasta matarla.

El hermano, al enterarse de esta muerte tan lamentable ("...mortem tam miseram"), (500), cayó enfermo. Entonces su esposa fue a ver a un médido conocido por su perfidia ("perfidia"), (501), y le compró un veneno.

Pero cuando el médido se disponía a administrárselo

al enfermo, la mujer le obligó a beber él también, para deshacerse del cómplice de su crimen ("scelus"), (502).

Una vez eliminados el marido y el médico, la mujer de éste se presentó ante la asesina reclamando el dñeto de la doble muerte ("gemina mors"), (503); pero también cae en el engaño ("fraus"), (504), y le proporciona más veneno para que pueda concluir su empresa ("inceptium negotium"), (505). Con este veneno la mujer condenada a las bestias, mata a su hija y a la mujer del médico.

Pero antes de morir la esposa del médico tiene tiempo de contar ante el magistrado las monstruosidades y atrocidades ("inmanitas"), (506), ("atrocitas"), (507), cometidas.

Por sus múltiples crímenes ("tam multiforme facinus"), (508), y a falta de otro suplicio proporcionado a su maldad, fue condenada a las bestias ("sed quod dignus cruciatus alius excogitari non poterat"), (509).

4.2.2: Conclusiones:

Los distintos calificativos que utiliza el protagonista Lucio al describir o aludir a la serie de delitos y faltas que aparecen a lo largo de la novela, responden a la morfología de la narración y no a la del delito en sí. Y esto es evidente si se analizan algunas características de los calificativos empleados.

En primer lugar, las estimaciones no dependen de la realidad del delito. Es decir, que Lucio utiliza los mismos calificativos aludiendo a faltas incluidas en relatos fantásticos o en "fabulae", y a delitos "reales", que se cometen o son sufridos por personajes vivientes de la novela.

Pero, sobre todo, la estimación no responde al delito en sí, puesto que es muy corriente que Lucio utilice los mismos calificativos para enjuiciar delitos distintos, prueba evidente de que lo que suscita el comentario no es la falta propiamente dicha, sino el entorno en que se sitúa.

En ocasiones, el narrador hace exactamente lo contrario, es decir, calificar un mismo delito de forma muy distinta, siempre según el contexto en que aparecen, que puede tener carácter cómico, trágico, religioso, etc.

Así, faltas que aparecen muy a menudo en la obra,

como el homicidio, el robo o el adulterio, merecen un juicio muy diferente en cada ocasión, dependiendo de lo que el autor quiera destacar en cada momento: la comicidad del relato, etc.

En ocasiones es precisamente el calificativo empleado lo que reviste al delito -y a todo el pasaje en que se encuentra éste- de un significado especial. Pero siempre en función de la intención del autor, que va más allá de la falta en sí y se sirve del comentario que efectúa sobre el delito para dotar al relato de unas características especiales.

Pero los calificativos utilizados por Lucio no sólo no dependen de la realidad del delito ni de la falta en sí, sino que además no siempre están acordes con los términos legales vigentes en su época.

Así, en ocasiones Lucio emplea vocablos como "rapina", "calumnia" o "parricidium", aplicándolos a hechos que no responden precisamente a estos calificativos, pues se trata de casos de "furtum", u otras faltas distintas.

Esto no puede atribuirse a desconocimiento del autor, pues Apuleyo debía conocer perfectamente el derecho vigente, e incluso se defendió a sí mismo en el juicio seguido contra él en Sabrata.

Así pues, el hecho de que emplee términos equivocados

se debe a la intención del autor de exagerar o de ironizar, de dar más fuerza a un pasaje determinado.

Por otro lado, tampoco la extensión en la descripción del delito y el número de calificativos que recibe está en función de la falta en sí, sino que responde a la situación y al carácter del relato en el momento en que aparece.

En efecto, en ocasiones Lucio se extiende largamente hablando de un delito al que califica continuamente, y al final el lector descubre que dicha falta ni siquiera ha sido cometida realmente.

También aparece el caso contrario, es decir, delitos que suceden entre los personajes vivientes de la novela, se describen de forma escueta y apenas merecen calificativos.

En fin, una última característica que corrobora una vez más que los calificativos responden más a la morfología de la narración y no a la del delito en sí, es que Lucio alude en ocasiones a crímenes célebres o habla del comportamiento de animales como si éstos fueran personas susceptibles de delinquir. Es decir, que utiliza los delitos y su estimación sobre ellos para destacar un determinado pasaje, se sirve de ellos para dar más fuerza a su relato.

4.3: Comportamiento y actitud ante el delito:

4.3.1: Medidas preventivas:

Las alusiones y comentarios sobre medidas preventivas se refieren casi siempre a evitar los robos, pero también existen otras para no ser víctima de las brujas, de los falsificadores de moneda y de los médicos sin escrúpulos. Incluso existe un caso en que un decurión intenta garantizar con toda clase de precauciones la virtud de su esposa.

Comienzo por las medidas destinadas a evitar los robos ("furtum" y "rapina"), que tenían lugar - según se deduce de la novela- tanto en las casas y posadas como en las calles y caminos.

En el relato de Aristómenes (510), vemos cómo éste trata de salir de la posada en donde está pasando la noche, y se encuentra con que está cerrada (511), y el portero se niega a abrirle la puerta hasta que llegue el alba. Sin embargo, el hecho de que la posada permaneciera cerrada durante la noche no evitaba que los propios posaderos robaran a los viajeros y esto era algo muy común según afirma Sócrates ("Nec, inquit, immerito stabularios hos omnes hospites detestantur. Nam iste curiosus dum importune irrumpit -credo studio rapiende aliquid- clamore vasto marcidum alioquin me altissimo somno excussit"), (512).

Las casas también se cerraban y protegían para evitar los robos. En efecto, la casa de Milón de Hípata estaba sólidamente cerrada con un buen cerrojo ("ostium accedo et ianuam firmiter oppessulatam pulsare vocaliter incipio"), (513), y tenía un almacén protegido por sólidas paredes y gruesas cerraduras, que ocupaba la parte central del edificio y donde se amontonaban los tesoros de Milón ("Tunc horreum queddam satis validis claustris obsaeptum obseratumque, quod mediis aedibus constitutum gazis Milonis fuerat refertum, securibus validis aggressi diffindunt..."), (514). Más adelante, se insiste en las medidas de seguridad de la casa de Milón, aludiendo al dispositivo que cerraba la puerta de los departamentos donde encerraba su fortuna ("animum irrepens ianuace claustra sedulo exploraverat et ipsa membra, in quis omne patrimonium condi solebat..."), (515).

Todas estas precauciones resultan inútiles pues una banda de ladrones consigue forzar la entrada, abrir una brecha y robar todas las riquezas de Milón (516).

Hay en la novela más ejemplos de casas fortificadas para evitar los robos. Por ejemplo, en el relato de las desventuras del ladrón Lámaco (517), un compañero cuenta que decidieron robar en Tebas, en casa de un tal Crísero que vivía en una casita modesta pero bien fortificada ("denique solus ac solitarius parva sed satis munita domuncula contentus"), (518).

Tampoco en esta ocasión las medidas preventivas de

Crísero evitan el robo, sino la desgraciada suerte de los ladrones (519).

En el relato del robo que llevan a cabo los ladrones bajo el mando de Trasileón (520), se alude también a las precauciones del rico Democares de Platea, quien escondía sus riquezas y las protegía bajo llave. Pero Trasileón, disfrazado de oso, mata al portero, le quita la llave y conduce a sus compañeros al lugar donde se escondía la plata ("...mox etiam ianitorem ipsum gladio conficit, clavique subtracta fores ianuae repandit nobisque prompte convolantibus et domus alveo receptis demonstrat horreum, ubi vespera sagaciter argentum copiosum recondi viderat"), (521).

Finalmente, el robo se frustra porque un esclavo descubre al oso-Trasileón paseando en libertad por la casa y da la alarma (522).

Otra de las medidas encaminadas a evitar los robos en las casas era disimular, esconder las riquezas, no hacer ostentación de ellas, procurar aparentar pobreza para no provocar la codicia ajena.

En este sentido son muy significativas las palabras que Milón le dirige a Lucio, afirmando que el miedo a los ladrones le impide tener en su casa el mobiliario adecuado ("Asside, inquit, istic: nam prae metu latronum nulla sessibula

ac ne sufficientem supellectilem parare nobis licet"), (523).

También Crísero de Tebas intentaba disimular su riqueza viviendo sucio y lleno de andrajos, aunque sus colchones eran sacas de oro ("pannosus alioquin ac sordidus aureos folles incubabat"), (524).

Pero, según vemos en la novela, tampoco estas medidas sirven de mucho, e incluso un ladrón afirma que es sabido que la gente modesta y de vida retirada, esconde celosamente su fortuna, poca o mucha ("frugi autem et solitarii homines fortunam parvam, vel certe satis amplam, dissimulanter obtectam...") (525).

También eran muy frecuentes los robos en los caminos y para evitarlos se procuraba no viajar de noche. Al menos ese es el consejo que se da -en dos ocasiones- en situaciones distintas.

En efecto, en el relato de Aristómenes (526), el posadero le dice a éste cuando pretende emprender la ruta a altas horas de la noche, que si ignora que los caminos están infestados de atracadores; y le impide salir ("Ignoras latronibus infestari vias, qui hoc noctis iter incipis?"), (527).

En otra ocasión, la gente de una aldea aconseja a un grupo de viajeros -en realidad se trata de unos esclavos que se

ha fugado con sus familias- que no continúen el viaje de noche, ni tampoco muy pronto por la mañana, si quieren evitar un posible ataque de una manada de lobos que actúa como las bandas de ladrones ("castellum... unde nos incolae nocturna, immo vero matutina etiam prohibebant egressione: lupos enim numerosos, grandes et vastis corporibus sarcinosos ac nimia ferocitate saevientes, passim rapinis assuetos infestare cunctam illam regionem, iamque ipsas vias obsidere et in modum latronum praetereuntes aggredi..."), (528).

Pero la noche no era peligrosa y apta para los robos sólo en los caminos, sino también en las calles de las ciudades. Al menos eso es lo que afirma la esclava Fotis, que le advierte a Lucio -que va a asistir a una cena en casa de Birrena- que vuelva pronto ("Cave regrediare cena maturius"), (529), si no quiere ser víctima de una banda de ladrones que perturban la tranquilidad pública.

Lucio le asegura que volverá pronto ("...metum etiam istum tibi demam maturata regressione"), (530), y añade que acude prevenido pues lleva una espada que le sirve para su seguridad personal ("Nec tamen incommittatus ibo: nam gladiolo solito cinctus altrinsecus ipse salutis meae praesidia gestabo. Sic paratus cenae me commito"), (531).

En efecto, cuando vuelve de la cena cree ver a tres ladrones intentando asaltar la casa de Milón, y al punto

desenvaina la espada que lleva encima para tales menesteres ("Statim denique gladium, quem veste mea contextum ad hos usus extuleram"), (532), es decir, como medida preventiva.

Así vuelve a afirmarlo más adelante cuando expresa que su espada le acompaña en previsión de casos como este ("gladiolo, qui me propter huiusmodi pericula comitabatur"), (533).

Además de los robos, también se trata de evitar ser víctima de las brujas y de sus prácticas mágicas. Hay dos ejemplos muy claros en la novela.

La noble Birrena de Hípata, previene a Lucio para que no sea víctima de la bruja Pánfila, esposa de Milón, en cuya casa se hospeda el joven ("Cave tibi, sed cave fortiter"), (534). Birrena cree que la juventud y hermosura de Lucio pueden tentar a la maga y que ésta haga del joven una víctima de sus encantamientos.

Además de advertirle que tenga cuidado con Pánfila, Birrena invita a Lucio a hospedarse en su casa, con lo que evitaría el trato con la maga, pero Lucio se niega alegando que no puede faltar a los deberes de la hospitalidad abandonando la casa de Milón.

En realidad, el joven está deseando satisfacer su

curiosidad por la magia, y en vez de ponerse en guardia ante Pánfila decide por el contrario aprovechar la ocasión y conocer directamente sus secretos ("At ego curiosus alioquin, ut primum artis magicae semper optatum nomen audivi, tantum a cautela Pamphiles afui ut etiam ultro gestirem tali magisterio me vel ampla cum mercede tradere et prorsus in ipsum barathrum saltu concito praecipitare"), (535).

En el relato de Telifrón sobre sus aventuras en Larisa (536), hay otro ejemplo -bien distinto- de las medidas que se toman para evitar las acciones de las brujas.

Telifrón cuenta que en Tesalia las brujas desagarra-
ban las caras de los muertos a mordiscos, para obtener ingre-
dientes necesarios para su ciencia mágica. Para evitar esto,
se llevaba a cabo una guardia fúnebre que consistía en estar
en vela durante toda la noche, con los ojos fijos en el cadáver
("Perpetem noctem eximie vigilandum est exertis et inconnivis
oculis semper in cadaver intentis"), (537).

Sin embargo, esta guardia fúnebre no tiene éxito -al
menos en el caso que nos ocupa- pues Telifrón se duerme y las
brujas le arrancan la nariz y las orejas (538).

En (539), Lucio cuenta la historia de la mujer del
decurión enamorada de su hijastro. Dentro de este relato, un
médico que recibe cien monedas de oro como pago de sus servicios

toma sus medidas para no ser engañado con moneda falsa.

En efecto, acepta el dinero pero exige que se le entregue dentro de una bolsa cerrada y sellada con el anillo del que le paga, por si alguna moneda fuera falsa o de mala ley. Al día siguiente, en presencia de un cambista, se efectuaría el contraste ("Ne forte aliquis, inquam, istorum quos offers aureorum nequam vel adulter repperiatur, in hoc ipso sacculo conditos eos anullo tuo praenota, donec altera die nummulario praesente comprobentur"), (540).

El hecho -insertado dentro del esclarecimiento de un crimen- se refiere a la venta de un veneno, pero en esta ocasión lo que me interesa destacar es que la comprobación parece algo normal, que no llama la atención, por lo que puede deducirse que existía la falsificación de moneda y por tanto se tomaban medidas preventivas para evitar ser engañado.

En el relato de Lucio sobre la mujer condenada a las bestias (541), habla de un médico y de las precauciones que se toman ante su actuación como tal.

En efecto, la mujer protagonista de la historia avisa a un médico pues su marido se encuentra enfermo; el médico prepara una pócima, pero la mujer se niega a que el enfermo la tome si no la prueba antes el propio médico, alegando que nadie puede saber si no contiene algún ingrediente fatal y afirmando que tal

precaución no puede ofender a alguien prudente y sabio ("Medicorum optime, non prius carissimo mihi marito trades istam potionem, quam de ea bonam partem hauseris ipse. Unde enim scio an noxium in ea lateat venenum? Quae res utique te, tam prudentem tamque doctum virum, nequaquam offendet..."), (542).

Esta prevención puede parecer extraña, poco corriente, aunque no sería el primer caso en que un médico envenena a su paciente. Pero en realidad la mujer no está tratando de proteger a su marido, sino todo lo contrario. Sabe perfectamente que la pócima contiene un veneno mortal pues ella misma le ha pagado al médico para que mate a su esposo, pero fingiendo prevención y preocupación consigue eliminar también a su cómplice y recuperar el dinero (543).

En (544) una vieja cuenta la historia de Areté y Filesitero. Areté era una joven de buena familia y excepcional hermosura, que estaba casada con un decurión llamado Bárbaro. Este hombre, para garantizar la virtud de su esposa la mantenía encerrada en casa, con toda clase de precauciones, como en una ciudadela maravillosamente fortificada ("...praeditam mira custodela munitam domi suae quam cautissime cohibebat"), (545).

En una ocasión en que tuvo que realizar un viaje, Bárbaro quiso preservar con mayor cuidado la honestidad de su mujer, y encargó a su esclavo Mirmex la custodia de su esposa ("cum necessariam profectionem pararet pudicitiamque carae

coniugis conservare summa diligentia cuperet"), (546), amenazándole con la muerte si un hombre cualquiera, aunque fuera de paso, la tocara con la punta del dedo ("si quisquam hominum vel in transitu digito tenus eam contigisset"), (547).

Pero precisamente el renombre de la sólida virtud de Areté y las precauciones tan exageradas y originales que tomaba su marido ("hac ipsa potissimum famosa castitate et insignis tutelae nimietate..."), (548), sirvieron de acicate al joven Filesitero, quien empleó todas sus fuerzas en derrotar la férrea disciplina de la casa ("ad expugnandam tenacem domus disciplinam totis accingitur viribus"), (549).

En efecto, sobornando al esclavo Mirmex con dinero, consiguió llegar hasta Areté, y así las precauciones de Bárbaro no sirvieron de nada (550).

En otra ocasión, en el relato de la historia de la mujer del operario y la tinaja (551), Lucio cuenta que el operario se presentó en su casa de improviso y encontró la puerta cerrada y trancada, lo que le impulsó a ponderar la virtud de su esposa ("Iamque clausis et obseratis foribus uxoris laudata continentia"), (552).

Pero en realidad no se trataba de una medida de precaución, como parece suponer el operario, sino que su mujer estaba con su amante y no pretendía guardar su virtud cerrando la puerta, sino evitar ser sorprendida en flagrante adulterio.

4.3.2: Comportamiento y actitud de los distintos personajes:

Los distintos personajes de la novela reaccionan de modo diferente ante los delitos que se cometen o de los que tienen noticia.

El análisis de estas actitudes nos acerca a la consideración social existente frente a las diferentes faltas que contiene la obra; los sentimientos que despiertan, el comportamiento que suscitan en cada caso, revelan una conciencia -ya sea general o particular- de la que es posible sacar conclusiones, que nos acerquen al mundo que Apuleyo presenta en su novela.

Siguiendo el orden de aparición en la obra, comienzo por el relato de Aristómenes (553).

El abandono de familia de Sócrates provoca la indignación de su amigo Aristómenes quien le reprocha que, mientras su mujer se consume llorando pues le da por muerto, él permanezca en otra ciudad como un alma en pena ("At tu hic larvale simulacrum cum summo dedecore nostro viseris"), (554).

Al enterarse de que Sócrates no ha vuelto a su casa a causa de otra mujer, Méroe, reacciona aún más su comportamiento, y le pregunta cómo ha sido capaz de sacrificar su hogar y sus hijos por los placeres del amor ("qui voluptatem veneriam et scortum scorteum Lari et liberis praetulisti"), (555).

Entonces Sócrates le cuenta que Méroe es una poderosa maga y que precisamente sus encantamientos se cobraban tantas víctimas que la indignación pública fué en aumento, y se acordó que se la castigaría con toda severidad bajo una lluvia de piedras ("Quae cum subinde ac multis noceret, publicitus indignatio percrebuit, statutumque ut in eam die altera severissime saxorum iaculationibus vindicaretur"), (556).

Pero Méroe, gracias a sus encantamientos, mantuvo a todos encerrados en sus casas, sin poder salir, y finalmente tuvieron que rersignarse ante el poder de la bruja y prometerle que no emprenderían ninguna acción contra ella ("quoad mutua hortatione consone clamitarent"), (557).

Al enterarse de todo esto, Aristómenes se asusta y le propone a Sócrates que huyan juntos cuanto antes de allí. ("Denique mihi quoque non parvam incussisti sollicitudinem, immo vero formidinem, iniecto non scrupulo sed lancea"), (558).

Cuando las brujas Méroe y Pantia se presentan en la habitación de la posada donde duermen ambos amigos y matan a Sócrates, Aristómenes, muerto de miedo ("sudore frigido miser perfluo tremore viscera quatior, ut grabatulus etiam succussu meo inquietus super dorsum meum palpitando saltaret"), (559), decide que lo mejor para él es escapar furtivamente antes del alba ("optimum itaque factu visum est anteluculo furtim evadere et viam licet trepido vestigio capessere"), (560).

Como no consigue que el portero le abra la puerta de la posada, Aristómenes pretende suicidarse ("in cubiculum itaque reversus de genere tumultario mortis mecum deliberabam"), (561).

Finalmente, cuando Sócrates -tras su breve aparición de vida- cae muerto definitivamente junto a su amigo, en un camino solitario Aristómenes le entierra y, muy preocupado por su propia suerte, huye por caminos apartados y abandona patria y hogar en busca de un destierro voluntario. Se instala en Etolia y contrae nuevo matrimonio ("ipse trepidus et eximie metuens mihi per diversas et avias solitudines aufugi et quasi conscius mihi caedis humanae relictæ patria et Lare ultroneum exilium amplexus nunc Aetoliam novo contracto matrimonio colo"), (562).

La usura de Milón, descrita con ironía por una vieja de Hípata, provoca la risa de Lucio ("Ad hæc ego risum subicio") (563).

En el relato de Milón sobre Diófanos el caldeo (564), el anfitrión de Lucio cuenta que el adivino Diófanos, mientras efectuaba sus profecías ante un nutrido corro de personas, se encontró con un amigo a quien contó que la nave en que viajaba desde Eubea había naufragado, que lo poco que pudo reunir tras el desastre lo perdió a manos de una pandilla de atracadores y que su hermano, que pretendió rechazar el ataque, cayó degollado ante sus propios ojos.

Aún no había terminado su relato cuando un mercader que acababa de pagarle el importe de una predicción, recogió de nuevo sus monedas y se marchó apresuradamente, mientras el resto de los presentes soltaban una ruidosa carcajada ("...cum etiam nos omnes circumsecus astantes in clarum cachinnum videret effusos"), (565).

En el relato de Telifrón sobre la guardia fúnebre en Larisa (566), éste cuenta que mientras se celebraban las honras fúnebres del muerto al que había velado durante la noche, un anciano tío del difunto acusó públicamente a la viuda de haber asesinado a su marido.

El pueblo allí congregado se irritó y comenzaron a oírse voces que reclamaban antorchas y piedras, mientras se incitaban a los chiquillos contra la mujer ("Saevire vulgus interdum et facti verisimilitudine ad criminis cerdulitatem impelli: conclamant ignem, requirunt saxa, parvulos ad exitium mulieris hortantur"), (567).

Cuando el muerto -temporalmente resucitado gracias al profeta egipcio Zatclas para que aclare las circunstancias de su fallecimiento- muestra a la gente que unas brujas han mutilado a su guardián, todos concentran sus miradas en Telifrón, que se escabulle entre las risas de los presentes ("Ac dum directis digitis et detortis nutibus praesentium denotor, dum risus ebullit, inter pedes circumstantium frigido sudore defluens

evado"), (568), bañado en sudor frío, como antes estuvo Aristómenes ante la presencia de las brujas Méroe y Pantia.

Los que escuchan el relato de Telifrón, se ríen también cuando éste concluye su historia ("Cum primum Thelyphron hanc fabulam posuit, compotores vino madidi rursum cachinnum integrant"), (569).

Los encantamientos, las prácticas mágicas, suscitan a menudo temor. Este es el caso de Aristómenes (570), y de la esclava Fotis (571). Incluso Lucio afirma sentir un serio temor ante las invisibles e inevitables trampas de la ciencia mágica ("Sed oppido formido caecas et inetivabiles latebras magicae disciplinae"), (572), aunque en realidad la curiosidad por conocer de cerca la magia es más fuerte que su temor ("At ego curiosus alioquin, ut primum artis magicae semper optatum nomen audivi..."), (573).

Cuando contempla la transformación de Pánfila en buho, Lucio queda sobrecogido de asombro, sin iniciativa, enajenado, sin sentido de la realidad ("Et illa quidem magicis suis artibus volens reformatur, at ego, nullo decantatus carmine, praesentis tantum facti stupore defixus quidvis aliud magis videbar esse quam Lucius, sic exterminatus animi, attonitus in amentiam vigilans somniabar; defrictis adeo diu populis an vigilarem scire quaerebam"), (574).

El comportamiento ante los robos varía según los casos. En un pasaje de la novela un ladrón comenta que cuanto más importante es una casa tanto más fácil resulta asaltarla, pues cada uno mira más por salvar la propia vida que los bienes del dueño. En cambio la gente modesta defiende sus bienes con valor, arriesgando incluso la vida (*"Tunc solus ignoras longe faciliores ad expugnandum domus esse maiores? Quippe quod, licet numerosa familia latis deversetur aedibus, tamen quisque magis suae saluti quam domini consulat opibus: frugi autem et solitarii homines fortunam parvam, vel certe satis amplam, dissimulanter obtectam protegent acrius et sanguinis sui periculo miniunt"*), (575).

En efecto, cuando los ladrones irrumpen en casa de Milón, el esclavo de Lucio huye asustado (576). Es más, en el relato del robo en casa de Crísero de Tebas, éste, al descubrir a los atracadores pide ayuda a los vecinos gritando que un incendio está destruyendo su hogar, logrando así que cunda la alarma ante el inminente peligro para las casas de los demás y que se presten a socorrerle (*"diffamat incendio repentino domum suam possideri: sic unusquisque proximi periculi confinio territoris suppetiatum decurrunt anxii"*), (577).

Otro ejemplo es el supuesto robo que cometen Hemo y su banda en una posada en la playa de Accio. Al oír el ruido que producen los ladrones una mujer, Plotina, puso todo en movimiento con sus gritos de alarma, llamando individualmente a soldados y criados y pidiendo refuerzos a la vecindad, pero

cundió el pánico y cada cual se escondió para evitar el propio riesgo ("Simul namque primum sonum ianuae matrona percepit, procurrens in cubiculum clamoribus inquietis cuncta miscuit, milites suosque famulos nominatim, sed et omnem viciniam suppetiatum convocans, nisi quod pavore cunctorum, qui sibi quisque metuentes delitescebant, effectum est, ut impune discederemus"), (578).

Cuando Cárite relata su rapto, afirma que ninguno de los familiares y esclavos que estaban presentes opuso la más mínima resistencia ("nec ullo de familiaribus nostris repugnante ac ne tantillum quidem resistente, miseram, exanimen saevo pavore, trepidam de medio matris gremio rapuere"), (579).

En cambio, la vieja de Tebas en cuya casa penetra el ladrón Alcimo, se defiende arrojando a éste por la ventana (580).

También los esclavos fugados son atacados por los habitantes de una "villa" que los confunden con una partida de bandoleros ("Villae vero, quam tunc forte praeteribamus, coloni, multitudinem nostram latrones rati, satis agentes rerum suarum eximieque trepidi canes rabidos et inmanes et quibusvis lupis et ursis saeviores..."), (581).

En ocasiones, una vez perpetrado el robo se iniciaba la búsqueda de los culpables, en medio de la indignación general. Así, tras el robo en caso de Milón en Hípata, uno de los ladrones

se mezcló entre los corrillos de gente, fingiendo dolor e indignación, para conocer qué decisión se iba a tomar, si se acordaría perseguir a los ladrones y hasta qué punto se llevaría a la práctica el asunto ("...immixtus ego turbelis popularium dolentique atque indinanti similis arbitrabar super investigatione facti cuiusmodi consilium caperent, et an et quatenus latrones placeret inquiri, renuntiaturus vobis, uti mandaveratis, omnia"), (582).

En (583), Lucio afirma que antes de lanzarse en persecución de una pandilla de atracadores, se consultaba a Filebo y los sacerdotes de la Diosa Siria, para saber si la empresa sería feliz o desgraciada ("Si proelium capessiturus vel latronum factionem persecuturus utiles necne processus sciscitaretur, addictam victoriam forti praesagio contendebant..."), (584).

En los casos de simples hurtos, los afectados actuaban sin tanta dilación. Así, (585), Lucio afirma que unos jóvenes buscaban un asno que les habían robado y registraban minuciosamente en las posadas para recuperar lo suyo ("namque de pago proxumo complures iuvenes abactum sibi noctu perquirentes asellum, nimioque studio cuncta devorsoria scrutantes, intus aedium audito ruditu meo, praedam absconditam latibulis aedium rati, coram rem invasuri suam improvisi conferto gradu se penetrant..."), (586).

También en (587), los esclavos de Cárite van en busca de una ternera extraviada y al reconocer a Lucio-asno que camina

con un desconocido, le atacan para recuperarlo ("pastores enim mei perditam sibi requirentes vacculam variasque regiones peragrans occurrunt nobis fortuito, statimque me cognitum capistro prehensum attrahere gestiunt").

Finalmente, el robo sacrílego que llevan a cabo Filebo y los sacerdotes de la Diosa Siria, provoca una rápida respuesta, pues les persiguen hasta capturarlos y, en medio de insultos, los culpables son encerrados ("Philebum ceterosque comites eius involant avidi colloque constricto et sacrilegos impurosque compellantes interdum pugnis obverberant, necnon manicis etiam cunctos coartant et identidem urgenti sermone comprimunt..."), (588).

La orgía que llevan a cabo Filebo y sus compañeros con un robusto labriego, es descubierta por unos jóvenes que avisan a los vecinos de los alrededores para que todos puedan contemplar la escena, mientras ironizan sobre la castidad de los sacerdotes. El escándalo corrió pronto de boca en boca y les atrajo el odio y la execración general ("iam iamque vicinos undique percipientes turpissimam scaenam patefaciunt, insuper ridicule sacerdotum purissimam laudantes castimoniam. Hac infamia consternati, quae per ora populi facile dilapsa merito invisos ac detestabiles eos cunctis effecerat..."), (589).

El adulterio del "vilicus", que provoca la muerte de su mujer y su hijo, afecta tan vivamente al amo que ordena que

el esclavo muera horriblemente ("Quam mortem dominus eorum aegerrime sustinens arreptum servulum..."), (590).

El adulterio de Areté, al ser descubierto por su esposo el decurión Bárbaro, provoca en éste un gran dolor y, sin manifestarlo ante nadie, ordena prender al esclavo responsable de la custodia de su ama, y llevarlo al foro ("non uxori, non ulli familiarium cordolio patefacto, sublati iis et in sinum furtim absconditis, iusso tantum Myrmece per conservos vincto forum versus attrahi, tacitos secum mugitus iterans rapidum dirigit gressum..."), (591).

El adulterio de la mujer del batanero, sorprendida por su esposo y por el molinero, provoca la ira del marido que trata de acabar con la mujer y con el amante, y la repulsión del molinero que escapa de allí en cuanto puede ("At ille dolenti prorsus animo suspirans assidue, nefarium -inquit- et extremum facinus perditae feminae tolerare nequiens fuga me proripui"), (592).

Cuando el molinero descubre a su vez que también su mujer le engaña, según cuenta Lucio, no parecía demasiado afectado por el menoscabo de su honor, se dirigió al amante hablándole con ironía, le castigó sodomizándole y propinándole después una paliza y repudió a su mujer ("Nec tamen pistor damno pudicitiae magnopere commotus exsanguis pallore trepidantem puerum serena fronte et propitiata facie commulcens incipit... Nec setius

pistor ille nuntium remisit uxori eamque protinus de sua proturbavit domo"), (593).

La acusación pública de incesto, fratricidio y homicidio que proclama el decurión contra su propio hijo, despierta la simpatía e indignación del senado y hasta de la plebe; y sin esperar que se lleve a cabo el juicio correspondiente pretenden lapidar al joven en la plaza pública ("Tanta denique meseratione tantaque indignatione curiam sed et plebem maerens inflamaverat, ut remoto iudicandi taedio et accusationis manifestis probationibus et responsionis meditatis amagibus cuncti conclamarint lapidibus obrutum publicum malum publice vindicari"), (594).

En cuanto a la eutanasia, un médico afirma que sus convicciones le impiden ofrecer a nadie una substancia mortal, pues considera que la medicina no tiene por objeto matar a los hombres, sino salvarles la vida ("nec meae sectae crederem convenire causas ulli praebere mortis, nec exitio sed saluti hominum medicinam quaesitam esse didicissem..."), (595).

Los dos esclavos hermanos, uno pastelero y otro cocinero, sospechaban el uno del otro, pues la comida que preparaban desaparecía.

Por fin, uno de ellos se queja al otro y le acusa de escamotear los mejores manjares. El acusado le replica que él rumiaba en silencio los mismos reproches, pues no quería dar el

público espectáculo de acusar a su hermano de robo ("Laudo istam tuam mehercules et ipse constantiam, quod cotidie furatis clanculo partibus praevenisti querimoniam, quam diutissime sustinens tacitus ingemescebam, ne viderer rapinae meum fratrem arguere"), (596).

Finalmente, en el caso de la mujer condenada a las bestias, la esposa del médico que le ha proporcionado el veneno escucha de labios de su marido cómo aquella mujer le ha engañado pues se ha visto obligado a beber él también de la poción. Antes de morir indica a su esposa que cobre el importe del veneno que también ha servido para que la mujer matara a su marido. ("vixque enarratis cunctis ad uxorem, mandato saltem promissam mercedem mortis geminatae deposceret"), (597).

La esposa del médico se presenta en efecto en casa de la homicida reclamando el importe del doble atentado ("uxor medici pretium geminae mortis petens aderat"), (598).

4.3.3: Conclusiones:

El comportamiento ante el delito varía mucho según los casos, como hemos visto a través de la descripción anterior.

Cabe establecer una primera distinción, entre las actitudes individuales y las colectivas y distinguir después los

diferentes comportamientos que adoptan tanto los grupos como cada personaje.

Veamos en primer lugar los comportamientos colectivos. Excepto en los casos en que todo un grupo de personas se ve afectado por un determinado delito (por ejemplo las prácticas mágicas), (599), la reacción general tenía que ser provocada, nunca aparece en la novela de forma espontánea.

En efecto, en (600), Crísero de Tebas que está siendo robado no pide socorro ante los ladrones, sino que proclama que hay fuego en su casa para que los vecinos reaccionen ante el peligro común; es como si supiera o temiera que no iba a encontrar ayuda si no implicaba directamente en el asunto al resto de la gente.

En otras ocasiones la respuesta colectiva se obtiene excitando la indignación popular con el relato detallado y trágico del crimen acaecido, que despierta la piedad hacia el afectado y la irritación frente al culpable (caso de la madrastra enamorada de su hijastro), (601).

En cuanto a las actitudes individuales, surgen, lógicamente, de forma espontánea siempre que el personaje esté implicado de alguna manera en el delito, es decir, que lo haya sufrido directa o indirectamente. Pero apenas se describen comportamientos o actitudes individuales ante delitos ajenos totalmente al

personaje en cuestión.

En este sentido, cabe destacar que la única reacción frente a faltas en las que no estén implicados, de las que simplemente tienen conocimiento, suele ser la risa o la ironía; por tanto, no es tanto el delito en sí lo que suscita su reacción, sino más bien la imagen, un tanto ridícula, del que lo ha padecido, (por ejemplo en los casos de engaño mediante el timo de la profecía); (602).

Es más, el efecto cómico de la humillación o el ridículo que sufren determinados personajes afectados de una u otra manera por crímenes trágicos y terribles, desdibuja la importancia de éstos delitos, de forma que el autor se centra en describir la risa general y omite cualquier otro comportamiento ante la gravedad del hecho. Por ejemplo en el relato de la guardia fúnebre en Larisa (603), el descubrimiento de la mutilación de Telifrón provoca la carcajada general, cuando, momentos antes, se trataba de una grave acusación de adulterio y parricidio.

Esto indica que, una vez más, Apuleyo atiende más a la morfología de la narración que al propio delito en sí.

Pero hay otros casos en la novela en los que el autor parece aproximarse más, o de una forma más realista al mundo del siglo II d.C., y es precisamente en las ocasiones en que los comportamientos se describen de pasada, sin entrar en detalle,

reflejando situaciones y actitudes que debían ser corrientes y que por tanto no era necesario explicar.

Uno de estos comportamientos es, por ejemplo, la huida por miedo a verse implicado en un asunto criminal, o simplemente por el temor de ser víctima de un delito, lo que parece indicar una escasa confianza en la justicia y la legalidad vigentes. Es el caso del hortelano que huye y se esconde tras ser atacado por un legionario romano (604), o el de Aristómenes que se destierra voluntariamente para no verse implicado en la muerte de Sócrates, ya que teme no poder demostrar su inocencia (605), y para escapar de las brujas Méroe y Pantia.

Existen también en la novela casos en los que el comportamiento no es pasivo, como hemos visto hasta ahora, sino activo. Son los pasajes en los que se castiga el delito, bien de forma adecuada a la gravedad de la falta y haciendo intervenir a la justicia y sus ejecutantes, o bien de forma desmesurada y absolutamente personal.

Estos casos serán estudiados con detalle en el capítulo referente a los castigos y la actuación legal y particular.

En cualquier caso, una constante general en el comportamiento ante el delito de los distintos personajes de la novela, es que éste continuamente se vé afectado por el contexto de la narración.

Así, en los pasajes cómicos las actitudes contribuyen a acentuar la comicidad y por tanto los comportamientos ante idénticos delitos son muy distintos en cada ocasión.

Por ejemplo el adulterio, que aparece continuamente a lo largo de la obra, suscita actitudes muy diversas, como risa (606), indignación y repulsión (607), o simplemente actuar en consecuencia (608).

Pero a pesar de la influencia de la morfología de la narración en el comportamiento ante el delito, es posible establecer algunas conclusiones, por ejemplo, el temor generalizado ante determinados delitos tales como las prácticas mágicas, y los robos, que obliga a adoptar toda una serie de medidas preventivas -de las que ya he hablado antes- y que indica que eran algo muy común en el mundo en que se desarrolla la obra.

Por otro lado, las distintas actitudes, aunque desmesuradas en ocasiones, o poco adecuadas a la realidad del delito, revelan en algunos pasajes una desconfianza e incluso un temor ante la actuación de la justicia que ya he apuntado y que desarrollaré en el capítulo dedicado a la legalidad vigente en el siglo II d.C.

II.5: Clasificación por morfología del delito:

5.1: Justificación de esta clasificación:

Es necesaria una clasificación operativa, que permita entrar en el análisis de los distintos delitos que aparecen en la novela. Para ello he establecido una nueva clasificación atendiendo a la morfología del propio delito.

Hasta ahora he hablado de delitos y faltas, considerando delito a todo acto ilícito sancionado con una pena. Las faltas corresponden a todos aquellos actos, dichos, escritos o instigaciones que repugnan, que merecen una repulsa por parte de la conciencia social, que atentan contra la moral existente.

Ahora bien, los delitos pueden ser públicos o privados, según atenten contra el Estado o contra un particular. Los primeros, sancionados con una pena pública, reciben el nombre de "crimina"; los segundos, castigados con pena privada pecuniaria, se conocen con la denominación de "delicta" (609).

Así pues, los distintos delitos que contiene la novela, quedan clasificados en dos grupos: "Crimina" y "Delicta".

Esta nueva clasificación se completa con lo que hasta ahora he denominado faltas contra la conciencia social (que

continúa con esta misma nominación), y con las faltas cometidas por los esclavos, que constituye el cuarto y último apartado de la clasificación.

El motivo de separar a los esclavos en un grupo aparte radica en su especial condición dentro de la sociedad, que les sitúa en un plano distinto que el del resto de los individuos también en lo relativo al Derecho. Insistiremos en este tema más adelante, en el capítulo dedicado a los delincuentes y en el dedicado a las penas o castigos (capítulos III y IV).

Así pues, la clasificación queda como sigue:

- "Crimina".
- "Delicta".
- Faltas contra la conciencia social.
- Faltas cometidas por los esclavos.

5.2: "Crimina":

Pertenecen a este apartado todos aquellos delitos que atentan contra el Estado y son sancionados con una pena pública, corporal o pecuniaria (610).

Existen varios tipos de "crimina", los que aparecen

en la novela de Apuleyo son los siguientes:

CRIMEN CONTRA LAS BUENAS COSTUMBRES:

- Adulterio.
- Incesto.

CRIMEN DE VIS:

- Secuestro.
- Coacción.
- Amenazas.
- Vender a una mujer en un lupanar.
- Tumulto.

HOMICIDIUM:

- Homicidio.
- Proporcionar veneno para matar.
- Eutanasia.

PARRICIDIUM:

- Parricidio.
- Matar recién nacidos.

CRIMEN DE FALSIS:

- Acusación falsa.
- Declaración falsa.
- Pagar con moneda falsa.
- Vender sentencias.

CRIMENES CONTRA LOS DEBERES CIVICOS:

- Infracción al juramento militar.
- Evitar cumplir con las cargas públicas.

5.3: "Delicta":

Pertenecen a este apartado todos aquellos delitos que atentan contra un particular y son castigados con una pena privada pecuniaria. El Derecho Romano no conoce el "delictum", como categoría general, sino particulares "delicta". Dentro del "ius civile" hay cuatro delitos típicos: el "furtum", la "rapina", la "iniuria" y el "damnum iniuria datum". Incluyo en este apartado una serie de actos que afectan al Derecho privado, aunque no todos reciben una pena.

FORTUM:

- Robo.

RAPINA:

- Rapiña.

INIURIA:

- Encantamientos por magia, prácticas mágicas.

- Calumnia.
- Causar lesiones físicas. Tortura.
- Desear un mal físico.
- Vender como esclavo a un ciudadano romano.

DAMNUM:

- Matar, castrar, maltratar animales ajenos.
- Cuadrúpedo causa menoscabo.
- Daño material, estrago.

ACTOS CONTRA EL DERECHO PRIVADO:

- Usura.
- Estafa en venta.
- Engaño: el timo de la profecía.
- Incumplimiento de contrato.
- Dar refugio a un esclavo fugitivo.

5.4: Faltas contra la conciencia social:

Incluyo en este apartado todo aquello que desagrada, que es rechazado por la conciencia social, que repugna a la sana moral.

Los casos incluídos son los siguientes:

- Abandono de familia. Bigamia.
- Suicidio.
- Faltar a los deberes de la hospitalidad.
- Malos tratos a esclavos por parte de sus dueños.
- Mentir, engañar y desobedecer al marido.
- Matrimonio ilegítimo,
- Bestialismo.
- Faltar al luto.
- Orgía.
- Soborno.
- Sodomía.
- No prestar ayuda en caso de peligro.

5.5: Faltas cometidas por esclavos (contra sus propietarios):

Pertenecen a este grupo todos aquellos actos o dichos cometidos por los esclavos contra sus propietarios. Los que aparecen en la novela son los siguientes:

- Fuga de esclavos.
- Mentir, engañar, desobedecer al amo.
- Vender propiedades del amo.
- Atentar contra propiedades del amo.

NOTAS AL CAPITULO II:

- (1) Met. I, 5-19.
- (2) Met. II, 13-14.
- (3) Met. II, 21-30.
- (4) Met. IV, 9-22.
- (5) Met. IV, 27, 1-8.
- (6) Met. IV, 28-VI, 24.
- (7) Met. VII, 5-8.
- (8) Met. VIII, 1-14.
- (9) Met. VIII, 22, 1-7.
- (10) Met. IX, 5-7.
- (11) Met. IX, 17-21.
- (12) Met. IX, 24-25.
- (13) Met. IX, 35-38.
- (14) Met. X, 2-12.
- (15) Met. X, 23-28.
- (16) Luciano, Lucio o el asno, 4.
- (17) Lucio, 4, 11, 12.
- (18) Lucio, 4, 5.
- (19) Lucio, 4.
- (20) Lucio, 16, 21, 41, 44.
- (21) Lucio, 16, 18, 19, 22, 23, 24, 28, 29, 30 y 31.
- (22) Lucio, 17.
- (23) Lucio, 22.
- (24) Lucio, 24, 33, 39.
- (25) Lucio, 25.
- (26) Lucio, 11, 28, 33, 39.
- (27) Lucio, 32, 51.
- (28) Lucio, 34.
- (29) Lucio, 35.
- (30) Lucio, 37.
- (31) Lucio, 38.
- (32) Lucio, 41.
- (33) Lucio, 44.
- (34) Met. I, 23, 2.
- (35) Met. II, 32, 1-5.
- (36) Met. III, 5-6.
- (37) Met. III, 28, 1-6.
- (38) Lucio o el asno, 16.
- (39) Met. IV, 8, 9.
- (40) Met. IV, 26, 7.
- (41) Met. VI, 25, 2.
- (42) Lucio o el asno, 21.
- (43) Met. VI, 29, 8.
- (44) Met. VII, 4, 2.
- (45) Met. VII, 10, 4-5.
- (46) Met. VII, 11, 1.
- (47) Met. VII, 25, 6.
- (48) Met. VIII, 29, 6.
- (49) Met. IX, 9, 5.
- (50) Lucio o el asno, 41.

- (51) Met. IX, 39-40.
- (52) Lucio o el asno, 44
- (53) Met. II, 5, 4-7.
- (54) Lucio o el asno, 4.
- (55) Met. II, 20, 1-3.
- (56) Met. III, 16-18
- (57) Met. III, 21, 1-6.
- (58) Lucio o el asno, 12.
- (59) Met. VI, 31 y 32.
- (60) Met. VIII, 17, 1-5.
- (61) Met. IX, 28, 2.
- (62) Met. IX, 39, 3.
- (63) Lucio o el asno, 44.
- (64) Met. IX, 40, 2-3.
- (65) Lucio o el asno, 44.
- (66) Lucio o el asno, 25.
- (67) Met. II, 5, 7.
- (68) Lucio o el asno, 4.
- (69) Met. II, 18, 3.
- (70) Met. II, 32, 4-6.
- (71) Met. III, 26, 2.
- (72) Met. III, 29, 7.
- (73) Met. VII, 13, 6.
- (74) Met. VII, 25, 6.
- (75) Met. VIII, 21, 3.
- (76) Met. IX, 29, 4.
- (77) Met. IX, 30, 3-7.
- (78) Met. IX, 40.
- (79) Met. III, 27, 7.
- (80) Met. IV, 9, 2.
- (81) Met. VII, 27, 5-8.
- (82) Met. IV, 3, 1.
- (83) Met. VI, 30, 6.
- (84) Lucio o el asno, 24.
- (85) Met. VI, 32, 2.
- (86) Met. VII, 24, 2.
- (87) Lucio o el asno, 33.
- (88) Met. VIII, 31, 2.
- (89) Lucio o el asno, 39.
- (90) Met. IX, 38, 9.
- (91) Met. X, 29, 1.
- (92) Met. I, 21, 6.
- (93) Met. I, 24-25.
- (94) Met. I, 25, 3.
- (95) Met. II, 3, 5.
- (96) Lucio o el asno, 4.
- (97) Met. VII, 3, 1.
- (98) Met. II, 5, 5-8.
- (99) Lucio o el asno, 4.
- (100) Met. II, 6, 6.
- (101) Lucio o el asno, 5.
- (102) Met. III, 16, 1.
- (103) Met. III, 21, 6.

- (104) Met. IX, 14, 5.
- (105) Met. IX, 16, 1.
- (106) Met. IX, 22-29.
- (107) Met. VIII y IX.
- (108) Met. VIII, 28, 2-3.
- (109) Lucio o el asno, 37.
- (110) Met. VIII, 29, 2.
- (111) Met. IX, 8, 1-6.
- (112) Met. IX, 30, 7.
- (113) Met. III, 3, 4.
- (114) Met. III, 8, 7.
- (115) Met. III, 16, 7.
- (116) Met. VII, 4, 4.
- (117) Met. VIII, 15, 2.
- (118) Lucio o el asno, 34.
- (119) Met. III, 16, 7.
- (120) Met. VIII, 26, 6.
- (121) Met. IX, 12, 3-4.
- (122) Met. III, 16-17.
- (123) Met. III, 21-25.
- (124) Lucio o el asno, 11-13.
- (125) Met. VII, 15, 3-5.
- (126) Lucio o el asno, 28.
- (127) Met. VII, 16, 1.
- (128) Met. VII, 17, 2-5.
- (129) Met. VIII, 31, 4.
- (130) Lucio o el asno, 39.
- (131) Met. III, 27, 7.
- (132) Met. III, 28, 6.
- (133) Lucio o el asno, 16.
- (134) Met. III, 29, 4.
- (135) Lucio o el asno, 16.
- (136) Met. IV, 3, 3.
- (137) Met. IV, 3, 5-10.
- (138) Lucio o el asno, 17-18.
- (139) Met. IV, 4, 2.
- (140) Lucio o el asno, 19.
- (141) Met. IV, 5, 4.
- (142) Lucio o el asno, 19.
- (143) Met. VI, 25, 3-5.
- (144) Lucio o el asno, 23.
- (145) Lucio o el asno, 23.
- (146) Met. VI, 30, 3-6.
- (147) Lucio o el asno, 24.
- (148) Met. VI, 31, 5.
- (149) Lucio o el asno, 25.
- (150) Met. VII, 15, 3-5.
- (151) Lucio o el asno, 28.
- (152) Met. VII, 17-21.
- (153) Lucio o el asno, 29-32.
- (154) Met. VII, 22, 3.
- (155) Met. VII, 23, 2.
- (156) Lucio o el asno, 33.

- (157) Met.VII,28,1-4.
- (158) Met.IV,1,1-4.
- (159) Lucio o el asno,17.
- (160) Met.IX,40,5.
- (161) Lucio o el asno,45.
- (162) Met.IV,1,5.
- (163) Lucio o el asno,17-18.
- (164) Met.IV,23,2-3.
- (165) Lucio o el asno,22-26.
- (166) Met.IV,25,6.
- (167) Met.VII,4,4.
- (168) Met.IX,41,3.
- (169) Met.VII,9,5-6.
- (170) Met.VII,22,2-3.
- (171) Met.VII,26,5.
- (172) Lucio o el asno,33.
- (173) Met.VII,20,4.
- (174) Met.VIII,23,3-6.
- (175) Lucio o el asno,35.
- (176) Met.VII,21,1-5.
- (177) Lucio o el asno,32.
- (178) Met.X,20-22.
- (179) Lucio o el asno,51.
- (180) Met.VIII,25,3.
- (181) Met.IX,32,2.
- (182) Met.VIII,28,1.
- (183) Met.VIII,29,3-6.
- (184) Lucio o el asno,38.
- (185) Met.IX,14,4.
- (186) Met.X,14,3-6.
- (187) Met.IX,28,1.
- (188) Met.IX,39,2-7.
- (189) Lucio o el asno,44.
- (190) Met.IX,39-40.
- (191) Lucio o el asno,44.
- (192) Met.IX,41,2.
- (193) Lucio o el asno,44-45.
- (194) Met.IX,41,5.
- (195) Met.III,3,4.
- (196) Met.X,33,1.
- (197) Met.I,5-19.
- (198) Met.I,8,1.
- (199) Met.I,7,6.
- (200) Met.I,8,4-6.
- (201) Met.I,9,1-6.
- (202) Met.I,10,1-6.
- (203) Met.I,12,5.
- (204) Met.I,13,2.
- (205) Met.I,13,4-8.
- (206) Met.I,15,2.
- (207) Met.I,15,4.
- (208) Met.I,14,4-5.
- (209) Met.I,16,1-6.

- (210) Met. I, 17, 3.
- (211) Met. I, 19, 9-10.
- (212) Met. I, 19, 12.
- (213) Met. II, 13-14.
- (214) Met. II, 14, 3.
- (215) Met. II, 14, 3.
- (216) Met. II, 14, 4-5.
- (217) Met. II, 21-30.
- (218) Met. II, 21, 7.
- (219) Met. II, 22, 2-4.
- (220) Met. II, 25, 1-6.
- (221) Met. II, 26, 6-8.
- (222) Met. II, 27, 5.
- (223) Met. II, 27, 5.
- (224) Met. II, 29, 5.
- (225) Met. II, 30, 2-4.
- (226) Met. II, 30, 4-6.
- (227) Met. IV, 9-22.
- (228) Met. IV, 9-11.
- (229) Met. IV, 12, 1-9.
- (230) Met. IV, 13-21.
- (231) Met. IV, 9, 5.
- (232) Met. IV, 10, 3.
- (233) Met. IV, 11, 2.
- (234) Met. IV, 11, 4-5.
- (235) Met. IV, 11, 6.
- (236) Met. IV, 12, 2.
- (237) Met. IV, 12, 2.
- (238) Met. IV, 12, 7-8.
- (239) Met. IV, 16, 1-4.
- (240) Met. IV, 18, 4.
- (241) Met. IV, 19, 6-8.
- (242) Met. IV, 20-21.
- (243) Met. IV, 27, 1-8.
- (244) Met. IV, 27, 2.
- (245) Met. IV, 27, 4.
- (246) Met. IV, 28-VI, 24.
- (247) Met. IV, 30, 4.
- (248) Met. IV, 19, 1-5.
- (249) Met. V, 20, 1-6.
- (250) Met. V, 22, 1-2.
- (251) Met. V, 22, 3.
- (252) Met. V, 24, 3-5.
- (253) Met. V, 25, 1-2.
- (254) Met. V, 27, 1.
- (255) Met. V, 27, 3.
- (256) Met. V, 27, 5.
- (257) Met. VI, 3, 1-2.
- (258) Met. VI, 4, 5.
- (259) Met. VI, 7, 3-5.
- (260) Met. VI, 9, 6.
- (261) Met. VI, 10, 1-4.
- (262) Met. VI, 12, 1-5.

- (263) Met. VI, 14, 1.
- (264) Met. VI, 16, 2.
- (265) Met. VI, 22, 4.
- (266) Met. VII, 5-8.
- (267) Met. VII, 5, 4-5.
- (268) Met. VII, 6, 3.
- (269) Met. VII, 7, 1-2.
- (270) Met. VII, 7, 7.
- (271) Met. VII, 8, 1-3..VIII, 1-14.
- (272) Met. VIII, 1-14.
- (273) Met. VIII, 1, 5.
- (274) Met. VIII, 5, 7-11.
- (275) Met. VIII, 7, 4.
- (276) Met. VIII, 8, 7-9.
- (277) Met. VIII, 9, 7-8.
- (278) Met. VIII, 13, 1.
- (279) Met. VIII, 14, 2.
- (280) Met. VIII, 14, 5.
- (281) Met. VIII, 22, 1-7.
- (282) Met. VIII, 22, 2.
- (283) Met. VIII, 22, 3.
- (284) Met. VIII, 22, 4.
- (285) Met. VIII, 22, 5-7.
- (286) Met. IX, 5-7.
- (287) Met. IX, 5, 2.
- (288) Met. IX, 5, 5.
- (289) Met. IX, 5, 6.
- (290) Met. IX, 6, 4.
- (291) Met. IX, 6, 5.
- (292) Met. IX, 7, 5-6.
- (293) Met. IX, 17-21.
- (294) Met. IX, 17, 3-4.
- (295) Met. IX, 18, 4.
- (296) Met. IX, 19, 2-3.
- (297) Met. IX, 19, 4.
- (298) Met. IX, 20, 1-2.
- (299) Met. IX, 21, 5.
- (300) Met. IX, 21, 6.
- (301) Met. IX, 24-25.
- (302) Met. IX, 24, 1.
- (303) Met. IX, 25, 3.
- (304) Met. IX, 25, 6.
- (305) Met. IX, 35-38.
- (306) Met. IX, 35, 3.
- (307) Met. IX, 35, 4.
- (308) Met. IX, 35, 4.
- (309) Met. IX, 36, 1.
- (310) Met. IX, 36, 4-5.
- (311) Met. IX, 37, 1-3.
- (312) Met. IX, 37, 5.
- (313) Met. IX, 37, 6.
- (314) Met. IX, 38, 6.
- (315) Met. IX, 38, 7.
- (316) Met. IX, 38, 10.

- (317) Met. X, 2-12.
- (318) Met. X, 3, 5-6.
- (319) Met. X, 4, 5.
- (320) Met. X, 4, 6.
- (321) Met. X, 4, 6.
- (322) Met. X, 5, 2.
- (323) Met. X, 5, 3-6.
- (324) Met. X, 5, 4.
- (325) Met. X, 5, 5.
- (326) Met. X, 6, 2.
- (327) Met. X, 6, 4.
- (328) Met. X, 7, 1.
- (329) Met. X, 7, 7-10.
- (330) Met. X, 7, 9.
- (331) Met. X, 8, 3-4.
- (332) Met. X, 9, 1.
- (333) Met. X, 9, 3-5.
- (334) Met. X, 10, 2-3.
- (335) Met. X, 23-28.
- (336) Met. X, 23, 3.
- (337) Met. X, 23, 4.
- (338) Met. X, 24, 5.
- (339) Met. X, 25, 2.
- (340) Met. X, 26, 1-2.
- (341) Met. X, 26, 4.
- (342) Met. X, 26, 7.
- (343) Met. X, 27, 1.
- (344) Met. X, 27, 3.
- (345) Met. X, 28, 1-2.
- (346) Met. X, 28, 2.
- (347) Met. X, 28, 4.
- (348) Met. VII, 16, 3.
- (349) Met. VII, 16, 5.
- (350) Met. X, 33, 2-3.
- (351) Met. VIII, 24, 5.
- (352) Met. I, 11, 7.
- (353) Met. I, 5-19.
- (354) Met. VIII, 15, 6.
- (355) Met. VIII, 17, 1.
- (356) Met. X, 33, 1-2.
- (357) Met. III, 14, 4.
- (358) T. Mommsen, El Derecho Penal romano, Madrid, s.f., tomo I, pp. 94-111.
- (359) Apología, 48, 9-10.
- (360) Flórida, XX, 7-8.
- (361) Met. I, 2, 5.
- (362) Met. I, 4, 6.
- (363) Met. I, 5-19.
- (364) Met. I, 5, 1-2.
- (365) Met. I, 11, 1.
- (366) Met. I, 13, 6.
- (367) Met. I, 20, 2.
- (368) Met. I, 20, 5.

- (369) Met. II, 13-14.
- (370) Met. I, 14, 4.
- (371) Met. II, 15, 1.
- (372) Met. II, 20, 1.
- (373) Met. II, 21-30.
- (374) Met. II, 27, 5.
- (375) Met. II, 32, 7.
- (376) Met. III, 1, 2.
- (377) Met. III, 1, 3.
- (378) Met. III, 3, 4.
- (379) Met. III, 3, 7.
- (380) Met. III, 3, 9.
- (381) Met. III, 4, 3.
- (382) Met. III, 4, 4.
- (383) Met. III, 5, 1.
- (384) Met. III, 5, 6.
- (385) Met. III, 6, 3.
- (386) Met. III, 6, 4.
- (387) Met. III, 8, 5.
- (388) Met. III, 8, 6.
- (389) Met. III, 9, 4.
- (390) Met. III, 9, 7.
- (391) Met. III, 15, 3.
- (392) Met. III, 15, 8.
- (393) Met. III, 16, 5.
- (394) Met. III, 19, 4.
- (395) Met. III, 22, 1.
- (396) Met. IV, 1, 3.
- (397) Met. IV, 3, 2.
- (398) Met. IV, 8, 6.
- (399) Met. IV, 23, 4; 24, 2.
- (400) Met. IV, 7, 2.
- (401) Met. VII, 3, 2.
- (402) Met. VII, 4, 2.
- (403) Met. IV, 28-VI, 24.
- (404) Met. V, 21, 5.
- (405) Met. V, 26, 6.
- (406) Met. V, 27, 4.
- (407) Met. V, 31, 3.
- (408) Met. VI, 7, 4.
- (409) Met. VI, 9, 6.
- (410) Met. VI, 25, 1.
- (411) Met. VII, 16, 3.
- (412) Met. VII, 18, 1.
- (413) Met. VII, 19, 3.
- (414) Met. VII, 20, 4.
- (415) Met. VII, 24, 1.
- (416) Met. VII, 27, 1.
- (417) Met. VII, 27, 4.
- (418) Met. VII, 27, 8.
- (419) Met. VII, 26, 2.
- (420) Met. VIII, 1-14.
- (421) Met. VIII, 3, 2.

- (422) Met..VIII,2,2.
- (423) Met..VIII,2,2.
- (424) Met..VIII,6,4.
- (425) Met..VIII,5,9.
- (426) Met..VIII,8,9.
- (427) Met..VIII,12,6.
- (428) Met..VIII,14,4.
- (429) Met..VIII,22.
- (430) Met..VIII,22,1.
- (431) Met..VIII,22,5.
- (432) Met..VIII,27,6.
- (433) Met..VIII,28,1.
- (434) Met..VIII,28,6.
- (435) Met..VIII,29,1.
- (436) Met..VIII,29,2.
- (437) Met..IX,8,1.
- (438) Met..VIII,29,4.
- (439) Met..VIII,29,5.
- (440) Met..VIII,29,6.
- (441) Met..VIII,29,6.
- (442) Met..VIII,30,1.
- (443) Met..IX,9,5.
- (444) Met..IX,10,2.
- (445) Met..VIII,31,2.
- (446) Met..VIII,31,3.
- (447) Met..IX,5-7.
- (448) Met..IX,4,4.
- (449) Met..IX,6,3.
- (450) Met..IX,14,1.
- (451) Met..IX,21,7.
- (452) Met..IX,24-25.
- (453) Met..IX,23,4.
- (454) Met..IX,25,2.
- (455) Met..IX,26,1.
- (456) Met..IX,26,4.
- (457) Met..IX,27,1.
- (458) Met..IX,27,3.
- (459) Met..IX,28,1.
- (460) Met..IX,31,1.
- (461) Met..IX,35-38.
- (462) Met..IX,35,2.
- (463) Met..IX,35,4.
- (464) Met..IX,36,1.
- (465) Met..IX,37,3.
- (466) Met..IX,38,10.
- (467) Met..IX,39,3.
- (468) Met..IX,41,1.
- (469) Met..IX,41,2.
- (470) Met..IX,41,3.
- (471) Met..X,1,1.
- (472) Met..X,2-12.
- (473) Met..X,2,1.
- (474) Met..X,2,4.

- (475) Met. X, 2, 4.
- (476) Met. X, 4, 1.
- (477) Met. X, 4, 3.
- (478) Met. X, 4, 5.
- (479) Met. X, 4, 5.
- (480) Met. X, 4, 6.
- (481) Met. X, 5, 2.
- (482) Met. X, 5, 3.
- (483) Met. X, 5, 3.
- (484) Met. X, 5, 5.
- (485) Met. X, 5, 6.
- (486) Met. X, 6, 2.
- (487) Met. X, 7, 7.
- (488) Met. X, 8, 3.
- (489) Met. X, 8, 4.
- (490) Met. X, 11, 1.
- (491) Met. X, 12, 5.
- (492) Met. X, 14, 1.
- (493) Met. X, 14, 5 y 7.
- (494) Met. X, 15, 1.
- (495) Met. X, 15, 5.
- (496) Met. X, 23-28.
- (497) Met. X, 23, 2.
- (498) Met. X, 24, 2.
- (499) Met. X, 24, 5.
- (500) Met. X, 25, 1.
- (501) Met. X, 25, 2.
- (502) Met. X, 26, 1.
- (503) Met. X, 27, 2.
- (504) Met. X, 27, 3.
- (505) Met. X, 27, 2.
- (506) Met. X, 28, 3.
- (507) Met. X, 28, 4.
- (508) Met. X, 28, 5.
- (509) Met. X, 28, 5.
- (510) Met. I, 5-19.
- (511) Met. I, 15, 1.
- (512) Met. I, 17, 3.
- (513) Met. I, 22, 1.
- (514) Met. III, 28, 3.
- (515) Met. VII, 1, 6.
- (516) Met. III, 28.
- (517) Met. IV, 9-11.
- (518) Met. IV, 9, 6.
- (519) Met. IV, 10-11.
- (520) Met. IV, 13-21.
- (521) Met. IV, 18, 4-5.
- (522) Met. IV, 19, 1-5.
- (523) Met. I, 23, 2.
- (524) Met. IV, 9, 6.
- (525) Met. IV, 9, 3.
- (526) Met. I, 5-19.
- (527) Met. I, 15, 2.

- (528) Met. VIII, 15, 5-6.
- (529) Met. II, 18, 3.
- (530) Met. II, 18, 5.
- (531) Met. II, 18, 5.
- (532) Met. II, 32, 4.
- (533) Met. III, 5, 7.
- (534) Met. II, 5, 3.
- (535) Met. II, 6, 1-2.
- (536) Met. II, 21-30.
- (537) Met. II, 22, 2.
- (538) Met. II, 30, 7-8.
- (539) Met. X, 2-12.
- (540) Met. X, 9, 3-4.
- (541) Met. X, 23-28.
- (542) Met. X, 26, 1-2.
- (543) Met. X, 26, 1.
- (544) Met. IX, 17-21.
- (545) Met. IX, 17, 1.
- (546) Met. IX, 17, 3.
- (547) Met. IX, 17, 4.
- (548) Met. IX, 18, 1.
- (549) Met. IX, 18, 1.
- (550) Met. IX, 19-20.
- (551) Met. IX, 5-7.
- (552) Met. IX, 5, 3.
- (553) Met. I, 5-19.
- (554) Met. I, 6, 3.
- (555) Met. I, 8, 1.
- (556) Met. I, 10, 1.
- (557) Met. I, 10, 4.
- (558) Met. I, 11, 1-2.
- (559) Met. I, 13, 1.
- (560) Met. I, 14, 6.
- (561) Met. I, 16, 1.
- (562) Met. I, 19, 12.
- (563) Met. I, 21, 8.
- (564) Met. II, 13-14.
- (565) Met. II, 14, 5.
- (566) Met. II, 21, 30.
- (567) Met. II, 27, 6-7.
- (568) Met. II, 30, 8.
- (569) Met. II, 31, 1.
- (570) Met. I, 11, 1-2.
- (571) Met. III, 15, 3.
- (572) Met. II, 20, 1.
- (573) Met. II, 6, 1.
- (574) Met. III, 22, 1-2.
- (575) Met. IV, 9, 1-3.
- (576) Met. III, 27, 7.
- (577) Met. IV, 10, 4.
- (578) Met. VII, 7, 2.
- (579) Met. IV, 26, 8.
- (580) Met. IV, 12, 7.

- (581) Met. VIII, 17, 1-2.
- (582) Met. VII, 1, 4.
- (583) Met. IX, 8, 5.
- (584) Met. IX, 8, 5.
- (585) Met. VIII, 29, 6.
- (586) Met. VIII, 29, 6.
- (587) Met. VII, 25, 4-5.
- (588) Met. IX, 9, 3-4.
- (589) Met. VIII, 29, 6-30, 1.
- (590) Met. VIII, 22, 5.
- (591) Met. IX, 21, 2.
- (592) Met. IX, 23, 4.
- (593) Met. IX, 27, 3 y 28, 4.
- (594) Met. X, 6, 3.
- (595) Met. X, 11, 2.
- (596) Met. X, 14, 6.
- (597) Met. X, 26, 7.
- (598) Met. X, 27, 2.
- (599) Met. I, 9-10.
- (600) Met. IV, 10, 4.
- (601) Met. X, 2-12.
- (602) Met. II, 13-14.
- (603) Met. II, 21-30.
- (604) Met. IX, 39-40.
- (605) Met. I, 5-19.
- (606) Met. IX, 5-7.
- (607) Met. IX, 23-25.
- (608) Met. IX, 28, 1-4.
- (609) J. Iglesias, Derecho Romano, Barcelona, 4ª ed., 1962, p.436.
- (610) T. Mommsen, Derecho Penal Romano, I, Madrid, s.f., pp. 11-12.

CAPITULO III: LOS DELINCIENTES

III.1: Enumeración

III.2: "Status" social y jurídico:

III.2.1: Delincuentes libres.

III.2.2: Delincuentes esclavos.

III.2.3: Otros delincuentes.

III.3: "Status" económico:

- Conclusiones.

III.4: Sobre los nombres

III.5: Motivos para delinquir

- Conclusiones.

III.6: Descripción y calificación del delincuente

- Conclusiones.

III.7: La mujer y el hombre

NOTAS AL CAPITULO III.

III.1: Enumeración

Quiero aclarar ante todo el sentido que doy a la palabra "delincuentes". En este capítulo voy a tratar de analizar una serie de aspectos relativos a aquellos personajes que llevan a cabo los delitos de los que hablaba en el capítulo anterior. Ahora bien, he querido utilizar un sólo término que englobara a todos los personajes que atenten contra cualquiera de los apartados de la clasificación establecida ("crimina", "delicta", actos contra la conciencia social y faltas cometidas por esclavos).

Es evidente que ante el Derecho penal romano en general, y en el siglo II d.C. en particular, un "homicida" no era lo mismo que un "fur", y también que ante la conciencia social no es lo mismo un "parricida" que uno que cometa bigamia. Pero era necesario denominar a todos estos personajes de una forma general, sin entrar en consideraciones particulares, y he optado por emplear la palabra "delincuentes" a falta de otra mejor.

Así en este capítulo hablo de los delincuentes refiriéndome a los personajes de la novela de Apuleyo que cometen los crímenes, delitos, actos o faltas que integran la clasificación establecida. Más adelante especificaré, si es necesario, para evitar que esta generalización -necesaria para la operatividad de este capítulo- lleve a conclusiones erróneas o falsas.

Una vez aclarado este punto, comienzo por la enumeración, por orden de aparición en la obra, de los delincuentes, aludiendo a los casos en que intervienen.

Libro I:

- Sócrates de Egio (caso 153).
- Salteadores en valle solitario (caso 78).
- Aristómenes de Egio (casos 154 y 155).
- Habitantes de Hípata (caso 17).
- Méroe de Hípata (casos 18 y 103).
- Pantia de Hípata (casos 18 y 111).
- Milón de Hípata (caso 142).
- Fotis, esclava de Milón (casos 197, 200 y 201).
- Vendedor de pescado en el mercado de Hípata (caso 143).

Libro II:

- Pánfila, esposa de Milón (casos, 1, 20, 104, 107 y 178).
- Diófanos el caldeo (caso 144).
- Banda de atracadores (casos 21 y 82).
- Banda de jóvenes de Hípata (casos 83 y 22).
- Brujas de Hípata (caso 105).
- Telifrón de Mileto (caso 149).
- Brujas de Larisa (caso 106).
- Viuda de Larisa (casos 2 y 44).
- Esclavos de la viuda de Larisa (caso 112).

- Lucio (casos 23,24,123,157,164 y 173).

Libro III:

- Esclavo de Lucio (casos 126,193 y 196).
- Banda de ladrones que actúa en Hípata y en otros lugares (casos 10,11,25,30,85,91,92,93,94,97,115,127,128,130,131,132 y 133).

Libro IV:

- Viejos, cómplices de los ladrones (caso 86).
- Hortelano (caso 129).
- Vieja que cuida a los ladrones (casos 12, 87 y 162).
- Crísero de Tebas (casos 68 y 113).
- Lámaco y su banda (casos 88,114 y 156).
- Alcimo (caso 89).
- Vieja de Tebas (caso 28).
- Trasileón y su banda (casos 29 y 90).
- Cupido (casos 3 y 185).

Libro V:

- Hermanas de Psique (casos 45 y 182).
- Psique (casos 46,47,158,159,160,161,181,185).

Libro VII:

- Hemo de Tracia y su banda (casos 15,95 y 96).
- Acusadores del procurador imperial (caso 55).
- Tlepólemo (caso 31).

- Esclavo encargado de la yeguada y su mujer (casos 202 y 203).
- Esclavo leñador (casos 135 y 206).
- Madre del esclavo leñador (caso 138).

Libro VIII:

- Trasillo (casos 33,34,99,167).
- Cárite (casos 116,165,166,188).
- Esclavos de Cárite (casos 136,137,199,207,208 y 209).
- Habitantes de una "villa" (caso 117).
- "Vilicus" (caso 4).
- Esclava, esposa del "vilicus" (casos 48,124,168 y 210).
- Dueño del "vilicus" (caso 35).
- Filebo y los sacerdotes de la Diosa Siria (casos 72,145,146, 147,148,179 y 189).
- Esclavo cocinero (casos 139,169 y 204).
- Esposa del esclavo cocinero (caso 139).

Libro IX:

- Esposa de un operario (casos 5 y 183).
- Filesitero (casos 56,118 y 190).
- Decurión Bárbaro (caso 13).
- Areté, esposa del decurión Bárbaro (caso 7).
- Mirmex, esclavo de Bárbaro (casos 190 y 205).
- Molinero (casos 119 y 191).
- Esposa del molinero (casos 6,37 y 73).
- Esclavos del molinero (casos 140 y 141).
- Batanero (casos 36 y 170).

- Esposa del batanero (caso 8).
- Maga (caso 37).
- Joven y rico propietario (casos 14,38,75,120 y 125).
- Esclavos del rico propietario (caso 38).
- Tres hermanos (casos 39 y 171).
- Padre de los tres hermanos (caso 172).
- Legionario (casos 40,67,102,121).
- Hortelano (casos 40 y 121).
- Compañeros del legionario (caso 57).
- Tendero, amigo del hortelano (casos 61 y 76).

Libro X:

- Madrastra enamorada (casos 9,49 y 58).
- Esclavo de dote de la madrastra (casos 62 y 49).
- Suegros de la mujer condenada "ad bestias" (casos 50 y 184).
- Mujer condenada "ad bestias" (casos 42,43,51,52 y 53).
- Esclavo de la mujer condenada "ad bestias" (casos 51 y 52).
- Médico de Corinto (caso 42).
- Esposa del médico de Corinto (caso 43).

III.2: "Status" social y jurídico:

El jurista Gayo, que vivió en tiempos de Adriano, al tratar de la condición de los hombres, establece que la gran división referente al Derecho de las personas estriba en que de todos los hombres unos son libres y otros son esclavos ("Et quidem summa divisio de iure personarum haec est, quod omnes homines aut liberi sunt aut servi"), (1).

De acuerdo con esto, los delincuentes de la novela de Apuleyo se incluyen en dos grandes grupos: el de los libres y el de los esclavos. Pero hay que añadir un tercero, el de aquellos personajes cuyo "status" no se especifica en la obra.

III.2.1: DELINCUENTES LIBRES:

Libro I:

- Sócrates de Egio, (caso 153).
- Aristómenes de Egio, (casos 154 y 155).
- Méroe de Hípata, (casos 18 y 103).
- Pantia de Hípata, (casos 18 y 111).
- Milón de Hípata, (caso 142).
- Vendedor de pescado en el mercado de Hípata, (caso 143).

Libro II:

- Diófanos el caldeo, (caso 144).
- Banda de jóvenes de Hípata, (casos 83 y 22).

- Brujas de Hípata, (caso 105).
- Telifrón de Mileto, (caso 149).
- Brujas de Larisa, (caso 106).
- Viuda de Larisa, (casos 2 y 44).
- Lucio de Corinto, (casos 23,24,123,157,164 y 173).

Libro III:

- Pánfila, esposa de Milón (casos 1,20,104,107 y 178).

Libro IV:

- Viejos, cómplices de los ladrones, (caso 86).
- Crísero de Tebas, (casos 68 y 113).
- Vieja de Tebas, (caso 28).
- Cupido, (casos 3 y 185).

Libro V:

- Hermanas de Psique, (casos 45 y 182).
- Psique, (casos 46,47,158,159,160,161,181 y 185).

Libro VII:

- Acusadores del procurador imperial romano, (caso 55).
- Tlepólemo, (caso 31).

Libro VIII:

- Trasilo, (casos 33,34,99 y 167).
- Cárite, (casos 116,165,166 y 188).
- Dueño del "vilicus", (caso 35).

- Filebo y los sacerdotes de la Diosa Siria, (casos 72,145,146, 147).

Libro IX:

- Esposa de un operario, (casos 5 y 183).
- Filesitero, (casos 56,118 y 190).
- Decurión Bárbaro, (caso 13).
- Areté, esposa del decurión Bárbaro, (caso 7).
- Molinero, (casos 119 y 191).
- Esposa del molinero, (casos 6,37 y 73).
- Batanero, (casos 36 y 170).
- Esposa del batanero, (caso 8).
- Maga, (caso 37).
- Rico propietario, (casos 14,38,75,120 y 125).
- Tres hermanos, (casos 39 y 171).
- Padre de los tres hermanos, (caso 172).
- Legionario, (casos 40,67,102 y 121).
- Hortelano, (casos 40 y 121).
- Compañeros del legionario, (caso 57).
- Tendero, amigo del hortelano, (casos 61 y 76).

Libro X:

- Madrastra enamorada, (casos 9,49 y 58).
- Mujer condenada "ad bestias", en Corinto, (casos 42,43,51,52 y 53).
- Médico de Corinto, (caso 42).
- Esposa del médico de Corinto, (caso 43).

- Suegros de la mujer condenada "ad bestias", (casos 50 y 184).

III.2.2: DELINCUENTES ESCLAVOS:

Libro II:

- Esclavos de la viuda de Larisa, (caso 112).

Libro III:

- Esclavo de Lucio, (casos 126,193 y 196).
- Fotis, esclava de Milón y Pánfila de Hípata, (casos 197,200 y 201).

Libro VII:

- Esclavo encargado de la yeguada y su esposa, (casos 202 y 203).
- Esclavo leñador, (casos 135 y 206).
- Madre del esclavo leñador, (caso 138).

Libro VIII:

- Esclavos de Cárite, (casos 136,137,199,207,208 y 209).
- "Vilicus", (caso 4).
- Esclava, esposa del "vilicus", (casos 48,124,168 y 210).
- Esclavo cocinero, (casos 139,169 y 204).
- Esposa del esclavo cocinero, (caso 139).

Libro IX:

- Mirmex, esclavo del decurión Bárbaro, (casos 190 y 205).
- Esclavos del molinero, (casos 140 y 141).
- Esclavos de un rico propietario, (caso 38).

Libro X:

- Esclavo de dote de la madrastra enamorada, (caso 62).
- Esclavo de la mujer condenada "ad bestias", (casos 51 y 52).

III.2.3: OTROS DELINCIENTES:

Libro I:

- Salteadores en valle solitario, (caso 78).

Libro II:

- Banda de atracadores, (casos 21 y 82).

Libro III:

- Banda de ladrones que actúa en Hípata y en otros lugares (casos 10,11,25,30,85,91,92,93,94,97,115,127,128,130,131,132 y 133).

Libro IV:

- Vieja que cuida los ladrones, (casos 12,87 y 162).
- Lámaco y su banda, (casos 88,114 y 156).
- Alcimo, (caso 89).
- Trasileón, (casos 29 y 90).

Libro VII:

- Hemo de Tracia y su banda, (casos 15, 95 y 96).

La mayoría de los personajes delincuentes son libres. Algunos casos son seguros, otros, en los que no se indica de forma expresa su "status", están incluidos en este grupo bien porque la descripción de la novela así lo sugiere, o bien porque en ningún momento se indique que no lo son.

En el grupo de "otros delincuentes", están incluidos todos los ladrones que, en bandas o por separado, aparecen en la novela. En ninguna ocasión se especifica en la obra su "status", aunque en algún pasaje se mencionen los esclavos fugitivos (caso 198), como futuros componentes de una banda.

Por último, destacar la existencia de un dragón ("draco"), que mata a un esclavo fugitivo (caso 34 bis). Esta es la única ocasión a lo largo de toda la novela en que el delito está cometido por un ser no-humano.

III.3: "Status" económico:

Los personajes de la novela de Apuleyo que cometen delitos o faltas pertenecen a diversas capas sociales y su "status" económico es muy distinto, tanto entre los que viven en el mundo urbano como entre los que se desenvuelven en un ámbito rural.

Sócrates de Egio vive de sus lucrativos negocios, que le apartan durante meses de su ciudad ("secundum quaestum Macedoniam profectus dum mense decimo ibidem attentus nummator revortor", (2), (caso 153).

Su amigo Aristómenes, también de Egio, se presenta como un corredor de miel, queso y mercancías similares servidas en las tabernas de todos los rincones de Tesalia, Beocia y Etolia ("Agiensis: audite et quo quaestu me teneam; melle vel caseo et huicemodi cauponiorum mercibus per Thessaliam Aetoliam Boeotiam ultro citro discurrens"), (3).

Méroé es una tabernera ("caupona"), de Hípata, además de una poderosa maga ("saga"); y Pantia, cómplice de sus crímenes, es su hermana o compañera ("soror"), (4), (casos 18, 103 y 111).

Milón de Hípata, casado con Pánfila ("uxor"), (5), es uno de los principales de la ciudad, rico prestamista que

practica la usura ("Inibe iste Milo deversatur ampliter nummatus et longe opulentus... foenus denique copiosum sub arrabone auri et argenti crebriter exercens"), (6), (caso 142).

En esta misma ciudad vive el vendedor de pescado ("piscator"), (7), que engaña a Lucio, (caso 143).

El adivino Diófanos es un caldeo que se gana la vida divulgando los secretos del destino en distintas ciudades, como Corinto e Hípata ("Chaldaeus quidam hospes miris totam civitatem resposis turbulentant, et arcana fatorum stipibus emerendis edicit in vulgus"), (8).

Lograba crecidas retribuciones a cambio de sus oráculos ("immo vero mercedes opimas iam consecutus"), (9). Por ejemplo, en la novela se mencionan cien denarios a cambio de una consulta (10), (caso 144).

También en Hípata, jóvenes de las mejores familias, alternan la paz con sus asaltos nocturnos ("nam vesana factio nobilissimorum iuvenum pacem publicam infestat"), (11), (casos 83 y 22).

Telifrón de Mileto pertenece al grupo de los principales habitantes de Hípata ("frequens ibi numerus epulorum et utpote apud primatem feminam flos ipse civitatis"), (12). El

mismo cuenta que, siendo menor de edad, asistió a los Juegos Olímpicos y recorrió diversas regiones visitando todos los rincones ("Pupillus ego Mileto profectus ad spectaculum Olympicum, cum haec etiam loca provinciae famigerabilis adire cuperem, peragrata cuncta Thessalia fuscis avidus Larissam accessi"), (13), (caso 149).

La criminal viuda de Larisa, estaba casada con el hijo de uno de los principales ciudadanos ("principum civitatis filii"), (14). Precisamente se detalla en la novela que, por tratarse de un personaje importante, las honras fúnebres eran oficiales y el cortejo pasaba por el foro ("utpote unus de optimatibus, pompa funeris publici ductabatur per forum"), (15), (casos 2 y 44).

Crísero de Tebas, es un rico banquero que disimula sus riquezas por miedo a las cargas públicas ("Chryseros quidam nummularius, copiosae pecuniae dominus, qui metu officiorum ac numerarum publicorum magnis artibus magnam dissimulabat opulentiam"), (16), (casos 68 y 113).

También en Tebas vive una vieja, que defiende su cama y demás muebles del robo ("Qui cum dormientis anus perfracto tuguriolo..."), (17), caso 28).

Tlepólemo es otro distinguido ciudadano ("speciosus adulescens inter suos principales, quem filium publicum omnis

sibi civitas cooptavit"), (18), casado con Cárite, pariente suya ("meus alioquin consobrinus"), (19), (caso 31).

Trasilo, que reside en la misma ciudad que Tlepólemo y Cárite, es también rico y distinguido ("Erat in proxima civitate iuvenis natalibus praenobilis, quo clarus eo pecuniae fuit"), (20), (casos 33, 34, 99 y 167).

El amo del "vilicus" es dueño de una extensísima finca ("quique possessionem maximam illam, in quam deverteramus"), (21), (caso 35).

Filebo y los sacerdotes de la Diosa Siria, recorren la región obteniendo cuantiosos ingresos a cambio de sus profecías ("Ad istum modum divinationis astu captioso corraserant non parvas pecunias"), (22), (casos 72, 145, 146, 147, 148, 179 y 189).

La esposa ("uxor"), de un pobre operario ("laborans fabriles operas"), debe hilar lana para colaborar en la subsistencia diaria ("at ego misera pernox et per diem lanificio nervos meos contorqueo, ut intra cellulam nostram saltem lucerna luceat"), (23), (casos 5 y 183).

Filesitero ("adulescens et formosus et liberalis et strenuus"), (24), es además rico, ya que ofrece treinta mone-

das de oro ("solidus aereus"), (25), a cambio de tener acceso hasta la habitación de Areté, (casos 56, 118 y 190).

Areté, de buena familia y excepcional hermosura ("hic uxorem generosam et eximia formositate"), (26), estaba casada con el decurión Bárbaro, (caso 7).

El molinero ("pistor"), (27), y su esposa ("uxor"), (28), parecen ricos, a juzgar por el número de esclavos que poseen, tanto domésticos como en el molino (29), (casos 6, 37, 73, 119 y 191).

En el mismo "castellum" que el molinero, vive un batanero ("fullo") con su esposa ("uxor"), pero en esta ocasión no se menciona ningún esclavo, (casos 8, 36 y 170).

También aparecen entre los delincuentes grandes propietarios de tierras, que abusan de su posición ("potens et dives et iuvenis sed prosapiae maiorum gloria male utens pollensque factionibus et cuncta facile faciens in civitate"), (30), (casos 14, 38, 75, 120 y 125).

Precisamente a este joven se enfrentan los tres hijos de un "paterfamilias", que parece poseer también grandes extensiones de tierra de las que obtiene trigo, aceite y vino ("de praediis suis sese daturum et frumenti et olivi aliquid

et amplius duos vini cados"), (31), (caso 172).

Uno de los amos de Lucio-asno es un pobre hortelano ("pauperculus quidam hortulanus"), (32), que malvive míseramente realizando él solo todas las tareas en la huerta, trasladándose todas las mañanas a la ciudad próxima, para vender sus productos ("matutino me multis holeribus onustum proxuman civitatem deducere consuerat dominus atque ibi venditoribus tradita merce dorsum insidens meum sic hortum redire. Ac dum fodiens, dum irrigans ceteroque incurvus labore deservit..."), (33), (casos 40 y 121).

Finalmente, en el libro X, aparece la madrastra ("noverca"), casada con un decurión, y la mujer condenada "ad bestias" quien, a juzgar por las alusiones a sus esclavos y a las posesiones de su marido ("patrimonium"), (34), parece rica, (casos 9,49 y 58).

Un médico ("medicum"), (35), y su esposa ("uxor"), (36), participan en los crímenes de la mujer condenada "ad bestias", que paga su colaboración con la suma de cincuenta mil sestercios ("quinguaginta promittit sestertia"), (37), lo que confirma de nuevo la buena posición económica de la mujer condenada, (casos 42,43,51,52 y 53).

- Conclusiones:

Así pues, excepto en dos ocasiones en las que Apuleyo indica claramente e incluso subraya la pobreza del personaje, en el resto los que cometen faltas o delitos son más o menos ricos, o tienen una posición económica desahogada.

Al describir al operario y su esposa (caso 83), Apuleyo destaca efectivamente su pobreza ("Is gracili pauperie laborans fabriles operas praebendo parvis illis mercedibus vitam tenebat. Erat et tamen uxorcula etiam, satis quidem tenuis et ipsa...", (38).

Lo mismo sucede en relación con el hortelano, dueño de Lucio-asno, a quien la compra del asno por cincuenta sesteracios le supone mucho dinero ("Me denique ipsum pauperculus quidam hortulanus comparat quinquaginta nummis, magno, ut aiebat") (39).

Además de las condiciones en que desempeñaba su trabajo, Apuleyo describe su mísera existencia y su mala alimentación, pues comía lo mismo que el asno ("quippe cum meus dominus prae nimia paupertate ne sibi quidem, nedum mihi posset stramen aliquod vel exiguum tegimen parare, sed frondoso casulae contentus umbraculo degeret... namque et mihi et ipsi domino cena par ac similis, oppido tamen tenuis aderat, lactucae veteres et insuaves illae, quae seminis enormi senecta ad instar scoparum in amaram caenosi succus cariem exolescunt"), (40).

En cuanto a la vieja de Tebas (caso 28), quizá podría incluirse también entre los personajes pobres. Al menos ella así lo afirma ("paupertinas pannosasque rescultas miserrimae anus"), (41), aunque no queda claro si es cierto, o lo dice sólo para engañar al ladrón Alcimo.

Por otro lado, un gran grupo de delincuentes son muy ricos y forman parte de la oligarquía municipal. o bien poseen grandes propiedades de tierra.

A este grupo pertenecen Milón y su esposa Pánfila, la banda de jóvenes que altera la paz en Hípata, Telifrón de Mileto, la viuda de Larisa, Crísero de Tebas, Tlepólemo, Trasilo, Filesitero, Areté, el amo del "vilicus", el "paterfamilias" y sus tres hijos, el rico propietario que se enfrenta a ellos, la mujer del decurión enamorada de su hijastro y la mujer condenada "ad bestias".

Es sin duda el grupo que contiene mayor número de personajes que cometen faltas o delitos.

Los restantes según se desprende de la novela, son personajes dedicados a diversos oficios, que desarrollan su actividad en ciudades y aldeas: los comerciantes Sócrates y Aristómenes, que desempeñan su profesión por Tesalia, Beocia y Etolia, Méroe que tiene una taberna en Hípata, el vendedor de pescado en el mercado de Hípata, el molinero y el batanero que vi-

ven en Corinto, el adivino Diófanes que desarrolla su actividad por ciudades como Corinto e Hípata y, finalmente, Filebo y los sacerdotes de la Diosa Siria que recorren la región obteniendo sus ganancias en ciudades y "villae".

Todos ellos parecen disfrutar de un buen nivel de vida y unas condiciones de existencia más o menos aceptables.

III.4: Sobre los nombres:

Hay que señalar en primer lugar que Apuleyo no da un nombre propio a todos los personajes de la novela, lo hace sólo con algunos.

Esto permite establecer, en principio, dos grandes grupos: el de los personajes con nombre propio, y el de los que carecen de él, y a partir de esta simple división, tratar de obtener conclusiones de diverso tipo.

La primera de ellas, evidente ante la simple lectura de la novela, es que el número de personajes que no poseen nombre propio es mayor que el que lo poseen. Pero ¿cuál es el criterio que sigue el autor a la hora de dotarles o no con nombre propio?

En las Metamorfosis hay muchos personajes que no tienen un papel destacado ni protagonista dentro de la obra, que apenas intervienen en la acción. Pero no se puede afirmar que son precisamente estos los que no tienen nombre propio, más bien al contrario, a menudo Apuleyo nombra a determinados personajes que no juegan un papel importante en la obra con su nombre propio (por ejemplo: Mirrina, la esclava de la viuda de Larisa (42); Arignoto, el hermano del adivino Diófanos (43); Mirtilo, Hefestión, Apolonio, esclavos de un ciudadano devoto de la Diosa Siria (44), y otros muchos).

Es decir, el hecho de que Apuleyo dote a sus personajes de nombre propio, no tiene nada que ver con la actuación de estos en la novela.

Tampoco es el contacto personal, la relación que el protagonista Lucio tiene con el resto de los personajes, lo que determina que éstos posean o no nombre propio. Así, vemos que algunos de los dueños del asno no lo tienen, como el legionario, el molinero o el hortelano; y otros sí, como Filebo, Cárite y Tiaso.

El análisis de la distribución, a lo largo de la obra, de los personajes nominados y los que no lo están, nos sirve de clave para establecer el criterio seguido por Apuleyo.

En efecto, es bien significativo que en los primeros libros de la novela el número de personajes nominados es mayor que los no nominados, al contrario que en el resto de la obra. Y esto coincide, de forma general, con la introducción de relatos interpolados en la trama principal.

Es decir, que la mayoría de los personajes que intervienen en los relatos -que giran en torno a dos temas, la magia y el adulterio- no tienen nombre propio, aunque es evidente que hay excepciones, por ejemplo, la historia de Areté, Filesitero y Mirmex (45).

De todas estas consideraciones cabe concluir que Apuleyo dota de nombre propio a aquellos personajes que intervienen en la línea principal de la narrativa, y en cambio no lo da a aquellos que intervienen en los relatos (46).

Pero esta afirmación hay que matizarla, aún manteniéndola como norma general. Efectivamente entre los personajes que aparecen en los relatos, la mayoría no tienen nombre, pero no sucede así con todos.

B. Brotherton opina que las excepciones corresponden a aquellos personajes que despiertan de alguna forma las simpatías del lector, (47).

Otra de las peculiaridades de la novela, en el tema de los nombres de los personajes, consiste en que Apuleyo, a menudo, menciona los nombres de los personajes mucho más tarde de su aparición en la obra (por ejemplo, el caso de Cárite, que aparece en IV, 23, y cuyo nombre se menciona por primera vez en VII, 12; o el caso de Tiaso, que aparece en X, 13, y cuyo nombre se menciona en X, 18).

Bernhard opina que la intención del autor, retrasando el momento de proporcionar al lector el "nomina propria" de los personajes, es crear un clima de suspense (48).

Pero Brotherton disiente de la opinión de Bernhard,

pues considera que no existe un suspense real, puesto que posponer el nombre no significa posponer la identidad del personaje, que es descrito por Apuleyo gráficamente desde el primer momento (49).

Poco importa pues que el nombre del personaje aparezca tarde, si en las primeras líneas se describen sus características morales e incluso físicas, con lo que el lector sitúa inmediatamente al personaje sin ninguna dificultad.

Hay sin embargo tres casos en los que probablemente la intención del autor fuera la de crear suspense. Son los de Psique, Tlepólemo y Cárite. Pero en las demás ocasiones el retraso se debe seguramente al propio estilo retórico de Apuleyo (50).

En cuanto a los personajes no nominados, la forma más usual de referirse a ellos es indicar sus ocupaciones (cocinero, "cocus", VIII, 31; molinero, "pistor", IX, 14; batanero, "fullo", IX, 24, etc.), o bien indicar su relación con otro personaje, ya sea familiar o social ("uxor", IX, 28; "soror", I, 12; "famulus", II, 12; "familia", IV, 17, etc.).

Vamos a analizar a continuación si todas estas consideraciones pueden aplicarse también a los personajes, nominados o no, que cometen delitos o faltas en la novela.

En primer lugar el número de personajes sin nombre propio es mayor que el que lo tiene. Además no cabe afirmar que exista una relación directa entre la importancia de su actuación y el tener nombre propio, ni se nomina a todos aquellos que cometen un mismo tipo de delito, ni se puede establecer una constante de ningún tipo.

Sí es cierto, sin embargo, que los personajes que cometen delitos o faltas que intervienen en los primeros libros de la novela, tienen, generalmente nombre propio. Pero a medida que avanza la obra esto cambia, hasta llegar al libro X, en el que no se menciona si uno solo de los nombres propios de los personajes a los que nos estamos refiriendo.

En cuanto a los nombres utilizados por Apuleyo, sólo coincide con los empleados por Luciano en su epítome en una ocasión, en el personaje de Filebo. El resto de los personajes que aparecen en ambas obras tienen distintos nombres (Milón-Hiparco, Demeas-Decriano, Fotis-Palestra, Birrena-Abrea y Tiaso-Menecles).

Pero es imposible determinar hasta que punto Apuleyo es original en los nombres propios que utiliza, o dicho de otro modo, si los nombres que aparecen en las Metamorfosis, estaban en el original griego perdido.

Dejando a un lado esta cuestión, el hecho es que

los nombres utilizados por Apuleyo siguen un principio. Reflejan algunas cualidades del carácter del personaje, que o bien son evidentes en su actuación en la trama de la obra, o bien son una contradicción con su verdadera naturaleza (51).

En el segundo caso es evidente la intención irónica del autor, pero incluso en el primero puede observarse, en ocasiones, una intención satírica.

Centrándonos en los personajes que cometen faltas o delitos, vemos que los nombres con que los designa Apuleyo tienen, prácticamente en todos los casos un significado irónico.

En efecto, Aristómenes ("el de la excelente intención"), consigue con sus consejos que su amigo Sócrates se decida a huir de Hípata, pereciendo en el intento en manos de las brujas Méroe y Pantia.

El mismo Sócrates, lleva el nombre del filósofo ateniense famoso por su sabiduría (52), pero su actuación en la novela no se distingue precisamente por sabia ni por prudente.

Pantia ("toda divina"), es realmente una bruja que lleva a cabo prácticas mágicas, y Diófanos ("manifestación divina"), se gana la vida embaucando a la gente con sus falsos oráculos.

Pánfila ("amiga de todos"), es una temible hechicera que engaña a su marido llevada por la pasión que despiertan en ella los jóvenes apuestos.

Telifrón ("de largo pensamiento"), se embarca sin pensar en la guardia fúnebre, a pesar de que se le advierte de los peligros que puede correr y, efectivamente, paga por su irreflexión con la mutilación de su rostro.

Crísero ("el codicioso de oro"), oculta sus riquezas por temor a las cargas públicas que éstas le suponen.

Los nombres de los ladrones, Lámaco ("Combatiente"), Alcimo ("fuerte") y Trasileón ("león audaz"), coinciden con la visión que de ellos tienen sus compañeros, pero al mismo tiempo, están cargados de ironía si se examina su actuación.

Así, Lámaco, no tiene realmente ni tiempo para combatir pues Crísero le inutiliza su brazo derecho clavándoselo en una puerta, cuando, tratando de entrar en su casa para robar, metía la mano por la cerradura.

Tampoco Alcimo demuestra su fuerza pues es arrojado por una vieja desde una ventana y muere.

En cuanto a Trasileón, de poco le sirve su audaz disfraz de oso ya que la gente, en vez de asustarse, azuzan a

los perros contra él y le atacan hasta que muere.

Hemo ("sangre"), confirma con su nombre su crianza con sangre humana (53).

Lo mismo sucede con el nombre de Trasilo ("audaz"), de quien el mismo Apuleyo dice que confirmaba con su fama el significado de su nombre (54).

También en el caso de Cárite ("gracia"), coincide el nombre con la personalidad de la joven.

Filebo ("el que ama adolescentes"), es presentado en la novela como un "cinaedus", y efectivamente confirma con sus actos el significado de su nombre (55).

Finalmente, Areté ("virtud"), Filesitero ("más amante") y Mirmex ("hormiga laboriosa"), intervienen en una misma historia de adulterio. Areté no demuestra realmente su virtud pues comete adulterio con Filesitero, a quien se describe como merecedor de los favores de cualquier mujer (56). En cuanto a Mirmex, es un esclavo que, además, no se destaca precisamente por su trabajo.

Así pues, el significado de los nombres sirve para confirmar la personalidad del personaje (en los casos en que coincide con ésta: Trasilo, Gracia, Filebo, Crísero, Hemo, Fi-

lesitero), o bien de contrapunto irónico, en los casos en su comportamiento difiere totalmente del significado de los nombres (casos de Aristómenes, Sócrates, Pánfila, Telifrón, Pantia, Diófanes, Lámaco, Alcimo, Trasileón, Areté y Mirmex).

Por tanto, a través del análisis de la forma empleada para denominar a los personajes que cometen faltas o delitos, llegamos a las mismas conclusiones que con el resto de los personajes de la novela: los personajes que no tienen nombre propio son más numerosos que los que lo tienen; los no nominados aparecen sobre todo en los relatos de magia y adulterio, en los últimos libros de la novela; para referirse a los que no tienen nombre propio indica el autor sus ocupaciones o sus relaciones: "pistor" (57), "medicus" (58), "noverca" (59), etc.

En relación con este tema de los nombres, Apuleyo no distingue a los personajes que cometen faltas o delitos del resto de los que aparecen en la novela.

III.5: Motivos para delinquir:

En el Derecho romano se establece que "los actos, dichos, escritos o instigaciones objeto de castigo, pueden analizarse en consideración a siete modos, a saber, la causa, la persona, el lugar, el tiempo, la calidad, la cantidad y el resultado" (60).

El motivo del acto punible es, pues, fundamental a la hora de analizar los distintos delitos, y lo mismo cabe afirmar de aquellos actos o faltas que tienen un carácter negativo en la conciencia de la sociedad.

Veamos ahora cuáles son los motivos que impulsan a los distintos personajes de la novela a actuar de la forma en que lo hacen, y qué es lo que aspiran a conseguir con su comportamiento.

Sócrates de Egio ha abandonado a su familia, que le da por muerto (caso 153). En realidad se encuentra preso en las redes de la bruja Méroe, que le retiene en Hípata, y tiene miedo de las represalias de ésta si intenta huir. En efecto, cuando, aconsejado por su amigo Aristómenes, pretende volver a su ciudad, Méroe y Pantia lo matan (caso 18).

Sócrates es, pues, una víctima de las artes mágicas de Méroe, y él mismo se considera un trofeo de la Fortuna ("Frua

tur diutius trophaeo Fortuna quod fixit ipsa"), (61).

Aristómenes de Egio, testigo presencial de la muerte de Sócrates, abandona también patria y hogar y contrae, además, un nuevo matrimonio (caso 154). Como él mismo indica, actúa como si tuviera sobre su conciencia el asesinato de su amigo Sócrates, y se auto-castiga con el destierro voluntario ("Ipse trepidus et eximie metuens mihi per diversas et avias solitudines aufugi et quasi conscius mihi caedis humanae relictæ patria et Lare ultroneum exilium amplexus nunc Aetoliam novo contracto matrimonio colo"), (62).

En este caso parece que Aristómenes actúa impulsado por el miedo a que se le impute el asesinato de Sócrates, y quizá también conmovido por el funesto resultado que sus consejos de huida han tenido para su amigo.

Las brujas Méroe y Pantia emplean sus artes mágicas para seducir y enamorar a jóvenes apuestos, y castigan con metamorfosis a cualquiera que se permita hacer o decir algo contra ellas (caso 103).

En el caso de Sócrates, castigan su intento de huida con la muerte, (caso 18), y en cuanto a Aristómenes, le infligen un tratamiento humillante, y le dejan encerrado con el muerto.

Esta situación desesperada induce a Aristómenes a

intentar suicidarse (caso 155), pues piensa que nadie creará en su inocencia y que será castigado con la cruz ("ac recordabar profecto bonam Meroen non misericordia iugulo meo pepercisse sed saevitia cruci me reservasse"), (63).

Milón de Hípata, del que se afirma que practica la usura (caso 142), evidentemente por afán de lucro, está casado con otra bruja, Pánfila.

Esta mujer, como Méroe, practica la magia amatoria y realiza metamorfosis para castigar a aquellos que caen en desgracia (casos 104,107,108); también, en ocasiones, los mata (caso 20).

La esclava de Milón y Pánfila, Fotis es cómplice de las prácticas mágicas de su ama, la ayuda a conseguir sus propósitos. Pero lo hace por miedo a sus malos tratos en caso de desobediencia (caso 178), incluso llega a pensar en la fuga (caso 197), ante el temor que siente por lo que pueda hacerle su ama.

Sin embargo, el amor que afirma sentir por Lucio, la impulsa a confesarle a éste los poderes mágicos de Pánfila, a permitirle que contemple su transformación en búho, e incluso a manipular los ungüentos mágicos de su dueña (caso 201).

El vendedor de pescado en el mercado de Hípata, si

es cierto que pone un alto precio a la mercancía, es evidente que lo hace por ganar mayor cantidad de dinero (caso 143).

Lo mismo cabe afirmar del caldeo Diófanos, que obtiene cuantiosas ganancias a cambio de sus profecías (caso 144).

En cuanto a las brujas de Hípata y Larisa, que acuden a los sepulcros durante la noche (casos 105,106), lo hacen buscando los ingredientes necesarios para su ciencia mágica.

Precisamente, el joven Telifrón de Mileto no cumple su guardia fúnebre como había prometido (caso 149), porque las brujas de Larisa le infunden un profundo sueño del que no es capaz de sustraerse.

Telifrón recibe, además, una paliza de manos de los esclavos de la viuda, por pronunciar unas palabras imprudentes que parecen desear que en la casa ocurran más muertes (caso 112). El mismo Telifrón afirma que merece estos palos y aún más (64).

En cuanto a la viuda de Larisa, gracias a la intervención del egipcio Zatchas, se descubre que ha matado a su marido (caso 44), y que lo ha hecho para complacer a su amante (caso 2), y para captar la herencia ("in adulteri gratiam et ob praedam hereditariam extinxit veneno"), (65).

Durante el juicio que se sigue contra Lucio, acu-

sado de haber dado muerte a tres ciudadanos de Hípata (66), el joven se defiende y afirma que ha cumplido con un deber cívico acabando con unos atracadores nocturnos, que pretendían robar en casa de su anfitrión Milón y matar a sus habitantes (casos 84,23).

Además de considerar su actuación como un deber cívico ("*boni civis officium arbitratus*"), (67), Lucio recalca que se trata de un caso de defensa propia (68), y de una justa venganza ("*iusta ultio*"), (69).

Más adelante, una banda de ladrones roba -en esta ocasión realmente- en casa de Milón (caso 85). Este robo, como el que sufre Sócrates de Egio en un valle solitario cerca de Larisa (caso 78), o el del caldeo Deófanos (caso 82), y todos los que llevan a cabo la banda que actúa en Tebas y Platea, encabezada por Alcimo, Lámaco y Trasileón, (casos 88,89,90,92,93, 94), así como los de Hemo de Tracia y su banda (casos 95,96), tienen por objeto obtener dinero y, en algunas ocasiones, alimentos y bebida (caso 97).

Precisamente uno de los ladrones de la banda que ha robado en casa de Milón de Hípata, expresa que es preferible renunciar a la vil existencia como esclavos, e integrarse en una banda que les permite vivir como tiranos ("*nec paucos humili servilique vitae renuntiantes ad instar tyrannicae potestatis sectam suam conferre malle*"), (70).

El supuesto bandido Hemo de Tracia, se expresa en términos similares cuando afirma que prefiere recibir heridas que rebajarse para obtener oro ("libentius vulnera corpore excipientem quam aurum manu suscipientem"), (71).

En cuanto al rapto de Cárite, efectuado por la misma banda (caso 10), los ladrones intentan tranquilizar a la joven asegurándole que no debe temer por su honor, pues lo único que pretenden es obtener dinero a cambio de su rescate. Además, afirman que es la ley de la pobreza la que les impele a actuar así, para recibir dinero de aquellos que lo tienen en abundancia ("Tu quidem salutis et pudicitiae secura brevem patientiam nostro compendio tribue, quod ad istam sectam paupertatis necessitas adegit. Parentes autem tui de tanto suarum divitiarum cumulo, quamquam satis cupidi, tamen sine mora parabunt scilicet idoneam sui sanguinis redemptionem"), (72).

Todos aquellos que responden, más o menos violentamente, ante los robos de todos estos ladrones, actúan en defensa propia, lo que no impide que, en ocasiones, se excedan de los límites que en este tema marca la ley (casos 23,28,31), como la vieja de Tebas.

Los viejos campesinos, cómplices de los ladrones (caso 86), les ayudan a cambio de parte del botín. En cuanto a la vieja que cuida su refugio (caso 87), parece actuar por miedo a los ladrones, y, en efecto, se suicida (caso 162), por

temor a las represalias de éstos.

También el ladrón Lámaco se suicida (caso 156), pues ha perdido su brazo derecho y no desea seguir viviendo si ya no puede saquear como hasta entonces ("cur enim manui, quae rapere et iugulare sola posset, fortem latronem supervivere?"), (73).

Según cuenta el supuesto bandido Hemo de Tracia, la envidia ("invidia"), (74), hizo que un procurador imperial que, naturalmente, gozaba de la estima del emperador, fuera falsamente acusado y condenado al destierro (caso 55).

También es la envidia la que corroe el corazón de las hermanas de Psique, que no pueden soportar la gran felicidad de su hermana menor, y tratan de provocar su desgracia induciéndola a que mate a su marido (caso 45).

Psique, sostenida por la voluntad cruel del destino ("Fati tamen saevitia subministrante viribus roboratur"), (75), se dispone a matar a Cupido (caso 46). Al descubrir la verdadera personalidad de su marido, intenta suicidarse, arrepentida de sus intenciones (caso 158), pero el hierro se resiste a hundirse en su cuerpo.

Abandonada por Cupido y maltratada por Venus, Psique intenta varias veces acabar con los sufrimientos suicidándose

(casos 159,160,161,161 bis), pero los propios elementos la disuaden.

En cuanto a las hermanas, Psique se venga de ellas ("vindicta"), matándolas (caso 47).

Tlepólemo, ayudado por varios ciudadanos, se venga de la banda de ladrones que ha secuestrado a su esposa Cárite, matándolos a todos (caso 31).

El esclavo encargado de la yeguada, a quien Cárite ordena que lleve a Lucio-asno al campo, desobedece las órdenes de su ama (caso 202). La mujer de este esclavo hace trabajar al asno duramente, enganchado al yugo de un molino.

Evidentemente hacen todo esto para su propio provecho.

Más adelante Lucio-asno debe acarrear leña del monte, a las órdenes de un joven esclavo que le maltrata sin cesar (caso 135). Lucio afirma que hace esto llevado por sus malos instintos ("quod eius detestabilem malitiam"), (76), y que pretendía acabar con Lucio-asno como fuera ("Nec quicquam videbatur aliud excogitare puer ille nequissimus quam ut me quoquo modo perditum iret, idque iurans etiam nonnunquam comminabatur"), (77).

Engañados por las acusaciones que este joven esclavo

formula contra el asno, sus compañeros esclavos deliberan sobre la conveniencia de matarlo (caso 208), o simplemente castrarlo (caso 209), y preparan una excusa para explicar a sus amos la suerte del asno (caso 208).

Realmente, lo único que quieren es ahorrarse complicaciones.

El asno recibe también malos tratos de manos de la madre del joven esclavo leñador (caso 138), quien le acusa de no haber prestado ayuda al muchacho cuando se encontraba en peligro (caso 195).

En este pasaje, la mujer se dirige al asno como si éste fuera una persona, pero castiga su comportamiento tratándolo como a un animal.

No son estas las únicas ocasiones en que Lucio-asno recibe malos tratos. Su propio esclavo le golpea al verle intentando comerse las rosas del altar de Epona (caso 126), por sacrílego ("sacrilegus"), (78).

Los ladrones que le han robado de casa de Milón, le maltratan continuamente para que trabaje con más diligencia y les resulte efectivo en sus fugas transportando el botín (casos 130,132,133).

Es más, cuando Lucio-asno ayuda a Cáríte en su in-

tento de fuga, los ladrones les sorprenden y planean llevar a cabo toda una serie de terribles torturas, en el asno (caso 133) y en la joven (caso 115), para castigarlos y vengarse ("nostra poena suaque vindicta secum considerare"), (79).

Finalmente, Lucio-asno recibe también malos tratos de manos de un hortelano, que quiere castigarle por haber destrozado su huerto (80).

Trasilo, que había intentado desposarse con Cárite, fue rechazado por su mala conducta y mala vida, que le había llevado incluso a mancharse las manos con sangre humana (caso 33).

Furioso ante el humillante fracaso, y llevado por una pasión desenfrenada ("quorsum furiosae libidinis proruperint impetus"), (81), mata a su rival Tlepólemo (caso 34).

Cárite, la esposa de Tlepólemo, al enterarse de la muerte de su marido, desea reunirse con él y decide dejarse morir de hambre (caso 165). Pero la sombra de Tlepólemo le cuenta que Trasilo fue el causante de su muerte y Cárite se venga ("vindicta"), (82), de éste sacándole los ojos (caso 116), ya que prefiere dejarlo con vida para que sienta eternamente remordimientos de conciencia ("Ultrices habebis pronubas, et orbitatem comiten et perpetuae conscientiae stimulum"), (83).

Después de llevar a cabo su venganza, Cárite se sui-

cida, deseosa de reunirse con su amado Tlepólemo ("Iam tempus est ut isto gladio deorsus ad meum Tlepolemun viam quaeram), (84).

Al conocer lo ocurrido, Trasilo se condena a morir de hambre encerrado en la tumba de Cárite y Tlepólemo (caso 167), ofreciéndose como víctima a los Manes ("Ultronea vobis, infesti Manes, en adest victima"), (85).

Los esclavos de Cárite, afectados por la trágica muerte de su ama y temiendo el cambio de dueño, se fugan (caso 199), ("Tunc illi mutati dominii novitatem metuentes et infortunium domus herilis altius miserantes fugere comparant"), (86), llevándose consigo objetos y animales (caso 207).

Una vez emprendida la marcha, son atacados por los habitantes de una "villa", ya que los confunden con una partida de bandoleros (caso 117), y temen un asalto. Una vez aclarada la situación, continúan su camino.

También sufren el ataque de un dragón ("draco"), que mata a uno de ellos (caso 34bis).

Al pasar por una aldea ("pagus"), se enteran de unos hechos ocurridos allí. Un esclavo encargado de la administración ("servus"), casado con una mujer también esclava, había cometido adulterio con una mujer libre (caso 4). La esposa

("uxor"), resentida ante la infidelidad conyugal, destruyó con un incendio la contabilidad de su marido y todo lo almacenado en el granero (caso 124).

Además, como esto le pareciera poca venganza ("vindicta"), se arroja a un pozo (caso 168), arrastrando con ella a su hijito (caso 48).

El dueño, muy afectado con esta muerte ("Quam mortem dominus eorum aegerrime sustinens..."), (87), ordena que el esclavo muera con una muerte horrible (caso 35).

Finalmente, los esclavos fugados, deciden establecerse en una ciudad, y venden los animales que se han llevado consigo, entre ellos a Lucio-asno (caso 207), que es comprado por Filebo.

Filebo y los sacerdotes de la Diosa Siria, además de maltratar a su esclavo flautista, que les sirve también de concubino ("concubinus"), (caso 179), se dedican a embaucar a la gente inventando profecías (casos 145,146,147), por las que obtienen cuantiosos honorarios ("munificentia publica saginati vaticinationisque crebris mercedibus suffarcinati..."), (88).

En una ocasión, contentos por los resultados obtenidos con sus profecías, organizan una orgía ("turpissima scaena") (89), llevados por la pasión ("ante ipsam mensam spurcissima

illa propudia al illicitae libidinis extrema flagitia infandis
uriginibus efferantur"), (90).

Finalmente, Filebo y sus sacerdotes roban un cántaro
de oro del templo de la Madre de los dioses ("Mater deum"), (91)
pero son descubiertos y detenidos (caso 72).

El esclavo cocinero de un rico ciudadano, muy asus-
tado porque la comida que debía preparar para su amo se la ha
llevado un perro en la boca, decide suicidarse ahorcándose (caso
169).

Pero su esposa ("uxor"), le convence para que mate
a Lucio-asno, lo guise, y se lo presente a su amo (caso 204),
salvando así su vida ("Nequissimo verberoni sua placuit salus
de mea morte"), (92).

La adúltera esposa del operario (caso 5), conocida
por su libertinaje ("verum tamen postrema lascivia famigerabi-
lis"), (93), emplea toda su astucia para, además burlarse del
marido (94), (caso 183).

El joven Filesitero, llevado por la pasión, se dis-
pone a arriesgarlo todo con tal de obtener los favores de Areté
("instinctus atque inflammatus, quidvis facere, quidvis pati
paratus, ad expugnandam tenacem domus disciplinam totis accin-
gitur viribus"), (95).

Para ello se dirige al esclavo Mirmex, a quien su amo el decurión Bárbaro, casado con Areté, ha encomendado la custodia de su dueña, amenazándolo con la muerte si no obedece sus órdenes (caso 13).

A pesar de las amenazas de Bárbaro, Mirmex se deja sobornar por el oro que le ofrece Filesitero (caso 190), pues la codicia le había quitado hasta el sueño (*"sed nocturnas etiam curas invaserat pestilens avaritia"*), (96).

En cuanto a Areté, el oro le hace sacrificar su virtud, y accede a encontrarse durante la noche con Filesitero (caso 7). Actuando así no desmiente la natural ligereza de su sexo (*"nec a genuina levitate descivit mulier sed execrando metallo pudicitiam suam protinus auctorata est"*), (97).

Finalmente, para evitar las sospechas de Bárbaro, que ha encontrado en su habitación las sandalias de Filesitero, éste acusa al esclavo Mirmex de habérselas robado en el balneario (caso 56), salvando así la situación.

Cuando el molinero descubre que su mujer le es infiel (caso 6), se venga (*"vindicta"*), sodomizando al joven amante (caso 191), y pegándole después una paliza (caso 119), además notifica a su mujer el repudio (*"nec setius pistor ille nuntium remisit uxori eamque protinus de sua proturbavit domo"*), (98).

La mujer, llevada por su maldad y resentida por la

afrenta sufrida ("At illa praeter genuinam nequitiam contumelia etiam, quamvis iusta"), (99), contrata a una maga para que consiga que su marido se calme y se reconcilie con ella; si esto no fuera posible, desea que lo mate ("alterum de duobus postulans, vel rursum mitigato conciliari marito, vel si id nequiverit, certe larva vel aliquo diro numine immisso violenter eius expugnari spiritum"), (100).

Efectivamente, el molinero aparece ahorcado (caso 37).

La mujer de un batanero, amigo del molinero, engaña también a su marido (caso 8), llevada por la pasión ("occulta libidine prorumpit in adulterum quempiam"), (101).

El batanero, al enterarse del adulterio, inflamado por la cólera pretende matar al amante ("inflammatusque indignatione contumeliae gladium flagitans iugulare moriturum gestiebat"), (102), (caso 36). Pero el molinero le calma y aconseja a la mujer que se refugie en otra casa, pues teme que el batanero, llevado por el acaloramiento y la rabia, mate a su mujer y se suicide después (casos 170,36), ("qui tanto calore tantaque rabie percussus non erat dubius aliquid etiam de se suaque coniuge tristius profecto cogitare"), (103).

El joven y rico propietario de tierras que, abusando del prestigio de su estirpe, hostilizaba a su pobre vecino ro-

bándole ganado (caso 75), destruyéndole sus cosechas (caso 125), le amenaza con echarlo de sus tierras (caso 14).

Cuando tres hermanos interceden por el pobre vecino, el rico, en un acceso de locura, ordena a sus esclavos que ataquen a los jóvenes y a los allí presentes con armas y perros (caso 120), (*"Iamque ad extremam insaniam vecors suspendium sese et totis illis et ipsis legibus mandare proclamans"*), (104).

Dos de los hermanos fallecen en el ataque (caso 38), pero el tercero consigue vengarles (*"vindicta"*), matando al infame rico (caso 39). Después, para evitar caer en manos de los esclavos que le atacan, se suicida (caso 171).

El padre de estos tres hermanos, al enterarse de lo sucedido, sin poder soportar tanta desgracia, y siguiendo el ejemplo de su hijo, también se quita la vida (caso 172).

Un legionario romano exige que el hortelano le entregue su asno (caso 102). Como el hortelano se niega, le amenaza y le golpea tratando de arrebátárselo por la fuerza (casos 121,40). El hortelano se defiende golpeándole a su vez, y escapa de allí (caso 40), refugiándose en casa de un amigo tendero, que lo esconde junto con el asno.

Furioso por la derrota sufrida y temeroso de un posible castigo, pues ha perdido su espada en la pelea (caso 67),

el soldado cuenta lo sucedido a unos compañeros que, para ayudarlo, denuncian al hortelano ante las autoridades, acusándole de haberse encontrado un vaso de plata y negarse a devolverlo a su dueño (caso 57). Con esto pretenden vengar al legionario ("vindicta").

Así, se registra la casa del tendero, cómplice del hortelano, y tras encontrarlo, se lo llevan preso.

La mujer de un decurión, enamorada de su hijastro, pretende cometer incesto con éste (caso 9). Lucio explica que se fijó en su hijastro, bien por impulso natural al libertinaje, bien por voluntad del destino ("seu naturaliter impudica seu fato ad extremum impulsa flagitium, oculos ad privignum adiecit"), (105), y que era incapaz de dominar la pasión que se agitaba en su alma ("Ergo igitur impatientia furoris altius agitata diutinum rupit silentium"), (106).

Como el hijastro se niega a cometer este crimen, la madrastra pasa del amor al odio ("mobilitate lubrica nefarium amorem ad longe deterius transtulisset odium"), (107), y decide matar al joven.

Ayudada por un esclavo de dote, obtiene un veneno fulminante que, por error, bebe su propio hijo que fallece inmediatamente (caso 49).

Sin inmutarse ante la muerte de su propio hijo, ni

sentir remordimientos, la mujer aprovecha la ocasión para llevar a cabo su venganza ("non acerba filii morte, non parricidii conscientia, non infortunio domus, non luctu mariti vel aerumna funeris commota cladem familiae in vindictae compendium traxit") (108).

Así, acusa a su hijastro de haber matado al niño, como represalia porque ella se había negado a cometer incesto (caso 58).

El decurión, horrorizado, denuncia a su hijo acusándole de parricida, homicida e incestuoso, ante el pueblo reunido para el entierro del pequeño. La indignación de la gente fue tal que, sin esperar a comprobar la acusación, pretendían lapidar al joven públicamente.

Pero los magistrados, temerosos del tumulto que se estaba organizando (caso 16), lograron con su razonamiento que tuviera lugar un juicio justo.

Mientras éste se lleva a cabo, el esclavo de la madrastra, sin inmutarse ante las consecuencias de tan grave juicio, sin sentir remordimientos de conciencia, inventa una historia, acusando al joven (caso 62), ("Nec tantillum cruciarius ille vel fortuna tam magni iudicii vel confertae conspectu curia vel certe noxis conscientia sua deterritus, quae ipse finserat quasi vera asseverare atque asserere incipit"), (109).

Finalmente se descubre todo el engaño y la madrastra y el esclavo son condenados.

En cuanto a la mujer condenada "ad bestias", llevada por los celos y el odio, mata a su cuñada, ayudada por un esclavo (caso 51).

Después, sin recordar ni el nombre ni la fidelidad de su condición de esposa ("quae iampridem nomen uxoris cum fide perdiderat"), (110), obtiene de un médico un veneno con el que mata a su marido (caso 52), a cambio de una suma de dinero (caso 42).

Para deshacerse de su cómplice y recuperar el dinero prometido ("ut simul et conscium sceleris amoliretur et quam desponderat pecuniam lucraretur"), (111), mata también al médico (caso 42).

Después, para conseguir toda la herencia de su marido, obtiene más veneno de la viuda del médico, prometiéndole también dinero, y mata a su hijita pequeña (caso 53), y a la mujer del médico (caso 43).

Pero ésta, antes de morir, confiesa lo sucedido y la mujer es condenada "ad bestias".

- Conclusiones:

El motivo principal, pues, que impulsa a cometer los "crimina" y "delicta", es el afán de lucro (casos 10,14,15, 22,29,38,42,43,44,53,68,69,72,75,78,82,83,84,85,88,90,91,92,93, 94,95,96,97,99,102,120,125,142,143,144,145,146,147 y 148).

Le sigue la venganza o el castigo (casos 17,18,20, 24,31,35,36,37,47,48,57,58,111,112,115,116,119 y 124), y la pasión amorosa (casos 1,2,3,4,5,6,7,8,9,34,49,51,52,103,104).

Hay también algunos casos de defensa propia (casos 23,28,39,113 y 121), dos por envidia (casos 55 y 45), y uno en el que se menciona al destino ("fatum"), (caso 46).

Merecen mención aparte los esclavos y los ladrones, pues los motivos que les impulsan a delinquir les destacan del resto de los personajes de la novela.

En efecto, dada la especial condición jurídica y social de los esclavos, los motivos que impulsan a éstos a delinquir se distinguen, en la mayoría de las ocasiones, de los del resto de los personajes de la novela.

Así, el miedo al dueño, a sus castigos o malos tratos, es la causa de fugas (casos 197,199), de ocasiones en que se miente o engaña al amo (casos 200,204), e incluso de intentos de suicidio (caso 169).

También este mismo temor les hace ser cómplices en

delitos cometidos por los amos, como el caso de la esclava Fotis que ayuda a su ama Pánfila en sus prácticas mágicas y teme sus represalias en caso de desobediencia (caso 178).

Junto al miedo, la obediencia y la lealtad hacia el dueño les impulsa a cometer o a colaborar en los delitos más graves.

Así, los crímenes que lleva a cabo la madrastra enamorada de su hijastro, los realiza ayudada por un "dotalis servulus" (caso 49), que se encarga de comprar el veneno necesario.

Este "servulus", además, declara falsamente en el juicio que se celebra acusando a un inocente, confirmando así la versión de su dueña (caso 62).

Apuleyo destaca la maldad del esclavo, pero es evidente que éste sigue las indicaciones de su ama quien llevada por su pasión y su odio origina todos los desastres.

En el caso de la mujer condenada "ad bestias", en el que un esclavo ayuda también a su dueña a cometer crímenes, el propio Apuleyo subraya la fidelidad que éste sentía por su ama ("quendam servulum, sibi quidem fidelem..."), (112).

En todas las restantes ocasiones, exceptuando el adulterio del "vilicus" que trae consigo estragos y muertes (ca-

sos 168,48,124,210), las faltas o los delitos que cometen los esclavos no son realmente graves: mentir al amo, engañarle, etc.

Y es precisamente en estos casos más o menos leves, en los que los motivos que les impulsan a cometer la falta o el delito no difieren en nada de los del resto de los personajes de la novela: pasión amorosa o afán de lucro (casos 201,205, 202,203).

Existe por tanto una clara relación entre la propia condición de esclavos y su participación en los delitos con carácter realmente grave.

Precisamente, se afirma en la novela que no pocos esclavos se fugaban para integrarse en bandas de ladrones (113).

Estos grupos de "latrones", que intervienen en numerosas ocasiones a lo largo de la novela, expresan en diversos pasajes los motivos que les impulsan a delinquir, que les distinguen del resto de los personajes de la obra.

En este sentido, L. Flam-Zuckermann considera que Apuleyo nos ofrece en las Metamorfosis una excelente descripción de los "latrones" y es por tanto una fuente importante para el estudio de este fenómeno (114).

Estas bandas estaban integradas por esclavos fugitivos, desertores del ejército y campesinos arruinados (115), y así se indica en la novela (116), como ya hemos visto anteriormente.

Son grupos cerrados, sometidos a la autoridad de un jefe, en los que es preciso la aprobación colectiva para tomar decisiones, sean del tipo que sean: cuál de ellos protagonizará la celada planeada (117), con qué torturas se castigará el intento de fuga de su prisionera (118), o si se admite un nuevo miembro en su organización (119).

El botín que obtienen es propiedad común (120), y se cuentan entre ellos cómo lo han obtenido (121).

Su vida transcurre pues organizada al modo de los "collegia": el sorteo decide los trabajos cotidianos que cada uno debe desempeñar (122), entonan himnos en honor del dios Marte (123), del que se consideran "clientes" (124), y le ofrecen sacrificios (125).

Uno de estos ladrones expresa, lamentándose por la muerte de uno de sus compañeros, el sentido que entre ellos tiene pertenecer al grupo: "Enimvero Thrasyleon, egregium decus nostrae factionis, tandem immortalite digno illo spiritu expugnato, magis quam patientia neque clamore ac ne ulutatu quidem fidem sacramenti prodidit" (126).

Así organizados, les mueve por encima de todo, el afán de lucro ("Nam ego arbitror latrones, quique eorum recte sapiunt, nihil anteferre lucro suo debere"), (127). Pero recalcan que es la dura ley de la pobreza la que les ha reducido a su oficio ("quod ad istam sectam paupertatis necessitas adegit") (128).

En este sentido, uno de los pasajes de la novela destaca de forma muy gráfica la situación de pobreza en que se encuentran algunos habitantes de Platea, que se abalanzan sobre los cadáveres de unos osos para saciar su hambre ("Tunc vulgus ignobile, quos inculta pauperies sine delectu ciborum tenuato ventri cogit sordentia supplementa et dapes gratuitas conquirere, passim iacentes epulas accurrunt"), (129).

Ante esta situación, afirman preferir el riesgo de sus robos a rebajarse para obtener oro mendigando ("libentius vulnera corpore excipientem quam aurum manu susipientem, ipsaque morte, quam formidant alii, meliorem"), (130).

III.6: Descripción y calificación del delincuente:

A lo largo de la novela las intervenciones de personajes que cometen faltas, crímenes o delitos son muy frecuentes, y Apuleyo no se limita a relatar -con mayor o menor detalle- sus actos, sino que describe también su personalidad, los rasgos distintivos de su carácter, su psicología, los motivos que les impulsan a delinquir ...

Pero además, el autor no sólo describe a los distintos delincuentes que aparecen en su obra, sino que los enjuicia, los califica, y todo ello lo presenta desde tres puntos de vista distintos.

El primero es el del narrador de la novela, Lucio, que relata todos aquellos casos en los que ha intervenido directamente, y también otros sucedidos fuera del "tiempo" de la obra y que considera que tienen interés para el lector.

El segundo lo constituyen las opiniones de otros personajes de la novela, testigos directos o indirectos de los hechos a los que se aluden, transcurran o no en el "tiempo" de la obra.

Por último el autor "se mete en la piel" de los propios delincuentes, y presenta la opinión que éstos tienen sobre sus compañeros.

El análisis de todos estos datos permitirá establecer si se califica de un modo distinto a un delincuente por el hecho de ser éste hombre o mujer, griego o romano, o según sea su "status" económico o social y también si la consideración que merece es distinta según la exprese Lucio o cualquier otro personaje de la novela, incluidos los propios delincuentes.

Los pasajes en los que el narrador, Lucio, describe y califica a los delincuentes son, lógicamente, los más numerosos. Comenzaremos, pues, por ellos, comparando además su opinión con la de otros personajes, en el caso de que ésta exista.

Lucio llega a Hípata dispuesto a alojarse en casa de Milón, uno de los principales habitantes de la ciudad, pregunta a una vieja posadera dónde debe encaminarse para encontrarlo y ésta le contesta con ironía que Milón vive en una humilde casucha, a pesar de ser extremadamente rico, pues practica la usura prestando con enormes intereses y garantizando sus operaciones con hipotecas de oro y plata. Su tacañería le lleva a vivir miserablemente, con una sola esclava, y a vestir como un mendigo.

Esta descripción de Milón provoca la risa de Lucio, quien pronto comprueba que las palabras de la vieja posadera son ciertas. En efecto, la esclava de Milón al abrirle la puerta de la casa le advierte que no obtendrá ningún préstamo si no es garantizándolo con el empeño de oro y plata.

Lucio se presenta con una carta de un amigo común de Corinto y Milón le ofrece enseguida su hospitalidad, pero la mesa que le presenta está vacía y Lucio ni siquiera tiene una silla donde sentarse.

Sin embargo, a pesar de que la tacañería de Milón es evidente y de que la acusación de practicar la usura parece también un hecho, Lucio sólo tiene para él palabras de elogio, le califica de honrado ("probus"), (131), y más tarde, cuando -ya convertido en asno- se entera de que le imputa el robo acaecido en su casa, se desespera pues su anfitrión le merece el mayor afecto ("crimine latrocinii in hospitem mihi carissimum postulabar"), (132).

La esclava de Milón, Fotis, cuya intervención es decisiva en el transcurso de la novela, seduce casi inmediatamente a Lucio que la encuentra enormemente atractiva ("Nam et forma scitula et moribus ludicra et prorsus argutula est"), (133), a pesar de que, según él mismo confiesa, siempre había desdeñado las caricias femeninas. Pero los encantos de Fotis le tienen esclavizado ("semper alioquin spretorem matronalium amplexuum, sic tuis istis micantibus oculis et rubentibus bucculis et renidentibus cribibus et hiantibus osculis et fragantibus papillis in servilem modum addictum atque mancipatum teneas volentem"), (134).

Sin embargo la opinión de Lucio cambia radicalmente

tras el error de Fotis, que equivoca inadvertidamente el ungüento con el que Lucio se unta el cuerpo. Lucio se convierte en un asno, en vez de un pájaro como él quería, y a pesar de los lamentos de la muchacha que se conduce de su error, piensa incluso en matar a la abominable malhechora con mordiscos y coces ("Diu denique ac multum mecum ipse deliberavi an nequissimam facinerosissimamque feminam illam spissis calcibus feriens et mordicus appetens necare deberem"), (135).

Volviendo de una cena en casa de Birrena en Hípata, Lucio se encuentra en la puerta de la casa de Milón con los que él cree una banda de ladrones, ("latrones"), (136). Lucha con ellos y mata a tres, después entra en la casa y se acuesta. Al día siguiente es llevado ante los tribunales, acusado de haber dado muerte a tres ciudadanos de Hipata.

Lucio se defiende de la acusación exagerando la crueldad de sus adversarios ("at illi barbari prorsus et inmanes homines neque fugam capessunt"), (137).

Más tarde, cuando Fotis le explica que en realidad luchó contra tres odres animados gracias a la magia de Pánfila (la mujer de Milón), celebra humorísticamente el combate, comparándolo con el célebre de Gerión, al que se enfrentó Hércules ("Mihi primam istam virtutis adoream ad exemplum duodeni laboris Herculei numerare, vel trigemino corpori Geryonis vel triplici formae Cerberi, totidem peremptos utres coaquando"), (138).

Lucio, convertido en un asno, es llevado por una banda de ladrones ("latrones"), (139), que ha asaltado la casa de Milón, hasta su refugio: una cueva situada entre unas montañas. Allí hay una vieja que se ocupa de la alimentación y el cuidado de los ladrones. Estos la interpelan rudamente y afirman que se pasa el día ocupada en beber vino puro ("Etiamne tu, busti cadaver extremum et vitae dedecus primum et Orci fastidium solum... Quae diebus ac noctibus nil quicquam rei quam merum saevienti ventri tuo soles aviditer ingurgitare"), (140).

El propio Lucio confirma la afición al vino de la vieja, que relata a la cautiva Cárite la historia de Cupido y Psique ("delira et temulenta illa narrabat anicula"), (141).

Lucio-asno, temeroso de la suerte que pueda correr estando con los ladrones, intenta huir y la vieja trata de impedirselo con una audacia que él considera superior a su sexo y a sus años ("capta super sexum et aetatem audacia..."), (142). La escena le recuerda a Lucio el suplicio de Dirce ("non tauro sed asino dependentem Dircem aniculam"), (143).

Finalmente, Lucio-asno y Cárite logran huir y la vieja se suicida ahorcándose, temerosa de la reacción de los ladrones. Lucio parece apiadarse entonces de la suerte de la infeliz mujer ("infelix anicula"), (144).

Lucio-asno es robado de casa de Milón en Hípata por

una banda de ladrones ("latrones"), (145), que lo llevan junto con el resto del botín a la cueva que les sirve de refugio. La descripción que de ellos proporciona Lucio es muy gráfica, y también, curiosamente, relata con todo detalle el paisaje y la caverna en la que viven, asegurando que, a la vista de aquello, cualquiera diría que se trataba de una auténtica guarida de ladrones ("latrones"), (146).

En esta cueva fortificada habitan varios grupos, cada uno de ellos capitaneados por un jefe, que actúan por separado asolando un amplio territorio (Hípata en Tesalia y Tebas y Platea en Beocia).

Lucio no especifica su número, pero sí afirma que los distintos grupos están formados por jóvenes que conviven bajo una perfecta organización: el sorteo decide quiénes deben montar guardia mientras otros descansan y también quiénes sirven la mesa. Además cuentan con la ayuda de una vieja que cocina para ellos y cuida a los animales (147).

Lucio habla también de la vida que los ladrones llevan en el auténtico campamento en el que viven; al parecer sólo permanecen en él el tiempo necesario para descansar y reponer fuerzas. Allí, comen y beben consumiendo montañas de carne y de pan, abundante vino, chillan, juegan, cantan estrepitosamente, riñen entre bromas... Lucio compara todo esto con el banquete de los lapitas y los centauros ("estur ac potatur incondite pulmentis acervatim, panibus aggeratim, poculis agminatim

ingestis; clamore ludunt, strepitu cantillant, conviciis iocantur, ac iam cetera semiferis Lapithis evantibus Centaurisque similia"), (148).

Más adelante, Lucio resalta de nuevo sus primitivos instintos cuando se abalanzan sobre la cena como animales hambrientos ("ferinis invadunt animis"), (149).

Lucio-asno recibe de ellos continuos malos tratos e incluso se ve amenazado de muerte por su poco activa colaboración y por haber tratado de huir llevándose consigo a la joven secuestrada, Cárite. Es en estas ocasiones cuando, irónicamente, los califica como caritativos ("mitissimi homines"), (150), y amables ("benignus"), (151).

Finalmente, cuando la banda queda eliminada gracias a la actuación de Tlepólemo, Lucio-asno se felicita por la cumplida venganza y se declara contento ante su nueva situación ("Tali vindicta laeti et gaudentes civitatem revenimus"), (152).

En el relato que hace Lucio-asno de sus vicisitudes entre los ladrones, aparecen otros personajes que, de acuerdo con su propia situación, ofrecen también su opinión sobre los bandoleros.

Estos personajes son: la vieja que los cuida, Cárite (la joven secuestrada), Tlepólemo (su marido), que se presen-

ta como Hemo de Tracia para rescatar a la muchacha, y los propios ladrones (153).

La vieja se dirige a los bandoleros calificándoles de protectores ("fortissimi fidelissimique mei hospitatores iuvenes"), (154). Obedece en todo momento sus órdenes y se encarga de vigilar a Cárite, a quien conmina para que cese en sus lamentaciones, ya que las lágrimas no hacen mella en el ánimo de los ladrones ("quod si pergis ulterius, iam faxo lacrimis istis, quas parvi pendere latrones consuerunt..."), (155).

En realidad, ella misma parece temerles, y se suicida después de la fuga de Cárite y el asno, probablemente para evitar las terribles represalias de sus "protectores" (156).

La joven Cárite, a pesar de que los ladrones le aseguran que ni su vida ni su honor corren peligro y que sólo pretenden obtener un cuantioso rescate, expresa en todo momento su terror por la situación en que se encuentra, rodeada de terribles y horribles hombres ("inter tot ac tales latrones et horrendum gladiatorum populum"), (157).

Tlepólemo, el marido de Cárite, se presenta ante los ladrones como el bandido Hemo de Tracia, para conseguir acabar con la banda y liberar a la joven. Identificándose con esta personalidad que adopta, saluda a los bandoleros como a compañeros y los califica de clientes del dios Marte ("Havete, in-

quit, fortissimo deo Marti clientes"), (158).

En efecto, los ladrones consideran al dios Marte su patrono o su protector, entonan himnos en su honor (159), le ofrecen sacrificios (160), y le califican de socio y guía ("comes"), (161) y "Marti secutori comitique", (162).

Los jóvenes que han robado en casa de Milón de Hípata, orgullosos del botín conseguido, reprochan a otro grupo de ladrones su fracaso en el asalto a Tebas y Platea y, sobre todo, la pérdida de tres compañeros en el intento. Para recalcar su frustrada acción, les comparan con los esclavos y les califican como rateros vulgares ("enim vos bonae frugi latrones inter furtiva parva atque servilia timidule per balneas et aniles cellulas reptantes scrutariam facitis"), (163).

Pero, a pesar del fracaso, uno de los ladrones relata lo sucedido, exaltando continuamente la valentía, la astucia y el heroísmo de tres componentes de la banda: Lámaco, Alcimo y Trasileón, que han perecido, en diversas circunstancias en los intentos de robo.

En efecto, califican a Lámaco de héroe, que pasará a la historia junto a los reyes ilustres y los generales más valientes ("inter inclitos reges ac duces proeliorum tanti viri memoria celebrabitur"), (164). Lámaco, "vir sublimis", muriendo valientemente (digamos "en acto de servicio"), culmina su carre-

ra de la mejor manera posible ("et ille quidem dignum virtutibus suis vitae terminum possuit"), (165).

En cuanto a Alcimo, calificado de "sollers", parece también como buen seguidor de Lámaco ("Tunc nos magnanimi ducis vigore venerato corpus reliquum veste lintea diligenter convolutum mari celandum commisimus, et nunc iacet noster Lamachus elemento toto sepultus"), (166).

Finalmente, Trasileón muere dentro del disfraz de oso que había utilizado para introducirse en una casa de Platea, y, a pesar de que el asunto tiene visos de comicidad y de que la muerte puede parecer incluso ridícula, los compañeros ensalzan su heroicidad y la gloria alcanzada con su suerte ("Enimvero Thrasyleon, egregium decus nostrae factionis, tandem immortalitate digno illo spiritu expugnato, magis quam patientia neque clamore ac ne ululatu quidem fidem sacramenti prodidit, sed iam morsibus laceratus ferroque laniatus, obnixo mugitu et ferino fremitu presentem casum generoso vigore tolerans gloriam sibi reservavit, vitam fato reddidit"), (167).

Hay en la novela otro comentario de Lucio sobre los ladrones ("latrones"), (168) que se apostan en los caminos y asaltan a los transeúntes, en esta ocasión compara su actuación con la de las manadas de lobos que, afirma, atacan de la misma manera a los viajeros ("lupos enim numerosos, grandes et vastis corporibus sarcinosos ac nimia ferocitate saevientes, passim

rapinis assuetos infestare cunctam illam regionem, iamque ipsas vias obsidere et in modum latronum praetereuntes aggredi"), (169).

Lucio-asno tras el exterminio de la banda de ladrones, pertenece ahora a Cárite y Tlepólemo, y se le encomienda al esclavo jefe de la yeguada, quien se lo lleva lejos de la ciudad, al campo. Una vez allí, no recibe el amable trato que esperaba pues la mujer de este a cambio le hace trabajar duramente moliendo trigo, y apenas recibe a cambio de sus esfuerzos un poco de comida.

Lucio califica a esta mujer como pérfida y avara ("nam protinus uxor eius avara equidem nequissimae illa mulier ..."), (170).

Más adelante, cesan sus servicios en el molino y se le pone a las órdenes de un joven esclavo leñador, a quien Lucio califica como el peor esclavo de todos de todos los de Cárite ("puerque mihi praefectus imponitur, omnibus ille quidem deterrimus"), (171).

El asno describe todos los malos tratos que recibe de este joven esclavo y, una vez más, emplea un calificativo irónico refiriéndose a él ("egregius agaso"), (172).

El esclavo emplea todos sus esfuerzos en perjudicar

al asno, e incluso trata de acabar con él, mereciendo los calificativos de "nequissimus"), (173) "deterrimus" y "temerarius" (174). Al no conseguir sus propósitos, acusa al asno de intento de bestialismo ante el resto de los esclavos y éstos deciden castrar a Lucio-asno, quien redobla sus calificativos sobre el acusador ("acusator noxius"), (175), que va a ser el culpable de la pérdida de su integridad física ("peremptor meus"), (176).

Finalmente, una osa se come al esclavo y Lucio huye para escapar no tanto de la osa como del joven, a quien considera aún más temible ("ex summo studio fugiens inmanem ursam ursaque peiorem illum puerum"), (177).

Los esclavos, afectados por esta desgracia -han encontrado al leñador muerto y acusan a un viajero del crimen- deciden ocuparse del asno al día siguiente y Lucio bendice al joven ("et ego gratias agebam bono puero"), (178), que con su muerte ha aplazado lo que se proponen hacer con él.

Este es el retrato que Lucio aporta del esclavo leñador. Pero existe en la novela otra visión del joven. Su madre, desesperada por su muerte, acusa al asno de no haber protegido y defendido al muchacho, que era el compañero de esclavitud del asno, su guía, su camarada y pastor ("postremum deserto deiectoque illo conservo magistro comite pastore non solus aufugeres"), (179).

Lucio-asno pasa a ser propiedad de Filebo, sacerdote de la Diosa Siria, y lo describe como un invertido viejo y casi calvo ("cinaedum et senem cinaedum, calvum quidem sed cincinnis semicanis et pendulis capillatum"), (180). Continúa calificándole de maleante, hez de la sociedad, que mendiga por calles y plazas junto con la diosa ("unum de triviali popularium faece, qui per plateas et oppida cymbalis et crotalis personantes deam-que Syriam circumferentes mendicare compellunt"), (181).

Todos los calificativos que Filebo y sus sacerdotes reciben de Lucio son peyorativos, despectivos, y tienden a ridiculizarles. Así "dicacule" (182), "semivir" (183), "effeminatus" (184), "spurcus" y "propudium" (185).

También emplea la ironía para resaltar aún más la opinión que tiene de ellos, llamándoles dignísimos sacerdotes ("purissimi illi sacerdotes"), (186).

Mientras permanece con Filebo, Lucio escucha una historia en una posada y la cuenta al lector ya que la encuentra muy graciosa. Se trata del adulterio de la mujer de un pobre hombre, cometido en su presencia sin que se percate de ello.

Describe a la mujer como extremadamente libertina ("postrema lascivia famigerabilis"), (187), y destaca su astucia ("perastutula"), (188), su temeridad ("mulier temerarium"), (189), y compara su comportamiento con el de una meretriz ("ma-

ritum suum astu meretricio tractabat ludicre"), (190).

En cuanto a la mujer del molinero, Lucio comienza afirmando que era la peor de las mujeres ("pessimam et ante cunctas mulieres longe deterrimam sortitus coniugam"), (191), no le faltaba defecto alguno, la califica de avara, cruel, depravada, borracha, pendenciera, tozuda, maliciosa... y por si esto fuera poco creía en la existencia de un dios único. También por supuesto, engañaba a su marido: ("Nec enim vel unum vitium nequis simae illi feminae deerat, sed omnia prorsus, ut in quandam caenosam latrinam, in eius animum flagitia confluxerant: saeva, scaeva, virosa, ebriosa, pervicax, pertinax, in rapinis turpibus avara, in sumptibus foedis profusa, inimica fidei, hostis pudicitiae: tunc spretis atque calcatis divinis numinibus in vicem certae religionis mentita sacrilega praesumptione dei, quem praedicaret unicum, confictis observationibus vacuis fallens omnes homines et miserum maritum decipiens matutino mero et continuo stupro corpus manciparat"), (192).

Semejante ejemplar de mujer, que además maltrataba y odiaba a Lucio-asno, preparó cuidadosamente una cita amorosa con un jovencito. Lucio lo cuenta calificándola irónicamente como "pudica uxor" (193), y "uxor egregia" (194). Pero el molinero se presenta de improviso y descubre -gracias a la intervención del asno- al adúltero escondido bajo una artesa, vengándose de éste y de su "propudiosa mulier", (195).

Pero el caso no acaba aquí, la mujer, resentida por lo sucedido, emplea las mañas propias de su sexo y obtiene la muerte del pobre molinero ("At illa praeter genuinam nequitiam contumelia etiam, quamvis iusta, tamen altius commota atque exasperata ad armillum revertitur et ad familiares feminarum artes accenditur..."), (196).

En el libro IX, Lucio cuenta la historia de los tres hermanos que mueren por defender a un pobre campesino frente al vecino de éste. Describe al culpable como un joven rico, de ilustre familia, que abusaba del prestigio de su estirpe, pues, con el apoyo de importantes facciones a su servicio, organizaba a su antojo la administración de la ciudad y, además, invadía las tierras de su vecino, degollando sus rebaños, destruyendo sus cosechas, robándole su ganado. No contento con esto quiso quedarse con las tierras y reivindicó la propiedad del terreno de su vecino.

Como quiera que los tres hermanos, junto con un grupo de ciudadanos trataran de evitar la rapiña, esto exacerbó los ánimos del joven rico que sin querer atender a leyes ni a razones, atacó furiosamente con sus perros y sus esclavos a la multitud allí reunida, matando a dos de los hermanos y muriendo él mismo a manos del tercero, que se suicida a su vez antes de caer en manos de los esclavos que iban contra él.

Lucio califica al joven como "vesanus" (197), "tru-

culentus" (198), "pollutissimus dives" (199) y "furiosus latro" (200).

En el relato que Lucio-asno hace del encuentro del hortelano -que es ahora su amo- con un legionario romano, describe a éste como un personaje fanfarrón, descortés y arrogante ("superbo atque arroganti"); (201), que abusa de su fuerza y posición haciendo caso omiso de los ruegos del hortelano y comportándose en todo momento de forma insolente ("nec miles ille familiarem cohibere quivit insolentiam..."), (202).

Tras el incidente con el hortelano, el legionario se lleva consigo a Lucio-asno y juntos emprenden viaje. De nuevo Lucio habla de la desfachatez del soldado ("eximia impotentia"), (203), que dispone sus armas sobre el asno de forma bien visible, para asustar a los viajeros.

Lucio cuenta los crímenes cometidos por la joven esposa del decurión enamorada de su hijastro, ayudada por un esclavo de dote (204).

Esta mujer, llevada por los impulsos de la pasión, audazmente ("prorumpit in audaciam"), (205), confiesa su amor la hijastro, y al no obtener de éste la respuesta esperada, decide matarlo, ayudada por un esclavo suyo. El veneno preparado para su hijastro es bebido por su propio hijo que muere (aparentemente), pero esto no altera los planes de la mujer: "sed dira illa femina et malitiae novercalis exemplar unicum" (206), que

no se inmuta ante la desgracia.

El esclavo que la ayuda es experto en la materia: "nequissimo et ad omne facinus emancipato" (207), y declara en el juicio que se sigue contra el hijo del decurión -acusado por la madrastra de ser el causante del crimen- sin inmutarse por las consecuencias de su declaración, ni por la presencia de la asamblea, ni por los remordimientos de conciencia ("nec tantillum cruciarius ille vel fortuna tan magni iudicii vel confortae conspectu curiae vel certe noxia conscientia sua deterrius..."), (208).

Lucio finaliza su relato calificando al esclavo como a un ser malísimo y a la mujer peor aún que él ("servi nequissimi atque mulieris nequioris"), (209).

La mujer condenada a las bestias supera en maldad, si esto es posible, a la mujer del decurión. Al menos, comete mayor número de crímenes. Llevada también por los impulsos de la pasión esta preclara esposa comienza la larga lista de sus crueles asesinatos ("tunc illa uxor egregia sororem mariti libidinosae furiae ..."), (210).

Lucio destaca su audacia ("sed audax illa mulier"), (211) y su falta de escrúpulos y sentimientos de todo tipo y su deseo de tener dinero. "Truculenta" (212), "Crudelissima" (213), son algunos de los calificativos que emplea el asno refi-

riéndose a ella. También la llama víbora ("tam multiforme facinus excetrae venenatae..."), (214).

Como quiera que el asno debe unirse con esta mujer en público espectáculo, Lucio siente la tentación de matarse antes de someterse a semejante exhibición y por el rechazo que le inspira el contacto con el criminal ("scelerosae mulieris contagio macularer"), (215).

En el relato de Lucio sobre esta mujer condenada a las bestias, aparecen otros personajes que colaboran con ella en sus crímenes.

Así, habla de un esclavo que era tan fiel a su dueña como desleal a la Buena Fe ("servulum, sibi quidem fidelem sed de ipsa fide pessime merentem"), (216).

También interviene un médico, que describe Lucio como falto de escrúpulos y famoso por intervenciones en casos semejantes -le vende a la mujer un veneno- ("medicum convenit quendam notae perfidiae, qui iam multarum palmarum spectatus proeliis magna dexterarum suarum tropaea numerabat", (217).

Este médico encuentra su fin a causa de esta venta, pues la mujer le obliga a beber la poción venenosa que él mismo ha preparado, alegando que es una medida de precaución y que un sabio y prudente doctor como él no puede extrañarse ante es-

to ("tam prudentem tamque doctum virum"), (218).

Lucio concluye irónicamente este episodio calificando de "spectassimus medicus" (219), al médico, que muere envenenado.

En el relato de Aristómenes sobre sus aventuras y desventuras con su amigo Sócrates y las brujas Méroe y Pantia (220), vemos cómo todos estos personajes se califican unos a otros, ofreciendo un vivo retrato, sobre todo de la maga Méroe.

Es Sócrates quien habla de ella por vez primera -dentro del relato que Aristómenes le cuenta a Lucio- y comienza explicando cómo tuvo lugar su encuentro con la bruja. Méroe es una tabernera de Hípata, entrada en años, que acoge en su posada a Sócrates, que acaba de ser robado y despojado de todo mientras viajaba de vuelta a su casa. Tras compartir con ella cena y cama, Sócrates se convierte en su víctima y así es encontrado por su amigo Aristómenes, en deplorable estado.

Los horribles salteadores ("vastissimi latronibus"), (221), que le dejaron sin nada le parecen generosos comparados con Méroe ya que éstos, al menos, le dejaron algo de ropa con la que cubrirse ("quas boni latrones contegendo mihi concesserant"), (222), pero la posadera le despoja incluso de ella y también el mísero salario que el pobre Sócrates ganaba arrastrando sacos.

Al oír el relato de su amigo, Aristómenes se indigna contra Méroe y la califica de prostituta ("scortum"), (223).

Pero Sócrates le advierte que tenga cuidado: "Parce, in feminam divinam..." (224). Entonces Aristómenes le pide que describa a esa reina de las taberneras ("regina caupona"), (225), y así lo hace Sócrates que afirma que Méroe es una maga ("saga"), (226), y cuenta algunos de sus prodigios comparándolos con los de la famosa Medea (227).

La descripción que hace Sócrates de la bruja y de sus encantamientos es muy gráfica, Méroe se complace con multitud de amantes a los que despoja de sus bienes y castiga cuando lo desea, actúa impunemente pues sus poderes mágicos le sirven de defensa, se embriaga, no soporta ninguna oposición a su voluntad, ni tampoco la competencia de otros taberneros.

Asustados ante lo que la maga pueda hacerles a ellos, los dos amigos deciden huir de la ciudad, después de dormir un poco en una posada. Pero durante la noche Méroe y su hermana Pantia entran mágicamente en la habitación dispuestas a castigar a ambos, su intento de fuga. Méroe afirma que no quiere ser una nueva Calipso, abandonada por el asturo Ulises ("at ego scilicet Ulixi astu deserta vice Calypsonis aeternam solitudinem flebo"), (228).

Las dos brujas matan a Sócrates y dejan a Aristómenes encerrado en la habitación, en situación comprometida. El

cruel asesinato es resaltado por Aristómenes que califica irónicamente a las brujas de "bonae" (229).

No son estas las únicas brujas que aparecen en la novela. La mujer de Milón, Pánfila, lo es también. Lo vemos en el transcurso de la novela; pero incluso antes de ser testigo de sus brujerías, Lucio es advertido por dos mujeres: Birrena y Fotis, de sus poderes mágicos.

Birrena, noble dama de Hípata, emparentada con la madre de Lucio, le previene para que no caiga en las redes amorosas de Pánfila, ya que es sabido en la ciudad que es una hechicera de primer orden, maestra en toda clase de encantamientos sepulcrales ("maga primi nominis et omnis carminis sepulchralis magistra"), (230), y sus víctimas -como en el caso de Méroe- suelen ser jóvenes bien parecidos de los que se enamora y a los que seduce encadenándoles para siempre bajo su poder. Cuando tratan de huir de ella, se venga metamorfoseándolos en piedras o animales, o simplemente matándolos.

Fotis, la esclava de Pánfila, confirma a Lucio lo que le ha contado Birrena, aportándole más detalles sobre sus poderes sobrenaturales y su pasión amorosa por los jóvenes a los que somete gracias a sus artes mágicas (231). Pero en ningún momento califica a su ama, simplemente describe las brujerías que lleva a cabo.

Las brujas aparecen también en el relato de Telifrón sobre su guardia fúnebre en Larisa (232). Según anuncia el pregonero de Larisa, en Tesalia las brujas desgarran la cara de los muertos en busca de ingredientes que utilizan en sus prácticas mágicas. Para evitar esto se precisa la presencia, durante la noche, de un guardián que evite con su vigilancia la mutilación de los cadáveres.

Telifrón se ofrece a cumplir la guardia de uno de los principales ciudadanos de Larisa que acaba de fallecer, a cambio de recibir mil sestercios; el pregonero le advierte que el servicio es peligroso pues estas infames mujeres se disfrazan bajo la apariencia de cualquier animal (perro, aves, ratas y hasta moscas), burlando al Sol y a la justicia ("quippe cum deterrimae versipelles in quodvis animal ore converso latenter arrepant, ut ipsos etiam oculos solis et Iustitiae facile frustentur"), (233).

El pregonero concluye afirmando que es imposible enumerar los tenebrosos ardides que se inventa la fantasía de las malditas brujas, para llevar a cabo sus propósitos ("nec satis quisquam definire poterit quantas latebras nequissimae mulieres pro libidine sua commiscuntur"), (234), y compara a las brujas con las harpías ("malis Harpyiis"), (235).

Telifrón se arma de valor y decide llevar a cabo la guardia fúnebre. Al quedarse solo en compañía del cadáver aparece una comadreja que le infunde un profundo sueño. Todo

lo sucedido durante la noche en esa habitación lo explica más tarde el muerto -temporalmente resucitado- que describe la astucia de las brujas para burlar la vigilancia del guardián y para que sus actos pasaran inadvertidos, ya que sustituyen la nariz y las orejas arrancadas por unos moldes de cera. Sin embargo en esta ocasión las brujas, a pesar de su poder, no advierten que el mutilado no es el cadáver sino el guardián, que acude a la llamada de las magas pues, casualmente, ambos eran tocayos.

La viuda del muerto de Larisa, que durante el relato de Telifrón se muestra desconsolada y sumamente afligida, es acusada durante el entierro, por un anciano tío del difunto, de haber envenenado a su esposo. El anciano pretende que se castigue a la viuda y emplea palabras vehementes para calificar su crimen y a la propia mujer ("*nefariam scelestamque feminam*"), (236). Como ésta rechaza la acusación empleando sacrílegos argumentos con audacia y serenidad, es calificada irónicamente por el narrador Telifrón de excelsa esposa ("*tunc uxor egregia capit praesentem audaciam et mente sacrilega coarguenti resistens altercat*"), (237).

La esclava Fotis es sorprendida por un peluquero de Hípata recogiendo mechones de pelo y éste supone, acertadamente, que van a servir para que su ama Pánfila lleve a cabo sus prácticas mágicas, y la amenaza con ponerla en manos de la Justicia, al tiempo que la impreca con estas palabras: "*tune, ultima*" (238).

Un joven esclavo de Cárite relata la muerte de su ama y la de su esposo Tlepólemo (239). El culpable es el joven Trasilo, de familia muy conocida, brillante posición y bastantes ingresos; se había entregado al vicio y frecuentaba mujeres de mala vida y se embriagaba aún de día. Esta conducta lo había llevado a relacionarse con malhechores y hasta se había manchado las manos con sangre humana. Para terminar su descripción el esclavo afirma que su fama correspondía al significado de su nombre ("iuvenis natalibus praenobilis, quo clarus eo pecuniae fuit satis locuples sed luxuriae popinalis, scortisque et diurnis potationibus exercitatus, atque ob id factionibus latronum male sociatus, necnon etiam manus infectus humano cruore, Thrasyllus nomine: idque sic erat et fama dicebat"), (240).

Este Trasilo, tan gráficamente descrito, quiso tomar a Cárite por esposa, pero fue rechazado por su mala conducta, a pesar de su alcurnia y sus riquezas. Esta negativa suscitó en él gran furia y deseos de cometer un delito sangriento. Con disimulo y habilidad se sumo en apariencia a la alegría de Cárite y Tlepólemo -tras la liberación de la joven, secuestrada por los ladrones- se presentó como amigo de ambos y consiguió introducirse en su casa como huésped.

El trato con la joven exacerbó aún más su pasión y con gran terquedad buscaba el momento apropiado para llevar a cabo sus propósitos. Así durante una cacería, aprovechando la aparición de un jabalí, provocó a Tlepólemo para que ataca-

ra al animal y no solo no le ayudó a defenderse de la fiera sino que le clavó su propia lanza, matándolo. Así actuó tan virtuoso amigo ("bonum amicum"), (241).

Una vez cumplida la primera parte de su infame plan, se mostró desconsolado por lo sucedido y lo hacía tan bien que hubiera engañado a la misma Verdad. Concentró entonces sus esfuerzos en consolar a la viuda, Cárite, y con gran terquedad y haciendo de nuevo honor a su nombre, le reveló su amor ("verum Thrasyllus praeceps alioquin et de ipso nomine temerarius"), (242).

La sombra de Tlepólemo se aparece entonces a Cárite, revelándole la verdad de su muerte y calificando a Trasilo de "pessimi", "mali" (243), y "detestabilis" (244).

La muchacha decide vengar a su marido y engañando al culpable con una cita le administra una droga soporífera. Una vez lo tuvo a su merced se arrojó sobre él furiosa, con decisión varonil y despiadado arrojo ("Charite masculis animis impetuque diro fremens invadit ac supersistit sicarium"), (245), clamando contra semejante compañero de su marido, contra el gran cazador, el pretendido esposo, culpable de tanta desgracia ("fidus coniugis mei comes, en venator egregius, en carus maritus"), (246). Su venganza consistió en cegar a Trasilo y cumplido esto se dirigió junto a la tumba de su marido, explicó al pueblo reunido allí el castigo impuesto al asesino de su ma-

rído y al saboteador de su felicidad ("vindicavi in mei mariti cruentum peremptorem, punita sum funestum mearum nuptiarum praedonem"), (247), y demostrando de nuevo su valor se clavó una espada en su pecho, rindiendo así su alma varonil ("animam virilem"), (248).

Una vieja le cuenta a la mujer del molinero el adulterio de Areté, esposa del decurión Bárbaro, cometido con el joven Filesitero y en el que es cómplice el esclavo Mirmex, (249).

La vieja comienza por describir a todos los que intervienen en el caso. Ensalza a Filesitero, un joven guapo, elegante y valiente, merecedor de los favores de cualquier dama y de lucir en su cabeza una corona de oro por la maestría con que llevó adelante sus propósitos y el engaño que hizo sufrir a Bárbaro ("adulescens et formosus et liberalis et strenuus et contra maritorum inefficaces diligentias constantissimus, dignus Hercule solus omnium matronarum deliciis perfrui, dignus solus coronan auream capite gestare, vel ob unicum istud, quod nunc nuper in quendam zelotypum maritum eximio studio commentus est") (250).

La mujer, Areté, era de buena familia y de excepcional hermosura y había alcanzado renombre por su sólida virtud y también por las precauciones que tomaba su marido para que ningún hombre se acercara a ella, (251), ("uxorem generosam et

eximia formositate praeditam mira custodela munitam domi suae quam cautissime cohibebat").

El encargado de velar por la virtud de Areté era un joven esclavo, Mirmex, muy leal a Bárbaro, que cumplía a la perfección su misión por miedo al castigo de su amo ("servulum suum Myrmecem, fidelitate praecipua cognitum"), (252).

La belleza de Areté, la fama de su virtud y la vigilancia de que era objeto, estimularon la pasión de Filesitero que, conocedor de las debilidades humanas, le revela a Mirmex el amor que siente por su señora y sus deseos de obtener una cita con ella, y le muestra unas monedas de oro: veinte serían para Arete y diez para Mirmex.

El esclavo se encuentra así ante un terrible dilema: el deber o el lucro, el castigo o el placer. Finalmente su codicia puede más y lleva el recado a su ama ("pestilens avaritia"), (253), y con gran alegría recibe el premio prometido, oro, él que no conocía ni el cobre ("ita gaudio Myrmex... et tenet nummos aureos manus Myrmecis quae nec aereos norat"), (254).

Este último pasaje sobre Mirmex, a pesar de estar incluido en el relato de la vieja, parece propio de Lucio, por el tono y los calificativos empleados. Lo mismo sucede con la frase alusiva a Areté, que al oír el recado del esclavo, lejos

de desmentir la natural ligereza de su sexo, sacrifica su virtud al execrable metal ("nec a genuina levitatit descivit mulier sed execrando metallo pudicitiam suam protinus auctorata est", (255).

Todo lo contenido en IX, 19, es pues un inciso que hace Lucio al reproducir el relato de la vieja.

La historia continúa con la aparición del marido, Bárbaro, que interrumpe la cita amorosa. Filesitero consigue huir sin que le descubra, pero olvida sus sandalias y el decurión al verlas, sospechando lo sucedido, ordena prender a Mirmex y conducirlo hasta el foro.

En el camino se encuentra con Filesitero que inmediatamente se imagina lo que está sucediendo, y actuando con su habitual sangre fría acusa al esclavo de haberle robado las sandalias en el balneario, salvando así la situación ("repentina tamen facie permotus, non enim deterritus, recolens festinationis suae delictum et cetera consequenter sus picatus sagaciter..."), (256).

Al acabar su historia la vieja promete a la mujer del molinero ayudarla en sus citas amorosas y, en efecto, regresa por la noche acompañada de un jovencito, amante de la molinera. Pero el molinero aparece repentinamente y -sin saber lo que está sucediendo en su propia casa- le cuenta a su mujer el

adulterio de la mujer de un batanero amigo suyo (257). Describe a esta mujer como una honrada madre de familia, fiel y sensata, que sin embargo, se ha mancillado con una conducta tan indigna ("hem qualis, dii boni, matrona, quam fida quamque sobria turpissimo se dedecore foedavit!"), (258). Tenía fama de probada virtud y vivía rodeada de una aureola dignamente, en el hogar conyugal, pero la pasión la llevó al adulterio ("contubernalis mei fullonis uxor, alioquin servati pudoris, ut videbatur, femina, quae semper secundo rumore gloriosa Larem mariti pudice gubernabat, occulta libidine prorumpit in adulterum quempiam"), (259).

La mujer del molinero, con gran cinismo, al oír el relato de su marido, imprecaba y maldecía a la mujer del batanero, calificándola de prostituta ("illam perfidam, illam impudicam, denique universi sexus grande dedecus, quae suo pudore postposito torique genialis calcato foedere Larem mariti lupanari maculasset infamia, iamque perdita nuptae dignitate prostitutae sibi nomen adsciverit"), (260).

La vieja que cuida de los ladrones le cuenta a la joven secuestrada, Cárite, la historia de Psique y Cupido (261). En este relato Psique, sus hermanas y el propio Cupido cometen diversas faltas y son por ello calificados por la narradora y por los mismos personajes que intervienen en la historia. Sin embargo, la descripción y los calificativos que aparecen como pertenecientes a la vieja que cuenta los hechos, no parecen pro-

prios de una mujer borracha y cruel -así ha sido descrita poco antes- sino que producen la impresión de reflejar la opinión de Lucio, que incluso destaca tan maravilloso relato, lamentando no tener a mano materiales para escribirlo ("quod pugillares et stilum non habebam, qui tam bellam fabellam praenotarem"), (262).

Psique y sus dos hermanas eran hijas de un rey y una reina, y las tres destacaban por su belleza. Pero Psique, que era la menor, era tan maravillosa que la voz humana no tenía palabras para ponderarla adecuadamente ("tam praecipua, tam praeclara pulchritudo nec exprimi ac ne sufficienter quidem laudari sermonis humani penuria poterat", (263). Su perfección era tan extraordinaria que la gente empezó a considerarla la encarnación humana de la diosa Venus y a hacerla objeto de veneración como si de la propia diosa se tratara ("puellae supplicatur, et in humanis vultibus deae tantae numina placantur..."), (264).

Esto despertó la cólera de Venus, que decidió vengarse de la muchacha utilizando para ello a su hijo Cupido, pero éste se enamoró de Psique e hizo de ella su esposa manteniéndola oculta a los ojos de todos y ocultándose él asimismo ante los de la joven.

Las hermanas de Psique, al enterarse de su desaparición, lamentaron muy de veras su pérdida, pero cuando -gracias

a la intercesión de la recién casada- fueron trasladadas al palacio en que ésta vivía y pudieron comprobar que vivía felizmente rodeada de riquezas sin igual la envidia se desató en su corazón ("ut illarum prorsus caelestium divitiarum copiis affluentibus satiatae iam praecordiis penitus nutrent invidiam"), (265), y decidieron castigar lo que ellas consideraban una suerte excesiva para su hermana, pues su dicha y su opulencia eran como una afrenta para ellas ("tam beatam fortunam illapsam indignae"), (266).

Ocultan a todos la situación de Psique y renuevan su llanto, esta vez fingido, para disimular, mientras piensan en la trampa que le tenderán a su hermana, en su asesinato.

Mientras tanto Cupido previene a su esposa contra sus hermanas, a las que califica de lobas y monstruos ("perfidae lupulae", "illae lamiae noxiis"), (267), añade que sus intenciones, guiadas por el odio, son causar su perdición, que ya no debe considerarlas hermanas tuyas y queno preste oídos a sus llamadas a la manera de las Sirenas ("nec illas scelestas feminas, quas tibi post internecivum odium et calcata sanguinis foedera sorores appellare non licet, vel videas vel audias, cum in morem Sirenum scopulo prominentes funestis vocibus saxa personabunt"), (268).

Los calificativos del narrador son también muy negativos, las llama Furias pestíferas y abominables que exhalan

veneno de víboras ("sed iam pestes illae taeterrimae furiae anhelantes vipereum virus..."), (269), que simulan un cariño fingido ante Psique y cuya perversidad no se deja ablandar por el cariño de su hermana ("nec tamen scelestorum feminarum nequitia vel ipsa mellita cantus dulcedine mollita conquievit"), (270).

Pero la pobre Psique, alma sencilla y sin dobleces ("misella, utpote simplex et animi tenella"), (271), cae en el engaño de tan criminales criaturas como cándida jovencita que es ("tunc nantes iam portis patentibus nudatum sororis animun facinerosae mulieres, omissis tectae machinae latibulis, destructis gladiis fraudum simplicis puellae paventes cogitationes invadunt"), (272).

El propio Cupido le reprocha su simplicidad ("simplicissima Psyche"), (273), por haberse dejado engañar a pesar de sus advertencias y haber prestado oídos a sus insignes asesoras ("consiliatrices egregiae tuae"), (274), y la abandona.

Enterada de lo sucedido, Venus se encoleriza contra Cupido por haber desobedecido sus órdenes, le llama "nugo et corruptor et inamabilis" (275), "parricida" (276) y "stelio" (277), y emprende la búsqueda de Psique, a quien considera su esclava desaparecida ("ancilla"), (278).

Así la califican también las diosas Ceres y Juno,

a quienes la joven Psique pide ayuda y protección ("tunc etiam legibus, quae servos alienos perfugas invitis dominis vetant suscipi, prohibeor"), (279).

Comprendiendo que no podrá escapar de Venus, y deseosa de reunirse con Cupido, Psique se arma de varonil arrojo y decide entregarse ante su suegra ("Quin igitur masculum tandem sumis animum...?"). (280). Así lo hace, y Venus llamándola esclava ("ancilla"), (281), le encarga varios trabajos peligrosos y difíciles que la joven cumple gracias a la ayuda que obtiene de un ejército de hormigas, de una caña, del águila de Júpiter y de una torre. Sorprendida ante sus logros, Venus la califica entonces de "maga" (282).

Pero Psique, incapaz de contener de nuevo su curiosidad, cae bajo el sueño del Estigio y es salvada por Cupido, que se compadece de ella, llamándola "misella" (283), y, finalmente, gracias a la intervención de Júpiter, la historia termina felizmente.

- Conclusiones:

Como hemos visto, Lucio, el narrador de la novela, no se limita a describir -con mayor o menor detalle- a los delincuentes que aparecen en la obra, sino que además los califica, y lo hace utilizando una serie de constantes que permiten establecer algunas conclusiones.

En primer lugar, cabe destacar que emplea continuamente la ironía cuando califica a los distintos personajes que han delinquido. Así, es corriente que utilice adjetivos como "bonus", "excelsus", "egregius", "benignus", etc., queriendo decir exactamente lo contrario (284).

También se sirve a menudo de comparaciones con animales, como "excetra", "vipera" y "lupus" (285), a los que comúnmente se atribuyen unas cualidades que, por extensión, califican también a los personajes.

Por otro lado, Lucio alude en ocasiones a ciertos personajes famosos, generalmente del ámbito mitológico, a los que identifica con determinados delincuentes. En efecto, habla de Medea, de Circe, de los lapitas y centauros, cita a Dirce, a las Harpías, etc. (286).

También utiliza los propios nombres de los personajes para calificarlos con su simple enunciado, como en el caso de Trasilo (287).

Todas estas constantes: el uso de la ironía, las comparaciones con animales, las alusiones a personajes conocidos, los propios nombres de los personajes, aparecen continuamente cuando Lucio califica a aquellos que delinquen, pero no son exclusivas de éstos.

Es decir, Lucio no emplea estos recursos sólo cuando se refiere a los delincuentes, sino que los utiliza continuamente aunque se refiere a otros personajes de la obra.

Son, pues, elementos literarios, que afectan a los delincuentes no por el hecho de serlo, sino por estar inmersos en el universo de la novela.

Por otro lado, cabe destacar que la calificación que merece el delincuente, sea cual sea, no depende del delito cometido, de su morfología ni de la gravedad del mismo. En efecto, Lucio utiliza a menudo los mismos calificativos para delincuentes que han cometido delitos distintos.

La calificación no depende, pues, de la morfología del delito, sino más bien del propio talante con que quiere presentar al personaje, no sólo cuando delinque sino en todas las intervenciones que tiene en la obra.

En este sentido, cabe resaltar que la mujer, salvo raras excepciones destacadas por el mismo Lucio (caso de Cárite), aparece en la novela rodeada de toda una serie de calificativos negativos e inherentes a su sexo, a su propia condición femenina. En efecto, los mayores y más graves delitos son cometidos por mujeres que actúan, según Lucio, empleando artimañas y dejándose llevar por la ligereza propia de su sexo (288).

Merece la pena destacar la curiosa forma que utiliza Lucio para calificar a la mujer del molinero (289), que resume muy bien el concepto que el protagonista parece tener sobre la mujer.

En cuanto a los restantes personajes de la obra, utilizan también calificativos irónicos como Lucio, emplean comparaciones con personajes famosos y recurren también a las alusiones a animales (290). Es decir, sus calificativos no se distinguen de los empleados por Lucio.

Por otro lado, los mismos delincuentes también se califican unos a otros, pero no cabe afirmar que presenten la visión del "otro lado de la ley y la moralidad vigentes", pues sus calificativos son tan exagerados -positiva o negativamente- que parecen más bien responder a la intención del autor de conseguir un efecto cómico y no a una realidad que pudiera confrontarse con la del resto de los personajes de la novela.

III.7: La mujer y el hombre:

En la novela de Apuleyo los "crimina", "delicta" y las faltas contra la moral o la conciencia social, están cometidas por hombres y por mujeres. Pero conviene distinguir si son los hombres o las mujeres los que delinquen en mayor número de ocasiones, a lo largo de la obra.

Comencemos por la enumeración de cada uno de los dos grupos.

1.- Grupo masculino:

- Sócrates de Egio, (caso 153).
- Aristómenes de Egio, (casos 154 y 155).
- Salteadores en valle solitario, (caso 78).
- Milón de Hípata, (caso 142).
- Vendedor de pescado en el mercado de Hípata, (caso 143).

Libro II:

- Diófanos el caldeo, (caso 144).
- Banda de atracadores, (casos 21 y 82).
- Banda de jóvenes de Hípata, (casos 83 y 22).
- Telifrón de Mileto, (caso 149).
- Esclavos de la viuda de Larisa, (caso 112).
- Lucio, (casos 23,24,123,157,164 y 173).

Libro III:

- Esclavo de Lucio, (casos 126, 193 y 196).
- Banda de ladrones que actúa en Hípata y en otros lugares, (casos 10, 11, 25, 30, 85, 91, 92, 93, 94, 97, 115, 127, 128, 130, 131, 132 y 133).

Libro IV:

- Viejos, cómplices de los ladrones, (caso 86).
- Crísero de Tebas, (casos 68 y 113).
- Lámaco y su banda, (casos 88, 114 y 156).
- Alcimo, (caso 89).
- Trasileón, (casos 29 y 90).
- Cupido, (casos 3 y 185).

Libro VII:

- Hemo de Tracia y su banda, (casos 15, 95 y 96).
- Acusadores del procurador imperial, (caso 55).
- Tlepólemo, (caso 31).
- Esclavo encargado de la yeguada, (casos 202 y 203).
- Esclavo leñador, (casos 135 y 206).

Libro VIII:

- Trasilo, (casos 33, 34, 99 y 167).
- Esclavos de Cárite, (casos 136, 137, 199, 207, 208 y 209).
- "Vilicus", (caso 4).
- Dueño del "vilicus", (caso 35).
- Filebo y los sacerdotes de la Diosa Siria, (casos 72, 145, 146,

147,148,179 y 189).

- Esclavo cocinero, (casos 139,169,204).

Libro IX:

- Filesitero, (casos 56,118,190).
- Mirmex, esclavo de Bárbaro, (casos 190 y 205).
- Molinero, (casos 119 y 191).
- Batanero, (casos 36 y 170).
- Rico propietario, (casos 14,38,75,120 y 125).
- Esclavos del rico propietario, (caso 38).
- Tres hermanos, (casos 39 y 171).
- Padre de los tres hermanos, (caso 172).
- Legionario, (casos 40,67,102 y 121).
- Hortelano, (casos 40 y 121).
- Compañeros del legionario, (caso 57).
- Tendero, amigo del hortelano, (casos 61 y 76).

Libro X:

- Esclavo de dote de la madrastra enamorada, (casos 62 y 49).
- Esclavo de la mujer condenada "ad bestias", (casos 51 y 52).
- Médico de Corinto, (caso 42).
- Suegro de la mujer condenada "ad bestias", (caso 50).

2.- Grupo femenino:

Libro I:

- Méroe de Hípata, (casos 18 y 103).

- Pantia de Hípata, (casos 18 y 111).
- Fotis, esclava de Milón, (casos 197, 200 y 201).

Libro II:

- Pánfila, esposa de Milón, (casos 1,20,104,107 y 178).
- Brujas de Hípata, (caso 105).
- Brujas de Larisa, (caso 106).
- Viuda de Larisa, (casos 2 y 44).

Libro IV:

- Vieja que cuida de los ladrones, (casos 12,87 y 162).
- Vieja de Tebas, (caso 28).

Libro V:

- Hermanas de Psique, (casos 45 y 182).
- Psique, (casos 46,47,158,159,160,161,181 y 185).

Libro VII:

- Esclava, esposa del encargado de la yeguada, (casos 202 y 203)
- Madre del esclavo leñador, (caso 138).

Libro VIII:

- Esclava esposa del "vilicus", (casos 48,124,168 y 210).
- Esposa del esclavo cocinero, (caso 139).

Libro IX:

- Esposa de un operario, (casos 5 y 183).

- Areté, esposa del decurión Bárbaro, (caso 7).
- Esposa del molinero, (casos 6,37 y 73).
- Esposa del batanero, (caso 8).
- Maga, (caso 37).

Libro X:

- Madrastra enamorada, (casos 9,49 y 58).
- Mujer condenada "ad bestias", (casos 42,43,51,52 y 53).
- Esposa del médico de Corinto, (caso 43).
- Suegra de la mujer condenada "ad bestias", (caso 184).

El resultado de la simple enumeración de los personajes -masculinos y femeninos- que cometen faltas o delitos es evidente: hay mayoría de personajes masculinos.

Pero un análisis más detallado, que tenga en cuenta otros factores, altera esta proporción. En efecto, si destacamos los casos en que los hombres que cometen un delito lo hacen respondiendo a otro anterior cometido por una mujer, o aconsejados por ella, u obedeciendo sus órdenes, veremos que la proporción hombre-mujer varía.

Así, las brujas de Méroe y Pantia son las causantes de los casos protagonizados por Sócrates y Aristómenes (casos 153,154 y 155), y las brujas de Larisa del caso de Telifrón (149). Del mismo modo, Fotis con su error provoca que Lucio se convierta en asno e intervenga, así metamorfoseado, en varias

peripecias (casos 24,123,157,164 y 173).

También son las mujeres del molinero y del batanero las que provocan con su comportamiento la respuesta de sus esposos (casos 119,191,26 y 170).

En cuanto a los esclavos, actúan obedeciendo a sus amas, o defendiéndolas en los siguientes casos: 112,62,49,51 y 52.

Teniendo todo esto en cuenta, la relación hombre-mujer, varía considerablemente, incrementándose el grupo femenino.

NOTAS AL CAPITULO III:

- (1) Instituciones, I, 9.
- (2) Met. I, 7, 6.
- (3) Met. I, 5, 3.
- (4) Met. I, 12, 4.
- (5) Met. I, 22, 7.
- (6) Met. I, 21, 5.
- (7) Met. I, 24, 9.
- (8) Met. II, 12, 3.
- (9) Met. II, 13, 2.
- (10) Met. II, 13, 4.
- (11) Met. II, 18, 3.
- (12) Met. II, 19, 1.
- (13) Met. II, 21, 3.
- (14) Met. II, 23, 3.
- (15) Met. II, 27, 2.
- (16) Met. IV, 9, 5.
- (17) Met. IV, 12, 2.
- (18) Met. IV, 26, 3.
- (19) Met. IV, 26, 3.
- (20) Met. VIII, 1, 5.
- (21) Met. VIII, 22, 2.
- (22) Met. IX, 8, 6.
- (23) Met. IX, 5, 5.
- (24) Met. IX, 16, 2.
- (25) Met. IX, 18, 4.
- (26) Met. IX, 17, 1.
- (27) Met. IX, 14, 2.
- (28) Met. IX, 28, 1.
- (29) Met. IX, 11-12 y 28.
- (30) Met. IX, 35, 3.
- (31) Met. IX, 33, 2.
- (32) Met. IX, 31, 3.
- (33) Met. IX, 32, 1-2.
- (34) Met. X, 28, 1.
- (35) Met. X, 25, 2.
- (36) Met. X, 27, 2.
- (37) Met. X, 25, 2.
- (38) Met. IX, 5, 1.
- (39) Met. IX, 31, 3.
- (40) Met. IX, 32, 3-4.
- (41) Met. IV, 12, 4.
- (42) Met. II, 24, 8.
- (43) Met. II, 14, 3.
- (44) Met. IX, 2, 3.
- (45) Met. IX, 17-21.
- (46) B. Brotherton, "The Introduction of Characters by Name in Metamorphoses of Apuleius", C.P., XXIX, 1934, pp.41-42.
- (47) B. Brotherton, "op. cit.", p.41.
- (48) M. Bernhard, Der Stil des Apuleius von Madaura. Ein Beitrag zur Stilistik des Spätlateins, Stuttgart, 1927, p.93, n.45.

- (49) B. Brotherton, "op. cit", p.42.
- (50) B. Brotherton, "op. cit", pp. 43-44.
- (51) B. Brotherton, "op. cit", p.49, n.47 y 48; P.G. Walsh, The Roman Novel, Cambridge, 1970, p.166.
- (52) Met.X,33,3.
- (53) Met.VII,5,5.
- (54) Met.VIII,1,5.
- (55) Met.VIII,29.
- (56) Met.IX,16.
- (57) Met.IX,14,1.
- (58) Met.X,10,3.
- (59) Met.X,5,3.
- (60) D.48,19,16.
- (61) Met.I,7,1.
- (62) Met.I,19,12.
- (63) Met.I,15,6.
- (64) Met.II,27,1.
- (65) Met.II,27,5.
- (66) Met.III,1-9.
- (67) Met.III,5,6.
- (68) Met.III,5,8.
- (69) Met.III,6,4.
- (70) Met.VII,4,4.
- (71) Met.VII,5,3.
- (72) Met.IV,23,4.
- (73) Met.IV,11,5.
- (74) Met.VII,6,2.
- (75) Met.V,22,1.
- (76) Met.VII,19,3.
- (77) Met.VII,19,2.
- (78) Met.III,27,6.
- (79) Met.VI,31,1.
- (80) Met.IV,3,2-7.
- (81) Met.VIII,3,2.
- (82) Met.VIII,12,6.
- (83) Met.VIII,12,6.
- (84) Met.VIII,13,5.
- (85) Met.VIII,14,5.
- (86) Met.VIII,15,1.
- (87) Met.VIII,22,5.
- (88) Met.IX,8,1.
- (89) Met.VIII,29,6.
- (90) Met.VIII,29,4.
- (91) Met.IX,10,3.
- (92) Met.VIII,31,4.
- (93) Met.IX,5,2.
- (94) Met.IX,7.
- (95) Met.IX,18,1.
- (96) Met.IX,19,2.
- (97) Met.IX,19,3.
- (98) Met.IX,28,4.
- (99) Met.IX,29,1.
- (100) Met.IX,29,3.

- (101) Met. IX, 24, 1.
- (102) Met. IX, 25, 2.
- (103) Met. IX, 25, 6.
- (104) Met. IX, 36, 4.
- (105) Met. X, 2, 3.
- (106) Met. X, 3, 1.
- (107) Met. X, 4, 5.
- (108) Met. X, 5, 3.
- (109) Met. X, 7, 7.
- (110) Met. X, 25, 2.
- (111) Met. X, 26, 1.
- (112) Met. X, 24, 3.
- (113) Met. VII, 4, 4.
- (114) L. Flam-Zuckermann, "A propos d'une inscription de Suisse (CIL, XIII, 5010); étude du phénomène du brigandage dans l'Empire romain", Latomus, XXIX, 1970, p.461.
- (115) L. Flam Zuckermann, "op.cit.", p.458.
- (116) Met. VII, 4-5.
- (117) Met. IV, 15, 1.
- (118) Met. VI, 31 y 32.
- (119) Met. VII, 9, 1.
- (120) Met. IV, 8 y VII, 4.
- (121) Met. IV, 9-21.
- (122) Met. IV, 8, 4.
- (123) Met. IV, 22, 1.
- (124) Met. VII, 5, 3.
- (125) Met. VII, 10 y 11.
- (126) Met. IV, 2, 2.
- (127) Met. VII, 9, 4.
- (128) Met. IV, 23, 4.
- (129) Met. IV, 14, 3.
- (130) Met. VII, 5, 3.
- (131) Met. II, 6, 6.
- (132) Met. VII, 3, 2.
- (133) Met. II, 6, 6.
- (134) Met. III, 19, 5.
- (135) Met. III, 26, 1.
- (136) Met. II, 32, 3.
- (137) Met. III, 5, 8.
- (138) Met. III, 19, 2.
- (139) Met. III, 27, 7.
- (140) Met. IV, 7, 2-3.
- (141) Met. VI, 25, 1.
- (142) Met. VI, 27, 1.
- (143) Met. VI, 27, 5.
- (144) Met. VI, 30, 7.
- (145) Met. IV, 1, 2.
- (146) Met. IV, 6.
- (147) Met. IV, 7 y 22.
- (148) Met. IV, 4-6.
- (149) Met. VI, 30, 7.
- (150) Met. VI, 26, 3.

- (151) Met..VI,30,6.
- (152) Met..VII,13,7.
- (153) Met..IV,1-27/VI,25-32 y VII,1-13.
- (154) Met..IV,7,4.
- (155) Met..IV,25,6.
- (156) Met..VI,30,6.
- (157) Met..IV,24,5.
- (158) Met..VII,5,3.
- (159) Met..IV,22.
- (160) Met..VII,11.
- (161) Met..VII,10,4.
- (162) Met..VII,11,1.
- (163) Met..IV,8,9.
- (164) Met..IV,8,8.
- (165) Met..IV,12,1.
- (166) Met..IV,11,9.
- (167) Met..IV,21,2-3.
- (168) Met..VIII,15,6.
- (169) Met..VIII,15,6.
- (170) Met..VII,15,3.
- (171) Met..VII,17,2.
- (172) Met..VII,18,2.
- (173) Met..VII,19,2.
- (174) Met..VII,20,3.
- (175) Met..VII,22,4.
- (176) Met..VII,24,3.
- (177) Met..VII,24,6.
- (178) Met..VII,27,1.
- (179) Met..VII,27,7.
- (180) Met..VIII,24,2.
- (181) Met..VIII,24,2.
- (182) Met..VIII,25,3.
- (183) Met..VIII,28,2.
- (184) met..VIII,28,4.
- (185) Met..VIII,29,4.
- (186) Met..IX,8,1.
- (187) Met..IX,5.
- (188) Met..IX,5,4.
- (189) Met..IX,6,4.
- (190) Met..IX,7,6.
- (191) Met..IX,14,2.
- (192) Met..IX,14,3-5.
- (193) Met..IX,22,3.
- (194) Met..IX,23,2.
- (195) Met..IX,27,2.
- (196) Met..IX,29,1.
- (197) Met..IX,36,1.
- (198) Met..IX,36,4.
- (199) Met..IX,37,3.
- (200) Met..IX,38,5.
- (201) Met..IX,39,2.
- (202) Met..IX,39,3.
- (203) Met..X,1,1.

- (204) Met..X,2-12.
- (205) Met..X,3,4.
- (206) Met..X,5,3.
- (207) Met..X,4,6.
- (208) Met..X,7,7.
- (209) Met..X,12,4.
- (210) Met..X,24,5.
- (211) Met..X,26,1.
- (212) Met..X,26,3 y 5.
- (213) Met..X,28,4.
- (214) Met..X,28,5.
- (215) Met..X,29,1.
- (216) Met..X,24,3.
- (217) Met..X,25,2.
- (218) Met..X,26,2.
- (219) Met..X,26,7.
- (220) Met..I,5-19.
- (221) Met..I,7,6.
- (222) Met..I,7,10.
- (223) Met..I,8,1.
- (224) Met..I,8,2.
- (225) Met..I,8,3.
- (226) Met..I,8,4.
- (227) Met..I,10,2.
- (228) Met..I,12,6.
- (229) Met..I,13,1 y 6; 1,15,6.
- (230) Met..II,5,4.
- (231) Met..III,15-18 y 21.
- (232) Met..II,21-30.
- (233) Met..II,22,2-3.
- (234) Met..II,22,5.
- (235) Met..II,23,3.
- (236) Met..II,27,5.
- (237) Met..II,29,6.
- (238) Met..III,16,5.
- (239) Met..VIII,1-14.
- (240) Met..VIII,1,5.
- (241) Met..VIII,5,9.
- (242) Met..VIII,8,1.
- (243) Met..VIII,8,5 y 9.
- (244) Met..VIII,9,4.
- (245) Met..VIII,11,4.
- (246) Met..VIII,12,1.
- (247) Met..VIII,13,5.
- (248) Met..VIII,14,2.
- (249) Met..IX,16-21.
- (250) Met..IX,16,2-3.
- (251) Met..IX,17,1.
- (252) Met..IX,17,3.
- (253) Met..IX,19,2.
- (254) Met..IX,19,4.
- (255) Met..IX,19,3.
- (256) Met..IX,21,5.

- (257) Met. IX, 23-25.
- (258) Met. IX, 23, 4.
- (259) Met. IX, 24, 1.
- (260) Met. IX, 26, 1.
- (261) Met. IV, 28-VI, 24.
- (262) Met. VI, 25, 1.
- (263) Met. IV, 28, 2.
- (264) Met. IV, 29, 4.
- (265) Met. V, 8, 2.
- (266) Met. V, 10, 3.
- (267) Met. V, 11, 3-5.
- (268) Met. V, 12, 6.
- (269) Met. V, 11, 3.
- (270) Met. V, 15, 3.
- (271) Met. V, 18, 4.
- (272) Met. V, 19, 5.
- (273) Met. V, 24, 3.
- (274) Met. V, 24, 5.
- (275) Met. V, 29, 3.
- (276) Met. V, 30, 1.
- (277) Met. V, 30, 3.
- (278) Met. VI, 7, 3.
- (279) Met. VI, 4, 5.
- (280) Met. VI, 5, 3.
- (281) Met. VI, 9, 5; 10, 2.
- (282) Met. VI, 16, 2.
- (283) Met. VI, 21, 4.
- (284) Met. VI, 26, 3; VI, 30, 6; VII, 18, 2; IX, 8, 1; IX, 22, 3; IX, 23, 2;
X, 25, 5; X, 26, 7.
- (285) Met. VI, 30, 7; VIII, 15, 6 y X, 28, 5.
- (286) Met. III, 19, 1; VI, 27, 5; IV, 4, 6.
- (287) Met. VIII, 1, 5; VIII, 8, 1.
- (288) Met. IX, 8, 3; IX, 29, 1.
- (289) Met. IX, 14, 3-5.
- (290) Met. I, 12, 6; I, 13, 1 y 6; II, 23, 3; II, 29, 6; V, 11, 3-5; V, 12, 6;
I, 15, 6 y VIII, 5, 4.

CAPITULO IV: LOS CASTIGOS Y LAS NORMAS Y DISPOSICIONES LEGALES
VIGENTES EN EL SIGLO II D.C.

IV.1: Crímenes, delitos y faltas: leyes, normas, disposiciones y penas.

IV.1.1: "Crimina": leyes, normas, disposiciones y penas.

IV.1.2: "Delicta": leyes, normas, disposiciones y penas.

IV.1.3: Faltas: leyes, normas, disposiciones y consideración social.

IV.1.4: Faltas cometidas por esclavos: leyes, normas, disposiciones y penas.

IV.2: Castigos y actuaciones de acuerdo con las normas y disposiciones del siglo II d.C., en la novela.

- Casos.

IV.3: Castigos y actuaciones no acordes con las normas y disposiciones de la época: la "auto-justicia".

- Casos

IV.4: Ausencia de castigo: impunidad.

- Casos.

IV.5: Opinión y confianza ante la ley y la justicia, en la novela.

NOTAS AL CAPITULO IV.

IV.1: Crímenes, delitos y faltas: leyes, normas, disposiciones y penas.

Este capítulo IV está dedicado a las leyes, normas y disposiciones vigentes en el siglo II d.C. y a los castigos o penas.

Me propongo en primer lugar, describir las distintas leyes y normas que afectan a los "crimina" y "delicta" que contiene la novela, y las convenciones sociales que se refieren a las "faltas" (siguiendo la clasificación establecida en el capítulo I). En segundo lugar, es mi intención cotejar las penas o castigos que se mencionan en cada caso de la obra, con las impuestas por las normas y disposiciones de la época.

Aunque hago referencia a todos y cada uno de los casos que contiene la novela, sólo comentaré aquellos en los que aparezca el castigo, comparándolo -como ya he indicado- con el que establezca la ley o norma pertinente.

He procurado en todo momento destacar los "edicta" y "rescripta" de los emperadores del siglo II d.C., dado que sirven en gran medida como corrección o reforma del derecho vigente, y encontrar sus huellas en la novela resulta muy significativo.

Siguiendo, como siempre, la clasificación establecida, comienzo por los "crimina".

IV.1.1: "Crimina": leyes, normas, disposiciones y penas.

CRIMINA CONTRA BUENAS COSTUMBRES: Adulterio (casos 1-8)

A la legislación relativa al matrimonio publicada por Augusto pertenece la "Lex Iulia de adulteriis", del año 18 a.C., que sometió al procedimiento acusatorio y a pena de carácter criminal, no civil, las ofensas a la castidad. Esta innovación penal fue una de las más intensas y duraderas que conoce la historia, pues dicha ley siguió siendo la reguladora de este "crimen" hasta los tiempos más adelantados (1).

Durante el siglo II d.C. la "Lex Iulia de adulteriis" era, pues, la reguladora de los casos de adulterio y emperadores como Marco Aurelio y Antonio Pío elaboraron rescriptos sobre ella, ocupándose de las penas a que daba lugar su aplicación (2).

En las Metamorfosis de Apuleyo, aparecen ocho casos de adulterio, incluidas las alusiones. Seis están cometidos por mujeres y dos por hombres, todas las mujeres son de condición libre aunque pertenecen a capas sociales distintas; en cuanto a los hombres, uno es un "vilicus" y el otro es el dios Cupido.

Los casos 1 y 2 contienen otros delitos además del adulterio, los restantes (3-8), se refieren exclusivamente a este "crimen". En el caso 1, el adulterio aparece unido al

delito de magia y será comentado en el correspondiente apartado; en cuanto al caso 2, contiene también un parricidio y se analizará junto con los crímenes análogos.

Excepto el caso 1, que aparece en la obra de Luciano (3), los restantes son originales de Apuleyo puesto que aparecen en relatos que comúnmente se aceptan como añadidos al original (4).

El caso 3, que está incluido en el relato de Cupido y Psique (5), contiene una alusión directa a la "Lex Iulia de adulteriis" que ya hemos dicho regulaba los casos de adulterio. En efecto, Júpiter se dirige al dios Cupido acusándole de infringir la legalidad y la moral pública y, concretamente, la Ley Julia ("contraque leges et ipsam Iuliam disciplinamque publicam turpibus adulteriis existimationem famamque meam lae-seris"), (6).

El caso 6, alude también a la ley sobre el adulterio: "ac ne iuris quidem severitate lege de adulteriis ad discrimen vocabo capitis tam venustum tamque pulchellum puellum, sed plane cum uxore mea partitario tractabo"), (7). La mención de la pena de muerte parece exagerada para la época que nos ocupa. El castigo en caso de adulterio consistía, normalmente, en la relegación y la confiscación de la mitad de los bienes, o bien, si la persona era de condición inferior y esta pena no era aplicable, un castigo corporal (8). Posteriormente se

aumentó la pena, y ya en el siglo III d.C. se consideró al adulterio como crimen merecedor de la pena de muerte (9).

En este caso 6, el marido afectado por el adulterio, lleva a cabo por sí mismo el castigo de su mujer y del amante. Con tal propósito, se encierra con éste en una habitación y se acuesta con él, vengando la deshonra conyugal. Después ayudado por sus esclavos, le azota con una vara mientras le reprocha su conducta: "*Tam mollis ac tener et admodum puer, defraudatis amatoribus aetatis tuae flore, mulieres appetis atque eas liberas et connubia lege sociata corrumpis et intempestivum tibi nomen adulteri vindicas?*", (10). Estas palabras aluden precisamente al derecho del marido a reclamar la aplicación de la "Lex Iulia", pues en este caso existe matrimonio legítimo entre personas de condición libre. La acusación podía hacerse, pues, por derecho marital (11).

Después de aplicar el castigo referido, el marido deja en libertad al joven amante que huye del lugar del que no esperaba salir a salvo ("*insperata potitus salute*"), (12). En cuanto a la mujer, el marido le notifica el repudio y le cierra las puertas de su casa ("*nec setius pistor ille numtium remisit uxori eamque protinus de sua proturbavit domo*"), (13). En esta ocasión, la actuación del molinero se ajusta a lo dispuesto por la "Lex Iulia", que incluso castigaba al marido que no repudiara a la mujer sorprendida en flagrante adulterio (14). No se alude, sin embargo, a la pérdida de parte de la dote que

solía acompañar al repudio en estos casos (15).

En el caso 7, el marido, en esta ocasión un decurión, no emprende actuación de ningún tipo contra su mujer, sino que ordena a sus esclavos que prendan y conduzcan al foro a un esclavo al que había hecho responsable de vigilar la moralidad de su señora. Apuleyo describe la escena, con el esclavo cargado de cadenas, atormentado por el remordimiento aunque no había sido sorprendido en flagrante ("non quidem coram noxae prehensus"), (16). De acuerdo con la "Lex Iulia", se podía someter a interrogatorio, incluso con tormento, a esclavos de aquella persona acusada de adulterio (17). Sin embargo, Apuleyo indica que el decurión no comunicó sus sospechas a su esposa, ni parece que fuera a emprender acción judicial contra ella, sino sólo contra el esclavo.

En el caso 8, el marido, que ha sorprendido al amante de su mujer escondido en su propia casa, llevado por la cólera trata de matarle. A este respecto la "Lex Iulia" establece que se permite al marido que mate al cómplice del adulterio de su mujer, pero sólo si los sorprende en su propia casa -como en este caso- y además si éste es actor, bailarín o cantante, si hubiera cometido lenocinio o si hubiera sido condenado en juicio público y no se le hubiera restituído por entero su fama, o en el caso de que fuera liberto suyo o de su familia, o si fuera esclavo (18). En este caso el amante es un "iuvenis" y el marido no podía darle muerte sin incurrir

en homicidio. No obstante, la no premeditación y el justo dolor del marido, eran circunstancias atenuantes y se hubieran tenido en cuenta en el momento de establecer la pena correspondiente (19).

Un testigo de lo sucedido impide al marido llevar a cabo sus deseos pensando en el peligro que corren todos los presentes ya que, en efecto, se les hubiera considerado cómplices del homicidio y sufrirían pena como el propio autor (20). Este mismo testigo aconseja a la esposa que se refugie en casa de una amiga hasta que el tiempo calme los ánimos de su marido, temiendo que intentara matarla también. Esto estaba prohibido por la "Lex Iulia", aunque un rescripto de Antonino Pío estableció que al que hubiera matado a su mujer sorprendida en adulterio se le dispensaría de la pena de muerte, castigándole con trabajos forzados a perpetuidad en caso de que el homicida fuera de clase baja, o a la relegación en una isla si era de clase elevada (21).

En el caso 4, el único en que el adúltero es un hombre (exceptuando el caso 3 en que el culpable es el dios Cupido), se trata de un "vilicus" que comete adulterio con una mujer libre. Al enterarse su esposa, que era también esclava, destruye con un incendio toda la administración de su marido y se suicida a continuación, matando también a su hijo. En este caso es el amo el encargado del castigo del "vilicus", según nos relata la novela (22), pero como no se castiga exclu-

sivamente el adulterio, haremos el comentario en el apartado
de los homicidios.

"CRIMINA" CONTRA BUENAS COSTUMBRES: Incesto (caso 9)

El sistema sacral o religioso romano incluyó en el concepto religioso de impureza ("incestus"), la comunión sexual de aquellas personas que no podían celebrar matrimonio por causa de las relaciones de parentesco existentes entre ellas (23).

Ya en época del Imperio, quienes entablaran comercio sexual no respetando el vínculo del parentesco cometían delito y la pena correspondiente era gravísima (24). Si la relación era entre madrastra e hijastro, como en el caso que aparece en la novela de Apuleyo (caso 9), tenía la circunstancia agravante de añadir el adulterio al incesto (25).

La falta de documentos impide asegurar con certeza cuál era la pena que se aplicaba en estos casos. Es de suponer que consistía en la muerte, incluso en época imperial, ya que existen alusiones a la gravedad de la misma (26).

Pero es probable que se castigara con la deportación, al menos en los casos en que el culpable perteneciera a una clase elevada (27).

Sobre el procedimiento a seguir en estos casos, todo son conjeturas. Es posible que en época imperial se encomendasen las causas de incesto a la "quaestio" establecida para

el adulterio, salvo en los casos excepcionales en que se nombraran tribunales "ad hoc" (28). La novela de Apuleyo no nos ilustra en esta ocasión pues el supuesto culpable de incesto es acusado también de otros crímenes y por tanto el proceso que sigue a la acusación y la alusión a las posibles penas, no afectan exclusivamente al incesto.

"CRIMEN VIS": Coacción; amenazas; vender a una mujer en un lupanar (Casos 11-15).

Según Mommsen, "vis" es el poder, y sobre todo la prepotencia, la fuerza, por medio de la cual una persona constriñe físicamente a otra para que realice o deje de realizar un acto contra su propia voluntad, o bien la amenaza para determinarla a ejecutar o a no ejecutar una acción (29).

El concepto de "vis" es antiguo en el Derecho privado romano, pero la "violencia" como objeto de persecución criminal, aparece relativamente tarde (30). En época de César nacen la "Lex Iulia publicorum" y la "Lex Iulia de vi privata", destinadas a castigar los actos de violencia que alteraran el orden en los juicios públicos y privados. Con el paso del tiempo, los casos particulares en los que cabía aplicar estas dos leyes, se ampliaron (31). En el Digesto están recogidas ambas leyes, especificándose las penas a que daba lugar su aplicación (32).

Los casos 11 al 15 de la novela de Apuleyo tratan de situaciones diversas, pero en todos ellos la violencia ("vis"), física o psíquica ("metus"), está presente. En ninguno de ellos se menciona castigo alguno.

"CRIMEN VIS": Secuestro (Caso 10).

La privación de libertad de una persona mediante violencia y, sobre todo, el raptarla contra su voluntad, eran hechos que caían -aún siendo las víctimas individuos no libres- bajo la "Lex Iulia de vi" (33).

El caso 10, el secuestro de la joven Cárite, entra dentro del ámbito de esta ley, que especifica que no había distinción entre una mujer casada o la que no lo estuviera (34). La pena establecida era muy severa y solía consistir en la muerte (35).

En el caso que nos ocupa los raptores son efectivamente castigados con la muerte, pues el marido de la joven secuestrada consigue liberarla y, tras ponerla a salvo, regresa acompañado de un grupo de ciudadanos que colaboran con él en el cumplimiento de su venganza ("vindicta"), (36). Los raptores son despeñados o decapitados con sus propias espadas.

La pena aplicable en estos supuestos, la pena de muerte, es ejecutada aquí por el marido de la raptada, ayudado por sus convecinos, sin que se haga referencia en el texto a la celebración de juicio alguno.

"CRIMEN VIS": Tumulto (Caso 16).

Las "Leges Iuliae de vi publica" y "vi privata" regulaban una serie de hechos punibles entre los que se encontraban las reuniones tumultuosas encaminadas a perturbar el funcionamiento de los tribunales (37).

En el caso 16, los habitantes de una pequeña ciudad pretenden llevar a cabo el castigo de un joven acusado por su padre de incesto y parricidio, sin esperar al juicio legal, sin comprobar la veracidad de la acusación, ni oír la refutación de la defensa ("ut remoto iudicandi taedio et accusationis manifestis probationibus et responsionis meditatis ambagibus cuncti conclamarint lapidibus obrutum publicum malum publice vindicari"), (38). Este caso de tumulto caería bajo el ámbito de la "Lex Iulia de vi publica", que establece que queda sujeto a esta ley todo aquel que obrare con dolo malo para que los juicios no puedan llevarse a cabo con seguridad, o para que los jueces o magistrados no puedan juzgar como es debido (39).

Las reuniones tumultuosas encaminadas a perturbar el funcionamiento normal de los tribunales solía tener una pena grave (40).

Homicidio

"HOMICIDIUM": Proporcionar veneno para matar

Eutanasia (Casos 17-43)

En el Derecho Penal romano se castigaba el homicidio como un crimen dirigido contra la comunidad como tal y este delito estaba regulado por la llamada "Lex Cornelia de sicariis et veneficis", de época de Sila (41).

En la novela de Apuleyo hay veintisiete casos de homicidio (casos 17-43), perpetrados o no, e incluídas también las alusiones.

Los casos que presenta la novela son muy variados (aunque todos ellos caen bajo la aplicación de la citada Ley Cornelia); catorce se cometen realmente (casos 18,21,23,28,29, 30,31,34,35,37,38,39,42 y 43), hay tres intentos (casos 17,36 y 40) y diez alusiones a homicidios cometidos (según afirman los personajes) pero que no suceden en el transcurso de la novela (casos 19,20,22,24,25,26,27,32,33 y 41).

La "Lex Cornelia de sicariis et veneficis" comienza afirmando que queda sujeto a la misma todo aquel que diera muerte voluntaria a una persona (42), pero además, posteriormente un rescripto de Adriano estableció que en los crímenes hay que considerar la intención y no el resultado (43), por lo que también los casos de la novela en los que existe sólo

la intención de matar, aunque luego no se lleven a cabo, quedan incluídos (44).

La condición personal del homicida no producía ningún efecto respecto a la aplicación de la ley, ni tampoco la cualidad del motivo por el que se ejecutaba la muerte, aunque es posible que las diferencias morales, la índole de los motivos, se tuvieran en cuenta por los magistrados a la hora de establecer la pena (45). También es probable que la circunstancia de la no premeditación fuera atenuante y aminorara la pena, así como la frustración del intento criminal (46).

La pena de la "Lex Cornelia de sicariis et veneficis" era la deportación a una isla y confiscación de todos los bienes (47). Posteriormente, los culpables de baja condición sufrían la pena capital que solía consistir en ser echados a las fieras (48).

Sin embargo, en la mayoría de los casos Apuleyo no menciona el castigo que debían sufrir los homicidas, bien porque el crimen queda impune, bien porque el relato sigue otros derroteros y nos quedamos sin saber qué castigo se le impone al homicida.

Los casos en que los homicidios resultan impunes son el 18,19,20,21,22,28,33,37,38,39 y 40. Los casos 24,25, 26,27 y 41 son aquellos en que un determinado personaje de la

novela expresa su deseo o su intención de cometer un homicidio, pero no lo lleva a cabo y tampoco en estas ocasiones se menciona castigo alguno. Finalmente, los casos en que sí se menciona algún tipo de castigo, sea legal o no, son los siguientes: 17,23,29,31,32,34,35,36,42 y 43.

En el caso 17, la gente de Hípata decide castigar los encantamientos de la bruja Méroe, lapidándola. La punibilidad de los hechizos dependía de que se emplearan para lograrlos determinadas formas sacrales y de que con ellos se persiguieran determinados fines. Por ejemplo, los actos sacrales ejecutados con el fin de dañar o matar a una persona (como es el caso de los llevados a cabo por Méroe), eran punibles (49). La pena que se imponía al mago solía ser la de muerte, en ocasiones por medio de la hoguera (50). Sin embargo, en este caso no se denuncia a la maga sino que se llega al acuerdo, por parte de los habitantes de la ciudad, de acabar con ella, por lo que también ellos mismos incurren bajo el peso de la Ley Cornelia, pues toda manifestación vindicativa era punible (51).

Finalmente, la maga impide que lleven a cabo sus propósitos.

En el caso 23, Lucio lucha contra tres supuestos ladrones durante la noche y los mata. La "Lex Cornelia de sicariis et veneficis" establece que cuando alguien matara a un

ladrón nocturno puede quedar impune si demuestra que no pudo evitarlo sin riesgo propio (52).

Este es uno de los pocos casos en la novela en que Apuleyo relata con detalle todo el proceso a que da lugar la comisión de un delito (53). Lucio es detenido acusado de haber cometido un triple homicidio y llevado hasta el teatro de Hípata donde tiene lugar el juicio público en el que interviene el acusador y el propio Lucio como defensor de su causa. Precisamente, el joven trata con su exposición de los hechos (54), de demostrar que los supuestos ladrones pretendían acabar con la vida de todos los habitantes de la casa de Milón y que tuvo que luchar por su propia vida, pues al intentar ahuyentarlos le opusieron audaz resistencia y trataron de matarlo a él también. Con sus palabras, Lucio trata de probar que se ha visto en peligro de perder la vida, que se vió obligado además a prestar auxilio a Milón con el que le unían relaciones de hospitalidad, que todo consistía en definitiva en un caso de legítima defensa no punible por la ley (55).

Lucio alude a la pena de la que puede ser objeto al ser juzgado por homicida: "rei capitalis" (56), e incluso a lo largo del juicio se menciona el suplicio de la cruz (57), aunque esto no parece ajustarse a la condición del acusado pues era una forma de penalidad que se consideraba deshonrosa y se aplicaba, generalmente, a los individuos no libres (58). Finalmente, Lucio descubre que sus tres víctimas son en realidad tres odres

hinchados y que todo el juicio no ha sido más que una farsa celebrada en honor del Dios de la Risa (59).

En el caso 29, un grupo de ladrones da muerte a los esclavos de una casa en la que han entrado a robar durante la noche. Estos mismos ladrones mueren tras el rescate de una joven a la que habían secuestrado a manos del marido de ésta, ayudado por un grupo de ciudadanos (caso 31).

Ya hemos mencionado que no se admitía la legítima defensa contra un hecho ya ejecutado, y que en estas ocasiones toda manifestación vindicativa era punible (60), por tanto la actuación de Tlepólemo y sus vecinos podía considerarse como homicidio.

En el caso 32, un grupo de esclavos apresan a un transeúnte al que consideran culpable del homicidio del esclavo leñador que conducía a Lucio-asno. En este caso sí parece que se actúa de acuerdo con la legalidad, pues el supuesto culpable es conducido atado a una de las chozas de los esclavos en espera de hacerlo comparecer ante los magistrados al día siguiente, para que se le impusiera el correspondiente castigo ("ad casas interim suas vinctum perducunt, quoad renascenti die sequenti deductus ad magistratus, ut aiebant, poenae reddetur"), (61).

En el caso 34, Trasilo comete un homicidio premedi-

tado. En esta ocasión es la propia esposa del muerto la que lleva a cabo el castigo. En efecto, Cárite no quiere colocar al homicida a la altura de su víctima matándolo y prefiere cegar lo porque lo considera un castigo peor que la muerte ("non ego gladio, non ferro petam: absit ut simili mortis genere cum marito meo coaequeris ... faxo feliciorem necem inimici tui quam vitam tuam sentias"), (62). En este caso, en el que la pena no es impuesta de acuerdo con la legalidad vigente sino que se trata de una venganza ("vindicta"), Cárite se extiende en consideraciones acerca del castigo que va a infligir al homicida: "nec mortis quiete recreaberis nec vitae voluptate laetaberis... at ego sepulchrum mei Tlepolemi tuo luminum cruore libabo et sanctis manibus eius istis oculis parentabo"), (63).

En el caso 35, un "vilicus" comete adulterio con una mujer libre y su esposa para vengarse destruye en un incendio toda la contabilidad y lo almacenado en el granero y después se suicida, matando a su hijo pequeño. El castigo al responsable de todos estos delitos lo ordena el amo del "vilicus", quien mata al culpable con una muerte horrible.

El esclavo, según la concepción jurídica originaria, no era considerado como persona sino como cosa y por tanto su muerte no representaba homicidio. Pero esta concepción cambió en tiempos posteriores, no por el establecimiento de la ley atribuída a Sila sobre el homicidio, sino por la interpreta-

ción y aplicación que se hizo más tarde de ella. Así, a partir de la época del emperador Claudio, se escuchaban las razones que había tenido el dueño para matar a su esclavo, y si se estimaba que no había tenido lugar fundamento suficiente, se podía intentar contra el reo la acción de homicidio (64).

Las reformas legales llevadas a cabo por el emperador Adriano (siglo II d.C.), reflejadas en sus rescriptos, dedicaban una atención especial a la situación de los esclavos (65). Respecto al caso que nos ocupa, hay que destacar que Adriano prohibió a los amos matar a sus esclavos y castigaba con el exilio a aquellos que trataban muy duramente a sus esclavos (66). Atendiendo a estas disposiciones dictadas precisamente en época de Apuleyo, hemos incluido este caso entre los de homicidio, aunque creo que difícilmente podría pedirse responsabilidad penal para el dueño, teniendo en cuenta la gravedad de los hechos que tienen lugar como consecuencia del adulterio del "vilicus".

En el caso 36 (incluido también en los de adulterio), aparece uno de los ejemplos mencionados en la "Lex Cornelia de sicariis et veneficiis". Así, según un rescripto de Adriano, la pena para el que matara al sorprender a su mujer en flagrante adulterio debía ser más leve y consistente en el destierro a perpetuidad si era de condición humilde, o la relegación temporal si era persona de alguna dignidad (67). Se tenía pues en cuenta que no concurría premeditación en el de-

lito y esto era una circunstancia atenuante, especialmente si intervenía el justo dolor del marido que daba muerte a su mujer adúltera y al amante de ésta (68).

Pero aunque todas las circunstancias se tuvieran en cuenta a la hora de dictar la pena, no por ello dejaba de existir el delito de homicidio y su castigo (más o menos leve). Y esto queda reflejado en la novela de Apuleyo, en los pasajes en que un testigo del intento de homicidio disuade al marido para no incurrir en complicidad y sufrir por tanto la misma pena (69).

Los casos 42 y 43 responden a dos homicidios cometidos por una misma persona, una mujer, que lleva a cabo otras tres muertes que están incluídas en el apartado de los parricidios. Por tanto, el comentario sobre la pena que recibe a causa de sus crímenes está incluído en los casos 51,52 y 53.

Cabe destacar, sin embargo, respecto a los casos 42 y 43, que los fallecidos (un médico y su esposa), habían incurrido también en el delito de homicidio por proporcionar el veneno utilizado en los casos 52,53,42 y 43. En efecto, la "Lex Cornelia de sicariis et veneficis" establece que debe castigarse al que hiciera o vendiera una droga con el fin de matar a alguien (70).

En cuanto al caso 41, alude a la eutanasia, que se consideraba homicidio ya que la índole del motivo por el

que se ejecutaba la muerte de otro no variaba el concepto del delito. Así, si un médico mataba a un enfermo por compasión, para poner fin a sus dolores, incurría en homicidio (71).

Este es el caso que plantea la novela, lo que induce a pensar que, aún siendo delito, en la práctica, algunos médicos la llevaban a cabo.

"PARRICIDIUM": (Casos 44-53)

El parricidio estaba regulado por la "Lex Pompeia de parricidio" del 699 a.C. (72).

Esta ley regulaba y establecía las penas para el homicidio de parientes, y según ella, se consideraban como parientes las siguientes personas: los ascendientes del homicida, cualquiera que fuera su grado; los descendientes respecto de los ascendientes, con exclusión de la persona que tuviera a aquellos bajo su potestad; los hermanos y hermanas; los tíos y tías; los primos; el marido y la mujer; los suegros, yernos y nueras; los padrastros y los hijastros; el patrono y la patrona (73).

La innovación esencial de esta ley Pompeya consistió en abolir la pena de muerte ejecutada en la forma de "culleum" y sustituirla por la pena que se aplicaba generalmente en los casos de homicidio, esto es, el destierro (74). Sin embargo, en época de Adriano el parricidio volvió a castigarse con la pena del "culleum" (el parricida, una vez azotado, era metido en un saco cosido, en compañía de un perro, un gallo, una víbora y un mono y luego se echaba el saco al fondo del mar), o bien el parricida era echado a las fieras (75).

En la novela de Apuleyo aparecen diez casos de parricidio (casos 44-53), de ellos siete se cometen ya sea realmente

o en relatos ("fabulae"), (casos 44,47,48,49,51,52 y 53), y dos son intentos (casos 45-46). En cuanto al caso 50, se refiere a la exposición de los hijos y recibirá comentario aparte. Los casos en que existe en la novela alusión al castigo que merecen son los siguientes: 44,46,49,51,52 y 53.

En el caso 44, el pueblo de Larisa, que escucha la acusación pública de adulterio y parricidio, se indigna y reclama piedras para lapidar a la acusada ("conclamant ignem, requirunt saxa, parvulos ad exitium mulieris hortantur"), (76).

Más adelante, en otro pasaje, se habla de enterrarla viva junto al cadáver de su marido ("hi pessimam feminam viventem statim cum corpore mariti sepeliendam"), (77). Finalmente, el relato continúa por otros derroteros y no se detalla cómo acabó el asunto, ni si el castigo se llevó a cabo.

En el caso 46, incluido en el relato de Cupido y Psique (78), Cupido castiga a Psique simplemente con su ausencia ("te vero tantum fuga mea punivero"), (79). En cuanto a las hermanas de Psique, que han inducido a la joven a atentar contra su esposo (caso 45), Cupido anuncia que sufrirán su pena por ello ("sed illae quidem consiliatrices egregiae tuae tam perniciosi magisterii dabunt actutum mihi poenas"), (80). En efecto, la propia Psique es la que lleva a cabo el castigo, matando a ambas (caso 47).

Es evidente que en estos pasajes Apuleyo atiende más a la fantasía del relato que a las normas legales vigentes, a pesar de que es precisamente el relato de Cupido y Psique uno de los que mayor número de alusiones legales contiene. Así, cuando Psique trata de engañar a una de sus hermanas para vengarse de ella, le anuncia que Cupido ha castigado su intento de parricidio repudiándola ("ob istum tam dirum facinus confestim toro meo divorte tibi que res tuas habeto"), (81).

En el caso 49, la mujer de un decurión que ha cometido parricidio, acusa a su hijastro del crimen. Tiene lugar entonces un juicio (82), y en su transcurso se menciona la pena del "culleum" ("...quin eum evidenter noxae compertum insui culleo pronuntiaret"), (83). Finalmente se descubre que la culpable es la madre, que ha envenenado a su hijo con la ayuda de un esclavo. La pena consiste en el destierro perpetuo para la mujer y la muerte en el patíbulo del esclavo ("et novercae quidem perpetuum indicitur exilium, servus vero patibulo suffigitur"), (84).

En este caso aparecen, pues, tres penas distintas ("culleum", destierro perpetuo y patíbulo), todas ellas referidas al mismo delito, el parricidio. La aplicación de la pena del "culleum" al joven acusado de haber dado muerte a su hijastro, concuerda con la legalidad vigente como ya hemos visto (85). Más sorprendente resulta el destierro de la mujer culpable de haber dado muerte, mediante veneno a su hijo. En esta

ocasión debería aplicarse la "Lex Pompeia de parricidio", que establece que la madre que matara a su hijo será castigada con la misma pena de la "Lex Cornelia de sicariis et veneficis" (86). Pero en ese caso es evidente que Apuleyo no recoge la disposición de Adriano que agravaba la pena (87). Es posible que la diferencia entre las penas mencionadas para uno y otro acusado, estribe en que el joven, además del parricidio, estaba acusado de incesto (caso 9), aunque, como ya vimos al tratar este caso la pena solía ser la deportación (88).

En cuanto al esclavo acusado de proporcionar el veneno a su dueña, su muerte en el patíbulo era una forma de pena que se consideraba deshonrosa, y se aplicaba, como en esta ocasión, preferentemente a los individuos no libres (89).

Los casos 51, 52 y 53 responden a tres parricidios llevados a cabo por una misma persona, una mujer (acusada también de haber cometido dos homicidios: casos 42 y 43). La pena, a falta de otro suplicio proporcionado a su maldad, fue la condena a las bestias ("minus quidam quam merebatur, sed quod dignus cruciatus alius excogitari non poterat, certe bestiis obiciendam pronuntiavit"), (90). En esta ocasión, pues, sí se aplican las disposiciones de Adriano añadidas a la ley Pompeya (91).

En cuanto al caso 50, de acuerdo con el Derecho Penal romano, los padres tenían la potestad de abandonar o no

alimentar a los hijos que le nacieran pudiendo en cambio darles muerte o exponerlos a ella. Es decir, parece haber sido un derecho perfecta y absolutamente reconocido al padre el de exponer a sus hijos (92). El motivo de incluir este caso entre los de parricidio, a pesar de que evidentemente no está recogido por la "Lex Pompeia de parricidio", es la consideración de las innovaciones legales de Adriano, que tendían a favorecer la situación de los hijos respecto de la "patria potestas" de los padres. Así, Adriano, condenó expresamente el abuso de dicha "patria potestas", pues consideraba que ésta debía consistir en el afecto y no en la fiereza (93).

El emperador Constantino fue el primero que negó expresamente a los padres el derecho de dar muerte a sus hijos, aunque puede dudarse de que esta disposición, considerando como homicidio la muerte dada al hijo, se aplicara a la exposición de éstos. Finalmente, un edicto publicado por Valentiniano I en el año 374, declaró que la muerte dada a un niño era sencillamente un caso de homicidio (94).

	Acusación falsa	
	Declaración falsa	
"CRIMEN DE FALSIS":	Pagar con moneda falsa	
	Vender sentencias	(Casos 54-66)

La "Lex Cornelia testamentaria nummaria", de época de Sila, regulaba las irregularidades que se cometían en materia de testamentos y del comercio monetario. Más tarde, pasó a llamarse "Lex Cornelia de falsis", y se amplió el número de casos comprendidos en la misma, por medio de disposiciones concretas (95).

Pero esta ley no recogía todos los actos que caían bajo el ilimitado concepto de engaño fraudulento, sino sólo los que envolvían un peligro general. De esta forma el "falsum", o la falsificación, no es en el Derecho Penal romano una idea unitaria más que desde el punto de vista del procedimiento y para los efectos procesales (96).

Así pues, la "Lex Cornelia de falsis" no ofrece un concepto general único del delito cuyas varias formas reprime. Mediante ella quedó sometido a un procedimiento fijo y a penas legales una serie de acciones que hasta entonces, por la razón de no estar contempladas en ninguna ley especial, no podían ser perseguidas sino, si acaso, invocando el vago concepto de los delitos contra el Estado. Entre los actos conminados con penas, bien por la ley Cornelia, bien por las modifi-

caciones hechas a la misma, se encuentran los delitos de falsificación de moneda y los delitos en el ámbito del proceso y aquellos cometidos por abogados (97).

Así pues, quedan incluidos bajo la acción de la "Lex Cornelia de falsis" los delitos de la novela de Apuleyo clasificados como casos de acusación y declaración falsa (casos 54-62), pagar con moneda falsa (caso 63) y casos de sentencias injustas (casos 64-66).

La pena para los transgresores de esta "Lex Cornelia" variaba según la condición del reo. Si la persona era de rango superior sufría la deportación junto con la confiscación de sus bienes; en los casos leves, la pena era la relegación de por vida, junto con la pérdida de la mitad del patrimonio, o bien pena de privación de algún derecho honorífico. En reos de condición inferior el castigo era el trabajo forzoso o, en algunos casos, pena de muerte, que era la que se aplicaba generalmente a los esclavos (98).

Los casos que presenta la novela de Apuleyo de acusación y declaración falsa (casos 54-62), caen bajo el ámbito de la "Lex Cornelia de falsis" que castiga a todos aquellos que actúan para lograr la condena de un inocente, y a los que presten un testimonio falso de mala fé (99). Pero en ninguno de estos casos se alude a ningún tipo de castigo en la novela.

También atiende la citada ley Cornelia los casos en que se pronunciaba un fallo comprado mediante dádivas, o a sabiendas de que éste era injusto (casos 64-66), (100). Pero tampoco en estas ocasiones menciona Apuleyo ningún castigo.

En cuanto al caso 63, alude a la falsificación de moneda que, como hemos visto, estaba incluída también en la "Lex Cornelia de falsis" (101). Como en los otros casos de la novela incluídos en el "crimen de falsis", no se menciona ningún castigo.

CRIMENES CONTRA LOS DEBERES CIVICOS:

INFRACCION AL JURAMENTO MILITAR: (Caso 67)

En el caso 67, se trata de una infracción al juramento militar cometida por un soldado romano, que ha perdido su espada ("nam praeter propriam contumeliam militaris etiam sacramenti genium ob amissam spatham verebatur"), (102). En la novela se dice que el soldado se ocultaba, pues temía el castigo debido a su falta, aunque no especificaba cuál podría ser éste.

Modestino clasificó así los castigos militares en el Digesto: azotes, multa, aumento de servicios, cambio de destino, degradación y expulsión ignominiosa ("castigatio, pecuniaria multa, munerum indictio, militae mutatio, gradus deiectio, ignominiosa missio"), (103). En ocasiones muy graves también podían sufrir la pena de muerte (104), e incluso ser torturados antes de morir, a pesar de que generalmente los militares no podían ser sometidos a tormento (105).

La pérdida de las armas se castigaba de forma distinta, según tuviera lugar en tiempos de guerra o de paz, y también según de qué arma se tratara (106). En tiempo de guerra podía ser castigado con la pena de muerte, aunque, en ocasiones se le cambiaba de destino: "Miles, qui in bello arma amisit vel alienavit, capite punitur, humanae militiam mutat" (107). En tiempo de paz, la pérdida de las armas se conside-

raba un crimen grave que se equiparaba a la deserción, pero se distinguía entre la pérdida de una arma u otra: "Arma alienasse grave crimen est, et ea culpa desertioni exaequatur, utique si tota alienavit: sed si partem eorum, nisi quod interest. Nam si tibiale vel umerale alienavit, castigari verberibus debet, si vero lorica, scutum, galeam, gladium, desertori similis est" (108).

En cuanto a la pena por causa de deserción, variaba según las circunstancias. En tiempos de paz, generalmente se castigaba con el cambio de armas ("militae mutatio"), o la supresión del grado ("gradus delectio"), (109). Esta sería pues, probablemente, la pena adecuada en el caso 67.

EVITAR CUMPLIR CON CARGAS PUBLICAS: (Caso 68)

En Met. IV, 9, 4, se habla de un tal Crísero de Tebas, rico banquero que por miedo a las obligaciones y cargas públicas, ocultaba sus riquezas ("Nec nos denique latuit Chryseros quidam nummularius, copiosae pecuniae dominus, qui metu officiorum ac munerum publicorum magnis artibus magnam dissimulabat opulentiam", (caso 68)).

Efectivamente, el prestigio de pertenecer al grupo de los "honestiores", compensaba generalmente el desembolso de tiempo, energía y dinero que suponía. Pero hubo siempre,

en todas las épocas, quienes no pensaban lo mismo, y así, dos ejemplos distantes en el tiempo son la referencia de Labeon (110), y este pasaje de Apuleyo (111).

IV.1.2: "Delicta": leyes, normas, disposiciones y penas.

"FURTUM": Robo (Casos 69-77).

Según un texto de Paulo recogido en el Digesto, el hurto es la sustracción fraudulenta con intención de lucro, sea de la misma cosa, sea también de su uso o de su posesión, lo que la ley natural impide hacer (112).

El hurto recae sobre cosa mueble. Aulo Gelio relata que Sabino en su obra "De furtis", admite la posibilidad de que el objeto de hurto fuera también una cosa inmueble (113). Pero parece ser que esta opinión no llegó a prevalecer (114). El elemento subjetivo del "furtum" es el dolo. Para ello, afirma Ulpiano que nadie comete hurto sin dolo malo (115).

Ya en las XII Tablas se distinguía entre el "fur manifestus" y el "fur nec manifestus", estableciendo para ellos distintas penas (116). "Fur manifestus" es el sorprendido con la cosa hurtada, aunque no sea en el mismo lugar del hurto, antes de que la lleve al lugar donde pensaba depositarla (117). Cuando no se sorprende en flagrante delito recibe el nombre de "fur nec manifestus" (118). Algunos juristas distinguen también otras dos clases de hurto: el "furtum conceptum", que tiene lugar cuando la víctima descubre la cosa hurtada mediante pesquisa solemne, y el "furtum oblatum", que aparece cuando alguien endosa el objeto robado a otra persona (119). Aulo

Gelio habla de todos estos términos que, afirma, resultan útiles y agradables de conocer y remite a la obra ya mencionada de Sabino, "De furtis" (120).

La apropiación indebida no era punible sino cuando causaba daño a un tercero en sus bienes. La tentativa no caía pues bajo la legislación relativa al hurto y se consideraba consumación no al acto de llevarse la cosa, sino en el momento de tocarla (121).

Los delitos hasta ahora mencionados estaban castigados con una pena que sufrió modificaciones a lo largo de los siglos. Aulo Gelio habla de las penas antiguas que se correspondían con los distintos tipos de robo, y afirma que, de acuerdo con la jurisprudencia de su época, la pena para el ladrón cogido en flagrante delito consistía en pagar el cuádruplo del valor del objeto robado (122).

Además, ya desde el siglo II d.C. puede hablarse de cierta categoría de hurtos a los que se da la denominación de delitos extraordinarios, con respecto a los cuales la medida penal era más arbitraria que con relación a los delitos ordinarios (123). Interesa destacar esta especial categoría de hurtos puesto que algunos de ellos, como veremos a continuación, aparecen incluidos en los casos que contiene la novela de Apuleyo.

En las Metamorfosis hay nueve casos de "furtum"

(casos 69-77), incluídos los perpetrados, las tentativas y las simples alusiones. Las circunstancias y los objetos del robo son muy variados y aunque en ningún caso se menciona ninguna pena concreta, sí se relatan diversas actuaciones encaminadas a aplicar un castigo.

En los casos 70 y 74 se hace referencia a robos en balnearios. El caso 70 es una simple alusión que parece indicar que esta situación era corriente en la época. En cuanto al 74 (relacionado con el 7 y el 13), el supuesto ladrón es el esclavo de un decurión, acusado de haber robado unas sandalias en el balneario. El decurión, perdona al esclavo y le ordena que las devuelva a su dueño. En principio, este caso parece acorde con la penalidad que se seguía en los casos de hurto, en los que no se trataba de castigar a los reos por su culpabilidad moral, sino de dar satisfacción debida a los damnificados, reparando el daño causado (124). Sin embargo, ya hemos mencionado que desde el siglo II d.C. cierta categoría de hurtos quedaron incluídos bajo la denominación de delitos extraordinarios, y entre ellos se encuentran los hurtos cometidos a balnearios, como es el caso que nos ocupa (125).

El ladrón de balnearios ("fur balnearius"), podía ser juzgado por el procedimiento criminal y sufrir una pena pública, aunque en casos leves o poco importantes el reo podía ser simplemente reprendido, previa devolución del objeto robado (126). En el caso que tratamos no existe denuncia por par-

te del afectado, sino simples manifestaciones de protesta ante el dueño del esclavo ladrón; además el carácter del hurto parece leve pues el objeto sustraído son unas sandalias. Teniendo en cuenta todas estas circunstancias, la actuación del decurión no resulta extraña ni inadecuada.

En el caso 69 se alude a los hurtos en los mesones, específicamente mencionados en el Digesto (127). El caso 71 trata del registro que llevan a cabo unos jóvenes en una posada buscando un asno que les habían robado; el texto recalca que registraban muy minuciosamente todos los mesones ("nimioque studio cuncta devorsoria scrutantes"), (128), dispuestos a recuperar lo que era suyo. En esta ocasión no se sigue el procedimiento de solicitar el registro doméstico ante el magistrado, que era algo particular del citado procedimiento por hurto, sino que los jóvenes afectados por el robo efectúan la búsqueda ellos mismos. Hay en la novela de Apuleyo otro caso que contiene una actuación distinta y que veremos a continuación.

En efecto, en el caso 76, unos soldados acuden ante los magistrados y acusan a un hortelano de hurto; afirman que habían perdido en la calle un vaso de plata, que el hortelano se lo había encontrado y se negaba a devolverlo. Los magistrados acuden a la casa donde estaba refugiado el hortelano y reclaman su presencia. Como el dueño de la casa niega que el acusado se encuentre allí, ordenan llevar a cabo un regis-

tro. Apuleyo describe la escena, con la entrada en la casa de los líctores y demás agentes de la autoridad ("immissis itaque lictoribus ceterisque publicis ministeriis angulatim cuncta sedulo perlustrari iubent"), (129).

En esta ocasión, pues, la actuación de los personajes de la novela está de acuerdo con los trámites establecidos en el procedimiento por hurto (130). En este caso que comentamos son dos los posibles culpables del delito de hurto. En efecto, el hortelano al ser acusado de llevarse una cosa ajena perdida queda sujeto a la acción de hurto (131). En cuanto al amigo que lo encubre en su casa, responde también a idéntica acusación por el mismo hecho de ocultarlo (132).

En cuanto a la pena que pudieran sufrir ambos, Apuleyo menciona que fueron detenidos y llevados a la cárcel y que merecían la pena capital, pero añade que ignora cuál fue su suerte ("poenas scilicet capite pensurum in publicum deducunt carcerem"), (133). Este caso, en que la cosa robada se encontraba mediante un registro formal y autorizado ("furtum conceptum"), se equiparaba a la forma más grave de este delito y solía emplearse una forma de penalidad de las más severas. Si el ladrón no era libre se le solía aplicar el suplicio y, si lo era, la pena podía llegar también a ser una pena capital (134). De los casos referentes al hurto que contiene la novela de Apuleyo, el 76 es, en consecuencia, uno de los que más se ajusta a la legalidad existente en la época, tanto en cuanto al proce-

dimiento como en relación a la pena.

En el caso 72, el objeto robado es un cántaro de oro perteneciente a un templo. El hurto de las cosas pertenecientes a los dioses tenía desde el siglo II d.C. carácter de cualificado, está incluido en la denominación de delitos extraordinarios (como el robo en los balnearios al que aludíamos antes) (135). Según la Ley Julia de las sustracciones sacrílegas, todos aquellos que roban en los templos públicos son ladrones sacrílegos y sufren por ello pena capital (136).

En la novela de Apuleyo, los propios autores del robo mencionan el proceso capital al que van a ser sometidos ("noxios religionis antistites ad discrimen vocari capitis"), (137). Los culpables son encarcelados y el cántaro robado se deposita de nuevo en el tesoro del templo ("vinctos in Tullianum compingunt cantharoque et ipso simulacro, quod gerebam, apud fani donarium redditis ac consecratis"), (138). Así pues, aunque la novela no detalla lo que pueda suceder después con los detenidos, este es un ejemplo de aquellos casos en que la justicia y el mantenimiento del orden la ejercen un grupo de hombres que habitan en el lugar.

En el caso 75 se menciona el robo de ganado ("boves abigendo, pecua trucidando"), (139).

Al ladrón de ganado ("abigeus"), se le consideraba también, desde el siglo II d.C., como reo de hurto cualifica-

do. La pena aplicable podía ser la de muerte, aunque la regla general era que a los reos de clase superior se les impusiera pena de relegación y pérdida de los honores que tuviesen, y, a los de clase inferior, pena de golpes y además el trabajo forzoso temporal o perpetuo (140). Tanto en este caso 75, como en los restantes 74 y 76, la novela no menciona castigo alguno.

En el caso 77, la situación que se plantea está recogida en el Digesto. En efecto, dos hermanos esclavos se plantean disolver su sociedad ("societas"), antes de verse obligados a acusarse mutuamente de robo ("ne viderer rapinae sortidae meum fratrem arguere"), (141). En los casos en que un socio hurtara la cosa en copropiedad, Ulpiano opina que deberá decirse sin duda que compete la acción de hurto, pues se puede cometer hurto en las cosas comunes (142).

"DELICTA"

"RAPINA": Rapiña (Casos 78-102).

A lo largo de la historia del Derecho romano el "furtum" fue un delito privado. Pero progresivamente surgen y se afianzan las penas públicas para reprimir las modalidades más graves. Así, a fines de la República la "Lex Cornelia de sicariis et veneficis" castiga al ladrón armado, y desde el siglo II d.C. toda una serie de hurtos cualificados (de los que ya hemos mencionado algunos casos), caen bajo el procedimiento criminal), (143).

La "rapina" era uno de los ejemplos de hurto cualificado, y consistía en la substracción hecha con violencia (144). Así pues, los delitos contra la propiedad ejecutados con armas en la mano, perdían, a los ojos del Derecho penal, ese carácter de delitos contra la propiedad puesto que se hallaban regulados por la ley contra el homicidio ("Lex Cornelia de sicariis et veneficis"), (145). Pero si se empleaba la violencia sin causar ninguna herida, el hecho era castigado como hurto grave (146).

La pena de la ley Cornelia consistía en la deportación para los reos de clase superior, y pena de muerte para los de clase baja (147). En el caso de que se ejercitara la acción de cosas robadas con violencia, la medida penal dependía del arbitrio de las autoridades correspondientes (148).

En la novela de Apuleyo hay veinticinco casos de "rapina" (casos 78-102), incluídas las simples alusiones (casos 79,81,91 y 100). De todos ellos sólo en siete ocasiones se habla en la novela del castigo, o de algún tipo de acción contra los ladrones (casos 83,85,88,89,95,98 y 101).

En el caso 83, se habla de bandas armadas que actúan por la noche en la ciudad de Hípata, y se menciona la incapacidad de las tropas del gobernador para evitar sus actos ("nec praesidis auxilia longinqua levare civitatem tanta clade possunt"), (149).

En el caso 85, uno de los ladrones que han participado en el robo, cuenta a sus compañeros toda la información que ha obtenido escuchando entre los corros de gente, en Hípata. Se sospechaba que el autor había sido Lucio, quien se hospedaba en la casa de Milón y desapareció la noche del robo. Por orden de los magistrados se arrestó y encerró a su esclavo para que informara sobre su amo, pero no se consiguió ninguna información, a pesar de que fue torturado. No obstante, se enviaron emisarios a la patria de Lucio, para que se le buscara hasta encontrarlo, e imponerle el castigo merecido ("missos tamen in patriam Lucii illius multos numero qui reum poenas daturum sceleris inquirerent"), (150).

En los casos 88 y 89 dos bandas armadas actúan durante la noche en sendas casas de Tebas y Platea. En ambas

situaciones son los propios afectados quienes se defienden atacando a los "latrones". Los dos casos quedan sujetos a la "Lex Cornelia de sicariis et veneficis", que castiga a quien anduviera armado para cometer un hurto (151), y en ambos los afectados se defienden, llegando a causar (caso 90), la muerte del ladrón.

la defensa propia, recogida ya en las Doce Tablas, atendía a las ocasiones en que existiera ataque a la vida o a la honestidad. Se consideraba como caso de peligro a la vida el de los ataques a la propiedad, cuando tuvieran lugar de noche, si el agresor llevaba armas en la mano y siempre que la víctima hubiera pedido auxilio. Más tarde, continuó siendo lícito oponer fuerza a la fuerza, pero si se llegaba al caso de haber dado muerte a alguien, había que probar que el homicida corrió el riesgo de perder la propia vida (152). En los casos que comentamos ahora, sería el tribunal quien resolviera a su discreción si ese peligro había existido o no (153).

El caso 101 no recoge una ocasión "real" de "rapina", pero sí refleja de forma muy gráfica la respuesta popular ante una supuesta banda de "latrones". En efecto, Apuleyo cuenta que un grupo de esclavos fugados fueron tomados por una partida de salteadores y, al pasar por una "villa", fueron atacados con perros y piedras ("Villae vero, quam tunc forte praeteribamus, coloni, multitudinem nostram latrones rati, satis agentes rerum suarum eximieque trepidi canes rabidos et in-

manes..."), (154). Una vez aclarada la situación, los asaltantes justifican de esta manera su actuación: "Non vestrorum spoliorum cupidine latrocinamur sed hanc ipsam cladem de vestris protelamus manibus: iam denique pace tranquila securi potestis incedere), (155). Este caso, como los anteriores 88 y 89, refleja muy claramente una forma de reacción ante las bandas de "ladrones", responder con violencia ante la violencia (o posible violencia). Los tres son muy significativos, aunque el castigo impuesto a los ladrones no responda a una pena dictada según las normas legales vigentes.

El caso 95, es, en cambio, uno de los pocos en los que el castigo sí se impone de acuerdo con las disposiciones legales de la época, aunque hay que destacar que no se trata de algo que suceda realmente durante el transcurso de la novela, sino que aparece dentro de un relato inventado por uno de los personajes (156). Es el propio César quien ordena que la banda de ladrones sea eliminada y, efectivamente, destacamentos militares se encargan de llevar a cabo la tarea ("denique noluit esse Caesar Haemi latronis collegium, et confestim interivit; tantum potest nutus etiam magni principis. Tota denique factione militarium vexillationum indagatu confecta atque concisa"), (157). En este caso, pues, la pena concuerda con lo establecido en el Digesto (158). Finalmente, en el caso 98 (relacionado con el 32), también se actúa de acuerdo con la legalidad, pues el supuesto culpable es detenido, en espera de hacerlo comparecer ante los magistrados, para que

se le imponga el castigo debido. Sin embargo, Apuleyo no habla de la posible pena que pudiera imponérsele.

"DELICTA":

"INIURIA": Calumnias; Causar lesiones físicas, tortura; Vender como esclavo a un ciudadano romano (Casos 103-116).

En sentido amplio "iniuria" es término expresivo de la antijuricidad de un acto (cualquier acto): "quod non iure fit" (159). La "iniuria" era, pues, la injusticia, lo opuesto al Derecho ("ius"), no en su sentido ético sino en el político. Pero técnicamente se daba a este término un significado más restringido, aplicándolo con sentido positivo a las ofensas causadas a un tercero (160), asumiendo entonces figura de delito.

Es en las Doce Tablas donde aparece codificada la "iniuria", como uno de los delitos privados, pero referida únicamente a casos singulares de lesión o violencia corporal (161). Posteriormente se fueron sumando disposiciones que ampliaron el concepto de "iniuria", de forma que quedaron incluídas en este delito todas las ofensas causadas dolosamente a la personalidad (162). También sufrió cambios el procedimiento respecto a este delito. En época de Sila se establece la "Lex Cornelia de iniuriis", y por ella ciertos casos de "iniuria" podían ser objeto de persecución criminal. Finalmente, en época imperial, se fija la regla de que para toda clase de injurias es dable proceder por vía criminal o civil (163).

La personalidad podía ser ofendida de tres maneras: en su cuerpo, en su condición jurídica o en su honor; y no existía una palabra que sirviera para designar técnicamente estas diversas categorías de hechos, todos quedaban englobados bajo el término de "iniuria" (164).

En la práctica, no toda injuria daba lugar a acción. En este delito predominaba de la manera más amplia el arbitrio judicial y los magistrados (teniendo en cuenta los abusos que podían cometerse sobre todo en materia de responsabilidad judicial por causa de ofensas al honor), no solían conceder la acción de injurias sino en los casos más evidentes y notables (165). Es muy difícil, pues, establecer con precisión en qué casos podía entablarse la correspondiente acción de "iniuria". Cabe también plantearse si a cada hecho concreto de injuria había de aplicarle el pretor una ley determinada, o si -como parece desprenderse de los testimonios de que disponemos- los pretores daban la acción para el caso controvertido y la teoría aprobaba este modo de proceder. Pocas partes del Derecho privado fueron tratadas con tanta agudeza teórica y con tanta penetración táctica como ésta, y pocas también permanecieron tan intactas a lo largo del Imperio (166).

En cuanto a las penas, se limitaban, por regla general, tratándose de personas de rango superior, al destierro temporal, y en ciertas circunstancias a la suspensión de empleo o profesión. Si eran individuos de clase inferior solía consis-

tir en castigos corporales y a los esclavos se les flagelaba. Sin embargo, a veces se impusieron condenas más graves (167).

Los casos extraídos de la novela de Apuleyo y catalogados en el apartado de la "inuria" son numerosos, pero cabe preguntarse si efectivamente todos ellos entrarían sin ninguna duda en el concepto de este delito. Efectivamente así sucede en los casos de lesiones corporales, pero las ofensas que no recaían en el cuerpo no obtenían acción de "iniuria" con carácter absoluto e incondicional sino que dependían de manera amplia del arbitrio judicial, como ya hemos indicado (168). Por lo demás, sólo en uno de los casos de "iniuria" que aparecen en las Metamorfosis, se menciona castigo o pena (caso 117).

Finalmente, cabe destacar el caso 116, que se refiere a vender como esclavo a un ciudadano romano. E. Costa considera que puede incluirse en el ámbito de la "Lex Cornelia de iniuriis" (169).

"INIURIA": Prácticas mágicas (Casos 117-122)

La magia, fenómeno de todos los tiempos y todos los lugares, es difícil de definir. Plinio la califica de ar-

te falaz, mezcla de medicina, religión y astrología (170).

Las prácticas mágicas, es decir, la realización de hechos maravillosos buscando con ellos malos fines, caían dentro del Derecho penal (171). La magia fué tratada desde época de Tiberio, como una especie de envenenamiento, a lo que contribuyó probablemente el hecho de que a menudo se vendían en los mismos sitios los venenos y los filtros y sustancias utilizados en las prácticas mágicas. La "Lex Cornelia de sicariis et veneficis", de época de Sila, no incluiría en sus orígenes al "magus" en el concepto de "veneficus", pero pronto se añadieron disposiciones legales que ampliaron el ámbito de esta ley, quedando, como hemos visto, comprendidas las prácticas mágicas (172).

Durante el siglo II d.C., las acusaciones de magia estaban sometidas a esta ley Cornelia, y precisamente el propio Apuleyo compareció ante los tribunales como reo de magia ("veneficii reus"), en su autodefensa distinguió su condición de la del "venenarius", "sicarius" y "fur", es decir, de la de los tres tipos de delincuentes que incurrían bajo la acción de la ley Cornelia fundamentalmente (173).

Quedaba considerado como magia dolosa todo hecho maravilloso o sorprendente que se ejecutara en mala forma o con malos fines, siendo punible incluso la mera ciencia o conocimiento, por lo que se solían confiscar y quemar los libros

que enseñaban a ser magos (174).

Más que en otras clases de delitos, en éstos, la apreciación de los hechos, que en este concreto caso servían para calificar o no de mago al acusado, dependía del arbitrio de los magistrados. Generalmente la punibilidad dependía de que en las prácticas mágicas se emplearan determinadas formas sacrales y que con ellas se persiguieran determinados fines. Así, se castigaban siempre los "sacra nocturna", los "sacra" que exigieran sacrificios humanos, los actos mágicos relacionados con los cadáveres y los sepulcros, y las prácticas mágicas ejecutadas con el fin de dañar o matar a una persona (175). La magia fue siempre considerada como uno de los más graves delitos, hasta el punto de que cuando se concedían aboliciones o amnistías generales, solía ser exceptuado de ellas. Frecuentemente, la muerte constituía su castigo (176), en cuanto a la posesión de libros mágicos, se castigaba con la deportación o el suplicio, dependiendo de la condición personal del acusado (177).

En la novela de Apuleyo hay seis casos de prácticas mágicas, que incluyen diversos tipos de actos y encantamientos (casos 117,118,119,120,121,122), pero sólo en uno se habla del castigo (caso 117), y en otro se alude a la actuación de la justicia (caso 120).

En el caso 117, los habitantes de Hípata deciden

castigar los encantamientos de la bruja Méroe, que actúa impunemente en presencia de testigos ("Sed quod in conspectum plurium perpetravit"), (178). El castigo consiste en la lapidación, pero la bruja ("saga"), impide que lo lleven a cabo adelantándose al proyecto con la virtud de sus encantamientos ("quod consilium virtutibus cantionum antevortit"), (179).

En el caso 120, un personaje comenta que las brujas ("sagae") que desgarran los cadáveres, burlan fácilmente la vigilancia de la justicia ("ut ipsos etiam oculos solis et Iustitiae facile frustentur"), (180).

"DELICTA":

"DAMNUM": Cuadrúpedo causa menoscabo; Daño material, incendio, estrago; maltratar animales ajenos (Casos 123-141).

Al desarrollarse el Derecho romano se dividió la "iniuria" en "iniuria" propiamente dicha, es decir ofensa antijurídica causada a la persona, y "damnum iniuria" o daño causado injustamente a las cosas. En el primer caso se atendía a la imposición de penas y en el segundo había que procurar ante todo la indemnización del daño (181).

No han llegado hasta nosotros las disposiciones generales del Código de las Doce Tablas referentes al daño en las cosas (182). Sí figuran en él disposiciones relativas a los daños causados a las cosas ajenas, pero sin que pueda hablarse de un tipo único de delito (183).

La norma que servía para regular el "damnum" era la "Lex Aquilia", de fecha incierta, pero probablemente en torno al 286 a.C.. La legislación posterior se ocupó poco de esta materia, pero la práctica de los tribunales y la doctrina de los jurisconsultos, ampliaron mucho por medio de la "interpretatio" la concepción estrecha que se desprendía de la letra del plebiscito Aquiliano, haciendo posible su aplicación a las necesidades reales (184).

El "damnum iniuria" consistía en destruir una cosa ajena o mermar su valor, sin tener derecho para ello. Había que determinar, pues, claramente el contenido del concepto de propiedad, cuales eran los actos aminoradores o destructores del valor de ésta y en qué consistía la antijuricidad propia de este delito, más amplia que la de otros hechos incluidos en el Derecho Penal romano (185).

Sólo el daño a las cosas sometidas a propiedad podía tomarse como constitutivo de este delito, que, en rigor, no consistía en el daño producido a la cosa sino en el inferido a la persona a quien la misma pertenecía. La acción se concedía al dueño y al que tuviera derecho sobre la cosa (186). En un principio parece ser que la acción se limitaba a las cosas muebles, pero en época republicana se amplió también a los daños en inmuebles (187).

La "Lex Aquilia" consideraba como daños, si se trataba de seres vivos la muerte de ellos, si eran cosas el romperlas o quemarlas. Pero los jurisconsultos ampliaron esta concepción de modo que pasó a considerarse como muerte todo aquello que diese origen a ella, y rompimiento a la corrupción o disgregación, incluyendo además todo acto manual que produjese daños (188). El "damnum" puede ser producido por dolo o por culpa del hombre, del esclavo o del animal (189). Se consideraba, pues, que existía este delito no sólo cuando se había obrado con mala intención ("dolus"), sino también cuando se

hubiera hecho sin intención, osea con "culpa" (190).

En los procesos por "damnum" no se acudía al procedimiento capital y los perjudicados debían aceptar el pago o indemnización por el daño. La acción se concedía "in simplum" para quien confesaba e "in duplum" contra quien se obstinaba en negar (191). La "Lex Aquilia" prescribía la reparación del daño en cada caso y consideraba esta reparación como una verdadera pena (192). Finalmente, existían una serie de acciones derivadas de delitos, que no caían dentro del círculo de los daños a la propiedad sancionados por la "Lex Aquilia", pero que eran consideradas y sentenciadas de un modo más o menos análogo a las aquilianas (193). Algunos de los casos extraídos de la novela de Apuleyo y catalogados en este apartado de "Damnum", pertenecen a este tipo de acciones, como veremos a continuación.

Hay en las Metamorfosis un caso (123), de menoscabo de cuadrúpedo. En estas ocasiones procede una acción de la ley de las Doce Tablas, en la que, como vimos antes, figuran disposiciones relativas a los daños causados en las cosas ajenas. Una de estas acciones, que se refieren a casos aislados, es precisamente la "actio de pauperie", concedida contra el dueño del animal que causa daño ("pauperies") a una cosa ajena (194). El propietario podía elegir entre el resarcimiento del daño o a la entrega del animal (195). En la novela de Apuleyo no hay reclamación alguna por parte del hortelano afecta-

do, que se limita a golpear al asno que ha destrozado su huerto (196).

Otro ejemplo de estos casos aislados que mencionan las Doce Tablas y que se consideraban y sentenciaban de modo análogo a como lo hacía la "Lex Aquilia", es el del incendio doloso. En la novela de Apuleyo hay un caso de este tipo (caso 124, relacionado con el 4 y el 48). En época imperial los jurisconsultos diferenciaban si el incendio había producido riesgo de muerte o sólo daño en la propiedad. En el primer caso lo incluían en la ley sobre el homicidio, y en el segundo lo consideraban como daño cualificado y en tal concepto lo incluían entre los delitos extraordinarios. Además, para considerarlo de éste último modo, no era necesaria la existencia del "dolus" (197). En cuanto a la pena, dependía de las circunstancias. En el caso que nos ocupa (caso 124), probablemente sería muy grave. Para estas ocasiones Mommsen menciona la pena de reclusión si se trataba de un reo perteneciente a la clase alta, y de la condena a las minas o los trabajos forzados a perpetuidad, si se trataba de personas de clase inferior (198).

En la novela de Apuleyo, el amo del "vilicus" responsable de lo sucedido, ordena la muerte de éste. Pero como el incendio no es el único delito que provoca el esclavo (ver casos 4 y 48), no cabe considerar que el castigo se le imponga exclusivamente por el "damnum" causado.

Todos los casos restantes extraídos de las Metamorfosis, y catalogados en el "damnum", consisten en daños causados en propiedades ajenas (animales y cosechas), y caerían por tanto bajo la acción de la "Lex Aquilia". Pero en ninguna ocasión se habla de pena o castigo en la novela.

ACTOS CONTRA EL DERECHO PRIVADO:

USURA, (CASO 142).

La ley moral es la base del Derecho Penal romano, pero no son, una y otra, cosas idénticas. Mirados desde el punto de vista moral, el hurto y la usura son igualmente reprochables, y en ambos es la conciencia la que traza los límites entre lo lícito y lo ilícito. Cuando la ley moral se transforma en ley penal, se fija de modo positivo los elementos constitutivos de cada hecho delictivo, y esta fijación está sujeta al arbitrio. Es más, cuanto más trata de acomodarse la ley penal y la ley moral, tanto mayor es la intervención que se da al arbitrio (199).

Así pues, la prohibición de la usura estriba sobre la ley moral, lo mismo que el hurto, pero mientras que con relación a la propiedad hay una ley que excluye todo arbitrio, cuando se trata de la usura los límites los determina la conveniencia, y el arbitrio, por tanto, es inevitable (200). En los casos de préstamo, el que prestaba ponía a su arbitrio las condiciones a que el deudor debía someterse, es decir, fijaba los intereses ("usura"). Como esto se prestaba a abusos, pronto se fijaron disposiciones que fijaban el máximo de intereses que se podían exigir. Así, estaba recogido el ejercicio de la usura en las Doce Tablas, que castigaba generalmente con una pena pecuniaria (201).

En época imperial, el usurero no quedaba sujeto a

ninguna acción criminal, ni al pago de un múltiplo. Seguían existiendo las disposiciones que fijaban las condiciones que se podían imponer, pero la trasgresión de estas disposiciones sólo suponía la devolución al deudor del importe excesivo pagado. También era posible hacer recaer la infamia sobre el usurero (202).

En la novela las Metamorfosis, hay un caso de usura ("foenus denique copiosum sub arrabone auri et argenti crebiter exercens"), (203), (caso 142), pero no se mencionan devoluciones en ningún momento.

ESTAFA EN VENTA, (CASO 143).

En el Derecho Penal privado, no hay una regulación exhaustiva de los casos concretos en que se podía entablar acción; esto dependía del arbitrio de los tribunales. Es decir, la acción para perseguir la estafa como delito privado no tenía lugar sino en el caso de que concurriera en el hecho un elemento ético que el magistrado entendiera como objeto de posible sanción. Así pues, es imposible dar ninguna definición positiva de la estafa y tampoco se hallaba legalmente determinado el círculo de los hechos punibles que daban origen a la acción de estafa (204).

Ahora bien, la compraventa ("emptio venditio"), era

un contrato consensual por el que una de las partes -vendedor- se obligaba a transmitir la posesión de una cosa y a asegurar su pacífico goce ("habere licere"), en tanto que la otra -comprador- asumía la obligación de entregar en propiedad una suma de dinero ("pretium").

Por tanto, la compraventa romana era un negocio meramente obligacional; creaba obligaciones para comprador y vendedor, en cumplimiento de las cuales uno y otro entregan la cosa y el precio (205). El "pretium" debía consistir en una suma de dinero (206); debía ser cierto ("certum"), es decir, determinado, y la determinación podía hacerse teniendo en cuenta la presencia de ciertos elementos o circunstancias objetivas. Debía ser verdadero pero no se exigía que fuera justo (207). La exigencia de la justicia del precio sólo aparece declarada en el Derecho Justiniano, la regla fué introducida mediante interpolación de dos rescriptos de Diocleciano y Maximiano (208).

En la novela de Apuleyo se habla de un caso de estafa en venta (caso 143), que tiene lugar en Hípata, y es castigado por el edil del mercado (209). Efectivamente, un tal Pitias ("annonam curamus, ait, et aedilem gerimus..."), (210), acusa a un vendedor de pescado de poner un alto precio a su mercancía ("quod tam magnis pretiis pisces frivolos indicatis"), (211).

Según Duncan-Jones, el precio pagado (veinte denarios) es claramente exorbitante (212). Sin embargo, el comprador lo

ha pagado sin encontrarlo excesivo, es decir, que la compraventa se ha realizado regularmente. Además, ya hemos indicado que el "pretium" debía ser "certum" (como en este caso), pero no se exigía que fuera justo (213).

El castigo impuesto por el edil consiste en el pisoteo de los peces ("et profusa in medium sportula iubet officialem suum insuper pisces inscendere ac pedibus suis totos obterere"), (214), con lo que realmente el único perjudicado es el comprador. Todo este episodio no parece conforme a las normas que, en materia de compraventa, y por lo que se refiere al precio, rige en época clásica. Sin embargo, ha sido estudiado y analizado por diversos autores, que han tratado de encontrar en él una intención oculta y lo han interpretado de diversas formas (215).

TIMO DE LA PROFECIA, (CASOS 144-148).

Entre los romanos la adivinación, es decir, la averiguación por vías no naturales de cosas futuras u ocultas, intervenía bajo diversas formas tanto en la administración de los negocios del Estado, como en la marcha de la vida individual.

Así, existía la costumbre de interrogarse, antes de realizar ningún acto, si éste tendría éxito o no y se observaban también signos de los dioses, que advertían la proximidad de una desgracia que amenazaba y debía evitarse. Para ello se recurría

a la inspección de las aves ("augures"), a la de las entrañas ("Haruspices"), al estudio de las señales divinas ("Prodigia"), y a la interrogación de un oráculo que, regularmente, era extranjero. Para lo relativo a los asuntos privados, lo que desempeñaba el principal papel era la adivinación del destino futuro de cada individuo, la especial posición de su horóscopo o de su nacimiento, a cuyos investigadores y conocedores se daba el nombre de "Chaldaei" por el origen oriental de las ciencias que practicaban (216).

Toda esta adivinación, perfectamente lícita en principio, envolvía un peligro, el de que los adivinos hicieran uso de sus poderes en sentido perjudicial. Por ello la producción de cosas malas por medios sobrenaturales, es decir, la magia y la hechicería, fueron equiparadas por la ley al envenenamiento (vid. Prácticas mágicas), y se hicieron esfuerzos por determinar los límites lícitos de la adivinación. Así, la adivinación verificada de noche, o realizada clandestinamente, o cuando tuviera por objeto fijar el día en que debía morir cualquier persona, era punible (217).

Se castigaba también, como hecho perturbador del orden público el vaticinio, es decir, la instalación pública de adivinos encargados de hacer predicciones. Se trataba con ello de impedir que la adivinación se convirtiera en una industria u oficio lucrativo, y en estos casos se tenía siempre por punible aún aquella adivinación que sin eso hubiera sido lícita.

En época republicana y en tiempos de Augusto, se expulsaba de Roma a los extranjeros que ejercían la profesión de adivinos, pues extranjeros eran principalmente los que se dedicaban a ella. Desde Tiberio en adelante se castigó con la confiscación de los bienes y además, con el destierro. Posteriormente, en el siglo III d.C., la jurisprudencia fijó que la pena correspondiente a este caso fuese la expulsión del reo del territorio de la ciudad y, en caso de reincidencia, penas agravadas de privación de libertad, pudiéndose llegar hasta la deportación (218).

En la novela de Apuleyo hay dos ejemplos de la práctica de la adivinación, las profecías del caldeo Diófanos (caso 144), y los engaños de Filebo y sus sacerdotes de la Diosa Siria (casos 145, 146, 147, 148). Se pone de manifiesto en todos los casos que las profecías eran un engaño y un lucrativo negocio, y también que las consultas de todo tipo eran algo corriente en la época.

En el caso 144, Lucio habla de un caldeo llamado Diófanos que se ganaba la vida con sus adivinaciones ("et arcana fatorum stipibus emenderis edicit in vulgus: qui dies copulas nuptiarum affirmet, qui fundamenta moenium perpetuet, qui negotiatori commodus, qui viatori celebris, qui navigiis opportunus"), (219). Milón cuenta cómo se descubrió en Hípata que los oráculos de este Diófanos eran sólo un engaño, pero no se menciona castigo alguno y la situación se describe de forma

cómica (220).

En los casos 145, 146, 147, se describen las actividades de Filebo y los sacerdotes de la Diosa Siria, quienes viajan por toda la comarca, obteniendo cuantiosas ganancias con sus profecías. Finalmente, redactan una respuesta única, y cuando a fuerza de repetirla se descubre su engaño, vuelven a ponerse en ruta (*"sed assiduis interrogationibus argumenti satietate iam defecti, rursum ad viam prodeunt, via tota quam nocte conferamus longe peiorem"*), (221). Esta marcha puede interpretarse como una huida ante el temor a un castigo (ya que se ha descubierto su impostura), o simplemente como el abandono de un lugar del que ya no obtendrán beneficio alguno.

En cuanto al caso 148, no está descrita muy claramente la impostura del sacerdote, pero es evidente que lo que pretende es obtener dinero a cambio de su confesión. Por este motivo, lo incluyo entre los restantes casos de engaño.

INCUMPLIMIENTO DE CONTRATO, (CASO 149).

El trato que se establece en la novela entre Telifrón y la viuda de Larisa, parece ser un caso de arrendamiento de servicios (*"locatio conductio operarum"*). El arrendamiento es un contrato consensual, por el que a cambio de una merced o

remuneración, un sujeto se obliga a procurar a otro el uso o el uso y disfrute de una cosa ("locatio conductio rei"), o a prestarle determinados servicios ("locatio conductio operarum"), o a realizarle una obra ("locatio conductio operis") (222). Las acciones nacientes del arrendamiento son la "actio ex locato" o "locati" y la "actio ex conducto" o "conducti", que competen, respectivamente, al arrendador y al arrendatario, para exigir las correspondientes prestaciones (223).

En la novela de Apuleyo, Telifrón arrienda sus servicios para cuidar durante una noche el cadáver de un joven, evitando con su guardia que las brujas desgaren su cuerpo. A cambio recibirá mil sestercios (224). El contrato establece que si falta algo en el cadáver después de esta guardia fúnebre, el guardián deberá reponerlo con piezas de su propia cara (225). Delante de siete testigos, se comprueba que el cadáver está intacto ("Vos in hanc rem, boni Quirites, testimonium perhibetote; et cum dicto consignatis illis tabulis facessit"), (226).

A la mañana siguiente, los mismos testigos comprueban el estado del cadáver -intacto a pesar de que Telifrón se ha dormido- y el guardián recibe el pago de sus servicios. En realidad Telifrón se había comprometido a permanecer en vela durante toda la noche, sin apartar los ojos del cadáver ("perpetem noctem eximie vigilandum est exertis et inconnivis oculis semper in cadaver intentis"), (227), pero se quedó dormido merced a los encantamiento de las brujas. Sin embargo, como

aparentemente, nadie había sufrido daño alguno, no confiesa su falta de vigilancia y cobra el dinero estipulado.

DAR REFUGIO A UN ESCLAVO FUGITIVO, (CASOS 150-152).

Según relata Ulpiano, el que ocultaba un esclavo fugitivo, tenía la consideración de ladrón (228).

En la novela de Apuleyo, dentro del relato de Cupido y Psique (229), hay varias referencias a este tema. Ya hemos comentado anteriormente que es precisamente esta "fabula" la que contiene un mayor número de alusiones legales y citas acordes con las disposiciones y normas vigentes en la época (230).

En efecto, en Met.VI,2,6 Psique implora a la diosa Ceres que la esconda durante unos días ("patere vel peuculos dies delitescam"). Pero la diosa se niega y la amenaza con retenerla como prisionera ("et quod a me retenta custoditaque non fueris"), (231), (caso 150). De esta situación se trata en el Digesto, al establecerse que los esclavos fugitivos no pueden ser acogidos y que aquellos que lo hicieran eran considerados ladrones y debían pagar una multa por ello (232). En un principio, se perdonaba a los autores de este delito si dentro de los veinte días siguientes devolvían los fugitivos a sus dueños, o los presentaban ante los magistrados (233). Pero Ulpiano menciona un res-

cripto posterior, de los emperadores Marco Aurelio y Cómodo, por el que se obliga a los gobernadores, magistrados y soldados de guarnición a ayudar al dueño en la búsqueda de sus esclavos, y a castigar a aquellos en cuyas casas se ocultan (234). Esta medida, pues, corregía la legislación existente que concedía el perdón a aquellos que en el plazo de veinte días devolvieran a los fugitivos a su dueños, o los presentaran ante los magistrados.

El pasaje de Apuleyo que estamos comentando (235), parece hacer alusión a una legislación más restrictiva en la que el plazo de veinte días quedaba anulado, y ha servido precisamente de argumento a diversos autores para fechar la novela en una época posterior al mencionado rescripto de los emperadores Marco Aurelio y Cómodo (236).

En otro pasaje sobre este mismo tema, la diosa Juno se niega a dar refugio a la fugitiva Psique, alegando que existen leyes que le prohíben dar refugio al esclavo fugitivo con perjuicio de su amo ("legibus, quae servos alienos perfugas invitis dominis vetant suscipi, prohibeor"), (237), (caso 151). De nuevo, pues, se alude claramente a la legislación existente sobre los esclavos fugitivos (238).

Pero aún hay más (239), Venus ordena a Mercurio que difunda las señas personales de Psique, para que si alguien la encubre no pueda alegar ignorancia en la defensa ("si quis occultationis illicitae crimen subierit, ignorantiae se possit

excusatione defendere"), (caso 152). Ulpiano habla también de la difusión de los nombres y señas personales de los fugados, a fin de que puedan ser más fácilmente reconocidos y recuperados. Esto debía hacerse en lugares públicos o en templos (240). Efectivamente así sucede en la novela: "et simul dicens libellum ei porrigit, ubi Psyches nomen continebatur et cetera", (241), "nec Mercurius omisit obsequium: nam per onmium ora poplurorum passim discurrens sic mandatae praedicationis exsequebatur: Si quis a fuga retrahere vel occultam demonstrare poterit fugitivam regis filiam, Veneris ancillam, nomine Psychen conveniat retro metas Murtias Mercurium praedicatorem", (242).

IV. 1.3: Faltas: leyes, normas, disposiciones y consideración social.

FALTAS CONTA LA CONCIENCIA SOCIAL:

ABANDONO DE FAMILIA. BIGAMIA: (CASOS 153-154).

En los casos 153 y 154, se trata del abandono de la familia por parte del marido. Además, en el caso 153, se menciona la proximidad de un nuevo matrimonio de la esposa, y en el caso 154, se afirma que, efectivamente, el marido contrajo nuevo matrimonio.

En efecto, en el caso 153, Sócrates, natural de Egio, abandona a su familia y permanece en Hípata víctima de la bruja Méroe. Cuando su amigo Sócrates le encuentra, le comenta que su esposa se ve obligada por la propia familia a consolarse con un nuevo matrimonio ("uxor persolutis inferialibus officiis, luctu et maerore diuturno deformata, diffletis paene ad extremam captivitatem oculis suis, domus infortunium novarum nuptiarum gaudiis a suis sibi parentibus hilarare compellitur"), (243).

En el caso 154, Aristómenes se destierra voluntariamente, abandonando patria y hogar, y se traslada a Etolia, donde contrae nuevo matrimonio ("nunc Aetoliam novo contracto matrimonio colo"), (244).

El matrimonio fué en Roma monogámico en todos los tiempos, por ello, mientras el matrimonio subsistiera ninguno de los cónyuges podía contraer otro. Todo acto ejecutado contraviniendo esta prohibición estaba desprovisto de validez jurídica. Sin embargo, este acto no era punible pues no entraba en el concepto del adulterio (245). Pero los bígamos sí podían ser tachados de infamia (246). Precisamente a esto alude Aristómenes en el caso 153, cuando exclama al encontrarse con Sócrates: "Quod flagitium?" (247).

Mientras el Derecho clásico se contentó con afirmar el principio monogámico del matrimonio, el Derecho Bizantino pasó a considerar la bigamia como delito gravísimo, castigado con

la pena de muerte (248).

EL SUICIDIO: (CASOS 155-173).

Diversos autores han investigado sobre este tema, llegando a conclusiones distintas. Así, Garrison, que estudió el Código y el Digesto, afirma que el hombre libre romano podía quitarse la vida si quería, pues era dueño de hacer lo que deseara con su existencia (249).

Otra opinión distinta es la sostenida por Bayet, que cree que el estudio de los textos nos muestra que los romanos no aprobaban indistintamente todos los casos de suicidio. Afirma que en la sociedad romana encontramos una moral simple, que condena a todos los suicidas, coexistiendo con una moral matizada que juzga los suicidios por sus motivos (250). Por otro lado, Bayet cree igualmente que existía una aversión por cierto tipo de suicidios, fuera cual fuera su motivo. Este horror al suicidio, que responde a una moral simple, se encuentra en la conciencia popular (251).

En efecto, junto a toda una serie de evidencias que pueden hacer creer en la existencia de una moral favorable totalmente al suicidio (como son el Derecho romano, las costumbres y la Literatura), existen otras que prueban -según Bayet- que esto no sucedía en todos los casos, que había una moral "nuancée",

muy parecida en su principio a la nuestra (252). Al lado de esta moral matizada, Bayet sitúa una moral simple en la que destaca el horror al suicidio y afirma que ambas no se disputan la conciencia común, sino que se la reparten pacíficamente (253).

Realmente existen toda una serie de datos que pueden inducir a pensar que la sociedad romana era favorable al suicidio. Por ejemplo, diversas frases pertenecientes a destacados autores clásicos que parecen consagrar sin límites el derecho a la muerte. Así, Cicerón considera que la muerte puede ser un refugio en el que se acaben definitivamente los sufrimientos humanos: "portus enim praesto est, quoniam mors ibidem est aeternum nihil sentiendi receptaculum" (254).

O el poema de Lucrecio sobre el suicidio de Demócrito, en el que incita a los hombres a abandonar la vida, si ésta es vivida con desgana ("Aufer abhinc lacrimas balatro, et compesce querelas/Omnia perfunctus vitae praemia marces..."), (255).

Séneca, en varias de sus epístolas parece también consagrar el derecho al suicidio, e incluso alaba a Marcelino que se suicidó (256), y ataca a aquellos que consideran que el suicida es un criminal (257).

También Plinio el viejo, en una de sus reflexiones morales, afirma que poderse matar es lo mejor que posee el hombre: "namque nec sibi potest mortem consciscere, si velit, quod

444

homini dedit optimum in tantis vitae poenis, nec mortales aeternitate donare aut revocare defunctos, nec facere ut qui vixit non vixerit, qui honores gessit non gesserit..." (258).

Incluso el emperador Marco Aurelio considera que el suicidio es una buena forma de acabar con la indignidad, si el hombre está reducido a ella (259).

Pero no son sólo los escritos de los moralistas latinos y de otros autores los que pueden inducirnos a creer que la sociedad romana era favorable al suicidio. No existe mención de pena alguna para los suicidas ni en la época de los reyes, ni bajo la república. Las Doce Tablas no hablan del tema, ni tampoco los historiadores que mencionan casos de suicidio (260). El Derecho de época imperial no comporta pena contra el suicida e indica expresamente siete casos en los que no se procedía a la confiscación de sus bienes. Garrison cita un octavo caso: las ocasiones en que hubiera ultraje al pudor, pero él mismo indica que los textos no hablan en este sentido (261).

Garrison basa su argumento en el hecho de que, aunque este octavo caso que él plantea no está recogido en el Código ni en el Digesto, de hecho, los casos de suicidio para evitar el deshonor o para salvar la castidad no se castigaban con la confiscación de los bienes del fallecido (262).

Los cinco casos contemplados en el Digesto son los

siguientes:

- 1) Aquellos que se quitan la vida por "taedio vitae" (263).
- 2) Los que deciden sustraerse a la enfermedad (264), o al sufrimiento (265).
- 3) Los que se suicidan a causa del pesar por la muerte de un hijo. Este motivo aparece solo en un rescripto de Adriano, citado por Marciano (266).
- 4) Aquellos que no pueden pagar las deudas y tratan de escapar de la infamia que corresponde al deudor insolvente (267).
- 5) Por "iactatio", para que se hablara de ellos ilustrando una muerte bella (268).

En el Código, se contemplan otros dos casos:

- 6) Los que se quitan la vida en un acceso de locura (269).
- 7) Los suicidas que padecen "insania", o un grave defecto de la mente (270).

Probablemente esta lista no agota todas las situaciones en que no se castigaba el suicidio con la confiscación de los bienes, se refiere a casos en que los jurisconsultos toman

esta decisión, pero existirían quizá otros que por su propia evidencia no aparecen contemplados en la ley (271). De hecho, excusar a aquellos que se suicidan por "taedio vitae", parece que, en la práctica, significa excusar a todos los suicidas.

Los historiadores y literatos reflejan en sus obras estas normas o disposiciones legales. Tito Livio (272), Valerio Máximo (273), Plinio el joven (274), Tácito (275), todos ellos mencionan casos en que el suicidio es debido a la enfermedad o al sufrimiento, por evitar la infamia, por no querer sobrevivir a un ser querido, por "taedio vitae", es decir, los siete casos contemplados por el Derecho romano, que ellos parecen aprobar con su opinión.

Sin embargo, Bayet considera que un análisis más detenido de los distintos autores e incluso del Derecho romano, permite advertir que no existía una moral simple, favorable indiscriminadamente al suicidio. Toda una serie de matices presentes en la conciencia de la sociedad, convertían al suicidio en una falta o en un derecho, en un acto de valor o en una cobardía (276).

Efectivamente, el hecho de que en el Digesto no aparezcan penas para los suicidas, no significa necesariamente que se aprobara el suicidio (como tampoco sucede hoy en día). Además, algunos pasajes inducen a creer incluso en una cierta reprobación en determinados casos. Por ejemplo, un texto de Neracio habla

sobre el duelo y afirma que no hay que llevar luto por los suicidas (277). Esto no deja de ser una muestra de reprobación, aunque ligera, y se aplica a todos los casos, sea cual sea el motivo. En la Literatura, y sobre todo a partir de los siglos I y II d.C., comienzan a aparecer frases que condenan ciertos suicidios. Así, en Petronio (278), Aulo Gelio (279), Apuleyo (280).

Finalmente, hay que destacar que el suicidio se castigaba si lo llevaban a cabo los esclavos o los militares, es decir, estaba sancionado para un grupo social y para los integrantes de una disciplina profesional (281).

El código militar de los romanos era muy riguroso para los soldados que se matan o al menos lo intentan. Se aplicaban cuatro reglas:

- 1ª) Si se mataba "ob conscientiam delicti militaris", su testamento no tenía validez, según establecía un rescripto de Adriano (282). Además era tachado de ignominia (283), siendo ésta la única ocasión en que se aplicaba la "ignominiosa missio" a un muerto.
- 2ª) Si se mataba por "taedio vitae", por dolor o enfermedad, por locura o vergüenza, su testamento valía. En caso de que no lo hubiera hecho sus bienes pasaban a la legión. Pero de cualquier forma se aplicaba también la "ignominiosa

missio" (284).

3ª) En caso de que sobreviviera a una tentativa de suicidio, debido a alguna de las causas anteriores, se aplicaba la "ignominiosa missio" (285).

4ª) Si sobrevivía y no podía hacer valer ninguna de estas causas, era castigado con la muerte (286).

Es decir, según esta legislación aplicable a los profesionales del ejército, se distingue entre el suicidio "ob malam conscientiam" y los otros casos, pero siempre hay pena. En el mundo militar, pues, el suicidio era, según los casos, un crimen o una infamia (287).

En cuanto a los esclavos, las normas legales establecían que incluso la sola tentativa debía ser castigada, pues el suicidio entre esclavos se consideraba un crimen y el intentarlo los convertía en criminales (288). Sobre este tema escribe Ulpiano que el que osa hacer algo así contra sí mismo, es muy capaz de atreverse a cometerlo contra otra persona (289). Además, si se suicidaba el amo, esto podía suponer para el esclavo la tortura e incluso la muerte (290).

Hay que destacar también que existía, según Bayet, un sentimiento de horror ante ciertos tipos de suicidio, sentimiento que no está ligado al respeto a la dignidad humana ni al

espanto ante la sangre (291). Así el suicidio por inmersión y por horca, inspiraban un horror religioso (casos que aparecen en la novela de Apuleyo: Met.V,25; VI,12 y 14; VIII,22). Bayet considera que esto era debido a que en tiempos remotos eran muertes sagradas, ofrecidas a las divinidades que son fuente de vida. Con el paso del tiempo, la muerte sagrada se convirtió en infame (292).

El derecho al suicidio dentro de la sociedad romana se considera una manifestación de individualismo, y por ello se le niega a los esclavos y a los soldados. Es un privilegio al que sólo pueden aspirar los hombres libres (293). Pero además, esta sociedad romana evoluciona, y en la época de Apuleyo está imbuída por la superstición oriental, de forma que la opinión que reflejan las obras de éste y otros autores contemporáneos, en el tema del suicidio es distinta de la de los autores de siglos anteriores.

P. Veyne, otro de los autores que, más recientemente, han estudiado el tema del suicidio, enfoca el asunto en forma distinta. Veyne parte también de la evidencia de que, en términos generales, el derecho civil no castiga ni sanciona de ninguna manera el suicidio ni la tentativa del suicidio (294). Pero para explicar esta ausencia de castigo, Veyne no analiza la moral existente en la sociedad romana, sino que centra su estudio en el propio Derecho romano, destacando que de éste no cabe afirmar que tolere ni apruebe el suicidio, ya que no lo castiga. No se

trata de tolerancia, sino de considerar el problema como extrajurídico (295).

Existían, no obstante, dos excepciones: el caso de los suicidas esclavos y el de los soldados. Aquí sí interviene el Derecho, y lo hace precisamente porque en estas ocasiones se interfiere, se alteran los intereses de terceros (296).

En efecto, el Derecho romano recoge una serie de castigos y sanciones aplicables a los esclavos que se suicidaran o lo intentaran, pero esto no lo hace por moralismo. En el caso del esclavo está claro que se alteran las relaciones con su amo, que se le causa un perjuicio; se trata de un bien patrimonial que debe vivir y continuar siendo útil como tal bien. En el caso del soldado, sometido a una disciplina militar, el deber de vivir es un simple deber de estado, lo contrario supone un atentado contra esta disciplina, contra la respetabilidad del propio ejército que debe ser castigada (297).

En cuanto al horror que inspiraban ciertos tipos de suicidios, tema apuntado ya por Bayet, ha sido analizado por diversos autores, hasta nuestros días. Ya hemos visto que Bayet considera el suicidio en la horca como una muerte impura, porque era en sus orígenes una muerte sagrada. Además, asocia esta forma de suicidio con el suicidio por inmersión y por asfixia (298). Otros autores no distinguen tampoco entre los ahorcados y los muertos por asfixia (299). El tabú que comportaba este tipo de

muertes, la privación de sepultura que suponía, sanción que se mantuvo hasta en época del Imperio, ha suscitado diversas interpretaciones (300).

Matzneff, por ejemplo, relaciona el horror a la horca con el aspecto poco estético del ahorcado, lo mismo que en el caso de muerte por estrangulamiento (301). Y. Gris , que ha estudiado el suicidio en Roma, desde sus orígenes hasta el 235 d.C. sostiene que la muerte en la horca era la forma tradicional de suicidio en las clases inferiores de la sociedad romana. Afirma además que el origen del tabú que rodea este tipo de muertes, radica -como opina Bayet- en sus inicios como muerte sagrada, que más tarde se convierte en infame, y también en el lado afeminado que ella le atribuye (302).

Voisin considera que sólo la muerte en la horca estaba sancionada y que extender esta pena a los suicidios en general es un grave error (303). Además, Voisin cree que el origen del horror a la horca y de la sanc n que merece, es de orden religioso. Para apoyar su opinión se sirve de un texto de Servio: "Ut depositi id est desperati: nam apud veteres consuetudo erat ut desperati ante ianuas suas collocarentur, vel ut extremum spiritum rederent terrae, vel ut possent a transeuntibus forte curari, qui aliquando simili laboraverant morbo" (304). Comentando estas líneas, Voisin afirma que el hombre debe morir en contacto directo con la tierra, pues sólo así puede ser admitido

en el terreno subterráneo de los fallecidos. Los ahorcados, por tanto, no pueden ser enterrados ni entrar en los infiernos, se convierten por tanto en "insepulti" y su alma está condenada a errar eternamente (305).

En cuanto a la frecuencia de suicidios, Y. Gris   afirma que desde el siglo II d.C., los testimonios son menos abundantes que en siglos anteriores (306).

En la novela de Apuleyo hay veinte casos de suicidio, incluyendo los intentos y las menciones al deseo de suicidarse (casos 155 al 173). En tres de ellos (casos 155, 162, 169), el método elegido es la horca que, como hemos visto, era una muerte sacrílega y además poco común, pues entre 410 casos de suicidio recogidos desde el 509 c.C. hasta 235 d.C, sólo seis son resultado del ahorcamiento (307).

Generalmente, cuando las fuentes literarias hablan de un suicidio de este tipo, si el personaje es de aquellos con los que el lector simpatiza (por el motivo que sea), el acto no se concreta y su tentativa queda sólo en el intento (308). Así queda reflejado en la novela de Apuleyo en el caso de Aristómenes (caso 155), uno de los más explícitos. En cambio, si el personaje es antipático, como la vieja que cuida a los ladrones (caso 162), que encarna un personaje tradicional en la Literatura antigua, cuya misión consiste en contar a jóvenes ingenuas bellas historias, para que acepten con agrado su condición de mujeres,

no cuenta entre los elegidos y puede llevar a cabo su suicidio (309).

En cuanto al tercer caso (caso 169), el del esclavo que trata de ahorcarse para evitar el castigo de su amo, apenas interviene en la novela y no suscita por tanto simpatía ni antipatía. De cualquier modo, podría confirmar la tesis de Gris , quien mantiene que la horca era la forma tradicional de suicidio entre las clases inferiores (310).

Los casos de suicidio por inmersión son considerados por Bayet muertes sacrílegas, y para apoyar su teoría, cita precisamente los que aparecen en la novela de Apuleyo (casos 159, 160, 168). El agua, como el aire, es fuente de vida y está divinizada desde épocas muy tempranas. La muerte por inmersión, sagrada en un principio, se convierte en sacrílega (311).

El propio Apuleyo parece confirmar esta teoría. En efecto, cuando Psique trata de suicidarse arrojándose a un río (caso 160), la caña se dirige a ella con estas palabras: "Psyche, tantis aerumnis exercita, neque tua miserrima morte meas sanctas aquas polluas...", (312). En otro pasaje, son las propias aguas quienes parecen rechazar a Psique: "Iamque et ipsae semet muniebat vocales aquae; nam et "Discede", et "Quid facis? Vide", et "Quid agis? Cave", et "Fuge", et "Peribis" subinde clamant", (313).

Por otro lado, la mayoría de los suicidios que contiene la novela son resultado de situaciones desesperadas en las que la muerte aparece como una liberación frente a mayores males (casos 155, 156, 157, 162, 164, 169, 171, 173), o bien como el final de un enorme sufrimiento (casos 158, 159, 160, 161, 166, 167, 168, 170, 172). El propio Lucio expresa a la diosa Isis su deseo de morir ya que no puede vivir sin sufrimiento: "Tu saevis exanclatis casibus pausam pacemque tribue... mori saltem liceat, si non licet vivere", (314). Pero sus lamentos y su pesimismo acaban gracias a la intervención de la diosa Isis. Gracias a su providencia, amanece el día de su salvación, si consagra el resto de sus días a su servicio, la diosa hará que su vida sea feliz y gloriosa hasta el final y aún más allá (315). En el servicio a Isis está la libertad, la vida ajena a los golpes aciagos de la fortuna adversa, el suicidio ya no tiene sentido.

FALTAR A DEBERES DE HOSPITALIDAD: (CASOS 174-177).

La hospitalidad se evoca a menudo en los poemas homéricos, es más, la Odisea nos proporciona elementos de un código de hospitalidad: el huésped debía ser tratado atentamente, y suministrarle lo que necesitara, protegerlo y honrarlo. Había que invitarle a quedarse, pero era libre de partir y, en caso de necesidad, se le ayudaba a volver a su país.

En una sociedad que trataba al extranjero como enemigo, la hospitalidad era una condición necesaria en todo viaje lejano. Así se establecieron lazos hereditarios entre familias, que facilitaron los intercambios y contribuyeron a la solidaridad entre los griegos (316).

Lo mismo sucedió en Roma, donde el extranjero no podía permanecer sin el patrocinio de uno de sus ciudadanos obtenido mediante un pacto, "foedus amicitiae" u "hospitalitatis", que le hacía huésped suyo (317).

En todas las ciudades antiguas se establecieron estas relaciones de hospitalidad, con idénticas o muy similares normas de comportamiento por parte del huésped y del anfitrión, y siempre garantizadas por los dioses (318).

En la novela de Apuleyo hay varios pasajes que aluden a los deberes de la hospitalidad y que nos ilustran sobre la consideración social que existía acerca de este tema, (casos 174, 175, 176, 177).

En el caso 174, Lucio afirma que no puede abandonar la casa de su anfitrión Milón de Hípata, sin que exista motivo de queja ("parens, ut Milonem hospitem sine ulla querela deseram"), (319). Precisamente, en la Apología, Apuleyo menciona una ocasión similar y recalca que aceptó cambiar de casa sólo por motivos de salud (320).

Ahora bien, aunque no se aceptara la nueva hospitalidad, sí se podía recibir presentes de bienvenida ("xeniolum"), enviados a la casa en que se hospedara ("et mittit mihi Byrrhaena xeniola, porcum opimum et quinque gallinulas et vini cadum in aetate pretiosi"), (321).

En el caso 175, Lucio comenta la supuesta trasgresión de estos deberes, que convierten el robo a su anfitrión Milón en un auténtico parricidio ("crimine latrocinii in hospitem mihi carissimum postulabar. Quod crimen non modo latrocinium, verum etiam parricidium quisque rectius nominarit"), (322).

Efectivamente, Milón es su padre hospitalario ("illum bonum hospitem parentemque meum Milonem..."), (323), y además Lucio -supuestamente- ha faltado a unas relaciones con carácter sagrado, como el mismo joven afirma en otro pasaje (caso 176, "nec hospitalis Iovis servato foedere..."), (324).

En el caso 175, se comenta que Fotis ayudó a Lucio a llevar a cabo el robo en casa de Milón, seducida por el joven que fingía estar enamorado de ella ("falsis amoribus ancillae Milonis animum..."), (Met. VII,1,6). Esto podría quedar incluido en la "actio de servo corrupto" (Ver caso de soborno).

MALOS TRATOS A ESCLAVOS POR PARTE DE SUS DUEÑOS: (CASOS 178-180).

En la disciplina de la ley romana, los hombres se dividen en libres y esclavos (325).

En los orígenes de la sociedad romana, la posición de los esclavos dentro de la casa no debió ser muy diferente de aquella en que se encontraban los miembros familiares sometidos a la "manus" del "pater". Todos, libres y no libres, participaban en una estrecha comunidad de vida y vicisitudes, afanes y trabajos (326).

Fué más tarde, a comienzos de la República, cuando el esclavo entró en la categoría de las "res", y como tal objeto no era sujeto de derecho (327). Ya en época imperial, cuando la "humanitas" penetra con firmeza, al calor de la doctrina estoica, comienza a reconocerse al esclavo su derecho a la vida y a la integridad personal y moral (328).

En el siglo II d.C., se reprimieron mucho los excesos de la potestad dominical (329). Así lo vemos a través de toda una serie de rescriptos de Antonino Pío: el que matara a un esclavo propio sin causa, era castigado como si hubiera matado a uno ajeno (330); en caso de ofensa infamante los esclavos podían acogerse al asilo de la estatua del emperador y ser vendidos a otro dueño (331). También, según una constitución de Antonino Pío se estableció que debían ser castigados los malos tratos de

los dueños a sus esclavos (332). Como ejemplo de todo esto, podemos hacer referencia a la actuación del emperador Adriano, quien relegó por cinco años a cierta matrona Umbricia, por haber tratado con excesiva crueldad a sus esclavas, sin motivos de consideración (333).

Los testimonios sobre este tema de la prohibición de los malos tratos a los esclavos, son numerosos durante el siglo II d.C. (334).

En la novela de Apuleyo se mencionan en tres ocasiones los malos tratos que los dueños infligían a sus esclavos (casos 178, 179, 180).

El caso más claro es el 178, aunque en esta ocasión sería labor del magistrado establecer si el incumplimiento de las órdenes del ama era motivo suficiente para la severidad del castigo (335).

En el caso 179, de nuevo los magistrados tendrían que establecer si el trato dispensado por los sacerdotes de la Diosa Siria al esclavo flautista, constituía para éste una ofensa infamante, consiguiendo así ser vendido a otro dueño (336).

En cuanto al caso 180, se trata de esclavos condenados a trabajos forzosos, según se desprende de la descripción que hace Apuleyo de su estado (337). Los esclavos encadenados,

comúnmente ex-criminales, eran vendidos por menor precio que otros esclavos agrícolas (338).

Algunos autores piensan que Apuleyo está describiendo aquí un ejemplo de "ergastulum" (339). Pero esta palabra no tiene un significado exacto para los historiadores actuales. Annequin ha estudiado el empleo exacto del término en varios autores, entre ellos el propio Apuleyo: "Quindecim liberi homines populus est, totidem servi familia, totidem vincti ergastulum", (340), y concluye que el "ergastulum" es el local del reposo nocturno de una banda de presidiarios empleados en el campo. Añade que estos condenados trabajan duro, pero son bien alimentados generalmente, cosa que no sucede en este caso, si hacemos caso de las palabras de Apuleyo (341).

MENTIR, ENGAÑAR Y DESOBEDECER AL MARIDO: (CASOS 181-184).

Los casos 182 y 183 tienen en común que la actuación de la mujer está motivada por su propio provecho o placer. En el 182, la hermana de Psique miente para correr al encuentro de Cupido; en el 183, la mujer envuelve al marido de tal forma que consigue que éste no sospeche nada a pesar de haber sido sorprendida en flagrante adulterio.

En el 181, Psique desobedece a su marido Cupido, pero

en esta ocasión el motivo es el temor que siente después de escuchar las insidiosas palabras de sus hermanas. Apuleyo subraya la inocencia y simpleza de la joven incluso en este pasaje (342).

El caso 184 es totalmente distinto. La mujer desobedece al marido en una situación más trascendente y Apuleyo subraya que lo hace llevada por su sensibilidad natural ("At illa, per absentiam mariti nata puella, insita matribus pietate praeventa, descivit ab obsequio mariti..."), (343).

En ningún caso Apuleyo comenta ni menciona la posición de la mujer respecto al marido, ni la "manus" o "potestas maritalis".

MATRIMONIO ILEGITIMO: (CASO 185).

El matrimonio, desde la concepción romana, es una situación jurídica fundada en la convivencia conyugal (no necesariamente efectiva), y en la "affectio maritalis", es decir, la intención de ser marido y mujer (344).

Existía matrimonio válido ("iustae" o "legitimae nuptiae", "iustum" o "legitimum matrimonium"), cuando se daban una serie de requisitos (345). Por otro lado, impedimentos de diversa índole traen consigo una incapacidad para contraer

matrimonio, ya con carácter general, ya con referencia sólo a determinadas personas (346).

En la novela de Apuleyo (caso 185), dentro de la historia de Cupido y Psique (347), se menciona que su matrimonio no es conforme al derecho ("impares enim nuptiae, et praetera in villa sine testibus, et patre non consentiente factae lagitimae non possunt videri"), (348).

En efecto, entre los requisitos necesarios para que un matrimonio fuera válido estaba el consentimiento del "paterfamilias", cuando los contrayentes no eran "sui iuris"(349). Por otro lado, tampoco era válido el matrimonio entre libres y esclavos (350). Es el propio dios Júpiter quien legitima el matrimonio entre Cupido y Psique: "Iam faxo nuptias non impares sed legitimas et iure civili congruas" (351), convirtiendo a Psique en inmortal y uniéndolos en indisoluble matrimonio: "Psyche, et immortalis esto; nec unquam digredietur a tuo nexu Cupido sed istae vobis erunt perpetuae nuptiae" (352).

En cuanto a la validez del matrimonio celebrado en el campo, sin testigos, el mismo Apuleyo menciona este tema en su Apología, cuando habla de su unión con Pudentila que se celebró "in villa" (353). Los acusadores de Apuleyo, aludiendo a la clandestinidad en que se celebró su matrimonio, pretendían suscitar dudas acerca de la validez del mismo. Pero Apuleyo se defendió alegando que sólo habían querido evitarse los cuantiosos

gastos de las invitaciones, y que en la "lex Iulia de maritandis ordinibus" (promulgada el 18 a.C.), no se mencionaba prohibición alguna de contraer matrimonio en el campo ("lex quidem Iulia de maritandis ordinibus nusquam sui ad hunc modum interdicat: uxorem in villa ne ducito"), (354).

Sin embargo, Apuleyo deja también muy claro que su contrato matrimonial fué debidamente firmado, aunque la boda no se celebrara en la ciudad (355), y probablemente esto es lo que convierte la unión entre Psique y Cupido en ilegítima, la ausencia de testigos ("sine testibus"), (356), y no el hecho de que se celebrara en el campo. En efecto, las "tabulae nuptiales" se firmaban frecuentemente por numerosos testigos, y entre estos estaban los que poseían la "potestas" sobre los contrayentes. Es el caso de Cárite y Tlepólemo ("consensu parentum tabulis etiam maritus nuncupatus"), (357). Pero no sucede así con Psique y Cupido (caso 185), por lo que su matrimonio no es legítimo.

BESTIALISMO: (CASOS 186 y 187).

En el caso 186, un esclavo describe el supuesto intento de bestialismo que ha llevado a cabo Lucio-asno. Después de mencionar toda una serie de detalles sobre la actuación del asno, afirma que, si no lo hubieran impedido, la mujer hubiera quedado

maltrecha y estropeada, y ellos hubieran tenido que responder del hecho ("misera illa compavita atque dirupta ipsa quidem cruciabilem cladem sustinuisset, nobis vero poenale reliquisset exitium"), (358).

La repulsa ante la actuación -supuesta- del asno es unánime, y el castigo a que alude el esclavo responde al daño que hubiera podido sufrir la mujer, que recaería en sus cuidadores, responsables del animal.

La situación del caso 186, un tanto inverosímil, se ve sin embargo reforzada por el caso 187, en el que una mujer ("matrona quaedam pollens et opulens"), se enamora de Lucio-asno, cual nueva Pasifae, y concierta una cita nocturna pagando al cuidador del asno. Apuleyo describe con detalle los preparativos del evento, la pasión de la mujer y los temores de Lucio ante la posibilidad de estropearla ("heu me qui dirupta nobili femina bestiis obiectus munus instructurus sim mei domini"), (359).

Pero todo termina felizmente y el dueño de Lucio decide exhibir al asno en público espectáculo, con una mujer condenada "ad bestias" ("destinat me spectaculo publico: et quoniam neque egregia illa uxor mea propter dignitatem neque prorsus ulla alia inveniri potuerat grandi praemio, vilis anquiritur aliqua sententia praesidis bestiis addicta, quae mecum incoram publicam populi caveam frequentaret"), (360).

FALTAR AL LUTO: (CASO 188).

En el Derecho clásico, la mujer no podía contraer matrimonio antes de los diez meses de la muerte del marido ("annus lugendi").

En la época postclásica tal período se extendió a un año, teniéndose también en cuenta la disolución por divorcio (361).

Esta norma tenía por fin evitar dudas acerca de la paternidad del concebido en el primer matrimonio. Así, la prohibición cesaba si la mujer daba a luz antes de los diez meses o el año (362).

La prohibición impuesta a la viuda de contraer nuevo matrimonio durante el luto de su marido, sólo iba acompañada de sanciones, y no de la nulidad del matrimonio (363). Así, podían ser tachados de infamia aquellos que hubieran dado en matrimonio a la viuda que tenían bajo su potestad (364).

En la novela de Apuleyo, se alude en una ocasión a la conveniencia de guardar el luto ("quoad residuis mensibus spatium reliquum compleatur anni", (365); ("quoad dies reliquos metiatus annus"), (366), (caso 188).

ORGIA Y SODOMIA: (CASOS 189 y 191).

Ambos casos se refieren al mismo acto, en una ocasión realizado entre varios hombres (los sacerdotes de la Diosa Siria y un "rusticanus"), (caso 189), y en otra llevado a cabo por el molinero y el joven amante de su mujer ("puer"), (caso 191).

Según Mommsen, en época republicana se castigaban con mayor rigor los abusos sexuales con personas del sexo masculino que los actos del mismo tipo cometido con mujeres. Probablemente se podía ejercitar contra los autores de tales hechos la acción pública de coacción ("Lex Iulia de vi publica"), y la acción privada de injuria ("iniuria") (367).

El castigo solía consistir en una multa de diez mil sesteracios, y podía, quizás, imponerse también al que había consentido que abusaran de él. Del procedimiento que se empleaba no se sabe apenas nada (368).

La legislación dada por Augusto no comprendió la pederastia, salvo en el caso en que alguien prestara su casa para que pudieran realizar en ella sus uniones carnales otras personas, ya fuera con hombres o con mujeres (369).

La legislación justiniana incluyó estos actos entre los atentados contra el pudor. El acto consumado se castigaba imponiendo al pederasta activo la pena de muerte y al pasivo la

confiscación de la mitad de sus bienes. Finalmente, Constancio dispuso que también éste último quedara sometido a la pena de muerte (370).

Sin embargo, aunque en la época que nos ocupa la sodomía no estuviera penalizada, es evidente en la novela la repulsa y el rechazo que encuentra en la sociedad. En efecto, en el caso 189, Lucio-asno, escandalizado ante la orgía que están llevando los sacerdotes de la Diosa Siria con un "rusticanus", intenta gritar para advertir del hecho ("...spurcissima illa propudia ad illicitae libidinis extrema flagitia infandis uriginibus efferantur, passimque circumfusi nudatum supinatumque iuvenem execrandis oribus flagitabant. Nec diu tale facinus meis oculis tolerantibus "Porro Quirites" proclamare gestivi...") (371).

Lucio continúa narrando que, al ser descubiertos, se atrajeron el odio y la execración general, y por ello desaparecieron furtivamente por la noche ("Iam iamque vicinos undique percipientes turpissimam scaenam patefaciunt, insuper ridicule sacerdotum purissimam laudantes castimoniam. Hac infamia consternati, quae per ora populi facile dilapsa merito invisos ac detestabiles eos cunctis effecerat, noctem ferme circa mediam collectis omnibus furtis castello facessunt"), (372).

En cuanto al caso 191, presenta una peculiaridad, el molinero, dirigiéndose al jovencito le anuncia lo que va a hacer con él, empleando una fórmula judicial ("sed plane cum uxore mea

patiaro tractabo; nec herciscundae familiae sed communi dividundo formula dimicabo, ut sine ulla controversia vel dissensione tribus nobis in uno conveniat lectulo. Nam et ipse semper cum mea coniuge tam concorditer vixi, ut ex secta prudentium eadem nobis amobus placerent. Sec nec aequitas ipsa patitur habere plus auctotitatis uxorem quam maritum"), (373).

En realidad, el molinero está anunciando una acción legal para la división de una propiedad, y menciona expresamente la "formula" "communi dividundo", rechazando la "familiae herciscundae". Ambas designan las dos formas de acción para la división de la propiedad, proporcionadas para el procedimiento formulario clásico en un pleito ante el pretor (374). La primera fórmula se aplica a la propiedad común que es poseída conjuntamente por una "societas" de iguales partícipes, mientras que la segunda ("actio familiae herciscundae"), se aplica a la herencia común dejada a una sociedad de "coheredes". El joven amante quedaría incluido en esta primera fórmula si fuera un esclavo y formara parte de la propiedad familiar ("familia") (375).

H. Maehler, que ha estudiado este pasaje, considera que, en época de Apuleyo, el procedimiento formulario como medio para seguir una demanda legal estaba sólo abierto para los ciudadanos romanos en la capital. El hecho de que un molinero, en una ciudad de Tesalia hable empleando los términos que emplea, en vez de aludir a la "cognitio extraordinaria", como procede,

tiene simplemente una finalidad cómica (376). Efectivamente, con la fórmula "communi dividundo", Apuleyo consigue un claro efecto cómico, el joven amante es lo "communis", y "dividere" es lo que hace el molinero con él (377).

SOBORNO: (CASO 190).

Entre los actos ilícitos que guardan relación con la idea de daño o perjuicio patrimonial moral causado a otra persona, se encuentra la corrupción del esclavo ajeno, cuyo castigo se logra mediante el ejercicio de la "actio servi corrupti" (378).

En la novela de Apuleyo hay un caso que podía ser incluido en este apartado (caso 190). En efecto, un joven llamado Filesitero persuade a un esclavo ajeno, Mirmex, para que le facilite el acceso a la habitación de su ama, empleando para ello toda clase de argumentos y una bolsa de monedas de oro ("His et huiusmodi suadelis validum addebat cuneum, qui rigentem prorsus servi tenacitatem violenter diffinderet"), (379).

Este caso podría, pues, incluirse bajo el régimen de la "actio servi corrupti", que contempla las ocasiones en que alguien, con dolo malo, persuade a algún esclavo ajeno a hacer algo que lo pervierte (380), o lo hace licencioso o rebelde,

o lo persuade a que consienta el estupro (381).

NO PRESTAR AYUDA EN CASO DE PELIGRO: (CASOS 192-195).

Se hallaban obligados a prestar ayuda a otro en el trance de una agresión, todos aquellos que mantuvieran relaciones de fidelidad y confianza con el agredido. Así ocurría en el caso del soldado respecto del oficial, del esclavo con relación a su señor y, sobre todo, en el caso en que existieran relaciones familiares (382).

Esta regla jurídica se refería especialmente a los casos en que el agredido corría peligro de muerte. En estas ocasiones, la persona que tuviera obligación de prestar auxilio, pero no se lo hubiera prestado, debía ser castigada como cooperadora del homicidio. (383).

En las Metamorfosis hay varios pasajes que aluden a esta obligación a prestar auxilio en caso de peligro (casos 192, 193, 194, 195). Pero sólo en uno de ellos se menciona el castigo (caso 195).

En efecto, la madre de un esclavo leñador que ha sido encontrado muerto, le reprocha a Lucio-asno que no le haya auxiliado debidamente ("An ipsum quidem saepius incursare

calcibus potuisti, morituum vero defendere alacritate simili nequisti? Certe dorso receptum auferres protinus et infestis latronis cruentis manibus eriperes, postremum deserto diecto illo conseruo magistro comite pastore non solus aufugeres"), (384).

Después, esta mujer -que se dirige al asno hablándole como si fuera una persona- añade que no prestar auxilio en situación de peligro suele ser castigado, porque tal conducta es una falta ante la sana moral ("An ignoras eos etiam, qui morituris auxilium salutare denegarint, quod contra honos mores id ipsum fecerint, solere puniri?"), (385). En este caso parece que Lucio-asno es un esclavo del leñador y le ha abandonado a su suerte ante la osa, a juzgar por las palabras de la madre.

En cuanto a los casos 193 y 194, en los que los esclavos no prestan la debida ayuda al amo, en un rescripto de Adriano, recogido por Ulpiano, se afirma que siempre que los esclavos puedan prestar auxilio a sus dueños, no deben anteponer su seguridad a la salvación de aquellos (386). Esta situación a juzgar por lo que se afirma en el caso 194, debía ser muy corriente, y estaba severamente castigada. En efecto, el mismo rescripto de Adriano antes aludido, especifica que los culpables deben sufrir el último suplicio, para que los demás esclavos no piensen que en un momento de peligro para sus dueños cada uno puede salvarse como pueda (387).

IV.1.4: Faltas cometidas por esclavos: leyes, normas, disposiciones y penas.

FALTAS COMETIDAS POR ESCLAVOS

FUGA DE ESCLAVOS: (Casos 196-199).

Ya hemos comentado que durante el siglo II d.C., se intensificó la lucha contra los esclavos huídos. Los emperadores Antonino Pío y Marco Aurelio, con sus disposiciones legales favorecieron mucho su búsqueda y captura (388).

Por su parte los propietarios solían recurrir a la ayuda de amigos y colegas, ofrecían recompensas en pregones públicos (389), consultaban oráculos, apelaban a las autoridades y contrataban cazaesclavos profesionales ("fugitivarii"), para recuperar su propiedad (390). Los esclavos huídos, una vez capturados, debían ser entregados a sus dueños, pero si además de fugarse, hubiesen actuado como si fuesen libres solían ser castigados con mayor severidad (391).

La novela de Apuleyo contiene cuatro casos de fuga de esclavos (casos 196,197,198,199), uno de ellos (caso 196), no es real pues está incluido en el juicio público que se sigue contra Lucio en Hípata, para celebrar la fiesta del Dios de la Risa (392). Pero aún en una farsa, es un ejemplo de las ocasiones en que se busca la declaración de un esclavo, cuando

es su amo el que está acusado del delito (393).

En ninguna de las ocasiones en que se cometen fugas de esclavos en las Metamorfosis, éstos son encontrados ni devueltos a sus amos, lo que parece confirmar que, a pesar de las disposiciones legales de la época, tendentes a facilitar la captura de los esclavos fugitivos y a imponer penas de mayor gravedad, tales fugas constituían un fenómeno constante y en continua expansión (394).

Por otro lado, el comportamiento de la Diosa Venus con Psique, a quien considera su esclava fugitiva ("ancilla"), (395), podría quizá, a falta de otros ejemplos en la novela, servirnos para comentar los castigos que recibirían los esclavos, una vez devueltos a sus amos. La diosa golpea y maltrata a Psique y la amenaza con mayores y peores suplicios (396).

MENTIR, ENGAÑAR, VENDER Y ATENTAR CONTRA PROPIEDADES DEL AMO:
(CASOS 200-210)

Las restantes faltas que cometen los esclavos contra sus amos, en la novela de Apuleyo, salvo algunas excepciones, no son realmente graves, y menos en dos ocasiones (casos 205,210), no existe sanción alguna por parte de los amos, bien porque no llegan a realizarse o bien porque el amo no se ente-

ra de lo sucedido.

En el caso 205, el esclavo Mirmex desobedece las órdenes de su amo, el decurión Bárbaro, que le había amenazado con el calabozo, la cadena perpetua e incluso con la muerte por hambre, si no cumplía exactamente sus indicaciones ("carcerem et perpetua vincula, mortem denique violentam defamen conminatus"), (397). Mirmex se deja sobornar por el oro, a pesar de esta amenaza de muerte y desobedece a su amo, quien ordena a sus esclavos que lo prendan y lo lleven al foro ("iusso tantum Myrmece per conservos vincto forum versus at rahi"), (398). Pero, finalmente, Bárbaro, engañado por las palabras de Filesitero, perdona a su esclavo.

En el caso 210, el amo castiga con una muerte horrible el adulterio de su esclavo con una mujer libre, que ha provocado que su esposa, para vengarse, destruya la contabilidad, lo almacenado en el granero, y se suicide matando al mismo tiempo a su hijo. Este caso, contado por Lucio como algo sucedido realmente, a pesar de su brevedad, es un auténtico drama que culmina con el castigo del dueño. En esta ocasión, la sanción parece adecuada a la gravedad de los hechos y, aunque como ya hemos dicho, durante el siglo II d.C. se reprimió mucho la potestad dominical, el castigo, aunque terrible, no es probable que resultara excesivo.

IV.2: Castigos y actuaciones de acuerdo con las normas y disposiciones del siglo II d.C. en la novela.

- Casos:

A partir del análisis de los castigos que aparecen en la novela y su relación con el número total de casos, y con el castigo o pena adecuados según las normas y disposiciones legales vigentes en la época de Apuleyo, cabe establecer una serie de afirmaciones, que nos permitirán después extraer conclusiones en este tema.

Una de estas afirmaciones consiste en que muy pocos castigos están dictaminados por la autoridad competente, y en muy pocos interviene dicha autoridad. Veamos con detenimiento cuáles son estos casos.

En la novela aparecen dos escenas de juicio, el de Lucio, acusado de triple homicidio (399), y el del hijo del decurión (400), acusado de parricidio, incesto y homicidio. Ninguno de estos episodios está incluido en el epítome de Luciano, y su número es realmente muy bajo, si consideramos la cantidad de casos que aparecen en la obra que requerirían también un juicio. Comencemos por el juicio contra el protagonista Lucio.

En este juicio (relacionado con los casos 23,54,60,

83,84,121,196,200), se mezclan ficción y realidad, tragedia y humor negro y, sobre todo, constituye una detallada descripción del procedimiento judicial en el que se mezclan elementos típicos griegos y aspectos del Derecho romano.

En principio, como hemos visto en el comentario al caso 23, el cargo consiste en una violación de la "Lex Cornelia de sicariis et veneficiis", y Lucio trata en todo momento de su defensa de mostrar que mató a tres ladrones nocturnos poniendo en peligro su propia vida y obligado por las circunstancias, con lo que, de acuerdo con la mencionada ley, quedaría impune (401).

El juicio comienza en el foro ("forum"), pero accediendo a la petición popular todos se trasladan al teatro ("theatrum"), de la ciudad; Lucio ha sido conducido desde la casa de Milón escoltado por dos líctores ("licttores"), y acompañando a los magistrados ("magistratus") y sus acólitos ("ministri"), sin que exista un "iudex", como él esperaba. El heraldo ("praeco") cumple su función y comienza la actuación del acusador, desempeñado por el capitán de la guardia nocturna ("nocturnae custodiae praefectus"). A continuación le toca a Lucio desempeñar su propia defensa y, finalizada esta, aparecen dos mujeres acompañadas por un niño (supuestamente las viudas de las víctimas, ya que reclaman justicia y acuden debidamente vestidas de negro. Ver caso 188). El magistrado de más edad proclama que es necesario recurrir a la tortura

para que el acusado confiese, y efectivamente, se dispone todo lo necesario. Pero antes de dar comienzo tan terrible medida, una de las mujeres menciona la cruz, como castigo adecuado para Lucio, y solicita que se muestren al público los tres cadáveres. Al hacerlo así se descubre que eran en realidad tres odres hinchados, y que todo el juicio ha sido una farsa para celebrar la fiesta del Dios de la Risa.

Pero farsa y todo, prácticamente cada frase de todo este episodio puede analizarse desde el punto de vista jurídico, y, efectivamente, ha sido estudiado en este sentido por varios autores. Así, J. Colin, encuentra en la descripción de este juicio celebrado en Hípata, numerosos elementos que considera típicos del Oriente griego, (402) y concluye que Apuleyo respetó la realidad de los procesos criminales en las pequeñas ciudades libres de Tesalia en época imperial, que él debió conocer en sus viajes.

Colin destaca el uso del teatro como enclave para la celebración del juicio, hecho normal en el Oriente helenístico en época imperial (403); la alusión a la tortura ("cum ritu Graeciensi, ignis et rota, tum omne flagrorum genus inferuntur"), (404); el tribunal de los magistrados y la presidencia del miembro más viejo; y, sobre todo, el hecho de que tanto acusador, como acusado y mujeres suplicantes, se dirigen al pueblo allí reunido, lo que indica que la sentencia será por aclamación popular (405).

Pero también se encuentran en este episodio elementos romanos. Así, el "praeco", o el "nocturnae custodiae praefectus", que puede asimilarse al "praefectus vigilium" de Roma, quien informaba al "Praefectus urbi" en los casos graves (como los de asesinato), (406); la mención de la clepsidra (407); el alegato de Lucio, quien afirma que nunca ha sido citado en justicia y que su vida ha sido siempre intachable ("qui ne tantillo quidem umquam crimine postulatus, sed probe spectatus apud meos, semper innocentiam commodis cunctis antetuleram"), (408), lo que parece coincidir con un pasaje de la Apología donde Apuleyo indica que algunos reos han probado su inocencia alegando como única defensa que su conducta anterior estaba en total contraposición con el crimen imputado ("Atque ego scio plerosque reos alicuis facinoris postulatos, si fuisse quaequam causae probarentur, hoc uno se tamen abunde defensisse, vitam suam procul ab huiusmodi sceleribus abhorrere nec id sibi obesse debere, quod videantur quaedam fuisse ad maleficiundum invitamenta"), (409).

R.G. Summers, considera que el juicio contra Lucio constituye un claro ejemplo del procedimiento conocido como "cognitio extra ordinem", utilizado también en el juicio de Sabrata contra Apuleyo, (410). Summers acepta los elementos griegos en el juicio, destacados y estudiados por Colin, pero a diferencia de éste, no cree que Apuleyo estuviera familiarizado con el procedimiento judicial de las ciudades libres de Tesalia, y quisiera sorprender a sus lectores latinos con

detalles griegos, extraños para ellos (411). Summers le atribuye a Apuleyo una intención bien distinta; opina que al mezclar los dos sistemas legales (griego y romano), lo hace con un propósito literario, sin preocuparse de la lógica de la situación, ni intentar reconciliar los elementos del Derecho romano (que él introduce), con los elementos del Derecho griego (tomados del original griego perdido) (412).

El juicio acaba repentinamente con el descubrimiento de los tres cadáveres que resultan ser tres odres. Lucio ha sido objeto de sátira, aunque Summers concluye que la sátira recae sobre el sistema de justicia romano, no sobre el joven (413).

Aceptemos como válida la teoría de que Apuleyo recoge del original griego perdido toda una serie de elementos del Derecho griego, y añade por su parte aspectos del Derecho romano. Pero ¿conserva los elementos griegos para sorprender a sus lectores romanos, como supone Colin?, o ¿añade los elementos romanos para satirizar sobre ellos, como cree Summers?. Que Apuleyo demuestra en las Metamorfosis un buen conocimiento del Derecho privado romano es evidente (414), así como que ejerció de abogado y conocía bien también el Derecho penal romano. Por otro lado que pudo conocer el Derecho griego y asistir incluso a juicios de todo tipo durante sus viajes por Grecia, es bastante probable, aunque no está comprobado que, en

esta época, las ciudades de Tesalia fueran ciudades libres.

Además encuentro que aún quedan en este episodio pasajes desconcertantes, que ningún autor ha explicado satisfactoriamente. Por ejemplo, la alusión a la cruz como castigo para Lucio, que no parece ajustarse a la condición del acusado pues era una pena reservada -generalmente- a los individuos no libres, (415). Entonces ¿por qué la menciona Apuleyo?.

Es evidente que, si esa hubiera sido su intención, Apuleyo hubiera podido relatar todo este episodio de una forma completamente coherente, sin caer en contradicciones, sin mezclar elementos del Derecho griego y romano, respetando todas las normas legales. Pero, como hemos visto, no lo hace así, y aunque la teoría de Summers es muy sugestiva, creo que conviene subrayar -cosa que él no hace- que todo el episodio, aunque presentado como una farsa celebrada en honor del Dios de la Risa, tiene realmente una lógica, aunque sea una lógica de pesadilla. En efecto, cuando se descubren los tres odres se comprende que las palabras del acusador, que afirma haber sido testigo del triple homicidio, eran falsas y formaban parte de la intriga urdida para la fiesta. Y, sin embargo, una vez acabado todo, la esclava Fotis informa a Lucio que los odres estaban animados debido a las artes mágicas de su ama Pánfila (caso 121). Lucio es, pues un "utricida", como afirma Fotis (416).

Pero aún hay más; poco antes de acudir a la cena de Birrena, Fotis advierte a Lucio de la existencia de auténticos ladrones que asaltan durante la noche en las calles de Hípata (caso 83), por esto no sorprende que el joven luche con los supuestos ladrones al volver de la cena. Además, ¿acaso no se convierten los tres odres que Lucio cree tres ladrones, en tres ladrones reales que aparecen en el libro siguiente: Lámaco, Alcimo y Trasileón?.

Creo que lo único sensato que cabe afirmar es que Apuleyo juega con el lector, mezclando realidad y ficción, aportando pistas y distrayendo la atención. Y esto no es sólo en este episodio, sino que sucede a lo largo de toda la novela.

Los autores que han estudiado este caso de juicio se preguntan acerca de las peculiaridades internas que presenta, pero ¿por qué el autor desarrolla una larga escena de juicio precisamente para tratar un caso inexistente, cuando a lo largo de la novela hay numerosas ocasiones "reales" que reclaman un juicio sin obtenerlo?.

Como veremos al analizar los restantes casos de la obra en los que existe intervención de la autoridad competente, en los que se siguen las normas legales vigentes en la época, en casi todos ellos sucede lo mismo: el delito no ha existido realmente, o el acusado es inocente -al menos del delito concreto que se le imputa- por lo que la "justicia" obtie-

ne una consideración negativa, o al menos irónica, por parte del lector cuidadoso.

Otra de las ocasiones en que se menciona en la novela un castigo dictaminado por la autoridad competente, es el del procurador imperial (caso 55). En esta ocasión no aporta Apuleyo muchos detalles, pero sí queda claro que, el procurador ("procurator ducenari"), fué juzgado y condenado al destierro ("extorris"); por otro lado, no había motivo para esto, pero fué falsamente acusado por compañeros suyos que le tenían envidia.

Así pues, también en este caso en el que todo transcurre de acuerdo con la legalidad, la actuación de la justicia resulta irónica pues el acusado es inocente.

En esta ocasión, no se detalla en qué consistía la acusación, ni el tiempo de duración del castigo, ni si el reo había sufrido también la confiscación, al menos parcial, de sus bienes, etc. (417). Además, todo el pasaje es una invención de Tlepólemo, quien trata de liberar a su esposa Cáríte -secuestrada por una banda de ladrones- introduciéndose entre ellos, y para conseguirlo cuenta la historia del bandido Hemo de Tracia y su encuentro con el procurador y su esposa, Plotina (418). Pero, como hemos visto en repetidas ocasiones, la verosimilitud, la "realidad" de los casos no depende de la mor-

fología de la narración.

El caso de la estafa en venta (caso 143), es otro de los pocos de la novela en que el castigo lo impone la autoridad (el edil del mercado de Hípata). Y, sin embargo, la actuación de este, no parece conforme con las normas que, en materia de compra-venta y por lo que se refiere al precio, rigen en época clásica. Es, pues, un caso peculiar y ha sido interpretado por diversos autores.

El episodio está incluido en lo que Pejenaute califica de situaciones ambiguas en la novela (419). En efecto, Lucio compra lo que él cree unos buenos pescados, pero el edil Pitias opina que son malísimos; el joven ha regateado el precio y está satisfecho con la compra, pero Pitias considera que dicho precio es un abuso y una estafa. Finalmente, para castigar al vendedor, ordena arrojar al suelo y pisotear la compra de Lucio, pero en realidad sólo consigue que el joven se quede sin pescado y sin cena, luego el castigo es falso.

Todo, pues, en este episodio, es falso: la buena compra resulta ser mala, el buen precio resulta una estafa y el castigo sólo perjudica al estafado Lucio.

Según Duncan Jones, el precio pagado por Lucio es claramente exorbitante, (420). Esto se pone de manifiesto

comparando los precios del pescado en Egipto, donde la cifra más alta corresponde a cuatro sesteracios, en vez de ochenta entregados por Lucio (421). Es evidente, pues, que Apuleyo escoge una cifra muy elevada, y que este hecho no debía pasar inadvertido para sus lectores.

Autores como PH. Derchain y J. Hubaux, S. Sauneron y P. Grimal han elaborado teorías que conceden a este episodio un significado religioso (422). Otros lo relacionan con la propia vida de Apuleyo y le otorgan una interpretación autobiográfica (423), y aún otros, aceptando el significado religioso, lo enlazan con la caña nilótica con que el autor dice haber escrito su obra (424).

De cualquier forma, lo que me interesa destacar no es el significado oculto que pueda tener este pasaje, sino el hecho de que Apuleyo se sirve de un delito -o supuesto delito- como pretexto para desarrollar un episodio al que, probablemente, quiere dotar de una segunda intención que el lector debe buscar y encontrar, y, sobre todo, el hecho de que precisamente en esta ocasión la actuación de la autoridad (el edil del mercado), no era necesaria y sólo conduce a perjudicar al supuesto perjudicado Lucio.

En el caso 98 se lleva a cabo una detención con la intención de entregar al acusado a las autoridades, para

que sean éstas quienes establezcan el castigo correspondiente ("ad casas interim suas vinctum perducunt, quoad renascenti die sequenti deductus ad magistratus, ut aiebant, poenae redderetur"), (425).

Sin embargo, el acusado es inocente y no ha robado el asno, ni mucho menos asesinado al esclavo leñador que lo guiaba; pero sus protestas no le sirven de nada pues el único testigo que tiene es Lucio-asno, que no puede hablar ("Atque utinam ipse asinus, inquit, quem nunquam profecto vidissem, vocem quiret humanam dare meaue testimonium innocentiae perhibere posset; profecto vos huius iniuriae pigeret"), (426).

A pesar de que Apuleyo no cuenta el final de esta historia y desconocemos por tanto el castigo que pudiera imponérsele a este hombre, es evidente que le va a resultar muy difícil demostrar su inocencia. Una vez más se procede de forma legal (los esclavos que detienen al transeúnte no se toman la justicia por su mano, a pesar de que ha muerto un compañero suyo, y se limitan a detenerle dispuestos a entregarle a las autoridades), precisamente en una ocasión en la que el acusado es completamente inocente de las acusaciones que se le imputan.

En el caso 76, uno de los que más se ajusta a la legalidad vigente en la época, tanto en cuanto al procedimien-

to, como en relación a la pena (ver comentario en apartado de "furtum"), también el acusado es inocente, al menos del delito que se le imputa.

En efecto, este caso (relacionado con el 57,61,40, 67), contiene varias situaciones conectadas entre sí y desencadenadas por el encuentro entre el hortelano ("hortulanus") y el legionario ("miles e legione"), (427). El soldado le habla primero en latín y después en griego y le reclama su asno para transportar el equipaje del "praeses", desde el "castellum" próximo. Estas confiscaciones eran normales en el siglo II d.C. en todo el Imperio romano, según indica Rostovtzeff, quien cita precisamente este caso de la novela de Apuleyo como ejemplo de prestación coercitiva de bestias de carga para el transporte de efectos del Estado (428).

Tras mantener una lucha contra el legionario (caso 40), el hortelano se esconde en casa de un amigo. El soldado se oculta también porque ha perdido su espada en la refriega (caso 67), pero unos compañeros suyos acusan al hortelano de haberse encontrado un vaso de plata y negarse a devolverlo ("Tum commilitones accersitis magistratibus mentiuntur sese multi pretii vasculum argenteum praesidis in via perdidisse..."), (caso 57). El amigo que lo oculta declara a los magistrados que no sabe dónde se encuentra el hortelano (caso 61), pero debido a la intervención de Lucio-asno, se descubre todo, y se procede a la detención del acusado que, al parecer, merece

la pena capital (ver comentario sobre los aspectos legales del caso 76, en el apartado de "furtum").

Precisamente Apuleyo se detiene y extiende en consideraciones jurídicas y de procedimiento en una ocasión en que el acusado es completamente inocente, al menos del hecho que se le atribuye. ¿Por qué se castiga al hortelano por un delito que no ha cometido y, en cambio, se pasa por alto su negación a la demanda del soldado?, ¿por qué se realiza, en este caso 76, un registro oficial, cosa que no sucede en ningún otro caso de "furtum" o "rapina", en la novela?.

De nuevo, como en ocasiones anteriores, la justicia actúa imponiendo su castigo y empleando sus efectivos en una ocasión que no debía requerirlo y en la persona de un acusado que es inocente.

El otro caso de juicio que aparece en la novela es el que tiene lugar contra el hijo del decurión, y de nuevo en esta ocasión el acusado es inocente, aunque hay que destacar que este juicio termina felizmente, y se demuestra la inocencia del reo. En relación con este juicio están los casos 9,49,58,62,63,64 y 16 (ver comentario sobre el procedimiento legal y los castigos en el apartado de "parricidium", caso 9).

La mujer de un decurión, enamorada de su hijastro

(cual nueva Fedra), mata por error a su hijito pequeño (caso 49) con la ayuda de un esclavo que le proporciona el veneno (caso 63). Después acusa a su hijastro del crimen cometido (caso 58), acusación confirmada por el esclavo en su declaración durante el juicio que tiene lugar (caso 62). Precisamente este juicio está a punto de no celebrarse pues el decurión se dirige al foro ("forum"), y adoptando actitud suplicante ante los decuriones ("decuriones"), acusa a su hijo de incestuoso, parricida y homicida ("sicarius").

Las palabras del decurión suscitaron tal indignación que la "curia" y la plebe, por aclamación general, decidieron lapidar al acusado públicamente (429). Pero los magistrados, temerosos del tumulto (caso 16), disuaden a los decuriones y al pueblo y reclaman una actuación judicial regular: "ut rite et more maiorum iudicio reddito et utrimquesaecus allegationibus examinatis, civiliter sententia promeretur, nec ad instar barbaricae feritatis vel tyrannicae impotentiae damnetur aliquis inauditus, et in pace placida tam dirum saeculo proderetur exemplum", (430).

Efectivamente, se avisa al "praeco" que convoca a los "patres in curiam", al acusador y al acusado, después, siguiendo la legislación ateniense, el pregonero recuerda que está prohibido excitar la compasión ("...Et exemplo legis Atticae Martique iudicii causae patronis denuntiat praeco neque principia dicere neque miserationem commovere"), (431).

El juicio se desarrolla con normalidad y, de nuevo, Apuleyo aporta detalles de procedimiento interesantes. La sentencia la emite un jurado compuesto por los miembros de la "curia", se alude a la pena de "culleum" (432), se tortura al esclavo que declara, se menciona la urna en la que se depositaba el veredicto el jurado, etc.. Como en el juicio celebrado en Hípata contra Lucio, en éste (que tiene lugar en una ciudad de la que no se dice el nombre), se mezclan elementos legales y aspectos de procedimiento griegos y romanos (433).

Pero lo que me interesa destacar es el hecho de que, nuevamente, aparece en la novela un episodio en el que interviene la justicia precisamente juzgando a un inocente.

Además de todos estos pasajes comentados hasta ahora, hay en las Metamorfosis dos ocasiones más en las que interviene la justicia o, al menos, se alude a ella.

En el episodio que contiene los crímenes de la mujer de Corinto (casos 42,43,51,52,53 en relación con el 50), la mujer del médico acude a casa del gobernador ("praeses"), para denunciar los crímenes de los que tiene conocimiento, y muere a continuación. El gobernador ordena inmediatamente traer al ayuda de cámara de la mujer acusada ("cubicularius"), y a fuerza de tormentos le sonsaca la verdad de lo ocurrido. La culpable es condenada "ad bestias" (ver comentario en el apartado de "parricidium", casos 51,52 y 53) y llevada por el momento a la

cárcel publica de Corinto ("de publico carcere"), en espera de que se cumpla la sentencia.

Esta es la única ocasión en toda la novela en que aparece el gobernador en persona ("praeses"), cumpliendo además, como hemos visto, sus funciones judiciales y condenado a la acusada, que es realmente culpable (a diferencia de otros casos ya comentados), de los crímenes que se le imputan. La sentencia también es acorde con la legalidad vigente (434).

El segundo caso es el del exterminio de la supuesta banda de Hemo de Tracia, llevado a cabo por orden de "Caesar", y efectuado por destacamentos militares. También en esta ocasión -aunque todo el relato es una invención de Tlepólemo- los ladrones son culpables.

IV.3: Castigos y actuaciones no acordes con las normas y disposiciones de la época: la "auto-justicia".

- Casos:

Después de destacar y analizar aquellos casos de la novela en los que el castigo lo impone la autoridad competente (y los que contienen intervención de dicha autoridad, aunque no se mencione el castigo), vamos a tratar las ocasiones en que cabe hablar de "auto-justicia", es decir, aquellas en las que son los propios afectados quienes se vengan imponiendo un castigo a los delincuentes, o actúan excediendo los límites de la defensa propia, y aquellas en las que el castigo lo llevan a cabo un grupo de personas que actúan imponiendo su justicia.

Forman un grupo más numeroso que el de los casos en que interviene la legalidad (que, ya hemos visto, contabilizan un total de ocho, incluidos los dos juicios), y están relacionados con todo tipo de delitos y crímenes.

En el caso 31, Tlepólemo y varios ciudadanos se vengan de los ladrones que han secuestrado a Cárite (caso 10), y robado y asesinado en varias ocasiones (casos 29,85,90,91,92, 93,94,97). La venganza consiste en la muerte de todos los integrantes de la banda, mientras que el oro, la plata y los objetos de valor que se guardaban en la guarida, se confían bajo

la custodia pública ("ipsos partim constrictos, uti fuerant, provolutosque in proximas ruinas praecipites dedere, alios vero suis sibi gladiis obtruncatos reliquere... et illas quidem divitias publicae custodelae commisere"), (435).

La viuda de Larisa, acusada por un familiar de su marido de parricidio (caso 44) y adulterio (caso 2), mientras tiene lugar el funeral del fallecido, rechaza la acusación; pero el pueblo ("vulgus" y "populus"), irritado, busca antorchas y piedras y pretende enterrarla viva junto a su marido. Aunque el relato continúa por otros derroteros y no se cuenta el final del episodio, es evidente que la intención de la masa era matar a la viuda.

En el caso 110, Cárite venga la muerte de su marido Tlepólemo, sacándole los ojos a su asesino, el joven Trasilo (caso 34), y afirma que no le mata para no dispensarle el mismo fin que tuvo su marido ("absit ut simili mortis genere cum marito meo coaequeris"), (436).

El molinero castiga al amante de su mujer (caso 6), sodomizándole (caso 191), y pegándole una paliza (caso 113). Su amigo el batanero, a quien también engañaba su mujer (caso 8), intenta acabar con el amante y con su propia esposa (caso 36), pero el molinero se lo impide.

También Psique se venga de sus hermanas, matándolas

(caso 47, relacionado con el 45).

Durante el robo nocturno en Tebas (caso 88), Crísero defiende su casa y posesiones clavando el brazo del ladrón Lámaco en la puerta de entrada (caso 28), quien estaba robándola (caso 89).

Finalmente, en el caso 101, unos campesinos confunden al grupo de esclavos fugados con una banda de ladrones, y los atacan con piedras y perros.

En todos estos casos los personajes actúan en defensa propia, o bien llevan a cabo el castigo de los delincuentes ellos mismos, prescindiendo de la autoridad y la legalidad vigentes. Son, pues, casos en que la gente "se toma la justicia por su mano", y en la mayoría el castigo suele consistir en la muerte.

Por otro lado, existen también en la novela una serie de situaciones en las que los personajes actúan como defensores de la ley y el orden y se dedican a la busca y captura de los delincuentes, a los que detienen y encarcelan, sin dejarse llevar por la indignación o el justo dolor (como sucedía en los casos que hemos visto antes).

Así, tras el robo en casa de Milón (caso 85), la gente se reúne en corros dispuesta a perseguir a los ladrones,

se investiga acerca de la desaparición de Lucio, se arresta y tortura a su esclavo para obtener información y, finalmente, se envían emisarios a la patria del joven para que se le busque y castigue debidamente.

El robo de los sacerdotes de la Diosa Siria moviliza también a los habitantes de la ciudad (caso 72), quienes persiguen a Filebo y sus compinches hasta alcanzarlos, los detienen ("Tullianum") y devuelven el objeto robado al templo.

IV.4: Ausencia de castigo: impunidad.

- Casos:

A pesar de la actuación de las autoridades en algunos casos (pocos), y no obstante las ocasiones en que los personajes se "toman la justicia por su mano", o suplen la intervención de las autoridades competentes actuando como defensores de la ley y el orden, puede afirmarse que la mayoría de los casos delictivos de la novela quedan impunes.

En efecto, de los casos de adulterio los cometidos por Pánfila (caso 1), por la mujer del operario (caso 5), y por Areté (caso 7), resultan impunes.

Entre los casos de "homicidium", no reciben castigo alguno las brujas Méroe y Pantia (caso 18), ni Pánfila (caso 20), ni la vieja de Tebas (caso 28), ni Trasilo (caso 33), ni la mujer del molinero y la maga que contrata para que mate a su marido (caso 37), ni el joven rico que abusa de su condición (casos 14,38).

En cuanto a los casos de "furtum" y "rapina", excepto los robos de Lámaco, Alcimo y Trasileón, y los de Hemo y su banda, el resto se llevan a cabo sin problemas y sin ningún tipo de castigo o pena (casos 73,75,78,82,83,85,86,93,94,96,97, 99).

También las prácticas mágicas que llevan a cabo las brujas se desarrollan sin problemas y, aunque son del dominio público, sólo en una ocasión (caso 17), se intenta castigar a una de ellas, Méroe, lapidándola; pero la maga lo impide gracias a su poder. En los demás casos no hay castigo: (118, 119, 120, 121 y 122).

Los timos y engaños de los adivinos tampoco se castigan en ninguna ocasión (casos 144, 145, 146, 147 y 148).

Incluso hay personajes que cometen crímenes y delitos diversos y provocan multitud de desgracias, y sus actos quedan en la más absoluta impunidad. Es el caso del joven rico que abusa de su estirpe y condición e interviene en los casos 14, 38, 75, 114, 125, 171 y 172, sin que aluda siquiera a la posibilidad de un castigo, (finalmente, muere; ver caso 39).

Otros casos en los que no hay castigo ni pena son: 21, 34 bis, 55 y 57 (en éstos dos últimos los que acusan falsamente no son castigados), 67, 199, etc.

No he incluido en este apartado aquellos casos en que no se menciona el castigo, pero se deduce del contexto de la obra que efectivamente se va a imponer alguna pena (casos 61 y 76). Sólo me he referido a los casos en que existe impunidad total.

Una frase de la propia novela puede servir como colofón a este apartado de la impunidad. El encargado de la guardia nocturna ("custodiae nocturnae praefectus"), durante su intervención en el juicio contra Lucio, proclama que la divina providencia no permite la impunidad de los culpables ("sed providentia deum, quae nihil impunitum nocentibus permittit..."), (437). Esta afirmación, propia del alegato en el que está incluida, resulta realmente irónica si tenemos en cuenta todo lo expuesto hasta el momento, y también otras frases de la novela que expresan claramente cuán lejos está de la realidad el comentario del "praefectus" de Hípata.

En efecto, quizá la "providentia deum" no permita la impunidad de los culpables, pero en la misma ciudad de Hípata una banda de ladrones nocturnos actúa a sus anchas (casos 22 y 83) y nada pueden contra ella las tropas del gobernador ("nec praesidis auxilia longinqua levare civitatem tanta clade possunt"), (438). También las brujas de Larisa se deslizan tan furtivamente que les resulta fácil burlar la vigilancia del sol y la Justicia ("ut ipsos etiam oculos solis et Iustitiae facile frustrentur"), (439). Es más, ¿qué hace Aristómenes cuando comprende que puede ser acusado de homicidio? (ver caso 18, asesinato de Sócrates), simplemente cambia de domicilio y se instala en Etolia (ver caso 154); en cuanto a los esclavos fugados (caso 199), tras varias jornadas de marcha deciden instalarse en una ciudad que les parece próspera y suficientemente lejana de su punto de partida, y efectivamente así lo hacen,

sin que nadie les pregunte nada ni se sorprenda de su aparición.

Finalmente, destacar el comportamiento del hortelano, que huye tras luchar contra el legionario (caso 40), y se dirige a casa de un amigo suyo, pues creía que si se mantenía oculto dos o tres días, evitaría el peligro ("quoad celatus spatium bidui triduive capitale causam evaderet"), (440).

IV.5: Opinión y confianza ante la ley y la justicia, en la novela.

El comportamiento y la actitud del joven rico que abusa de su estirpe y condición (casos 14,38,75,114 y 125), indignan a otro joven, que se dirige a él afirmando que los pobres cuentan con el amparo de la legislación, para recurrir contra la insolencia de los ricos ("cum alioquin pauperes etiam liberali legum praesidio de insolentia locupletium consueverint vindicari"), (441). La respuesta del rico: "suspendium sese et totis illis et ipsis legibus mandare proclamans" (442), refleja gráficamente la realidad descrita en la novela. En efecto, nada pueden las leyes ante la prepotencia de ricos personajes como éste: "potens et dives et iuvenis, sed prosapiae maiorum gloria male utens pollensque factionibus et cuncta facile faciens in civitate" (443).

Incluso los jueces venden la justicia, dictando sentencias compradas con oro ("toti nunc iudices sententias suas pretio nundinantur"), (444), según afirma el propio Lucio después de contemplar la representación del juicio de Paris (445).

Pero además, a esto se une la intervención de la Fortuna. No basta con la existencia de personajes como el aludido antes, ni con que la justicia esté en manos de jueces prevaricadores, Lucio destaca también a la ciega Fortuna, que hace

que el malo luzca el título de hombre virtuoso, y que el inocente reciba el trato que corresponde a los culpables ("Fortuna... ut et malus boni viri fama glorietur et innocentissimus contra noxio rumore plectatur"), (446).

Estos tres pasajes resultan definitivos a la hora de valorar cómo presenta Apuleyo en su obra la actuación de la justicia, y ayudan a comprender el hecho -establecido en otros apartados- de que la mayoría de los casos que contiene la novela resulten impunes, que los personajes "se tomen la justicia por su mano", y que, precisamente en las ocasiones en que interviene la autoridad y se procede de acuerdo con las normas legales vigentes, los acusados sean inocentes o el delito inexistente.

NOTAS AL CAPITULO IV:

- (1) T. Mommsen, El Derecho Penal romano, II, Madrid, s.f., p.163; E. Costa, Crimini e pene, Bologna, 1921, pp.73-76.
- (2) Digesto, 48,5,39.
- (3) Lucio el asno, 4.
- (4) A. Lesky, "Apuleius von Madaura und Lukios von Patrai", Hermes, 76, 1941, pp. 43-74.
- (5) Met.IV,28-VI,24.
- (6) Met.VI,22,4.
- (7) Met.IX,27,4.
- (8) T. Mommsen, El Derecho Penal romano, II, Madrid, s.f., p.169.
- (9) T. Mommsen, op.cit., II, P.169; G. Carnazza-Rametta, Studio sul Diritto Penale dei Romani, Roma, ed. anastática, 1972, pp. 191-92.
- (10) Met.IX,28,3.
- (11) D.48,5,14.
- (12) Met.IX,28,4.; Vid. H. Maehler, "Lucius the Donkey and Roman Law", M.H.L., IV, 1981, pp. 169-171.
- (13) Met.IX,28,4.
- (14) D.48,5,2,2 y 48,5,30.
- (15) T. Mommsen, Penal, II p.161.
- (16) Met.IX,21,3.
- (17) D. 48,5,28.
- (18) D. 48,5,25.
- (19) T. Mommsen, Penal, II, p.107; Ulpiano, D. 48,5,24.
- (20) T. Mommsen, Penal, II, p.107.
- (21) D. 48,5,39,8.
- (22) Met.VIII,22.
- (23) T. Mommsen, Penal, II, p.154.
- (24) E. Costa, Crimine e pene, Bologna, 1921, p.76; C. Ferrini, Diritto Penale Romano, Roma, ed. anastática, 1976, p. 366.
- (25) D. 48,5,39.
- (26) Quint., Inst.Orat., 7,8,3,5,6; Tác., Ann., 12,8.
- (27) T. Mommsen, Penal, II, p.159.
- (28) T. Mommsen, Penal, II, p.159.
- (29) T. Mommsen, Penal, II, p.127.
- (30) C. Perrini, Diritto, pp.370-71.
- (31) T. Mommsen, Penal, II, pp.129-131.
- (32) D. 48,6 y 48,7.
- (33) T. Mommsen, Penal, II, p.136.
- (34) D. 48,6,5,2.
- (35) D. 48,6,5.
- (36) Met.VII,13,7.
- (37) T. Mommsen, Penal, II, p.132; G. Carnazza-Rametta, Studio, pp.184-85.
- (38) Met.X,6,3.
- (39) D. 48,6,10.
- (40) T. Mommsen, Penal, II, p. 132; C. Ferrini, Diritto, pp.370-377.
- (41) T. Mommsen, Penal, II, p.94.

- (42) D. 48,8,1.
- (43) D. 48,8,14.
- (44) C. Gioffredi, I Principi del Diritto Penale Romano, Torino, 1970, pp.98-99.
- (45) T. Mommsen, Penal, II, p. 106.
- (46) T. Mommsen, Penal, II, p.107; G. Carnazza-Rametta, Studio, pp. 186-87.
- (47) D. 48,8,3,5.
- (48) T. Mommsen, Penal, II, pp. 111; C. Ferrini, Diritto, pp. 378-388.
- (49) T. Mommsen, Penal, II, p. 118.
- (50) T. Mommsen, Penal, II, p. 119.
- (51) T. Mommsen, Penal, II, p. 100.
- (52) D. 48,8,9.
- (53) Met. III, 1-9.
- (54) Met. III, 5-6.
- (55) Vid. Mommsen, Penal, II, p. 100; G. Carnazza-Rametta, Studio, pp. 186-87.
- (56) Met. III, 7,4.
- (57) Met. III, 9,3.
- (58) T. Mommsen, Penal, II, pp. 366-367; G. Carnazza-Rametta, Studio, pp. 232-37.
- (59) Met. III, 11.
- (60) T. Mommsen, Penal, II, p. 100.
- (61) Met. VII, 26, 3.
- (62) Met. VIII, 12,2.
- (63) Met. VIII, 12,3-4.
- (64) T. Mommsen, Penal, II, pp. 96-97; C. Ferrini, Diritto, p. 380.
- (65) F. Pringsheim, "The Legal Policy and Reforms of Hadrian", J.R.S., XXIV, 1934, p. 143.
- (66) F. Pringsheim, "Legal Policy", p. 144 y nota 21.
- (67) D. 48,8,1,5.
- (68) T. Mommsen, Penal, II, p. 107.
- (69) T. Mommsen, Penal, II, p. 107; G. Carnazza-Rametta, Studio, pp. 148-155.
- (70) D. 48,8,3.
- (71) T. Mommsen, Penal, II, p. 106; G. Carnazza-Rametta, Studio, p. 187.
- (72) E. Costa, Crimini e pene, Bologna, 1921, p. 71.
- (73) D. 48,9,1-4; T. Mommsen, Penal, II, p. 120; G. Carnazza-Rametta, Studio, p. 188.
- (74) T. Mommsen, Penal, II, p. 121.
- (75) D. 48,9,9 y E. Costa, Crimini, p. 157.
- (76) Met. II, 27,7.
- (77) Met. II, 29,6.
- (78) Met. IV, 28-VI,24.
- (79) Met. V, 24,5.
- (80) Met. V, 24,5.
- (81) Met. V,26,7; D. 24,2,2; Vid. también VI,2,6; VI,4,5;VI,7,4-5; VI,9,6; VI,22,4 y VI,23,5.
- (82) Met. X,7-12.
- (83) Met. X,8,1.

- (84) Met.X,12,4.
- (85) D. 48,9,9; E.Costa, Crimini, p.157; T. Mommsen, Penal, II, p.367.
- (86) D. 48,9,1.
- (87) D. 48,9,9.
- (88) T. Mommsen, Penal, II, p. 159; G. Carnazza-Rametta, Studio, p.240-41.
- (89) T. Mommsen, Penal,II, p.366-367; G.Carnazza-Rametta, Studio, pp.232-37.
- (90) Met.X,28,5.
- (91) D. 48,9,9.
- (92) T. Mommsen, Penal,II, pp.28-29.
- (93) D. 48,9,5; F.Pringsheim, "Legal Policy", pp.143-44; C.Ferrini, Diritto, p.380-81.
- (94) Paul. D. 25,3,4; T. Mommsen, Penal,II, pp.98-99; E. Costa, Crimini, pp. 158-59.
- (95) T. Mommsen, Penal,II, p.142.
- (96) T. Mommsen, Penal,II, p. 140.
- (97) T. Mommsen, Penal,II, pp.142-146.
- (98) D. 48,10,1,13; E. Costa, Crimini, pp.140-145; P. Garnsey, Social Status and Legal Privilege in the Roman Empire, London, 1970, p.128.
- (99) D. 48,10,1; T. Mommsen, Penal,II, pp. 146-47; C. Ferrini, Diritto, pp.399-400.
- (100) D. 48,10,1; G. Carnazza-Rametta, Studio, p.190; T. Mommsen, Penal,II, pp.145-46.
- (101) T. Mommsen, Penal,II, pp.144-45; D. 48,10,9.
- (102) Met.IX,41,2.
- (103) D. 49,16,3,1.
- (104) D. 49,16,3,4.
- (105) D. 49,16,3,10.
- (106) E. Costa, Crimini, pp.184-197; G. Carnazza-Rametta, Studio, p.220 ss.
- (107) Modestino, D. 49,16,3,13; E. Costa, Crimini, p.191.
- (108) Paul., D. 49,16,14,1; E. Costa, Crimini, p.191-92; J.Guillén Urbs Roma,III, Salamanca, 1980, p.490.
- (109) Men., D. 49,16,5; J. Guillén, op.cit., p.493.
- (110) D. 47,10,13,5.
- (111) F. Garnsey, Status, p.274 y n.2. Sobre el sentido del término "munus", ver D.50,16,18.
- (112) D. 47,2,1,3.
- (113) Gelio, Noches áticas, II,18,13.
- (114) T. Mommsen, Penal,II, p.203.
- (115) D. 47,2,50,2.
- (116) D. 47,2,2.
- (117) D. 47,2,3-7.
- (118) D. 47,2,8.
- (119) T. mommsen, Penal,II, p.210-211.
- (120) Gelio, Noches, II,18; G.Ferrini, Diritto, pp. 177-179; C. Gioffredi, Principi, p.29.
- (121) T. Mommsen, Penal, II, p. 206; G.Carnazza-Rametta, Studio, p.146.

- (122) Gelio, Noches, 11, 18.
- (123) T. Mommsen, Penal, II, pp. 231-235; C. Ferrini, Diritto, pp. 224-226.
- (124) T. Mommsen, Penal, II, p. 210.
- (125) D. 47, 17, 1.
- (126) T. Mommsen, Penal, II, p. 235; C. Ferrini, Diritto, p. 226.
- (127) D. 47, 5, 1.
- (128) Met. VIII, 29, 6.
- (129) Met. IX, 41, 7.
- (130) T. Mommsen, Penal, II, pp. 210-211.
- (131) D. 47, 2, 42, 4.
- (132) D. 47, 2, 48, 1.
- (133) Met. IX, 42, 4.
- (134) T. Mommsen, Penal, II, pp. 212-213.
- (135) T. Mommsen, Penal, II, p. 234; C. Ferrini, Diritto, p. 224-26.
- (136) D. 48, 13, 11; E. Costa, Crimini, p. 59.
- (137) Met. IX, 10, 3.
- (138) Met. IX, 10, 4.
- (139) Met. IX, 35, 4.
- (140) T. Mommsen, Penal, II, pp. 233-234; D. 47, 14, 1; C. Ferrini, Diritto, pp. 224-225.
- (141) Met. X, 14, 6.
- (142) D. 47, 2, 45.
- (143) J. Iglesias, Derecho romano, Barcelona, 4ª ed. 1962, p. 445.
- (144) T. Mommsen, Penal, II, p. 233; J. Iglesias, D. Rom., p. 445; G. Carnazza-Rametta, Studio, p. 208-9.
- (145) D. 48, 8.
- (146) D. 47, 8: Sobre la acción de cosas robadas con violencia.
- (147) D. 48, 8, 16.
- (148) T. Mommsen, Penal, II, pp. 232-235.
- (149) Met. II, 18, 3.
- (150) Met. VII, 2, 3.
- (151) D. 48, 8, 1.
- (152) T. Mommsen, penal, II, pp. 99-100.
- (153) T. Mommsen, penal, II, pp. 99 y 253.
- (154) Met. VIII, 17.
- (155) Met. VIII, 18, 4.
- (156) Met. VII, 5-8.
- (157) Met. VII, 7, 4.
- (158) D. 48, 8, 16.
- (159) J. Iglesias, D. Rom., p. 449; C. Ferrini, Diritto, p. 231.
- (160) T. Mommsen, Penal, II, p. 241.
- (161) J. Iglesias, D. Rom., p. 449.
- (162) T. Mommsen, Penal, II, p. 243; G. Carnazza-Rametta, Studio, p. 212.
- (163) J. Iglesias, D. Rom., p. 451; C. Ferrini, Diritto, p. 234-35.
- (164) T. Mommsen, Penal, II, p. 244.
- (165) T. Mommsen, Penal, II, p. 245; vid. Aulo Gelio, Noches, 20, 1, 4.
- (166) T. Mommsen, Penal, II, pp. 246-247.
- (167) T. Mommsen, Penal, II, p. 262; D. 47, 10, 45.
- (168) Vid. Mommsen, Penal, II, p. 245; C. Ferrini, Diritto, p. 241.

- (169) E. Costa, Crimini, p.73, n.1; vid. también E. Norden, Apuleius von Madaura und das römische Privatrecht, Leipzig, 1912, p.82, R.H. Barrow, Slavery in the Roman Empire, London, 1928, p.7.
- (170) Plinio, Hist. Nat., 30,11.
- (171) T. Mommsen, Penal, II, p.117.
- (172) E. Costa, Crimini, pp.160-161.
- (173) Apuleyo, Apología, 26,9.
- (174) Gayo, Inst., 1,128.
- (175) T. Mommsen, Penal, II, p.118.
- (176) G. Carnazza-Rametta, Studio, pp.186-87 y 232-34.
- (177) Gayo, Inst., 1,128.
- (178) Met.I, 8,6.
- (179) Met.I, 10,2.
- (180) Met.II, 22,2.
- (181) T. Mommsen, Penal, II, p.241.
- (182) T. Mommsen, Penal, II, p.278.
- (183) J. Iglesias, D. Rom., p.446.
- (184) T. Mommsen, Penal, II, p.278; J. Iglesias, D. Rom., p.446.
- (185) T. Mommsen, Penal, II, p.279; C. Ferrini, Diritto, p.271.
- (186) T. Mommsen, Penal, II, p.279.
- (187) T. Mommsen, Penal, II, p.280.
- (188) D. 9,2,51; T. Mommsen, Penal, II, p.280.
- (189) G. Carnazza-Rametta, Studio, p.211.
- (190) D. 9,2,5,1; T. Mommsen, Penal, II, p. 281; J. Iglesias, D. Rom., p.448.
- (191) D. 9,2,2; T. Mommsen, Penal, II, p.283; J. Iglesias, D. Rom., p.449.
- (192) T. Mommsen, Penal, II, p.284.
- (193) T. Mommsen, Penal, II, p.285.
- (194) D. 9,1,1; J. Iglesias, D. Rom., p.446; C. Ferrini, Diritto p.244 ss.
- (195) D. 9,1,1.
- (196) Met.IV,3.
- (197) T. Mommsen, Penal, II, pp.289 y 292; G. Carnazza-Rametta, Studio, p.25-26.
- (198) T. Mommsen, Penal, II, p.293; E. Costa, Crimini, pp.169-172.
- (199) T. Mommsen, Penal, I, p.99.
- (200) T. Mommsen, Penal, II, p.296.
- (201) E. Costa, Crimini, p.37; Liv. 7,28;10,23;35,41.
- (202) T. Mommsen, Penal, II, pp.302-304.
- (203) Met.I, 21,6.
- (204) T. Mommsen, Penal, II, p.140.
- (205) J. Iglesias, D. Rom., p.386.
- (206) D.4,64,1.
- (207) D.4,4,16,1; Gayo, Instituciones, III, 139-41.
- (208) J. Iglesias, D. Rom., p.388, n.107.
- (209) Met.I, 24-25.
- (210) Met.I, 24,8.
- (211) Met.I, 25,3.
- (212) R. Duncan-Jones, The Economy of the Roman Empire, Cambridge, 1974, pp.248.251.
- (213) D.4,4,16,1.

- (214) Met.I,25,4.
- (215) Vid. v.gr. Ph. Derchain y J. Hubaux, "L'affaire du marché d'Hypata dans la Metamorphose d'Apulée", A. Cl., 27, 1958, pp.100-104.
- (216) T. Mommsen, Penal,II, p.314.
- (217) T. Mommsen, Penal,II, p.315.
- (218) T. Mommsen, Penal,II, pp.403-422.
- (219) Met.II,12,3-4.
- (220) Met.II,14,5.
- (221) Met.IX,9,1.
- (222) J. Iglesias, D. Rom., p.395; L.Aru-R.Orestano, Derecho Romano, Madrid, 1964, pp.184-85.
- (223) J. Iglesias, D. Rom., p.400.
- (224) Met.II,22-23.
- (225) Met.II,22,6.
- (226) Met.II,24,3.
- (227) Met.II,22,2.
- (228) D.II,4,1.
- (229) Met.IV,28-VI,24.
- (230) Met.V,26,7; VI,2,6; VI,4,5; VI,7,4; VI,9,6; VI,22,4; VI,23,5... etc.
- (231) Met.VI,3,1-2.
- (232) Ulpiano, D.II,4,1,1.
- (233) Ulpiano, D.II,4,1,1.
- (234) Ulpiano, D.II,4,1,2.
- (235) Met.VI,2-3.
- (236) G.W.Bowersock, "Zur Geschichte des Römischen Thessaliens", RhM., 1965, p.282, n.31; P.G. Walsh, The Roman Novel, Cambridge, 1970, pp. 250 ss.
- (237) Met.VI,4,5.
- (238) Ulpiano, D.II,4,1.
- (239) Met.VI,7,4.
- (240) Ulpiano, D.II,4,1,8.
- (241) Met.VI,7,5.
- (242) Met.VI,8,1-2.
- (243) Met.I,6,3.
- (244) Met.I,19,12.
- (245) T. Mommsen, Penal,II,p.171.
- (246) D.3,2,1.
- (247) Met.I,6,2.
- (248) J. Iglesias, D. Rom., p.508, n.9 y Volterra, "Per la storia del reato di bigamia", Studi Ratti, Milán, 1934, pp.390ss.
- (249) G. Garrison, Le suicide dans l'antiquité et dans les temps modernes, París, 1885, pp.31,41 y 71.
- (250) A. Bayet, Le suicide et la morale, París, 1922, pp.271-272.
- (251) A. Bayet, Suicide, pp.272 y 307-317.
- (252) A. Bayet, Suicide, pp.272-293.
- (253) A. Bayet, Suicide, pp.294-306.
- (254) Tusc., V,40, 117.
- (255) Canto III, 956.
- (256) Cartas morales a Lucilio, LXXVII.

- (257) Epistolas XIII y LXXVII.
- (258) Hist. Nat., II,5.
- (259) Pensam., XI,13; VIII,49.
- (260) A. Bayet, Suicide, pp.274-275.
- (261) G. Garrison, Suicide, cap.III
- (262) Suetonio, Tiberio, 45; Tácito, Anales, VI,9; XXII,61.
- (263) D.3,2,11,3; 28,3,6,7; 48,21,3,4 y 6; 49,14,45,2.
- (264) D.28,3,6,7; 49,14,45,2.
- (265) D.48,21,3,4.
- (266) D.48,21,3,5.
- (267) D.49,14,45,2.
- (268) D.28,3,6,7.
- (269) Cod.6,22,2 y 9,50,1.
- (270) Cod. 9,50,1.
- (271) A. Bayet, Suicide, p.276.
- (272) VII,8; VIII,9; X,28 y 30; XXII,57; III,58; VI,1; VIII,39; XLII,28; XXII,61.
- (273) V,5,4; V,8,3; V,8,4; I,4,3; VI,1,11; IX,12,6; IV,6,2; IV,6,3; IV,6,5; IV,7,2; IV,7,5; IX,12,6; III,2,13.
- (274) Epíst. I,12; I,22; III,7; IV,24; III,16.
- (275) Anales, VI,19; XV,63; XVI,34; Hist., II,49.
- (276) A. Bayet Suicide, pp.284-293.
- (277) D.3,2,11,3.
- (278) Satiricón, CIII.
- (279) Noches áticas, III,9.
- (280) Metamorfosis, V,25; VI,12; VI,14; VI,17; VIII,22.
- (281) A. Bayet, Suicide, p.298-306.
- (282) D.28,3,6,7.
- (283) D.49,16,6,7.
- (284) D.49,16,6,7.
- (285) D.48,19,38,12.
- (286) D.49,16,6,7.
- (287) A. Bayet, Suicide, 298-304.
- (288) D.21,1,23,2.
- (289) D.21,1,23,3.
- (290) D.29,5,1,22.
- (291) A. Bayet, Suicide, pp.298 y 307.
- (292) A. Bayet, Suicide, p.298.
- (293) A. Bayet, Suicide, p.309.
- (294) P. Veyne, "Suicide, fisc, esclavage, capital et droit romain", Latomus, XL,2,1981, p.218.
- (295) P. Veyne, "Suicide, fisc...", pp.221-22.
- (296) P. Veyne "Suicide, fisc...", pp.247-268.
- (297) P. Veyne, "Suicide, fisc...", pp.266-68.
- (298) A. Bayet, Suicide, p.298.
- (299) E. Jobbé-Duval, Les morts malfaisants "larvae, lemures", d'après le droit et les croyances populaires des Romains, París, 1924, pp.76-78; G. Matzneff, Le suicide chez les Romains. Le Défi, París, 2ª ed., 1977, pp.144-181.
- (300) J.L. Voisin, "Pendus, crucifiés, "oscilla" dans la Rome païenne", Latomus, XXXVIII,2,1979, p.427.
- (301) G. Matzneff, Le Défi. pp.145-181.

- (302) Y. Gris , Les romains et le suicide, París, 1980, pp. 134-135 y 183-195.
- (303) J.L. Voisin, "Pendus", pp.432 y 436.
- (304) Ad.Aen., XII, 395.
- (305) J.L. Voisin, "Pendus", pp. 432-433.
- (306) Y. Gris , "De la fréquence du suicide chez les Romains", Latomus, XXXIX, 1,1980, p.19.
- (307) J.L. Voisin, "Pendus", p.426.
- (308) J.L. Voisin, "Pendus", p.426.
- (309) N. Fick, "La symbolique végétale dans les Métamorphoses d'Apulée", Latomus, XXX,1971, p.332.
- (310) Y. Gris , "Fréquence", pp.134-35.
- (311) A. Bayet, Suicide, p.298.
- (312) Met. VI,12,1.
- (313) Met. VI,14,5.
- (314) Met. XI,2,4.
- (315) Met. XI,6,5-7.
- (316) J. Gaudemet, Institutions de l'Antiquité, París, 1967, pp.142-43.
- (317) J. Declareuil, Roma y la organización del Derecho, México, 1958, p.40.
- (318) N.D. Fustel de Coulanges, La ciudad antigua, Barcelona, 1983, pp. 234-239.
- (319) Met. II,3,5.
- (320) Apología, 72,6.
- (321) Met. II,11,1.
- (322) Met. VII,3,1-2.
- (323) Met. III,7,3.
- (324) Met. VII,16,3.
- (325) Florentino, D. 1,5,4.
- (326) J. Iglesias, D. Rom., p.105.
- (327) L. Aru-Orestano, Derecho romano, Madrid,1964, p.29.
- (328) S neca, De clem., I,18.
- (329) J. Declareuil, Roma, p.99.
- (330) D.1,6,1,2.
- (331) D.1,6,2.
- (332) Gayo, D.1,6,1,2.
- (333) Ulpiano, D.1,6,2; F. Pringsheim, "Legal policy" passim.
- (334) vid. Aulo Gelio, Noches Aticas,5,14; Gayo, Inst.,1,53; D.47,10,7,1; 48,8,1,2; 9,2,23,9,etc.
- (335) J. Declareuil, Roma, p.99; D.1,6,2; 9,2,5,3.
- (336) D.1,6,1,2.
- (337) Met. IX,12.
- (338) R. Duncan-Jones, The Economy of the Roman Empire, Cambridge, 1974, pp.323-4, cita este pasaje de Apuleyo, y considera que recibirían probablemente peor trato que los demás.
- (339) vid. M.I. Finley, Esclavitud antigua e ideología moderna, Barcelona, 1982, p.127.
- (340) Apología, 47,6-7.
- (341) R. Etienne, "Recherches sur l'ergastule, en Actes du Colloque 1972 sur l'esclavage, Centre de Rech. d'hist.

- ancienne, 11, An. Lit. Univ. Besançon, 163, París, 1974.
- (342) Met. V, 18, 4.
- (343) Met. X, 23, 4.
- (344) J. Iglesias, D. Rom. pp. 507-508.
- (345) vid. D. 23, 2; Ulpiano, 5, 2.
- (346) J. Iglesias, D. Rom., pp. 512-514; T. Mommsen, Penal., II, pp. 154-160.
- (347) Met. IV, 28-VI, 24.
- (348) Met. VI, 9, 6.
- (349) Ulpiano, 5, 2; D. 23, 2, 2; D. 23, 2, 35.
- (350) Ulpiano, 5, 5.
- (351) Met. VI, 23, 5.
- (352) Met. VI, 23, 5.
- (353) Apol. 67, 3.
- (354) Apología, 88, 3-4.
- (355) Apol., 88, 1.
- (356) Met. VI, 9, 6.
- (357) Met. IV, 26, 5.
- (358) Met. VII, 21, 5.
- (359) Met. X, 22, 2.
- (360) Met. X, 23, 2.
- (361) D. 25, 3, 1.
- (362) D. 3, 2, 11, 1 y 2; J. Iglesias, D. Rom., pp. 513 ss.; E. Costa, Crimini, p. 18.
- (363) J. Declareuil, Roma y la organización del Derecho, México, 2ª ed., 1958, p. 78.
- (364) D. 3, 2, 1; L. Aru-R. Orestano, Derecho romano, Madrid, 1964, p. 45.
- (365) Met. VIII, 9, 7.
- (366) Met. VIII, 10, 2-3.
- (367) T. Mommsen, Penal, II, p. 172.
- (368) T. Mommsen, Penal, II, p. 173.
- (369) D. 48, 5, 9.
- (370) T. Mommsen, Penal, II, p. 173.
- (371) Met. VIII, 29, 4-5.
- (372) Met. VIII, 29, 6 - 30, 1.
- (373) Met. IX, 27, 5.
- (374) H. Maehler, "Donkey", p. 172.
- (375) H. Maehler, "Donkey", p. 172.
- (376) H. Maehler, "Donkey", pp. 172-73.
- (377) H. Maehler, "Donkey", p. 175 y nota 43.
- (378) J. Iglesias, D. Rom. pp. 452-3; D. 11, 3.
- (379) Met. IX, 18, 4.
- (380) Ulpiano, D. 11, 3, 1.
- (381) Paulo, D. 11, 3, 2.
- (382) T. Mommsen, Penal, II, p. 100.
- (383) T. Mommsen, Penal, II, p. 110.
- (384) Met. VII, 27, 6-7.
- (385) Met. VII, 27, 8.
- (386) Ulp., D. 29, 5, 1, 28.
- (387) Ulp., D. 29, 5, 1, 28.
- (388) D. 11, 4, 1 y 2.

- (389) vid. Met. VI,8,1-4.
- (390) M.I. Finley, Esclavitud antigua e ideología moderna, Barcelona, 1982, p.144.
- (391) D. 11,4,2.
- (392) Met. III,1-9,
- (393) vid. Met. VII,2 y X,7-12.
- (394) E.M. Staerman y M.K. Trofimova, La esclavitud en la Italia Imperial, Madrid, 1979, p.281.
- (395) Met. VI,7,3; VI,8,2; VI,9,5,etc.
- (396) Met. VI,10 y 16.
- (397) Met. IX,17,4.
- (398) Met. IX,21,2.
- (399) Met. III,1-12.
- (400) Met. X,6-12.
- (401) D. 48,8,9.
- (402) J. Colin, "Apulée en Thessalie: fiction ou vérité?", Latomus, 24,2,1965, pp.330-245.
- (403) J. Colin, "Thessalie", p.342, n.3 y 4.
- (404) Met. III,9,1.
- (405) J. Colin, "Thessalie", pp. 342-343.
- (406) D. 1,15,3,3; aunque también cabe relacionarlo con el "estratego-nocturno", atestiguado en inscripciones de ciudades griegas, ver F.Millar, "World", p.71, n.48.
- (407) Met. III,3,1; cf. Apología, 28,1; 37,4; 46,3; 94,8.
- (408) Met. III,6,3.
- (409) Apología, 90,2.
- (410) R.G. Summers, "Roman Justice and Apuleius Metamorphoses", TAPA, 101,1970, pp.512-521.
- (411) R.G. Summers, "Justice", p.514, n.10.
- (412) R.G. Summers, "Justice", p.521.
- (413) R.G. Summers, "Justice", p.521.
- (414) Ver F. Norden, Apuleius von Madaura und das römische Privatrecht, Leipzig, 1912.
- (415) Ver T. Mommsen, Penal, II,pp.366-67; G. Carnazza-Rametta, Studio, pp.232-37.
- (416) Met. III,18,7.
- (417) Sobre este tema ver T. Mommsen, Penal, II,pp.407-422; G. Carnazza-Rametta, Studio, pp.237-241.
- (418) Met. VII,5-8.
- (419) F. Pejenaute, "Situaciones ambiguas en el "Asinus Aureus"", Durius, 3,1975, pp.27-52.
- (420) R. Duncan-Jones, The Economy of the Roman Empire, Cambridge, 1974, pp.248-251.
- (421) Duncan-Jones cita los papiros recogidos por Johnson en Frank ES AR 2.230-I: PSI 38 (306 dr.); Gr.Texte 13 (340 dr.); P. Basel 4 (148 dr.); SB 6001 (160 dr.); BGU 527 (300 dr.); SPP XII,29 (230 dr.).
- (422) Ph. Derchain y J. Hubaux, "L'affaire du marché d'Hypata dans la Metamorphose d'Apulée", AC,27,1958, pp.100-104; S. Sauneron, "Les fêtes religieuses d'Esna aux derniers siècles du paganisme", Esna V, El Cairo, 1962, pp.25-26; P. Grimal, "Le calame égyptien d'Apulée", REA, 73,1971,

- 3-4, pp.343-351 y J. Hani, "L'Ane d'or d'Apulée et L'Egypte", R.Ph, 47,1973, pp.274-280.
- (423) M. Hicter, "L'autobiographie dans l'Ane d'or d'Apulée", AC, 13,1944,pp.95-111.
- (424) Met. I,1; E. Auerbach, Mimesis: The Representation of Reality in Western Literature, Princeton, 1953, pp.60-63.
- (425) Met.VII,26,3.
- (426) Met. VII,25,8.
- (427) Met. IX,39-40.
- (428) Ver M. Rostovtzeff, Historia social y económica del Imperio Romano, II, Madrid, 3ª ed.,1973, p.213 y n.36, donde menciona también a Epicteto, Discursos, IV,1,79.
- (429) J. Colin, "Apulée en Thessalie: fiction ou vérité?", Latomus, 24,2,1965, pp.336-38, considera que tanto el procedimiento como el castigo son típicos de una ciudad griega libre de Tesalia.
- (430) Met. X,6,4.
- (431) Met. X,7,2.
- (432) Que se aplicaba a los parricidas, D.48,9,9.
- (433) F. Millar, "The World of the Golden Ass", JRS,71,1981, p.70.
- (434) D.48,9,9.
- (435) Met. VII,13,6-7.
- (436) Met. VIII,12,2.
- (437) Met. III,3,8.
- (438) Met. II,18,3.
- (439) Met. II,22,2.
- (440) Met. IX,40,4.
- (441) Met. IX,36,2.
- (442) Met. IX,36,4.
- (443) Met. IX,35,3.
- (444) Met. X,33,1.
- (445) Met. X,30-32.
- (446) Met. VII,2,6.

511

C A S O S

1998, 1999, 2000, 2001, 2002, 2003, 2004, 2005, 2006, 2007, 2008, 2009, 2010, 2011, 2012, 2013, 2014, 2015, 2016, 2017, 2018, 2019, 2020, 2021, 2022, 2023, 2024, 2025, 2026, 2027, 2028, 2029, 2030, 2031, 2032, 2033, 2034, 2035, 2036, 2037, 2038, 2039, 2040, 2041, 2042, 2043, 2044, 2045, 2046, 2047, 2048, 2049, 2050, 2051, 2052, 2053, 2054, 2055, 2056, 2057, 2058, 2059, 2060, 2061, 2062, 2063, 2064, 2065, 2066, 2067, 2068, 2069, 2070, 2071, 2072, 2073, 2074, 2075, 2076, 2077, 2078, 2079, 2080, 2081, 2082, 2083, 2084, 2085, 2086, 2087, 2088, 2089, 2090, 2091, 2092, 2093, 2094, 2095, 2096, 2097, 2098, 2099, 2100, 2101, 2102, 2103, 2104, 2105, 2106, 2107, 2108, 2109, 2110, 2111, 2112, 2113, 2114, 2115, 2116, 2117, 2118, 2119, 2120, 2121, 2122, 2123, 2124, 2125, 2126, 2127, 2128, 2129, 2130, 2131, 2132, 2133, 2134, 2135, 2136, 2137, 2138, 2139, 2140, 2141, 2142, 2143, 2144, 2145, 2146, 2147, 2148, 2149, 2150, 2151, 2152, 2153, 2154, 2155, 2156, 2157, 2158, 2159, 2160, 2161, 2162, 2163, 2164, 2165, 2166, 2167, 2168, 2169, 2170, 2171, 2172, 2173, 2174, 2175, 2176, 2177, 2178, 2179, 2180, 2181, 2182, 2183, 2184, 2185, 2186, 2187, 2188, 2189, 2190, 2191, 2192, 2193, 2194, 2195, 2196, 2197, 2198, 2199, 2200, 2201, 2202, 2203, 2204, 2205, 2206, 2207, 2208, 2209, 2210, 2211, 2212, 2213, 2214, 2215, 2216, 2217, 2218, 2219, 2220, 2221, 2222, 2223, 2224, 2225, 2226, 2227, 2228, 2229, 2230, 2231, 2232, 2233, 2234, 2235, 2236, 2237, 2238, 2239, 2240, 2241, 2242, 2243, 2244, 2245, 2246, 2247, 2248, 2249, 2250, 2251, 2252, 2253, 2254, 2255, 2256, 2257, 2258, 2259, 2260, 2261, 2262, 2263, 2264, 2265, 2266, 2267, 2268, 2269, 2270, 2271, 2272, 2273, 2274, 2275, 2276, 2277, 2278, 2279, 2280, 2281, 2282, 2283, 2284, 2285, 2286, 2287, 2288, 2289, 2290, 2291, 2292, 2293, 2294, 2295, 2296, 2297, 2298, 2299, 2300, 2301, 2302, 2303, 2304, 2305, 2306, 2307, 2308, 2309, 2310, 2311, 2312, 2313, 2314, 2315, 2316, 2317, 2318, 2319, 2320, 2321, 2322, 2323, 2324, 2325, 2326, 2327, 2328, 2329, 2330, 2331, 2332, 2333, 2334, 2335, 2336, 2337, 2338, 2339, 2340, 2341, 2342, 2343, 2344, 2345, 2346, 2347, 2348, 2349, 2350, 2351, 2352, 2353, 2354, 2355, 2356, 2357, 2358, 2359, 2360, 2361, 2362, 2363, 2364, 2365, 2366, 2367, 2368, 2369, 2370, 2371, 2372, 2373, 2374, 2375, 2376, 2377, 2378, 2379, 2380, 2381, 2382, 2383, 2384, 2385, 2386, 2387, 2388, 2389, 2390, 2391, 2392, 2393, 2394, 2395, 2396, 2397, 2398, 2399, 2400, 2401, 2402, 2403, 2404, 2405, 2406, 2407, 2408, 2409, 2410, 2411, 2412, 2413, 2414, 2415, 2416, 2417, 2418, 2419, 2420, 2421, 2422, 2423, 2424, 2425, 2426, 2427, 2428, 2429, 2430, 2431, 2432, 2433, 2434, 2435, 2436, 2437, 2438, 2439, 2440, 2441, 2442, 2443, 2444, 2445, 2446, 2447, 2448, 2449, 2450, 2451, 2452, 2453, 2454, 2455, 2456, 2457, 2458, 2459, 2460, 2461, 2462, 2463, 2464, 2465, 2466, 2467, 2468, 2469, 2470, 2471, 2472, 2473, 2474, 2475, 2476, 2477, 2478, 2479, 2480, 2481, 2482, 2483, 2484, 2485, 2486, 2487, 2488, 2489, 2490, 2491, 2492, 2493, 2494, 2495, 2496, 2497, 2498, 2499, 2500, 2501, 2502, 2503, 2504, 2505, 2506, 2507, 2508, 2509, 2510, 2511, 2512, 2513, 2514, 2515, 2516, 2517, 2518, 2519, 2520, 2521, 2522, 2523, 2524, 2525, 2526, 2527, 2528, 2529, 2530, 2531, 2532, 2533, 2534, 2535, 2536, 2537, 2538, 2539, 2540, 2541, 2542, 2543, 2544, 2545, 2546, 2547, 2548, 2549, 2550, 2551, 2552, 2553, 2554, 2555, 2556, 2557, 2558, 2559, 2560, 2561, 2562, 2563, 2564, 2565, 2566, 2567, 2568, 2569, 2570, 2571, 2572, 2573, 2574, 2575, 2576, 2577, 2578, 2579, 2580, 2581, 2582, 2583, 2584, 2585, 2586, 2587, 2588, 2589, 2590, 2591, 2592, 2593, 2594, 2595, 2596, 2597, 2598, 2599, 2600, 2601, 2602, 2603, 2604, 2605, 2606, 2607, 2608, 2609, 2610, 2611, 2612, 2613, 2614, 2615, 2616, 2617, 2618, 2619, 2620, 2621, 2622, 2623, 2624, 2625, 2626, 2627, 2628, 2629, 2630, 2631, 2632, 2633, 2634, 2635, 2636, 2637, 2638, 2639, 2640, 2641, 2642, 2643, 2644, 2645, 2646, 2647, 2648, 2649, 2650, 2651, 2652, 2653, 2654, 2655, 2656, 2657, 2658, 2659, 2660, 2661, 2662, 2663, 2664, 2665, 2666, 2667, 2668, 2669, 2670, 2671, 2672, 2673, 2674, 2675, 2676, 2677, 2678, 2679, 26

"CRIMINA":

CONTRA BUENAS COSTUMBRES: A) Casos de adulterio.

1.- En Met. II, 5, 8, Birrena habla de los amantes de Pánfila, la mujer de Milón.

En Met. II, 6, 6, Lucio decide no enredarse en ninguna intriga amorosa con Pánfila.

En Met. III, 16, 1-2, la esclava Fotis afirma que su ama Pánfila está tratando de seducir a un joven beocio.

En Met. III, 21, 1-6, Pánfila se convierte en búho para volar al encuentro de su amante beocio.

2.- En Met. II, 27, 5, un anciano de Larisa denuncia a la viuda de la guardia fúnebre quien ha matado a su esposo para complacer a su amante.

3.- En Met. VI, 22, 4, Júpiter le dice a Cupido que infringe la "Lex Iulia".

4.- En Met. VIII, 22, 1-7, un "vilicus" comete adulterio con una mujer libre.

5.- En Met. IX, 5-7, la mujer de un pobre operario engaña a su marido para que limpie una tinaja mientras ella comete

adulterio.

6.- En Met. IX, 14, 5, Lucio afirma que la mujer del molinero se entregaba a la prostitución.

En Met. IX, 16, 1, la vieja nodriza de la mujer del molinero dice a ésta que el amante que tiene es lento y cobarde.

En Met. IX, 23, 1-2, la mujer del molinero tiene una cita amorosa con un joven amante.

7.- En Met. IX, 20, 1-2, Areté, la mujer del decurión Bárbaro, engaña a su marido con su amante Filesitero.

CONTRA BUENAS COSTUMBRES: B) Casos de Incesto.

9.- En Met. X, 2-3, la mujer de un decurión trata de seducir a su hijastro.

"CRIMINA":

CRIMEN DE "VIS": A) Casos de secuestro.

10.- En Met. IV, 23, 2-3, una banda de ladrones secuestra

a la joven Cárite.

En Met. IV, 26, 7, Cárite narra su secuestro.

CRIMEN DE "VIS": B) Casos de coacción.

11.- En Met. VII, 4, 4, una banda de ladrones que quiere incrementar su número afirma que reducirán por el terror a quienes se les resistan.

CRIMEN DE "VIS": C) Casos de amenazas.

12.- En Met. IV, 25, 6 la vieja que cuida de Cárite, irritada por el llanto de la joven, le dice que si persiste en su actitud llorosa la asará viva.

13.- En Met. IX, 17, 4, Bárbaro amenaza a su esclavo Mirmex con la muerte si no cumple exactamente sus órdenes.

14.- En Met. IX, 36, 1, un joven rico amenaza a su vecino con echarle por la fuerza de sus tierras.

CRIMEN DE "VIS": D) Vender a una mujer en un lupanar.

15.- En Met. VII, 9, 5-6, el supuesto bandido Hemo -que es en realidad el joven Tlepólemo- propone a los ladrones vender a Cárite a unos profesionales que la llevarán a un lupanar.

CRIMEN DE "VIS": E) Tumulto.

16.- En Met. X, 6, 4, los magistrados de una pequeña ciudad temen que sus habitantes, indignados ante un delito, promuevan un tumulto que comprometa el orden y la seguridad públicas.

"CRIMINA":

CASOS DE "HOMICIDIUM":

17.- En Met. I, 10, 1, la gente de Hípata decide castigar los encantamientos de la bruja Méroe, lapidándola.

18.- En Met. I, 13, 3-7, Méroe y Pantia matan a Sócrates.

19.- En Met. I, 15, 4, el portero de la posada de Hípata no deja salir durante la noche a Aristómenes por el peligro de las bandas de atracadores que asolan los caminos; además le pregunta si quiere morir en manos de los ladrones.

20.- En Met. II, 5, 7, Birrena advierte a Lucio que su anfitriona Pánfila es una maga que, en ocasiones, mata a sus amantes.

21.- En Met. II, 14, 3, Diófanes el caldeo cuenta que su hermano Arignoto fue degollado por unos ladrones cuando trataba de evitar que les robaran.

22.- En Met. II, 18, 3, la esclava Fotis le advierte a Lucio que debe tener mucho cuidado al salir de noche, pues una banda de jóvenes de buena familia matan a los transeúntes.

23.- En Met. II, 32, 4-6, Lucio mata con su espada, durante una lucha nocturna, a tres supuestos ladrones que tratan de entrar en casa de Milón. En Met. III, 5, 1-8, describe su lucha y homicidios.

24.- En Met. III, 26, 2, Lucio-asno delibera consigo mismo si debe matar a la esclava Fotis, ya que por culpa de su error se ha convertido en asno.

25.- En Met. III; 29, 7, Lucio-asno decide no comer unas rosas que pueden devolverle su forma humana pues teme que los ladrones que lo acompañan le maten por considerarlo un hechicero o un espía.

26.- En Met. IV, 11, 6, el ladrón Lámaco, que ha perdido

su brazo, pretende que sus compañeros lo maten, ya que no podrá seguir saqueando y degollando.

27.- En Met. IV, 12, 2, un ladrón afirma que su compañero Alcimo que había entrado a robar en casa de una vieja, debió comenzar por estrangularla.

28.- En Met. IV, 12, 7-8, la vieja que está siendo robada por Alcimo mata a éste tirándole por la ventana.

29.- En Met. IV, 18, 4, el ladrón Trasileón, disfrazado de oso, mata a los guardianes de su jaula y al portero de la casa de Demócares, en Platea.

30.- En Met. IV, 27, 4, Cárite cuenta que ha visto en un sueño a su marido Tlepólemo, que perseguía a los ladrones que la han secuestrado, caer muerto a consecuencia de un golpe que le asesta uno de estos ladrones.

31.- En Met. VII, 13, 6, Tlepólemo y varios ciudadanos se vengan de los ladrones que han secuestrado a Cárite, decapitándolos y arrojándolos por los despeñaderos, hasta acabar con todos.

32.- En Met. VII, 25, 6, unos esclavos acusan a un transeúnte de haber matado al leñador que trabajaba con el asno, para robárselo.

33.- En Met. VIII, 1, 5, se dice que el joven Trasilo tenía las manos manchadas de sangre humana.

34.- En Met. VIII, 15, 7-11, Trasilo mata a Tlepólemo aprovechando el ataque de un jabalí que ha dispersado a los esclavos que les acompañaban en la cacería.

34 bis.- En Met. VIII, 21, 3, un dragón mata a un esclavo fugitivo.

35.- En Met. VIII, 22, 5-7, el amo de un "vilicus" que ha cometido adulterio provocando con ello el suicidio de su mujer, lo mata con una muerte horrible.

36.- En Met. IX, 25, 2-3, un batanero que acaba de descubrir al amante de su mujer escondido en su casa, intenta matarlo, y también a su mujer.

37.- En Met. IX, 29, 4, la mujer del molinero contrata a una maga para que acabe con su marido, y ésta excita contra él la sombra de una mujer muerta a mano armada.

38.- En Met. IX, 37, 2-6, un joven, ayudado por sus esclavos y por una jauría de perros, mata a dos hermanos.

39.- En Met. IX, 38, 6-7, el tercer hermano mata a su vez al joven causante de la muerte de sus dos hermanos.

40.- En Met. IX, 40, 1-4, un legionario romano trata de matar a un hortelano y éste a su vez se defiende queriendo acabar con el legionario.

41.- En Met. X, 9, 1, un médico cuenta que un esclavo quiso comprarle un veneno para acabar con una persona que estaba enferma incurable y quería terminar sus sufrimientos.

42.- En Met. X, 26, 1-6, la mujer condenada a las bestias mata al médico que le ha proporcionado el veneno para acabar con su marido.

43.- En Met. X, 28, 2, la mujer condenada a las bestias mata a la esposa del médico, que también le ha proporcionado veneno.

"CRIMINA":

CASOS DE "PARRICIDIUM":

44.- En Met. II, 27, 5, se cuenta el caso de una mujer de Larisa que ha asesinado a su marido para complacer a su amante y quedarse con la herencia.

45.- En Met. V, 20, 1-5, las hermanas de Psique inducen a ésta a que mate a su marido.

46.- En Met. V, 22, 1, Psique se dispone a matar a su esposo.

47.- En Met. V, 27, 3 y 5, Psique se venga de sus hermanas matándolas.

48.- En Met. VIII, 22, 4, la mujer del "vilicus" se venga de su marido matando a su hijito y suicidándose ella misma.

49.- En Met. X, 5, 1-3, la mujer del decurión enamorada de su hijastro trata de envenenar a éste, pero su propio hijo bebe la poción y muere en su lugar. En todo ello le ayuda un esclavo suyo.

50.- En Met. X, 23 ,3, un hombre ordena a su esposa encinta que si diera a luz una niña, la matara.

51.- En Met. X, 24, 5, la mujer condenada a las bestias, llevada por los celos, mata a su cuñada, con la ayuda de un esclavo suyo.

52.- En Met. X, 25-26, la mujer condenada a las bestias mata a su esposo envenenándolo.

53.- En Met. X, 28, 1-3, la mujer condenada a las bestias mata a su hijita pequeña envenenándola.

"CRIMINA":

CRIMEN DE "FALSIS": A) Casos de acusación falsa.

54.- En Met. III, 3, 4, durante el juicio celebrado en honor del dios de la Risa, el acusador de Lucio afirma que sus palabras no están instigadas por resentimiento, ni por un odio personal hacia el acusado.

55.- En Met. VII, 6, 2-3, Tlepólemo cuenta la historia de un procurador imperial que, víctima de acusaciones falsas, fue condenado al destierro.

56.- En Met. IX, 21, 6, Filesitero, para alejar las sospechas de adulterio de la mente del decurión Bárbaro, acusa falsamente al esclavo de éste, Mirmex, de haberle robado las sandalias en el balneario.

57.- En Met. IX, 41, 3, los compañeros del legionario que ha tratado de arrebatarse el asno a un hortelano, acusan a éste falsamente de haber encontrado un vaso de plata y negar su devolución.

58.- En Met. X, 5, 4-5, la mujer enamorada de su hijastro acusa falsamente a éste de ser el culpable de la muerte de su hermanastro, y de haber intentado violarla.

59.- En Met. X, 33, 2-3, Lucio alude a juicios famosos celebrados a causa de falsas acusaciones.

60.- En Met. III, 3, 4, el capitán de la guardia nocturna de Hípata, afirma que al acusar a Lucio no lo hace instigado por resentimientos particulares, ni irritado por un odio personal.

CRIMEN DE "FALSIS": B) Casos de declaración falsa.

61.- En Met. IX, 41, 5, el hombre que oculta al hortelano y a Lucio-asno, declara a los magistrados que no sabe donde se encuentran.

62.- En Met. X, 7-10, el esclavo de la mujer enamorada de su hijastro declara falsamente en el juicio que se celebra contra el joven, siguiendo la acusación de su ama.

CRIMEN DE "FALSIS": C) Pagar con moneda falsa.

63.- En Met. X, 9, 3-4, un médico que recibe una bolsa de monedas a cambio de un servicio, exige que un cambista compruebe si alguna de ellas es falsa o de mala ley.

CRIMEN DE "FALSIS": D) Casos de sentencias injustas.

64.- En Met. X, 8, 3, un médico y senador trata de impedir que se emita una sentencia injusta en la persona de un acusado falsamente.

65.- En Met. X, 33, 1, Lucio afirma que los jueces de su época, todos sin excepción, venden a precio de oro sus sentencias.

66.- En Met. X, 33, 1-2, Lucio alude a casos famosos en los que el juez ha vendido la justicia con su sentencia.

CRIMENES CONTRA LOS DEBERES CIVICOS:

A) INFRACCION AL JURAMENTO MILITAR:

67.- En Met. IX, 41, 2, el legionario romano que en su lucha contra el hortelano ha perdido la espada, ha cometido una infracción al juramento militar.

B) EVITAR CUMPLIR CON CARGAS PUBLICAS:

68.- En Met. IV, 9, 5, un ladrón afirma que un tal Crísero de Tebas, banquero y dueño de grandes capitales, por miedo a

las obligaciones y cargas públicas, disimulaba su opulencia.

"DELICTA":

CASOS DE "FURTUM":

69.- En Met. I, 17, 3, Sócrates afirma que los mesoneros suelen robar a los viajeros, durante la noche.

70.- En Met. IV, 8, 9, un ladrón le dice a sus compañeros que sólo se atreven a robar en balnearios y casas de viejas.

71.- En Met. VIII, 29, 6, unos jóvenes registran durante la noche las posadas, buscando a un asno que les han robado.

72.- En Met. IX, 9, 5, Filebo y sus sacerdotes son detenidos por haber robado un cántaro de oro perteneciente a un templo.

73.- En Met. IX, 14, 4, Lucio afirma que la mujer del molinero robaba.

74.- En Met. IX, 21, 5-7, Filesitero acusa al esclavo Mirmex de haberle robado las sandalias en el balneario.

75.- En Met. IX, 35, 3, Lucio cuenta que un joven rico robaba el ganado vacuno de su vecino.

76.- En Met. IX, 40, 5, un amigo del hortelano -que está acusado de robo- oculta a éste en su casa, junto con Lucio-asno.

77.- En Met. X, 14, 3-6, dos hermanos esclavos, uno panadero y pastelero y otro cocinero, se acusan mutuamente de robar los restos de la comida de su amo. En realidad es Lucio-asno quien se la come.

"DELICTA":

CASOS DE "RAPINA":

78.- En Met. I, 7, 6, Sócrates cuenta que unos ladrones le robaron en un valle solitario cerca de Larisa, despojándole de todo. Sólo conservó su vida.

79.- En Met. I, 11, 7, Aristómenes, que está durmiendo en una posada, despierta cuando la puerta de su habitación es arrancada de cuajo, con una sacudida demasiado violenta para atribuírsela a los ladrones.

80.- En Met. I, 15, 2, el portero de una posada de Hípata se niega a abrirle la puerta a Aristómenes durante la noche, alegando que los caminos están infestados de atracadores.

81.- En Met. I, 23, 2, Milón de Hípata le dice a Lucio que el miedo a los ladrones le impide tener en su casa el mobiliario adecuado.

82.- En Met. II; 14, 3, el adivino Diófanes cuenta que perdió cuanto tenía en manos de una banda de ladrones, y que su hermano Arignoto que pretendía rechazar el ataque fue degollado ante sus propios ojos.

83.- En Met. II, 18, 3-4, Fotis, la esclava de Milón, le dice a Lucio que una pandilla de jóvenes de las mejores familias de Hípata perturban la tranquilidad pública por las noches, y que se puede ver a sus víctimas degolladas en plena calle.

84.- En Met. II, 32, 1-5, Lucio lucha contra tres ladrones que intentaban entrar a robar en casa de Milón en Hípata y los mata.

En Met. III, 5-6, Lucio describe lo sucedido y afirma que los ladrones querían matar a todos los habitantes de la casa, y que ya habían hecho saltar los sistemas de cierre de la puerta.

85.- En Met. III, 28, 1-6, Lucio describe el robo -real esta vez- en casa de Milón. Los ladrones, armados con espadas, abren una brecha en el almacén y se llevan todas las riquezas, las cargan sobre las caballerías, incluido Lucio que acaba de

convertirse en asno, y huyen.

86.- En Met. IV, 1, 1-4, unos viejos campesinos esconden a los ladrones durante el día, recibiendo a cambio parte del botín.

87.- En Met. IV, 7, 1-4, una vieja se encarga de cuidar a los ladrones en su refugio.

88.- En Met. IV, 10, 1-4, un ladrón cuenta el intento de robo llevado a cabo por un grupo de ladrones capitaneados por Lámaco, en la casa de Crísero de Tebas, durante la noche.

89.- En Met. IV, 12, 1-6, el mismo ladrón cuenta el robo de Alcimo en casa de una vieja en Tebas.

90.- En Met. IV, 13-19, un ladrón cuenta el robo en casa de Demócares en Platea.

91.- En Met. IV, 26, 7, Cárite cuenta que mientras se celebraban sus bodas irrumpieron unos hombres armados con espadas, que no se lanzaron a matar ni a saquear, pero la secuestraron a ella.

92.- En Met. VI, 25, 2, Lucio cuenta que, tras duro combate, un grupo de ladrones vuelve cargado de botín a su refugio.

93.- En Met. VI, 29, 8, los ladrones vuelven de nuevo a su guarida, llevando el fruto de sus robos.

94.- En Met. VII, 4, 2, un ladrón llega al refugio con mil piezas de oro que ha robado a varios viajeros.

95.- En Met. VII, 7, 1, el bandido Hemo -que en realidad es Tlepólemo- y sus compinches, roban en la playa de Accio, durante la noche, en una posada.

96.- En Met. VII, 8, 2, Hemo asalta él solo varias granjas y poblados, reuniendo dos mil piezas de oro.

97.- En Met. VII, 10, 4-5, un grupo de ladrones atacan un "castellum" obteniendo vino y ganado.

98.- En Met. VII, 25, 6, se acusa a un transeúnte de haber robado a Lucio-asno y matado al esclavo que lo guiaba.

99.- En Met. VIII, 1, 5, se dice que Trasilo estaba relacionado con pandillas de malhechores.

100.- En Met. VIII, 15, 6, los habitantes de una región afirman que hay en los caminos manadas de lobos que atacan a los viajeros como los ladrones.

101.- En Met. VIII, 17, 1, unos campesinos confunden al

grupo de esclavos fugados con una pandilla de ladrones.

CASOS DE "INIURIA": A) Calumnias..

103.- En Met. I, 12, 5, la bruja Méroe afirma que todo lo que Sócrates ha contado sobre ella son calumnias.

104.- En Met. I, 17, 4, Aristómenes le muestra al posadero a su compañero Sócrates, para demostrarle que cuando aquel afirmaba que había matado a su compañero de cuarto, le estaba calumniando.

CASOS DE "INIURIA": B) Causar lesiones físicas. Torturas.

105.- En Met. I, 13, 2, la bruja pantia pretende despedazar a Aristómenes, o al menos mutilar su virilidad.

106.- En Met. II, 26, 6, los esclavos de la viuda de Larisa, dan una paliza a Telifrón.

107.- En Met. IV, 10, 3, Crísero de Tebas clava el brazo del ladrón Lámaco en la puerta de su casa, para evitar el robo.

108.- En Met. IV, 11, 1, los compañeros de Lámaco le cortan el brazo para poder huir.

109.- En Met. VI, 31 y 32, los ladrones deliberan sobre las torturas que van a llevar a cabo en Cárite y Lucio-asno.

110.- En Met. VIII, 13, 1, Cárite se venga de Trasilo sacándole los ojos.

111.- En Met. VIII, 17, 1-5, unos campesinos atacan a los esclavos fugados con piedras y perros, creyendo que son ladrones.

112.- En Met. IX, 21, 5, Filesitero pega al esclavo Mirmex al tiempo que le acusa de haberle robado las sandalias.

113.- En Met. IX, 28, 2, el molinero castiga al amante de su mujer pegándole una paliza.

114.- En Met. IX, 36, 4-5, un joven que ha promovido un litigio de deslinde con su vecino, ataca con sus perros a un grupo de gente que ha intercedido por el vecino.

115.- En Met. IX, 39-40, el legionario romano y el hortelano se golpean mutuamente, uno por obtener el asno y el otro por defenderse.

CASOS DE "INIURA": C) Vender como esclavo a un ciudadano romano.

116.- En Met. VIII, 24, 4, un pregonero alude a una ley

Cornelia, que impide vender como esclavos a ciudadanos romanos.

CASOS DE "INIURIA": D) Prácticas mágicas.

117.- En Met. I, 8-10, Sócrates habla de las brujerías llevadas a cabo por la bruja Méroe, en Hípata: metamorfosis, encantamientos...

118.- En Met. II, 5, 4-7, Birrena habla de los encantamientos que efectuaba Pánfila, la mujer de Milón, en Hípata.

119.- En Met. II, 20, 1-3, Lucio comenta los robos que las brujas llevaban a cabo en los sepulcros y hornos crematorios, en Hípata.

120.- En Met. II, 21, 7, un pregonero de Larisa afirma que en Tesalia las magas desgarran los cuerpos de los cadáveres buscando ingredientes para su ciencia mágica.

121.- En Met. III, 15-18, Fotis habla de los encantamientos de su ama Pánfila, y menciona que los lleva a cabo durante la noche.

122.- En Met. III, 21-1-6, Lucio presencia la metamorfosis de Pánfila en búho, durante la noche.

"DELICTA":

CASOS DE "DAMNUM": A) Cuadrúpedo causa menoscabo:

123.- En Met. IV, 1, 5, Lucio-asno entra en un huertecito y se harta de legumbres crudas, echando a perder toda la plantación.

CASOS DE "DAMNUM": B) Daño material, incendio. Estrago.

124.- En Met. VIII, 22, 3, la mujer de un "vilicus", para vengarse del adulterio de su marido, destruye provocando un incendio toda la contabilidad del esposo y todo cuanto había almacenado en el granero.

125.- En Met. IX, 35, 4, un joven rico invade las posesiones de su vecino, pisoteando sus cosechas antes de que llegaran a granar y degollando sus rebaños.

CASOS DE "DAMNUM": C) Matar, castrar y maltratar animales ajenos.

126.- En Met. III, 27, 7, el esclavo de Lucio se indigna cuando ve que éste trata de comerse las rosas del altar de Epona y le pega una paliza con una rama que escoge entre un haz de leña.

127.- En Met. III, 28, 6, los ladrones que han entrado en casa de Milón se llevan a Lucio-asno bajo una lluvia de latigazos.

128.- En Met. III, 29, 4, Lucio-asno trata de pedir auxilio invocando el nombre de César y recibe una paliza de los ladrones.

129.- En Met. IV, 3, 3-9, Lucio-asno es castigado por un hortelano al que ha destrozado su huerto.

130.- En Met. IV, 4, 2, Lucio-asno recibe continuos malos tratos por parte de los ladrones que le llevan consigo.

131.- En Met. IV, 5, 4, los ladrones matan a otro asno que se niega a caminar.

132.- En Met. VI, 25-26, los ladrones continúan maltratando al asno y uno de ellos afirma que lo va a matar por el mal servicio que les presta.

133.- En Met. VI, 30-31, los ladrones castigan el intento de fuga de Lucio-asno pegándole una paliza. Después deliberan entre sí un castigo peor que le lleve a la muerte.

134.- En Met. VII, 15, 3-5, Lucio-asno trabaja en la muela de un molino, sin recibir apenas comida, dando vueltas sin parar.

135.- En Met. VII, 17-21, bajo las órdenes de un esclavo leñador, Lucio-asno recibe toda clase de malos tratos. También es acusado de bestialismo por este mismo esclavo.

136.- En Met. VII, 22, 1-4, los compañeros del leñador deciden castigar al asno matándolo.

137.- En Met. VII, 23, 1-4, otro esclavo propone simplemente castrar al asno.

138.- En Met. VII, 28, 1-4, la madre del esclavo leñador reprocha al asno no haber ayudado a su conductor cuando éste se encontraba en peligro de muerte y le tortura y maltrata.

139.- En Met. VIII, 31, 4, la mujer de un esclavo cocinero le propone a este que mate a Lucio-asno y lo guise, para presentárselo a su amo en vez de un ciervo que ha desaparecido.

140.- En Met. IX, 11, 6, los esclavos del molino pegan a Lucio-asno para que éste trabaje más rápido.

141.- En Met. IX, 13, 1-2, Lucio describe el mal estado en que se encuentran todos los animales del establo, que trabajan en el molino.

ACTOS CONTRA EL DERECHO PRIVADO

A) USURA:

142.- En Met. I, 21, 6, una vieja cantinera de Hípata afirma que Milón practica la usura.

B) ESTAFA EN VENTA:

143.- En Met. I, 24-25, Lucio compra pescado en el mercado de Hípata a un precio de estafa.

En Met. I, 25, 3, el edil del mercado de Hípata afirma que el viejo que le ha vendido el pescado a Lucio, perjudica los intereses económicos de la ciudad con sus altos precios.

C) ENGAÑO: EL TIMO DE LA PROFECIA:

144.- En Met. II, 13-14, Milón cuenta el engaño de las profecías del caldeo Diófanes, en Hípata. También actuaba en Corinto, patria de Lucio.

145.- En Met. VIII, 28, 1-6, Lucio cuenta los engaños de Filebo y los sacerdotes de la Diosa Siria.

146.- En Met. VIII, 29, 2, Lucio relata más engaños de Filebo y sus compañeros, que inventan profecías lucrativas.

147.- En Met. IX, 8, 1-6, Lucio cuenta que Filebo y los demás sacerdotes inventaron una respuesta única para embaucar a sus clientes.

148.- En Met. VIII, 28, 1, uno de los sacerdotes de la Diosa Siria se culpa a sí mismo de una cierta profanación sacrílega.

D) INCUMPLIMIENTO DE CONTRATO:

149.- En Met. II, 25, 6, Telifrón cuenta que se quedó dormido durante su guardia fúnebre, incumpliendo así su contrato.

E) DAR REFUGIO AL ESCLAVO FUGITIVO:

150.- En Met. VI, 2, 6, Psique implora a la diosa Ceres que la esconda durante unos días. Pero Ceres se niega (Met. VI, 3, 1-2).

151.- En Met. VI, 4, 5, la diosa Juno le dice a Psique que las leyes le prohíben dar refugio a un esclavo fugitivo -en este caso la propia Psique- con perjuicio de su amo.

152.- En Met. VI, 7, 4, Venus ordena a Mercurio que difunda las señas personales de Psique, para que si alguien la encubre no pueda alegar ignorancia en la defensa.

FALTAS CONTRA LA CONCIENCIA SOCIAL:

A) ABANDONO DE FAMILIA. BIGAMIA:

153.- En Met. I, 6, 2, Aristómenes le reprocha a su amigo Sócrates que haya abandonado a su familia. En Met. I, 8, 1, de nuevo le hace el mismo reproche.

154.- En Met. I, 19, 12, Aristómenes cuenta que abandonó patria y hogar y contrajo un nuevo matrimonio en Etolia.

B) SUICIDIO:

155.- En Met. I, 16, 1-6, Aristómenes intenta suicidarse, ahorcándose.

156.- En Met. IV, 11, 4-7, el ladrón Lámaco se suicida con su propia espada.

157.- En Met. IV, 3, 1, Lucio-asno decide suicidarse comiendo unas flores venenosas.

158.- En Met. V, 22, 3, Psique trata de suicidarse con una navaja cuando comprende que su marido -a quien ella quería matar- es el propio Cupido.

159.- En Met. V, 25, 1, Psique se arroja a un río tratando de suicidarse.

160.- En Met. VI, 12, 1, Psique quiere precipitarse a un río desde una roca, para acabar con sus penalidades.

161.- En Met. VI, 14, 1, Psique intenta de nuevo suicidarse, dirigiéndose a la cumbre de una montaña.

161bis.- En Met. VI, 17, 2, Psique se dirige a una torre muy elevada para precipitarse desde allí.

162.- En Met. VI, 30, 6, la vieja que cuida a los ladrones se suicida ahorcándose.

163.- En Met. VI, 32, 2, los ladrones aluden al deseo que sentirá Cárite de suicidarse, por no soportar las torturas que van a efectuar con ella.

164.- En Met. VII, 24, 2, Lucio-asno pretende dejarse morir de hambre o arrojarse a un precipicio, antes que sufrir la castración que se cierne sobre él.

165.- En Met. VIII, 7, 4, Cárite quiere dejarse morir por hambre para reunirse con su marido Tlepólemo.

166.- En Met. VIII, 14, 1, Cárite se suicida clavándose la espada de su marido Tlepólemo bajo el seno derecho.

167.- En Met. VIII, 14, 5, Trasilo se encierra en la tumba de Cárite y Tlepólemo, condenándose a sí mismo a morir de hambre.

168.- En Met. VIII, 22, 4, la esposa de un "vilicus" se suicida al enterarse del adulterio de su marido, arrojándose a un pozo.

169.- En Met. VIII, 31, 2, un esclavo cocinero decide suicidarse, pues el guiso que iba a presentarle a su amo ha desaparecido, ahorcándose.

170.- En Met. IX, 25, 6, el molinero comenta que está convencido de que su amigo batanero trama algo contra su vida, pues acaba de descubrir que su mujer le engañaba.

171.- En Met. IX, 38, 7, un joven se suicida tras contemplar cómo morían sus dos hermanos, con su propia espada.

172.- En Met. IX, 38, 9, el padre de los tres jóvenes que han muerto por defender a un amigo, se suicida al enterarse de la noticia, con un cuchillo.

173.- En Met. X, 29, 1, Lucio prefiere suicidarse antes de unirse en público espectáculo con la mujer condenada a las bestias.

C) FALTAR A DEBERES DE HOSPITALIDAD:

174.- En Met. II, 3, 5, Lucio le dice a Birrena que no puede abandonar la casa de Milón sin motivo de queja, pues no desea faltar a los deberes de la hospitalidad.

175.- En Met. VII, 3, 1-2, Lucio-asno escucha que se le atribuye el robo en casa de Milón y comenta que el saqueo a un anfitrión es un auténtico parricidio.

176.- En Met. VII, 16, 3, unos sementales atacan a Lucio-asno cuando se acerca a las yeguas y Lucio comenta que no tienen en cuenta las leyes de Júpiter Hospitalario.

177.- En Met. VII, 16, 5, Lucio alude a los deberes de hospitalidad refiriéndose al rey de Tracia que daba sus huéspedes a corceles salvajes para que los devoraran.

D) MALOS TRATOS A ESCLAVOS:

178.- En Met. III, 16, 7, la esclava Fotis afirma que su

ama Pánfila solía enfurecerse si no cumplía sus órdenes y pegarle soberbias palizas.

179.- En Met. VIII, 26, 6, el esclavo flautista de Filebo y los sacerdotes de la Diosa Siria comenta el penosísimo trabajo que debe desempeñar para sus amos: servir de concubino a la comunidad.

180.- En Met. IX, 12, 3-4, Lucio-asno comenta el lamentable estado en que se encuentran los esclavos del molino.

E) MENTIR, ENGAÑAR Y DESOBEDECER AL MARIDO:

181.- En Met. V, 19, 2, Psique desobedece a Cupido al confesar a sus hermanas que nunca ha visto el rostro de su esposo.

En Met. V, 24, 3, Cupido le reprocha su desobediencia.

182.- En Met. V, 27, 1-2, una hermana de Psique miente y engaña a su marido para acudir al encuentro de Cupido.

183.- En Met. IX, 6, 4-5, la mujer de un operario miente y engaña a su marido para que éste no sospeche que estaba cometiendo adulterio.

184.- En Met. X, 23, 3, una mujer desobedece a su marido

quien le había ordenado que si daba a luz una niña la matara. Envía a la recién nacida al campo para que se críe allí y le dice a su marido que la ha matado.

F) MATRIMONIO ILEGITIMO:

185.- En Met. VI, 9, 6, Venus afirma que el matrimonio entre Cupido y Psique es ilegítimo.

G) BESTIALISMO:

186.- En Met. VII, 21, 1-5, un esclavo leñador acusa a Lucio-asno de haber intentado cometer bestialismo con una joven de buena familia.

187.- En Met. X, 20-22, Lucio-asno describe su unión con una mujer rica que se ha enamorado de él.

H) FALTAR AL LUTO:

188.- En Met. VIII, 9, 7, Cárite le dice a Trasilo que deben esperar el plazo de un año requerido por el luto, antes de efectuar su unión, ya que su marido Tlepólemo acaba de morir.

En Met. VIII, 10, 2-3, Cárite finge acceder a las pretensiones de Trasilo y le concede una cita amorosa, poniéndole como condición que todo se lleve en secreto hasta pasado un año.

I) ORGIA:

189.- En Met. VIII, 29, 3-6, gracias a la intervención de Lucio-asno, se descubre que Filebo y los demás sacerdotes de la Diosa Siria estaban celebrando una orgía con un robusto campesino.

J) SOBORNO:

190.- En Met. IX, 18-19, el esclavo Mirmex se deja sobornar por el dinero y los argumentos de Filesitero, y le facilita el acceso a la habitación de su ama.

K) SODOMIA:

191.- En Met. IX, 28, 1, el molinero, para castigar al joven amante de su mujer, lo sodomiza, después le dá de latigazos y le arroja a la calle.

L) NO PRESTAR AYUDA EN CASO DE PELIGRO:

192.- En Met. I, 14, 4-5, Aristómenes se imagina que cuando descubran el cadáver de su amigo Sócrates en la habitación de la posada donde ambos dormían, se le reprochará no haber gritado al menos, pidiendo auxilio.

193.- En Met. III, 27, 7, el esclavo de Lucio huye cuando aparecen los ladrones en la casa de Milón.

194.- En Met. IV, 9, 2, un ladrón comenta que en las casas ricas, donde hay mucha servidumbre, es más fácil cometer un robo pues los esclavos huyen pensando sólo en su propia vida.

195.- En Met. VII, 27, 5-8, la madre del esclavo leñador que ha muerto devorado por una osa, acusa a Lucio-asno de no haber defendido al joven, y afirma que quien no presta ayuda a una persona que se encuentra en peligro, falta a la sana moral.

FALTAS COMETIDAS POR ESCLAVOS:

A) FUGA:

196.- En Met. III, 8, 7, durante la celebración del juicio contra Lucio, un magistrado afirma que el esclavo de Lucio ha desaparecido.

197.- En Met. III, 16, 7, Fotis, la esclava de Pánfila y Milón, piensa en la fuga para evitarse el castigo de su ama.

198.- En Met. VII, 4, 4, una banda de ladrones comenta que no pocos esclavos querrán unirse a su organización.

199.- En Met. VIII, 15, 2, los esclavos de Cárite y Tlepóle-
mo, al enterarse de la trágica muerte de sus amos deciden huir.

FALTAS COMETIDAS POR ESCLAVOS:

B) MENTIR, ENGAÑAR Y DESOBEDECER AL AMO:

200.- En Met. III, 17, 1-3, la esclava Fotis, al no poder cumplir las órdenes de su ama Pánfila, la engaña entregándola algo distinto de lo que le había pedido.

201.- En Met. III, 21-25, la esclava Fotis desobedece a su ama al mostrarle a Lucio los encantamientos de Pánfila y permitirle utilizar sus pócimas mágicas.

202.- En Met. VII, 15, 3-5, el encargado de la yeguada, esclavo de Cárite, desobedece las órdenes de su ama y lleva a Lucio-asno al molino.

203.- En Met. VII, 17, 2, los esclavos de Cárite desobedecen

de nuevo a su ama al asignar a Lucio-asno a las órdenes de un esclavo leñador.

204.- En Met. VIII; 31, 4, el esclavo cocinero de un rico propietario pretende engañar a su amo -siguiendo las instrucciones de otra esclava, esposa suya- presentándole guisado a Lucio-asno.

205.- En Met. IX, 18-19, el esclavo Mirmex desobedece a su amo el decurión Bárbaro, facilitándole el acceso hasta su ama Areté, al joven Filesitero.

FALTAS COMETIDAS POR ESCLAVOS:

D) VENDER PROPIEDADES DEL AMO:

206.- En Met. VII, 20, 4, un esclavo de Cárite dedicado a recoger leña vende toda la que ha conseguido, para volver de vacío y acusar a Lucio-asno.

207.- En Met. VIII, 23, 3-6, los esclavos de Cárite deciden instalarse en una ciudad tras varios días de fuga; lo primero que hacen es vender a todos los animales que se han llevado consigo, entre ellos a Lucio-asno.

C) ATENTAR CONTRA PROPIEDADES DEL AMO:

208.- En Met. VII, 22, 2-3, los esclavos de Cárite piensan matar a Lucio-asno y decirle a sus amos que la culpa es de un lobo.

209.- En Met. VII, 26, 5, los esclavos de Cárite se proponen castrar a Lucio-asno.

210.- En Met. VIII, 22, 3, la esclava casada con el "vilicus", para vengarse del adulterio de su marido destruye en un incendio todo lo almacenado en el granero y la contabilidad que llevaba su esposo.

CONCLUSIONES:

Lo que pretendía con este trabajo era observar si la delincuencia refleja la situación de pre-crisis que se asume generalmente para la época en que se desarrolla la novela. La hipótesis inicial era afirmativa a este respecto, puesto que creo que la delincuencia está mediatizada por las estructuras sociales. Así pues, si la delincuencia responde a su época hay que encontrar los síntomas de la pre-crisis reflejados en el ámbito de la delincuencia. Y esto se observa a través del análisis de las causas del delito, de la fenomenología del delito, la sociología del delito, etc.

Estas conclusiones no son el resultado de los logros parciales obtenidos a lo largo de los capítulos del trabajo, sino que pretenden ser la suma de los argumentos que permiten justificar la hipótesis inicial del trabajo. Sin embargo, hay toda una serie de cuestiones co-laterales, de aspectos en torno a la sociedad y el delito, que resultan significativas, sugestivas, aunque no estén directamente vinculadas al hilo conductor de la investigación. Son logros parciales, reflexiones generales sobre cuestiones adicionales en torno a las mentalidades colectivas, a la del propio autor, al delito, etc., que puede resultar interesante destacar.

El material de trabajo utilizado es realmente abundante. La novela contiene un total de cincuenta y cinco delitos

y faltas distintos, que suman doscientos diez casos repartidos a lo largo de toda la obra. En efecto, aparecen en el libro I y continúan en todos los demás hasta el X incluido. La única excepción la constituye el libro XI, en que no aparece ningún tipo de falta ni delito.

La inmensa mayoría de los casos de las Metamorfosis no aparecen en el epítome de Luciano, pero además, incluso en las ocasiones en que ambos autores coinciden, Apuleyo enriquece notablemente el pasaje, distanciándose así de Luciano. Por tanto, la existencia del epítome no es significativa para el estudio del tema que nos ocupa.

No todos los delitos y faltas tienen lugar en el "tiempo" de la novela, también aparecen en relatos que cuenta Lucio o cualquier otro personaje, es decir, fuera del "tiempo" de la obra. Pero su verosimilitud, su "realidad" no depende de este factor. Por tanto la primera clasificación de los delitos, realizada atendiendo a la morfología de la narración, no resulta operativa, y ha sido necesaria una segunda, de acuerdo con la morfología del delito.

Según esta clasificación definitiva, los delitos más numerosos son los de "homicidium" y "parricidium", los de "furtum" y "rapina" y los suicidios. Pero, evidentemente, no sólo el factor numérico es significativo en el estudio de los delitos. Las alusiones metafóricas, por ejemplo, son escasas pero importan

tes, pues se refieren a hechos que están presentes en la mentalidad colectiva como algo cotidiano (casos 59, 66, 79, 100 y 101).

Efectivamente, la novela nos ofrece diversos niveles de información, que responden a distintas mentalidades: el del protagonista, Lucio, que lleva a cabo la narración de la novela y que se identifica con el propio Apuleyo, y el del resto de los personajes. Pero además, no sólo existen contradicciones entre ellos, sino también entre lo que afirman y lo que sucede en la novela. Todo esto lo he tenido en cuenta contrastando, al analizar cualquier aspecto, las mentalidades colectivas (de los personajes y de los lectores a los que está dirigida la obra), y la mentalidad del autor, expresada a través del protagonista Lucio.

Precisamente Lucio manifiesta en un pasaje de la obra su concepto de lo que constituye delito (es el único personaje que lo hace en toda la novela), y su opinión coincide con la de Apuleyo en la Apología, siendo ambas conformes con el Derecho romano vigente en el siglo II d. C. Esto es normal en un estudioso como Apuleyo que incluso ejerció como abogado, y facilita el estudio de la delincuencia a través de su obra pues las menciones de normas legales, o las nominaciones de delitos que contenga, no son algo ajeno a sus conocimientos. Por tanto, las ocasiones en que Lucio, o cualquier otro personaje afirman algo que está en clara contradicción con la legalidad vigente, son

muy probablemente intencionadas por parte de Apuleyo.

Cada pasaje que contiene un delito o falta en la novela, está inmerso en un ambiente en el que intervienen diversos personajes y suscita, generalmente, una serie de calificativos. En ocasiones no es así, y esto implica que son delitos o faltas tan cotidianos que no merecen siquiera comentario alguno; suelen ser casos de robo -"furtum" o "rapina"- pero también sucede con la fuga de esclavos y en casos de "falsis" (por ejemplo, casos 61, 63, 57, 78, 82, 199, etc.). En cuanto a los calificativos que reciben los distintos delitos responden a la narración y no al delito en sí. Es decir, no dependen de la realidad del delito, ni se califican todos los casos de una misma falta de forma similar (esto es muy evidente en el tema del adulterio, que se presenta a veces en forma cómica -caso 5- y otras de forma trágica -caso 2-). Es más, puede afirmarse que Apuleyo utiliza los delitos y su estimación sobre ellos para dar más fuerza al relato, variando según las ocasiones. Son un elemento literario más.

En cuanto al comportamiento ante el delito (sin entrar aún en el tema del castigo), Apuleyo atiende mucho también a la intención de la narración y esto puede inducir a error. Pero, en general, se advierte en la novela miedo, inseguridad, falta de solidaridad y comportamiento pasivo por parte de la mayoría de los personajes.

Todo esto parece estar pidiendo una solución, y ésta no es precisamente adoptar medidas preventivas individualmente, pues en las ocasiones en que se toman no sirve para nada y el delito se comete ineludiblemente, a pesar de ellas. Aquí se manifiesta claramente una constante de Apuleyo que se advierte a lo largo de toda la novela: ofrecer una visión pesimista buscada, para dar mayor sentido al objetivo deseado con la obra, que queda patente en el libro XI. La sensación pesimista la resuelve a través del empleo continuo de la ironía y el humor.

El análisis de los delincuentes conduce a una sensación similar pues prácticamente la totalidad de los personajes de la novela forman parte de tal categoría. La ausencia de un límite obvio entre el delincuente y el que no lo es (fenómeno observable incluso a través del análisis del nombre de los personajes), de nuevo refleja con claridad el sombrío panorama social.

No pertenecen exclusivamente a ningún "status" social ni económico, ni su descripción y calificación los distinguen. Su personalidad y psicología dependen de la forma en que el autor quiera presentar al personaje, pero no sólo mientras delinque, sino en todas las intervenciones que tiene en la obra. Y es que el delincuente no es necesariamente el personaje malo de la novela. Al serlo casi todos los que integran la obra no existe un delincuente-tipo, es decir, falta una caracterización del personaje-delincuente, y por tanto los hay simpáticos, antipáticos, ricos, pobres, viejos, jóvenes, etc.

Pero sí pueden establecerse unas constantes sobre los delincuentes: en primer lugar, los esclavos se distinguen del resto por su propia condición, y esto es evidente en el análisis de los motivos que les impulsan a delinquir, generalmente el temor a los amos, o bien la obediencia y la lealtad. De tal modo que el verdadero culpable es la persona con la que mantienen cualquier tipo de relación de dependencia; es como si no fuesen responsables debido precisamente a esta relación de dependencia.

En segundo lugar, los personajes femeninos merecen una consideración más negativa que los masculinos, y llevan a cabo los más atroces delitos impulsados por su propia condición femenina. Sin embargo, aunque las mujeres protagonizan casi todos los crímenes de las historias de adulterio y magia, los delitos más significativos, que mejor ilustran la situación social y económica que refleja la novela, son cometidos por hombres: unos como integrantes de las bandas (sin "status" social determinado); otros, personajes libres que integran la burguesía urbana, la oligarquía municipal y los grandes propietarios de tierras.

Estos personajes libres y con una situación económica ciertamente desahogada, se aprovechan precisamente de su situación de privilegio, abusan de ella y, movidos por el afán de lucro, cometen casos de "rapina", usura, "homicidium", estragos, abigeato, abuso de poder, desprecio de la justicia, evitación del cumplimiento de los deberes cívicos, etc. (Casos 14, 22, 33, 34, 42, 65, 68, 75, 114, 125, 142, etc.).

En cuento a las bandas, que llevan a cabo secuestros, homicidios y robos (casos 10, 11, 21, 78, 82, 85, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, etc.), sus integrantes expresan en varias ocasiones a lo largo de la obra el motivo que les impulsa a delinquir: la pobreza. Son, pues, víctimas de la situación, pero no puede afirmarse que intenten realmente cambiarla, es decir, su única rebeldía consiste en salirse de la norma, en actuar al margen de ella, pero no se advierten en ellos signos revolucionarios; su afán de cambio es personal y no colectivo.

La novela contiene, pues, una considerable cantidad de delitos distintos, cometidos por casi todos los personajes que aparecen en la obra, y algunos revelan una situación social injusta, que parece necesario modificar. Pero realmente nadie se preocupa de modificarla, unos porque les beneficia, y otros porque parecen incapaces de intentar algo más allá de la simple supervivencia. En el fondo, parece que Apuleyo es el único interesado en convencer a los lectores de que es necesario un cambio, y de nuevo la solución está en el libro XI.

La situación social y económica es la causa de los delitos, según manifiestan los ladrones que integran las bandas, quienes afirman que la ley de la pobreza les impulsa a actuar del modo que lo hacen, y que no encuentran otra salida a su penosa situación. Los esclavos aducen malos tratos, reflejo también de una deplorable situación social. Precisamente, los integrantes de estas bandas serían probablemente esclavos fugados, desertores

y campesinos empobrecidos.

También es evidente en la novela la mala situación de los pequeños propietarios de tierras, que malviven a costa de grandes esfuerzos (caso del hortelano), y que, en ocasiones, son hostigados y despojados de sus tierras por sus ricos vecinos (casos 14, 38, 75, 114, 125). Buena parte de estos campesinos son atraídos por el auge del urbanismo y viven en las ciudades mendigando (Met. I, 6; IV, 14, etc.). Por el contrario, los ladrones afirman preferir los peligros que encierra su "profesión", antes que alargar la mano mendigando (Met. VII, 4).

En el otro extremo, se pone de manifiesto en la novela que algunos integrantes de la oligarquía municipal, eluden sus responsabilidades cívicas, ocultando sus riquezas y evitando así contribuir en las cargas públicas (caso 68). Realmente, pocos personajes parecen dispuestos a servir a la ciudad a cambio de dudosas recompensas honoríficas, cada vez menos apetecidas, y a costa de considerables sacrificios materiales, cada vez más onerosos. La importancia dada por los Antoninos al principio de responsabilidad de los ricos por los pobres, se pone de manifiesto que no siempre funcionaba.

Otro caso significativo es el del hortelano que se resiste a resignarse ante la necesidad de entregar su asno al legionario que lo solicita (caso 40), estereotipo de la obligación de contribuir al avituallamiento del ejército, así como

a la asignación de alojamientos y víveres para oficiales y soldados, que suponía sin duda una pesada carga para los habitantes de las provincias.

En cuanto a la corrupción de los funcionarios públicos, que afecta sobre todo al tema de los jueces prevaricadores (caso 65), constituye una de las más tajantes afirmaciones de Lucio Apuleyo. Pero esto nos lleva al tema del castigo y la aplicación de la justicia en la novela.

De todos los casos que aparecen en la obra, sólomente en ocho interviene la justicia, castigando o juzgando, o actuando de alguna forma contra el reo. Pero lo más significativo no es el escasísimo número de intervenciones, sino que precisamente en esos casos su intervención no es necesaria pues el acusado es inocente o el delito inexistente. Aquí se pone una vez más de manifiesto la ironía de Apuleyo, la burla que evita caer en la desesperación. Apuleyo, que afirma que todos los jueces de su época sin excepción venden sus sentencias a cambio de oro (Met. X, 33; caso 65), agrava aún más esta situación, haciendo intervenir a la justicia precisamente cuando no es necesaria.

Por lo demás, en la inmensa mayoría de los casos que contiene la obra, la situación es de impunidad absoluta. En este sentido, un personaje de la novela afirma que la providencia no permite la impunidad de los criminales (Met. III, 3). Se pone así de manifiesto, una vez más, la contradicción entre lo que

se afirma en la novela y la "realidad" de esta. Además, este pasaje es un ejemplo típico de la ironía de Apuleyo, en él pretende demostrar que el "orden divino" es ajeno al destino de los mortales, lo que de nuevo incide en esa necesidad de cambio que postula al final de su novela; en este caso, la manifiesta en un nivel distinto a los anteriores, puesto que ya no se trata de la necesidad de cambio social o económico, sino incluso ideológico.

También hay en la novela casos de auto-justicia y de aplicación de ésta por propia mano (once en total). Los personajes en estas ocasiones no esperan la intervención de la justicia, a la que consideran lenta y fastidiosa (Met. X, 6; caso 16), lo que en ocasiones obliga a actuar manteniendo la ley y el orden, al margen de la justicia propiamente dicha.

Así pues, los personajes de la novela con su actuación y Lucio-Apuleyo con sus afirmaciones están indicando que no confían en la ley ni en la justicia. Hay, sin embargo, algún personaje que expresa, paradójicamente, que la legislación ampara a los pobres frente al despotismo de los ricos (Met. IX, 36). Los hechos demuestran fehacientemente que no es así (caso 38), pues con sus palabras aquel ingenuo sólo consigue irritar a un joven y despótico rico, propietario de grandes extensiones de tierra, que le mata. Efectivamente, en este siglo, los emperadores establecieron toda una serie de medidas legales encaminadas a mitigar la situación de los pobres, pero en la obra se pone

de manifiesto que una cosa es el espíritu de la ley y otra su observancia.

Aun admitido que en lo social reinaban no pocas "iniquitates", aun admitido todo eso y mucho más, parece que Apuleyo -deliberamente- ignora que los juristas dieron vida a un cuerpo de doctrina que postula lo mejor. Además, tanto las "leges" como los "mores" están complementados y asistidos por una serie de virtudes que tienen su asiento y asidero en el "mundo de la moralidad social", mundo que tiene por celoso custodio al censor. Este mundo de la moralidad social está cargado de virtudes tales como la "libertas", el "officium", la "Pietas", la "humanitas", la "fides", la "honestas", la "amicitia" y la "auctoritas", virtudes carentes de significado jurídico inmediato, pero dignas de atención para quien quiera abrirse al conocimiento de lo jurídico romano. (Sobre estos espectos v. J. Iglesias, Espíritu del Derecho romano y Roma. Claves históricas).

Que Apuleyo exagera puede ser cierto, pero la insistencia en algunos temas es significativa. Por ejemplo, este siglo, caracterizado por un sistema de comunicaciones sin parangón en toda la historia precedente, cuenta sin embargo con la existencia de bandas de ladrones que convierten el viajar en un gran riesgo, si creemos en los numerosísimos casos y ocasiones que aparecen en la novela. Según ésta, los caminos estaban infestados de ladrones -que atacan como las manadas de lobos- los posaderos robaban a los que descansaban en sus mesones, viajar de noche suponía perder todo cuanto se llevara de valor e incluso la vida, etc.

En cuanto al mundo religioso, de la moral y las creencias espirituales al que podrían volver su mirada los personajes, para encontrar si no justicia, al menos consuelo, Apuleyo lo presenta en forma ridícula; además, es presumible que esta descripción no escandalizaría a sus lectores quienes, al contrario, compartirían su opinión y reirían con la caricatura que presenta el autor. Por ejemplo, los sacerdotes de la Diosa Siria, esquilman regiones enteras con sus falsedades y engaños (casos del timo de la profecía), y por si esto fuera poco, escandalizan y hieren la sensibilidad de los honrados habitantes y la del propio Lucio con las prácticas orgiásticas que llevan a cabo (caso 189).

La religión oficial no aparece mejor retratada. Los dioses que intervienen en la fábula de Psique y Cupido cometen delitos como cualquier otro personaje, se dejan llevar por las más variadas pasiones, como cualquier mortal, y no responden, en definitiva, en absoluto, a la imagen de dignidad, autoridad, moralidad y elevación espiritual que deberían ofrecer (la diosa Venus, en concreto, actúa y habla como cualquier otra mujer de la novela y trata a su esclava Psique peor que ningún otro amo de todos los que aparecen en la novela).

Por tanto, la necesidad de un cambio comienza a manifestarse en los delitos que atentan contra los diferentes ámbitos o niveles estructurales, la insatisfacción religiosa se pone de manifiesto en los casos de engaño y en los que incluye la fábula de Cupido y Psique (casos 3, 72, 145, 146, 147, 148), los preludios de la crisis económica en los robos, secuestro,

homicidios, asaltos en caminos, etc. (casos 10, 11, 15, 19, 21, 23, 27, 29, 78, 80, 81, 82, 85, 88, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 100, etc.), la pre-crisis social en el abuso de poder, en el incumplimiento de las cargas cívicas, etc. (casos 14, 38, 65, 68, 75, 114, 142, 125, etc.).

El Estado no resuelve los problemas de los pobres porque, siguiendo la política del "evergetismo", ha depositado la responsabilidad del bienestar social en las renunciaciones personales de los ricos, y éstos se desentienden, como es natural, y en ocasiones, incluso porque les supone una carga difícil de soportar. Ya hemos visto que la legislación tampoco resuelve la situación y, según se desprende de la novela, la religión más que un consuelo es una farsa ridícula. Por tanto, la novela ofrece una visión pesimista del mundo. A pesar de lo que afirman algunos personajes, ni la legislación, ni la providencia, ni la actuación de la justicia, suponen un remedio para la situación. Tampoco la religión consuela a los afectados por ella.

Todo esto son síntomas evidentes de que el sistema se resquebraja, y aunque no estamos en un momento crítico, el análisis de la delincuencia y su entorno refleja los preludios de una crisis que se avecina. (El estudio del fenómeno de la delincuencia en otras épocas completaría este trabajo y me propongo llevarlo a cabo en futuras investigaciones).

Apuleyo, en los diez primeros libros de su novela las Metamorfosis ofrece una visión irónica y pesimista del mundo, sin duda reflejo del sentimiento predominante en la sociedad de su época, y frente a la salubridad delictiva que describe, propone una posibilidad distinta a través del nuevo orden que se evidencia en el libro XI.

ABREVIATURAS:

ACI	Antiquité Classique.
AJPh	American Journal of Philology.
ANRW	Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt.
CEA	Cahiers Etudes Anciennes.
CJ	Classical Journal.
CP	Classical Philology.
CW	Classical World.
D. Rom.	J. Iglesias, <u>Derecho Romano, Instituciones de Derecho Privado</u> , Barcelona, 4ª ed., 1962.
<u>Diritto</u>	C. Ferrini, <u>Diritto Penale Romano. Esposizione storica e dottrinale</u> , Roma, ed. anastatica, 1976.
"Donkey"	H. Maehler, "Lucius the Donkey and Roman Law", <u>MPhL</u> , IV, 1981, pp. 161-177.
EPRO	Etudes Préliminaires aux Religions Orientales dans l'Empire Romain.
"fréquence"	Y. Grise, "de la fréquence du suicide chez les Romains", <u>Latomus</u> , XXXIX, 1, 1980, pp. 17-46.
JRS	Journal of Roman Studies.
"Justice"	R.G. Summers, "Roman Justice and Apuleius' Metamorphoses", <u>TAPhA</u> , 101, 1970, pp. 511-531.
<u>Le Défi</u>	G. Matzneff, <u>Le suicide chez les romains. Le Défi</u> , Paris, 2ª ed., 1977.
MPhL	Museum Philologum Londiniense.
"Legal policy"	F. Pringsheim, "The Legal Policy and Reforms of Hadrian", <u>JRS</u> , 24.1934, pp. 141-153.
PBSR	Papers of the British School at Rome.
PW	Pauly Wisowa.
<u>Principi</u>	C. Gioffredi, <u>I Principi del Diritto Penale romano</u> , Torino, 1970.
<u>Penal</u>	T. Mommsen, <u>El Derecho Penal Romano, I y II</u> , Madrid, sin fecha.
"Pendus"	J.L. Voisin, "Pendus, crucifiés, oscilla dans la Rome païene", <u>Latomus</u> , XXXVIII, 2, 1979, pp. 422-50.
REA	Revue Etudes Anciennes.
RHR	Revue d'Histoire des Religions.
RhM	Rheinisches Museum.
REL	Revue des Etudes Latines.
REC	Revista de Estudios Clásicos.
<u>Roma</u>	J. Declareuil, <u>Roma y la organización del Derecho</u> , México, 1958.
RP	Revue d'Philologie.
<u>Studio</u>	G. Carnazza-Rametta, <u>Studio sul Diritto dei Romani</u> , Roma 1972.
<u>Status</u>	P. Garnsey, <u>Social Status and Legal Privilege in the Roman Empire</u> , Oxford, 1970.

- Suicide A. Bayet, Le suicide et la morale, Paris, 1922.
- "Suicide, fisc..." ... P. Veyne, "Suicide, fisc, esclavage, capital et droit romain", Latomus, XL, 2, 1981, pp. 217-268.
- TAPhA Transactions and Proceedings of the American Philological Association.
- "World" F. Millar, "The World of the Golden Ass", JRS, LXXI, 1981, pp. 63-75.

BIBLIOGRAFIA :

Ediciones utilizadas:

- ADLINGTON, W. y BASELEE, B.: Apuleius. The Golden Ass, London, Loeb Classical Library, 11ª ed., 1977.
- BEAUJEU, J.: Apulée. Opuscles philosophiques et fragments, Paris, Les Belles Lettres, 1973.
- FREDOUILLE, C.: Apulée. Metamorphoseon liber XI, París, P.U.-F., 1975.
- GAYO: Instituciones, edición del Dpto. Derecho Romano de la Univ. Complutense de Madrid, 1985.
- DIGESTO, 3 vols., Pamplona, Aranzadi, 1968.
- GRIFFITHS, J.G.: Apuleius of Madauros. The Isis Book, Leiden, EPRO, 39, 1975.
- LARA, F. y BLAZQUEZ, J.Mª.: El Libro de los Muertos, Madrid, Ed. Nacional, 1984.
- MACLEOD, M.D.: Lucian VIII, London, Loeb Classical Library, 1967.
- MARACHE, R.: Aulu-Gelle. Les Nuits Attiques. Tome II, livres V-X, Paris, Les Belles Lettres, 1978.
- MERKELBACH, R.: Le Metamorfosi o l'Asino d'oro, Milano, Rizzoli, 2ª ed. 1983.
- NAVARRO Y CALVO, F.: Noches Aticas, Buenos Aires, Ed. Ateneo, 1955.
- PARATORE, E.: Apulei. Metamorphoseon libri IV-VI, Firenze, La Nuova Italia, 4ª ed., 1976.
- RUBIO, L.: El Asno de Oro, Madrid, Gredos, 1978.
- SEGURA MUNGIA, S.: Apología. Flóridas, Madrid, Gredos, 1980.
- VALLETTE, P.: Apulée. Apologie. Florides. Paris, Les Belles Lettres, 3ª ed., 1971.
- ABT, A.: Die Apologie des Apuleius von Madaure und die antike Zauberei, Berlin, 2ª ed., 1967.
- ACTES du Colloque 1972 sur l'esclavage, Ann. Lit. de l'Univ. de Besançon, 163, Centre de Recherches d'Histoire ancienne, vol. 11, Paris, 1974.
- ACTES du Colloque 1973 sur l'esclavage, Ann. Lit. de l'Univ. de Besançon, 182, Centre de Recherches d'Histoire ancienne, vol. 18, Paris, 1976.
- ALFÖLDY, G.: The Social History of Rome, London, 3ª ed., 1984.
- AMAT, J.: "Sur quelques aspects de l'esthétique baroque dans les Métamorphoses d'Apulée, REA, 74, 1972, pp. 107-152.
- ANDERSON, G.: Ancient fiction. The Novel in the Greek and Roman World, New Jersey, 1984.
- ANNEQUIN, J.: Recherches sur l'action magique et ses représentations, Ann. Lit. de l'Univ. de Besançon, 146. Centre de Recherches d'Histoire ancienne, vol. 8, Paris, 1973.
- ANNEQUIN, J. et alii.: Formas de explotación del trabajo y relaciones sociales en la antigüedad clásica, Madrid, 1979.

- ARANGIO RUIZ, V.: Historia del Derecho Romano, Madrid, 1943.
- ARCHI, G.G.: "Rescripts impériaux et littérature jurisprudentielle dans le développement du droit criminel", RIDA, 4, 1957, pp. 221-255.
- ARU, L. y ORESTANO, R.: Derecho Romano, Madrid, 1964.
- AUERBACH, E.: Mimesis: The Representation of Reality in Western Literature, Princeton, 1953.
- AUGELLO, G.: L. Apuleio. Metamorfosi o Asino d'Oro, Torino, 1980.
- AUGELLO, G.: Studi Apuleiani. Problemi di testo e loci vexati delle Metamorfosi, Palermo, 1977.
- BAILS, S.: Apulei Madaurensis Psyches et Cupidinis Fabula, Avignon, 2^a ed. 1967.
- BARNES, J.W.: "Egypt and the Greek Romance", Akten des VIII Internationalen Kongress für Papyrologie, Wien, 1955.
- BARROW, R.H.: Slavery in the Roman Empire, London, 1928.
- BAUMAN, R.A.: "Some Remarks on the Structure and Survival of the Quaestio de Adulteriis", Antichthon, 2, 1968, pp. 68-94.
- BAUMAN, R.A.: "Criminal Prosecutions by the aediles", Latomus, XXXIII, 1974, pp. 245-264.
- BAYET, A.: Le suicide et la morale, Paris, 1922.
- BEAUJEU, J.: Religion romaine à l'apogée de l'Empire, I, La politique religieuse des Antonins, Paris, 1955.
- BEAUJEU, J.: "Les dieux d'Apulée", RHR, 200, 1983.
- BEAUJEU, J.: "Sérieux et frivolité au II^e siècle de notre ère", BAGB, I, 1975, pp. 83-97.
- BELLARDI, G.: "Problematica Apuleiana nella critica moderna", AR, IX, 1964, pp. 29-35.
- BERNHARD, M.: "Der Stil des Apuleius von Madaura. Ein Beitrag zur Stilistik des Spätlateins", Tübinger Beiträge zur Altertumswissenschaft, 2, Stuttgart, 1927, Amsterdam, 1965.
- BIANCO, G.: La fonte greca della Metamorfosi di Apuleio, Brescia, 1971.
- BIRLEY, A.: "Apuleius and Roman Provincial Life", History Today, 18, 1968, pp. 629-36.
- BOHM, R.K.: "The Isis Episode in Apuleius", CJ, 3, 68, 1973, pp. 228-231.
- BOULVERT, G.: "L'émergence des rapports esclavagistes dans le domaine du droit romain", Index, X, 1981, pp. 78-81.
- BOWERSOCK, G.W.: "Zur Geschichte des Römischen Thessaliens", RhM, 1965, pp. 277-281.
- BRAGA, G.L.: "Il significato della Metamorfosi di Apuleio", Logos, 16, 1933, pp. 153-170.
- BRASIELLO, V.: La repressione penale in diritto romano, Napoli, 1937.
- BRAUN, M.: History and Romance in Graeco-Oriental Literature Oxford, 1938.
- BRAVO GARCIA, A.: "El Satiricón como reflejo de la esclavitud de su tiempo", CFC, VI, 1974, pp. 190-204.
- BROTHERTON, B.: "The Introduction of Characters by Name in the Metamorphoses of Apuleius", CP, XXIX, 1934, pp. 36-52.

- BRUGNOLI, G.: "Le statue di Apuleio", Annali della Facoltà di Lettere, Cagliari 29, 1961-65, pp. 11-25.
- BRUNT, P.A.: "The Lex Valeria Cornelia", JRS, 51, 1961, pp. 71-82.
- BUCKLAND, W.: The Roman Law of Slavery, Cambridge, 1908, New York, 1969.
- BUCKLAND, W.: A Text-book of Roman Law from Augustus to Justinian, Cambridge, 1963.
- BURGER, K.: "Some Aspects of the Literary Art of Apuleius in the Metamorphoses", TAPhA, LIV, 1923, pp. 196 ss.
- CALLEBAT, L.: "L'archaïsme dans les Métamorphoses d'Apulée", REL, 1964, pp. 364-370.
- CALLEBAT, L.: Sermo cotidianus dans les Métamorphoses de Apulée, Caen, 1968.
- CAPPONI, F.: "Avifauna e magia", Latomus, XL, 2, 1981, pp. 292-304.
- CARNAZZA-RAMETTA, G.: Studio sul Diritto dei romani, Roma, 1972.
- CARRATELLO, V.: "Apuleio morì nel 163-164?", Giornale Italiano di Filologia, 16, 1963, pp. 97-110.
- CIAFFI, V.: Petronio in Apuleio, Torino, 1960.
- COCCHIA, A.: "Della relazione che intercede secondo Focio tra Lucio di Patra e Luciano", Riv. d'Ist. Class., 1919, pp. 358-365.
- COCCHIA, E.: Romanzo e realtà nella vita e nell'attività letteraria di Lucio Apuleio, Catania, 1915.
- COCHLAM, C.C.: "The Curiosity of the Golden Ass", CJ, LXIV, 1968, pp. 120-128.
- COLIN, J.: Les villes libres de l'Orient gréco-romain et l'envoi au supplice par acclamations populaires, Bruxelles, 1965.
- COLIN, J.: "Apulée en Thessalie: Fiction ou vérité?", Latomus, 24, 1965, pp. 330-345.
- CORBIER, M.: "La place des esclaves dans l'économie romaine aux I^{er} et II^e siècles après J.C.", Opus, I, 1982, pp. 109-113.
- COSTA, E.: Il diritto privato nella commedia di Terenzio, Roma, ed. anastatica, 1970.
- COSTA, E.: Il diritto privato nella commedia di Plauto, Roma, ed. anastatica, 1968.
- COSTA, E.: Crimini e pene. Da Romolo a Giustiniano, Bologna, 1921.
- COSTAS RODRIGUEZ, J.: "La terminología latina de la fábula", Sym-bolae L. Mitxelena Oblatae, I, 1985, pp. 287-294.
- CUMONT, F.: Lux Perpetua, Paris, 1949.
- DE MARTINO, F.: Storia della Costituzione Romana, vol. II, Napoli, 1966.
- DE ROBERTIS, F.: L'Organizzazione e la tecnica produttiva. La forza di lavoro e i salari nel mondo romano, Napoli, 1946.
- DEL CASTILLO, A.: "Apuntes sobre la situación de la mujer en la Roma Imperial", Latomus, XXXVIII, 1, 1979, pp. 173-187.
- DECLAREUIL, J.: Roma y la organización del Derecho, México, 1958.
- DECRET, F. y FANTAR, M.: L'Afrique de Nord dans l'Antiquité. Des origines au V^e siècle, Paris, 1981.
- DERCHAIN, Ph., y HUBAUX, J.: "L'affaire du marché d'Hypata dans la Metamorphose d'Apulée", ACI, 27, 1985, pp. 100-104.

- DESSAU, H.: "Madauros", PW, 1928, pp. 201-2.
- DIALOGUES d'Histoire Ancienne, 7, 1981. Centre de Recherches d'Histoire Ancienne, vol. 44, CNRS, Paris, 1982.
- D'ORGEVAL, B.: L'Empereur Hadrien, oeuvre législative et administrative, Paris, 1950.
- D'ORS PEREZ-PEIX, A.: Presupuestos críticos para el estudio del Derecho Romano, Salamanca, 1943.
- D'ORS, A.: "La signification de l'oeuvre d'Hadrien dans l'histoire du droit romain", les Empereurs romains d'Espagne, Madrid-Itálica, 1964, (Paris, 1965).
- DOWDEN, K.: "Psyche on the Rock", Latomus, XLI, 2, 1982, pp. 336-352.
- DUNAND, F.: Le culte d'Isis dans le bassin Oriental de la Méditerranée, Leiden, 1973.
- DUNCAN-JONES, R.: The Economy of the Roman Empire, Cambridge, 1974.
- DUNCAN-JONES, R.: "Wealth and Munificence in Roman Africa", PBSR, 18, 1963, pp. 159-165.
- ENGLEBERT, J. y LONG, T.: "Functions of Hair in Apuleius Metamorphoses", CJ, 3, 63, 1973, pp. 237-39.
- ENK, P.J.: "A propos d'Apulée", ACI, 1, 1958, pp. 85-91.
- FALCÃO, M.: "Las prohibiciones matrimoniales de carácter social en el Imperio Romano", Cuadernos Univ. Navarra, XX, 1973.
- FEHLING, D.: Amor und Psyche. Die Schöpfung des Apuleius und ihre Einwirkung auf das Märchen, eine Kritik des roman-tischen Märchentheorie, Mainz, 1977.
- FERGUSON, J.: The Religion of the Roman Empire, London, 1970.
- FERNANDEZ CORTE, J.C.: "Tres relatos de ladrones en Apuleyo, Met. IV, 8-21: esbozo de una interpretación", Symbolae L. Mitxelema Oblatae, I, 1985, pp. 325-332.
- FERRARO, V.: "Apuleio in Cristodoro", Ann. Fac. Lett. Cagl. 29, 1961-65, pp. 27-36.
- FERRINI, C.: Diritto Penale romano. Esposizione storica e dottrinale, Roma, ed. anastática, 1976.
- FESTUGIERE, A.J.: Personal Religion among the Greeks, Berkeley, 1954.
- FICK, N.: "La symbolique végétale dans les Métamorphoses d'Apulée", Latomus, XXX, 2, 1971, pp. 328-344.
- FINLEY, M.I.: Slavery in Classical Antiquity, Cambridge, 1960.
- FINLEY, M.I.: Esclavitud antigua e ideología moderna, Barcelona, 1982.
- FLAM-ZUCKERMANN, L.: "A propos d'une inscription de Suisse (CIL, XIII, 501): étude du phénomène du brigandage dans l'Empire romain", Latomus, XXIX, 1970, pp. 451-473.
- FLEMING, S.: "The False Economics of Rome", Archaeology, XXXV, 1982, pp. 68-69.
- FLIEDNER, H.: Amor und Cupido. Untersuchungen über den römischen Liebesgott, Meisenheim, 1974.
- FRANZ, M.L. Von.: A Psychological Interpretation of the Golden Ass, 1980.
- FRIEDLÄNDER, L.: La sociedad romana, Madrid, 1982, (1ª ed. 1862-64).

- FUSTEL DE COULANGES, N.D.: La ciudad antigua, Barcelona, 1984, nueva ed.
- GARCIA GUAL, C.: Los orígenes de la novela, Madrid, 1972.
- GARNSEY, P.: Social Status and Legal Privilege in the Roman Empire, Oxford, 1970.
- GARNSEY, P.: "Adultery Trials and the Survival of the Quaestiones in the Severan Age", JRS, 57, 1967, pp.56-60.
- GARNSEY, P.: "The Lex Julia and Appeal under the Empire", JRS, 56, 1966, 167.
- GARNSEY, P.: "Slaves in Business", Opus, I, 1982, pp. 105-108.
- GARRIDO-HORY, M.: Martial et l'esclavage, Annales Littéraires de l'Université de Besançon, 255. Centre de Recherches d'Histoire Ancienne, vol. 40, 1981.
- GARRISON, G.: Le suicide dans l'antiquité et dans les temps modernes, Paris, 1885.
- GAUDEMET, J.: Institutions de l'Antiquité, Paris, 1967.
- GIANOTTI, G.F.: "Asini e schiavi: zoologia filosofica e ideologia nelle Metamorfosi apuleiana", Quaderni di Storia, 18, 1983, pp. 121-153.
- GIL, J.: "La novela entre los latinos", REC; XXII, nº 81 y 82, 1978, pp. 375-398.
- GIOFFREDI, C.: I principi del Diritto Penale romano, Torino, 1970.
- GNOLI, G. y VERNANT, J.P.: La mort. les morts dans les sociétés anciennes, Cambridge, 1982.
- GOLANN, C.P.: The life of Apuleius and his Connection with Magic, Columbia Univ. 1952.
- GRANT, M.: The World of Rome, London, 1960.
- GRANT, M.: The climax of Rome, London, 2ª ed. 1974.
- GRAVES, R.: The transformations of Lucius, otherwise known as the Golden Ass, London, 1950.
- GRELLE, F.: L'autonomia cittadina fra Traiano e Adriano. Teoria e prassi dell'organizzazione municipale, Napoli, 1972.
- GRIMAL, P.: "La fête du Rire dans les Métamorphoses", Studi Classici in onore di Q. Cataudella, III, 1972, pp. 457-465.
- GRIMAL, P.: "A la recherche d'Apulée", REL, 47, 1969, pp. 94-99.
- GRIMAL, P.: Metamorphoses, 4, 28-6,24: Le conte d'Amour et Psyche, Paris, 1963.
- GRIMAL, P.: "Le calame égyptien d'Apulée", REA, LXXIII, 1971, 3-4, pp. 343-351.
- GRISE, Y.: "De la fréquence du suicide chez les Romains", Latomus, XXXIX, 1, 1980, pp.17-46.
- GRISE, Y.: "Les modes du suicide à Rome", CEA, XI, 1980, pp. 45-79.
- GUEY, J.: "Au théâtre de Leptis Magna. Le proconsulat de Lollianus Avitus et la date de l'Apologie d'Apulée", REL; 29, 1951, pp.307-317.
- GUILLEN, J.: Urbs Roma. III, Salamanca, 1980.
- HAGG, T.: Narrative Technique in Ancient Greek Romances, Estocolmo, 1971.
- HAIGHT, E.M.: Essays on the Greek Romances, Washington, 1965.
- HAMMOND, M.: The Antonine Monarchy, Roma, 1959.
- HANI, J.: "L'âne d'or d'Apulée et l'Egypte", Revue de Philologie, 47, 1973, pp. 274-280.

- HEINE, R.: Untersuchungen zur Romanform des Apuleius von Madaura, Göttingen, 1962.
- HELM, R.: Der antike Roman, Göttingen, 1956.
- HENDERSON, B.W.: The Life and Principate of the Emperor Hadrian: 78-138 A.D., London, 1923.
- HERRMANN, L.: "Le fragment obscene de l'Ane d'or", Latomus, 10, 1951, pp. 329-341.
- HERRMANN, L.: "Legendes locales et thèmes littéraires dans le conte de Psyché", AC, 21, 1952, pp. 13-27.
- HEYOB, S.K.: The Cult of Isis among Women in the Graeco-Roman World, Leiden, 1975.
- HICTER, M.: "L'autobiographie dans l'Ane d'or d'Apulée", ACI, 13, 1944, pp. 95-111.
- HIDALGO DE LA VEGA, M^a J.: Sociedad e ideología en el Imperio romano: Apuleyo de Madaura, Salamanca, 1986.
- HIDALGO DE LA VEGA, M^a J.: "La Bella Fabella de Eros y Psique y su relación con el libro XI de las Metamorfosis de Apuleyo", In Memorian Agustín Díaz Toledo, Granada, 1985.
- HIDALGO DE LA VEGA, M^a J.: "Organización social y económica en la obra de Apuleyo", Actas de Coloquio I, 1977, Oviedo, pp. 109-114.
- HIDALGO DE LA VEGA, M^a J.: "La magia y la religión en las obras de Apuleyo", Zephyrus, XXX-XXXI, 1980, pp. 223-230.
- HIJMANS, B.L.: Apuleius Madaurensis. Metamorphoses IV, 1-27, Groningen, 1977.
- HIJMANS, B.L.: Aspects of Apuleius' Golden Ass, Groningen, 1978.
- HOOPER, R.W.: "Structural Unity in the Golden Ass", Latomus, XLIV, 2, 1985, pp. 398-401.
- HOMO, L.: El Imperio Romano, Madrid, 3^a ed. 1972.
- IGLESIAS, J.: Derecho Romano, Instituciones de Derecho privado, Barcelona, 4^a ed., 1962.
- Espíritu del Derecho Romano. Madrid, 1983.
- Roma. Clares históricas. Madrid, 1985.
- JAMES, E.O.: Introducción a la Historia comparada de las religiones, Madrid, 1973.
- JAMES, E.O.: Los dioses del Mundo Antiguo, Madrid, 1962.
- JOBBE-DUVAL, E.: Les morts malfaisants, "larvae, lemures", d'après le droit et les croyances populaires des Romains, Paris, 1924.
- JOLOWICZ, H.F.: Historical Introduction to the Study of Roman Law, Cambridge, 1952.
- JONES, A.H.M.: Studies in Roman Government and Law, Oxford, 1960.
- KENNY, B.: "The Reader's Role in the Golden Ass", Arethusa, 7, 1974, pp. 197-209.
- KOLENDO, J.: "L'esclavage et la vie sexuelle des hommes libres à Rome", Index, X, 1981, pp. 288-297.
- KOVALIOV, S.I.: Historia de Roma, Madrid, 3^a ed., 1979.
- LANCEL, S.: "Curiositas et préoccupations spirituelles chez Apulée", RHR, CLX, 1961, pp. 25-46.
- LANDI, C.: "L'epilogo delle Metamorfosi di Apuleio", Athenaeum, 7, 1929, pp. 1-22.
- LARSEN, J.A.O.: "A thessalian Family under the Principate", Class. Phil., XLVIII 1953, pp. 86-95.
- LAVAGNANI, B.: "Il significato e il valore del romanzo di Apuleio", ASNS, 1927, pp. 1-40.

- LECLANT, J.: Inventaire bibliographique des Isiaca, Leiden, 1972.
- LE CORSU, F.: Isis, Mythes et mystères, Paris, 1977.
- LEIPOLDT, J. y GRUNDMANN, W.: El Mundo del Nuevo Testamento, Madrid, 3ª ed. 1971.
- LESKY, A.: "Apuleius von Madaura und Lukios von Patrai", Hermes, 76, 1941, pp. 43-74.
- LEWIS, N.: The Interpretation of Dreams and Portents, Toronto, 1976.
- LINDSAY, J.: The Golden Ass of Apuleius, London, 1960.
- LOPEZ, C.V.: "Tratamiento del mito en las "novelle" de las Metamorfosis de Apuleyo", CFC, X, 1976, pp. 309-373.
- MACKAY, L.A.: "The Sin of the Golden Ass", Arion, 4,, 1965, pp. 474-480.
- MAC MULLEN, R.: Roman Social Relations, New Haven-London, 1974.
- MAEHLER, H.: "Lucius the Donkey and Roman Law", MPhL, IV, 1981, pp. 161-177.
- MALAISE, M.: Les conditions de pénétration et de diffusion des cultes égyptiens en Italie, Leiden, EPRO, 22, 1972.
- MALLARA, J.: El libro V de la Psyche, Salamanca, 1947.
- MANTERO, T.: Amore e Psyche. Strutture di una "Fabia di Magia", Gênes, 1973.
- MARANGONI, C.: "Il nome Asinio Marcello e i misteri de Osiride", AAPat, 87, 3, 1974-75, pp. 335-371.
- MARIN CEBALLOS, Mª C.: "La religión de Isis en las Metamorfosis de Apuleyo", Habis, 4, 1973, pp. 127-179.
- MARSHALL, T.H.: Citizenship and Social Class and other Essays, Cambridge, 1950.
- MARTIN, J.P.: Le siècle des Antonins, Paris, 1977.
- MARTIN, R.: "Le sens de l'expression Asinus Aureus et la signification du roman apuléien", REL, 48, 1970, pp. 332-354.
- MASON, H.J.: "The Distinction of Lucius in Apuleius' Metamorphoses", Phoenix, XXXVII, 1983, pp. 135-143.
- MASON, H.J.: "Lucius at Corinth", Phoenix, XXV, 1971, pp. 160-165.
- MATZNEFF, G.: Le suicide chez les Romains. Le Défi. Paris, 2ª ed. 1977.
- MAYR, R.: Historia del Derecho Romano, Barcelona, 1931.
- MAZZARINO, A.: La milesia e Apuleio, Torino, 1950.
- MAZZARINO, S.: L'Impero Romano, Roma 3ª ed. 1980.
- MEDAN, P.: La latinité d'Apulée dans les Métamorphoses, Paris, 1926.
- MERKELBACH, R.: Roman und Mysterium in der Antike, München, 1962.
- MERKELBACH, R.: Isisfeste und ihre Daten in Griechisch-römischer Zeit, Meisenheim, 1962.
- MILLAR, F.: The Emperor in the Roman World, Ithaca-New York, 1977.
- MILLAR, F.: "The World of the Golden Ass", JRS, LXXI, 1981, pp. 63-75.
- MIRALLES, C.: La novela en la Antigüedad clásica, Barcelona, 1968.
- MOINE, N.: "Augustin et Apulée sur la magie des femmes d'auberge", Latomus, XXXIV, 2, 1975, pp. 350-361.
- MOMMSEN, T.: El Derecho Penal Romano, tomos I y II, Madrid, sin fecha.
- MONCEAUX, P.: Apulée, roman et magie, Paris, 1888.

- MORABITO, M.: Les réalités de l'esclavage d'après le Digeste, Ann. Litt. de l'Univ. de Besançon, 254. Centre de Recherches d'hist. ancienne, 39, Paris, 1981.
- MORABITO, M.: "Les réalités de l'esclavage d'après le Digeste", Index, X, 1981, pp. 340-48.
- MORABITO, M.: "Ricerche sulla schiavitù attraverso il discorso dei giuristi nel Digesto", Index, VIII, 1978, pp. 280-88.
- MORESCHINI, C.: "La demonologia medio-platonica e le Metamorfosi di Apuleio", Maia, 17, 1965, pp. 30-46.
- MORESCHINI, C.: Apuleio e il Platonismo, Firenze, 1978.
- MORESCHINI, C.: "Sulla fama di Apuleio nella tarda antichità", REL, 51, 1973, pp. 243-248.
- NETHERCUT, W.R.: "Apuleius Literary Art: Resonance and Depth in the Metamorphoses", CJ, LXIV, 1968, pp. 110-119.
- NICHOLAS, B.: An Introduction to Roman Law, Oxford, 1969.
- NOCK, A.D.: Conversion, Oxford, 2^a ed. 1972.
- NORDEN, E.: Apuleius von Madaura und das römische Privatrecht, Leipzig, 1912.
- NORWOOD, F.: "The Magic Pilgrimage of Apuleius", Phoenix, X, 1956, pp. 1-12.
- OLIVER, J.H.: "Greek Applications for Roman Trials", AJPh, C, 1979, pp. 543-558.
- PALAZZOLO, N.: "Ancora su imperatori e giuristi del II secolo", Iura, XXVI, 1975, pp. 126-35.
- PALMA GRANWEHR, M.G.: "Nomes próprios nas Metamorfoses de Apuleio" Euphrosyne, XI, 1981-82, pp. 142-48.
- PARATORE, E.: La novella in Apuleio, Messina, 2^a ed. 1942.
- PARATORE, E.: Romanae Litterae, Roma, 1976.
- PEJENAUTE, F.: "Situaciones ambiguas en el Asinus Aureus de Apuleyo", Durius, 3, 1975, pp. 27-53.
- PENNISI, G.: Apuleio e l'Additamentum a Metamorphoses, X, 21, Messine, 1970.
- PENWILL, J.L.: "Slavish Pleasures and Profitless Curiosity: Fall and Redemption in Apuleius' Metamorphoses", Ramus, 4, 1975, pp. 49-82.
- PERRY, B.E.: "Some Aspects of the Literary Art of Apuleius in Metamorphoses", TAPhA, 54, 1923, pp. 196-226.
- PERRY, B.E.: "The Significance of the Title in Apuleius' Metamorphoses", CP, XVIII, 1923, pp. 229-238.
- PERRY, B.E.: "An interpretation of Apuleius", TAPhA, LVII, 1926, pp. 238-260.
- PERRY, B.E.: "The Story of Thelyphron in Apuleius", CP, XXIV, 1929, pp. 231-238.
- PERRY, B.E.: "On Apuleius' Metamorphoses I, 14-17", CP, XXIV, 1929, pp. 394-400.
- PERRY, B.E.: The Ancient Romances, Los Angeles, 1967.
- PERRY, B.E.: "Who was Lucius of Patrae?", CJ, 64, 1968, pp. 97-101.
- PERRY, B.E.: The Metamorphoses Ascribed to Lucius of Patrae, Lancaster, 1920.
- PETIT, P.: La Paz romana, Barcelona, 2^a ed. 1976.
- PETIT, P.: Histoire générale de l'Empire romain. I, Le Haut-Empire, Paris, 1974.

- PETIT, P.: "Le IIe siècle après J.C.: Etat des questions et problèmes", ANRW, II, Principat 2, 1975, pp.354-380.
- PFLAUM, H.G.: "Tendances politiques et administratives au IIe siècle de notre ère", REL, 1965, pp. 112-121.
- PICARD, G.Ch. y ROUGE, J.: Textes et documents relatifs à la vie économique et sociale dans l'Empire romain, Paris, 1969.
- PRINGSHEIM, F.: "The Legal Policy and Reforms of Hadrian", JRS, 24, 1934, pp. 141-153.
- REARDON, B.P.: Courants littéraires grecs des IIe et IIIe siècles après J.-C., Paris, 1971.
- REARDON, B.P.: "The Greek Novel", Phoenix, XXXIII, 1969, pp. 291-309.
- REARDON, B.P.: "Aspects of the Greek Novel", Greece and Rome, 26, 1976, pp. 118-131.
- RECHERCHES, sur les structures sociales dans l'Antiquité Classique, Paris, 1970.
- RELIGION, superstición y magia en el mundo romano, Encuentros en la Antigüedad, Cádiz, 1985.
- RELIGIONS, Pouvoir, rapports sociaux, Ann. Litt. de l'Univ. de Besançon, 237. Centre de Recherches d'hist. ancienne, 32, Paris, 1980.
- RIEFSTHAL, R.: Der Roman des Apuleius, Frankfurt, 1936.
- ROMANELLI, P.: In Africa e a Roma, Roma, 1981.
- ROSO DE LUNA, M.: Wagner, mitólogo y ocultista, Madrid, 1917.
- ROSO DE LUNA, M.: El velo de Isis o las mil y una noches ocultistas, Madrid, 1923.
- ROSTOVTEZFF, M.: Historia social y económica del Imperio Romano, 2 vols., Madrid, 3ª ed. 1972.
- RUCH, M.: "Psyché et les quatre vertus cardinales, Apulée, Met. VI-X", IL, 23, 4, 1971, pp. 98-116.
- RUIZ DE ELVIRA, A.: "El valor de la novela antigua a la luz de la ciencia de la Literatura", Emerita, XXI, 1953, pp. 64-110.
- RUIZ DE ELVIRA, A.: "Syntactica Apuleiana", Emerita, XXII, 1954, pp. 99-121.
- RUIZ DE ELVIRA, A.: "El cuento de Cupido y Psique", EC, 1953, pp.55-86.
- SALLES, C.: "Assem para et accipe auream fabulam. Quelques remarques sur la littérature populaire et le repertoire des conteurs publics dans le monde romain", Latomus, XL, 1, 1981, pp.2-20.
- SANDY, G.N.: "Knowledge and Curiosity in Apuleius", Latomus, XXXI, 1972, pp. 179-183.
- SANDY, G.N.: "Serviles Voluptates in Apuleius' Metamorphoses", Phoenix, 28, 1974, pp.243-245.
- SANDY, G.N.: "Foreshadowing and Suspense in Apuleius' Metamorphoses", CJ, LXVIII, 9, 1973, pp.232-35.
- SANDY, G.N.: "Recent Scholarship on the Prose fiction of Classical Antiquity", CW, 67, 1974, pp. 321-360.
- SCAZZOSSO, P.: La Metamorfosi di Apuleio. Studio critico sul significato del romanzo, Milano, 1951.
- SCOBIE, A.: Aspects of the Ancient Romance and its Heritage. Essays on Apuleius, Petronius and the Greek Romances, Meisenheim, 1969.

- SCOBIE, A.: "On ancient Greek Drakos-Tale in Apuleius 'Metamorphoses' VIII, 19-21", Journal of American Folklore, XC, 1977, pp.339-343.
- SCHIAVITU, manomissione e classi dipendenti nel Mondo Antico, Roma, 1979.
- SCHILLER, A.: Roman Law Mechanism of Development, London, 1978.
- SCHLAM, C.: "Cupid and Psyche. Apuleius and the Monuments", TAPhA, VI, 1976, pp.48-72.
- SCHLAM, C.: "The Curiosity of the Golden Ass", CJ, 64, 1968, pp.120-125.
- SCHLAM, C.: "Platonica in the Metamorphoses of Apuleius", TAPhA, 101, 1970, pp.477-487.
- SCHLAM, C.: "The Scholarship on Apuleius since 1938", CW, 64, 1971, pp.285-309.
- SCHULZ, F.: Classical Roman Law, Oxford, 1969.
- SEGURA MUNGIA, S.: Las Instituciones de Apuleyo, T.D., Madrid, 1968.
- SINKO, Th.: "Apuleiana", Eos, XVIII, 1912, pp.137-143.
- SKLOVSKI, V.: Sobre la prosa literaria, Barcelona, 1971.
- SMITH, W.S.: "The Narrative Voice in Apuleius 'Metamorphoses'", TAPhA, 103, 1972, pp.513-534.
- STAERMAN; E.M. y TROFIMOVA, M.K.: La esclavitud en la Italia Imperial, Madrid, 1979.
- STEPHENSON, W.E.: "The Comedy of Evil in Apuleius", Arion, 1964, pp.87-93.
- STRACHAN-DAVIDSON, J.L.: Problems of the Roman Criminal Law, Oxford, 1912.
- SUMMERS, R.G.: "Roman Justice and Apuleius 'Metamorphoses'", TAPhA, 101, 1970, pp. 511-531.
- SWAHN, J.O.: The Tale of Cupid and Psyche, Lund, 1975.
- SYME, R.: "Proconsuls d'Afrique sous Antonin le Pieux", REA, 61, 1959, pp. 310-319.
- TATUM, J.: "The Tales in Apuleius 'Metamorphoses'", TAPhA, 100, 1969, pp. 487-527.
- TATUM, J.: "Apuleius and Metamorphoses", AJPh, XCIII, 1972, pp.306-313 y XCIV, 1973, pp. 375-383.
- TATUM, J.: Apuleius and the Golden Ass, an Introduction to Apuleius, his Novel, and his Time, London, 1979.
- TEXTE, politique, idéologie: Cicerón, Ann. Litt. de l'Univ. de Besançon, 187. Centre de Recherches d'hist. ancienne, 20, Paris, 1976.
- THIEL, H. Van: Der Eselroman, I. Untersuchungen II. Synoptische Ausgabe, München, 1971-72.
- TODD, F.A.: Some Ancient Novels. Leucipe and Clitophon; Daphnis and Chloe; The Satiricon; The Golden Ass, Oxford, 1940.
- TOUTAIN, J.: Les cultes païens dans l'Empire Romain, t.II, Roma, 1967.
- TOYNBEE, J.H.C.: Animals in Roman Life and Art, London, 1973.
- TRAN TAM TINH, V.: Isis Lactans, Leiden, EPRO, 37, 1973.
- TRENKNER, S.: The Greek Novella in the Classical Period, Cambridge, 1958.
- TURCAN, R.: "Le roman initiatique: à propos d'un livre récent", RHR, CLXIII, 2, 1963, pp. 149-99.

- VANDERLIP, V.F.: The four Greek Hymns of Isidorus and the cult of Isis, Toronto, 1972.
- VERGOTE, J.: "Les principaux modes de supplice", Bull. Inst. Hist. Belge, Roma, 1939, pp. 145-160.
- VEYNE, P.: "Le folklore à Rome et les droits de la conscience publique sur la conduite individuelle", Latomus, XLII, 1, 1983, pp. 3-30.
- VEYNE, P.: "Suicide, fisc, esclavage, capital et droit romain", Latomus, XL, 2, 1981, pp. 217-268.
- VEYNE, P.: "Apulée à Cenchrées", RP, 89, 1965, pp. 241-251.
- VIDMAN, L.: Isis un Sarapis bei den Griechen und Römern, Berlin, 1970.
- VILLERS, R.: Rome et le droit privé, Paris, 1977.
- VOISIN, J.L.: "Pendus, crucifiés, oscilla dans la Rome païne", Latomus, XXXVIII, 2, 1979, pp. 422-450.
- VOLTERRA: "Per la storia del reato di bigamia", Studi Ratti, Milano, 1934, pp. 390-407.
- WAGENVOORT, H.: Pietas. Selected Studies in Roman Religion, Leiden, 1980.
- WALBANK, F.W.: La pavorosa revolución, Madrid, 1978.
- WALSH, P.G.: The Roman Novel, Cambridge, 1970.
- WALSH, P.G.: "Was Lucius a Roman?", CJ, 63, 1968, pp. 264-65.
- WALSH, P.G.: "Lucius Madaurensis", Phoenix, 22, 1968, pp. 143-157.
- WALTZING, J.P.: "Le crime rituel reproché aux chrétiens du III^e siècle", Bull. de l'Académie Royale de Belgique, V, 1925, pp. 205-239.
- WESTERMANN, W.L.: "The Slave Systems of Greek and Roman Antiquity", Memoirs of the American Philosophical Society, XL, 1955, pp.
- WIND, E.: Pagan Mysteries in the Renaissance, London, 1958.
- WITT, R.E.: Isis in the Graeco-Roman World, London, 1971.
- WITTMAN, W.: Das Isisbuch des Apuleius, Stuttgart, 1938.
- WLOSOCK, A.: "Zur Einheit der Metamorphosen des Apuleius", Philologus, 113, 1969, pp. 68-84.
- WORD, P.: Apuleius in Trial at Sabratha, Stoughton, 2^a ed., 1969.
- WRIGHT, C.S.: "No Art at all: A Note of the Proemium of Apuleius 'Metamorphoses'", CP, LXVIII, 1973, pp. 217-219.
- ZACAN, L.: Ager publicus. Ricerche di storia e di Diritto romano, Padova, 1935.

